

DEFENSA

DEL

CRISTIANISMO.

LA
RELIJION CRISTIANA
PROBADA POR LAS MARAVILLAS
DE SU ESTABLECIMIENTO.

DISCURSO PREDICADO EN PRESENCIA DEL REY EL DIA DE PENTECOSTES DEL AÑO DE 1817.

Accipietis virtutem supervenientis Spiritûs Sancti in vos, et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæâ, et Samariâ, et usquè ad ultimum terræ.

Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que bajará sobre vosotros, y daréis testimonio de mí en Jerusalen, en toda la Judea, en la Samaria, y hasta en los confines de la tierra. *Actas de los Apóstoles,* c. I. v. 8.

SEÑOR,

Cuando Jesucristo apareció en la tierra diez y ocho siglos hace, todas las naciones, así civilizadas como bárbaras, á escepcion de una sola, la de los Judíos, estaban sumerjidas en las tinie-

blas de la idolatría. Es cierto que la relijion pagana no era mas que un cúmulo de errores groseros, que no podian sostener el exámen de una razon ilustrada; mas sin embargo tenia á su favor cuanto era capaz de asegurarle al parecer para siempre el afecto y homenaje de los pueblos. Arraigada profundamente la idolatría por la costumbre, sostenida por el peso de la antigüedad, apoyada con toda la autoridad de las leyes, hermoseada con toda la pompa de las fiestas, con los encantos de la poesía, de los juegos y placeres del teatro, defendida por el celo interesado de los pontífices y sacerdotes de los falsos dioses, ¡cuan halagüeña era y cuan grata á esta naturaleza débil y corrompida, cuyas inclinaciones lisonjeaba! Al centro sin embargo de este caos de supersticiones y de vicios es adonde Jesucristo envia á sus discípulos á llevar la luz; y ante esas naciones descarriadas por los caminos de la mentira é iniquidad, es donde los Apóstoles

deben dar testimonio de la santidad, de la doctrina y de las maravillas de su Divino Maestro: *Eritis mihi testes usque ad ultimum terræ.* ¡Que asombroso designio el de mudar la relijion, las costumbres, los hábitos y usos del mundo pagano, y mudarlos por sola la predicacion de algunos hombres oscuros, sin mas patrimonio ni recomendacion que su ignorancia y rusticidad! ¡Que obstáculos tan poderosos! ¡que medios tan débiles para superarlos! ¡que aparente imposibilidad de un feliz éxito! ¡y que maravilla lograr tal empresa!

Que la relijion se estableció en medio de las naciones paganas con la mas asombrosa rapidez, y que aun ántes de la conversion de Constantino hizo inmensos progresos entre los diferentes pueblos conocidos entónces, y en particular en el centro de las provincias del imperio romano, es un hecho comprobado por los monumentos mas irrecusables de la antigüedad, tanto profana como cristiana: así es que

todos los apolojistas de la relijion que aparecieron en los primeros siglos han sentado esta maravillosa propagacion del Evanjelio, como un hecho asombroso, notorio y del que nadie dudaba, para dar á conocer que sus triunfos tan rápidos sobre el entendimiento y el corazon de los pueblos paganos descubrian en ella un poder del todo divino. No, no es posible ver en la fundacion del cristianismo una de aquellas revoluciones, hijas de las pasiones humanas, que de tiempo en tiempo cambian la faz de los pueblos.

Hagamos ver en este dia, aniversario del nacimiento de la Iglesia cristiana, que solo Dios ha podido fundarla; y manifestemos cuan frívolas son las esplicaciones de su establecimiento que han dado los incrédulos. Imploremos ante todo el Espíritu de luz y de verdad por la intercesion de aquella que le recibió en toda su plenitud: Ave Maria.

Sí, hermanos mios: el espectáculo mas prodijioso que presenta la historia del jénero humano desde su oríjen, es ver luchar la relijion cristiana en su nacimiento contra todos los errores y vicios reunidos, disipar con su luz las tinieblas del paganismo, hacer brotar las virtudes mas puras en el seno mismo de la corrupcion mas absoluta, burlarse de la sutileza de los sofistas, y de la ignorancia de la muchedumbre, y penetrando con solo las armas de la persuasion entre las naciones mas bárbaras lo mismo que entre las mas civilizadas, extender su imperio por todas partes á pesar de la resistencia de todas las preocupaciones, y de todas las pasiones desencadenadas contra ella, hasta sentarse por último triunfante con el emperador Constantino sobre el trono de los señores del mundo, despues de trescientos años de combates y de victorias. Pero ¿por que medios se verificó esta maravillosa mutacion? Sobre esto dirijirémos á los incrédulos un

raciocinio que en la sustancia es de San Agustin. ¿Queréis que la relijion se haya establecido por medio de los milagros referidos en nuestros libros sagrados y en los primeros monumentos de la antigüedad cristiana? ¿ó quereis que se haya establecido sin ellos? Elejid. Si Jesucristo, si sus Apóstoles y los primeros discípulos de estos obraron realmente estos milagros, ¿por que vacilais en humillaros ante una relijion que se os presenta marcada con un sello del todo divino? ¿Diréis acaso que estos milagros no son mas que fábulas? Con eso solo desquiciais todos los fundamentos de la historia, y os condenais á no creer ninguna de las relaciones históricas de la antigüedad; porque ¿donde hallaréis hechos mas testimoniados que los de Jesucristo y los de sus discípulos? Yo os concedo por un momento cuanto querais; pero si la relijion se ha establecido sin el auxilio de los milagros, os veréis obligados á confesar que solo su establecimiento es el mas grande de

todos. Por cualquier lado que consideremos la relijion, ya sea en la persona de los primeros que la anunciaron, ya en la doctrina que enseña, ó ya en la época en que apareció, hallarémos que todo estuvo contra ella desde su oríjen, y nada en su favor; de modo que á no estar sostenida por una mano enteramente divina, hubiera debido sucumbir y perecer.

He dicho primeramente que la relijion cristiana tenia contra sí á sus propios fundadores. Forma Jesucristo el plan de reformar el mundo pagano por medio de sus discípulos; ¿pero á donde irá á tomar los embajadores que debe enviar á los pueblos y á los reyes? ¿Los escojerá en el Senado de Roma, ó en el Areopago, en el Pórtico, ó en el Liceo, ó entre los Príncipes de la Sinagoga? Parecia que para una empresa tan estraordinaria se necesitaban hombres de un nacimieno ilustre, de una educacion distinguida, y á quienes las luces, el talento oratorio, y la esperiencia de

los negocios pudieran dar un grande imperio sobre el ánimo de los pueblos. Es siempre favorable para una doctriña ser anunciada por hombres de un órden superior, y puede esta extenderse á la sombra de un grande nombre: una alta reputacion de talento y de ciencia, puede imponer á la multitud y aun á los sabios; pero la ignorancia del doctor vilipendia su doctrina, y jeneralmente es vergonzoso ser discípulo de un maestro despreciado. Con todo, los enviados de Jesus no son ni doctores Judíos, ni filósofos hábiles, ni oradores eruditos, ni sabios versados en los secretos de la política; son hombres sin ciencia, sin educacion, sin crédito, sin riquezas, sin poder, y sin ninguna de aquellas ventajosas cualidades que seducen y arrastran los ánimos. Nosotros los cristianos vemos á los Apóstoles por entre diez y ocho siglos de veneracion y de homenajes tributados á su memoria, y los creemos revestidos de un poder sobrenatural para establecer

el Evanjelio; pero no reconociendo en ellos los incrédulos ningun don milagroso, es preciso considerarlos despojados de aquel brillo y de aquella gloria enteramente celestial que imprimia á su ministerio, segun nosotros, el sello mismo de la divinidad. ¿Y que son, reducidos á sus cualidades naturales? Hombres muy comunes, pescadores de profesion muchos de ellos, y sin conocer mas que su barca y sus redes, groseros é ignorantes como los que habitan las orillas de nuestros rios, ménos diestros tal vez y ménos astutos; he aquí sin embargo los que emprenden la conquista del mundo, la reforma de los pueblos paganos, y los que empezaron con el mejor éxito esta revolucion moral y relijiosa, que se ha perpetuado de edad en edad, de nacion en nacion, y que aun continua todos los dias. Confesemos de buena fe que hay en esto cierta cosa enteramente contraria á todas las ideas humanas.

Y no tratemos de alucinarnos con

falsos y ridículos paralelos; será ciertamente posible que reunidos algunos facciosos de la hez del pueblo consigan escitar una conmocion, formar una cuadrilla de sediciosos, ó cierta secta pasajera, libertina y feroz; ¿pero qué semejanza hay entre un suceso efímero, resultado de la violencia, del deleite y de todas las pasiones, y la conversion del mundo pagano, de tantas ciudades y pueblos opuestos en costumbres, en intereses y en lenguaje, verificada por hombres que combaten las pasiones en lugar de adularlas, y que léjos de usar de la violencia solo respiran paz y dulzura? Que con la copa del placer en una mano y la cuchilla homicida en la otra para derribar lo que no pueda seducir, forme Mahoma en rejiones sumidas en la ignorancia una relijion informe, grosera y voluptuosa, tampoco es mas que un suceso producido por causas humanas; y el imperio del falso profeta de la Meca solo es una prueba convincente de lo que puede, l.

injenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Pero, como observa Pascal, respondiendo muy exactamente á una objecion reproducida despues mil veces sin vergüenza: «Jesucristo y Mahoma tomaron «rumbos y medios tan contrarios, que «supuesto el triunfo de Mahoma, de«bió frustrarse el plan de Jesucristo, y «perecer el cristianismo á no haber si«do sostenido por un poder totalmente «divino (1).»

Tuvo pues el cristianismo contra sí en su nacimiento á sus propios fundadores: hombres ignorantes y despreciables en la apariencia, y á quienes naturalmente debia desechar un mundo soberbio y desdeñoso.

He dicho en segundo lugar que tenia contra sí su propia doctrina. Familiarizados hoy nosotros por las impresiones de la niñez, de la educacion y de la costumbre con la doctrina cris-

(1) *Pensées*, chap. XVII, n. 7.

tiana, con sus misterios, su moral y sus prácticas, y viéndola rodeada de los homenajes de tantos siglos y de tantas naciones, no podemos conocer á fondo cuan repugnante debió parecer en su oríjen; es necesario para esto trasladarse con la imajinacion á la época en que fué anunciada por primera vez. La relijion se presentó entónces á los hombres con dogmas incomprensibles, de que se resiente una razon altiva y curiosa; que se separaban de todas las ideas universalmente recibidas, y que atacaban de frente las creencias y preocupaciones mas arraigadas en todo el mundo. Los Judíos esperaban un Mesías de gran poder y ostentacion, acomodando las profecías á sus ambiciosos deseos y esperanzas; mas he aquí que se les anuncia un Mesías pobre, crucificado, y condenado á muerte por el supremo consejo de la nacion, por los sacerdotes y doctores de la ley: ¡que doctrina esta para ellos!

¡Pero cuanto mas repugnante aun

debió parecer á los paganos! Su relijion era cómoda, halagüeña y voluptuosa: era la relijion de sus padres, la de su patria, la de su niñez, la de sus majistrados, la de la autoridad pública, en fin, la del mundo entero: y ved ahí que unos desconocidos pretenden destruir todos los objetos de su culto y de sus adoraciones, derribar sus altares, abolir sus fiestas y solemnidades, y separarlos de sus costumbres y de sus antiguas creencias, para ellos tan encantadoras: ¿y esto para qué? para hacerles recibir una relijion de privaciones y de sufrimientos, una relijion que los expone á la pérdida de su libertad, de sus bienes, y de su vida, y para hacerles adorar á un personaje condenado á muerte en la Judèa. ¡Habria una cosa mas repugnante á sus ojos! ¿Cual es pues esa fuerza irresistible que ha podido triunfar entre los paganos de todas las oposiciones de la naturaleza? El mundo idólatra estaba acostumbrado á vivir sin mas regla que sus deseos; sus pasiones

eran sus dioses; y las inclinaciones mas desarregladas de la naturaleza, así como los vicios que estas inspiran, no eran para los paganos mas que placeres inocentes, cuando de repente se presentan unos reformadores sin autoridad, exijiéndoles el sacrificio de los objetos que mas aman; y pretendiendo arreglar en un todo sus discursos, sus acciones, y hasta sus pensamientos: ¡con cuanta violencia no debió sublevarse naturalmente el corazon contra un yugo tan duro y tan insoportable á su debilidad!

Ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á sus enemigos, manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta el punto de evitar la murmuracion, desinteresado hasta preferir la indijencia á la injusticia, casto hasta el estremo de condenar el pensamiento detenido, y fiel á la ley hasta morir por ella; todas estas eran virtudes que el paganismo apénas conocia en teoría, y mucho ménos en la práctica; virtudes que los sabios no alcanzaban á inspirar

y que el Evanjelio hizo brotar en el centro mismo de las ciudades mas depravadas del imperio romano, tanto en las rejiones mas incultas como en las mas civilizadas, hasta hacerlas comunes y populares. No busqueis, no, en aquellos tiempos de la antigüedad cristiana, á los discípulos del Evanjelio en aquellas fiestas tumultuosas y licenciosas de Baco, ni en los templos y bosques consagrados á los placeres lascivos; tampoco en aquellos circos donde corrian arroyos de sangre humana para diversion de un pueblo bárbaro, ni en los teatros en que se celebraban el amor profano y las pasiones criminales: los idólatras convertidos al Evanjelio parecen haber mudado de naturaleza, y son ya hombres nuevos. ¿Y como pudo el mundo pagano, despertando de la larga embriaguez de las pasiones y de los placeres, prestarse dócil á llevar el yugo de las máximas cristianas? Aquí podemos decir con Bossuet (1): «La Cruz

(1) I^er^ Serm. *pour l'Exalt. de la Croix*, I^er^ p.

«ha triunfado de los corazones, y ten-
«go por mas glorioso haber conseguido
«tan hermosa victoria, que haber cam-
«biado el órden del universo, porque
«nada veo en el mundo mas indócil,
«mas fiero ni indomable que el cora-
«zon del hombre.»

Ved pues que la relijion tenia contra sí su propia doctrina; y que siendo humillante para el entendimiento, y repugnante al corazon, debió, segun el órden natural, ser rechazada por la soberbia y por la sensualidad.

He dicho en tercer lugar, que tenia tambien contra sí la época misma en que apareció en el mundo. Si el cristianismo hubiera sido anunciado en tiempos de ignorancia y de barbárie, no hubieran dejado los incrédulos de aprovecharse de esta circunstancia para esplicar su establecimiento y sus vastas conquistas en el seno del paganismo; pero es notorio que apareció en el siglo de Augusto, en una época en que las luces ilustraban la Europa y el Asia; y en

que se habia jeneralizado mas que nunca la aficion á las ciencias, á las letras y á las artes. ¡Que no debia pues temer la relijion, y que combates no tuvo en efecto que sostener de parte de aquella multitud de filósofos, de retóricos y eruditos diseminados por todo el oriente y el occidente! Si despues de diez y ocho siglos de gloria y de triunfos que deberian, al parecer, poner la relijion cristiana al abrigo de todo insulto, se han visto en nuestros dias armarse y sublevarse contra ella lejiones de sofistas, ¡que esfuerzos no debieron hacer para destruirla en su nacimiento injenios mas orgullosos y mas esclavos de sus pasiones!

Para hacernos creer que los tiempos en que nació la relijion le eran favorables, se alega que la idolatría estaba en decadencia, que los pueblos propendian secretamente á abandonarla, y que los filósofos estaban mas desengañados que nunca; pero la historia desmiente plenamente esta observacion no

ménos inconsiderada que quimérica. Se dice que el paganismo iba ya declinando; pero la historia atestigua, que durante los tres primeros siglos de la era cristiana todos los emperadores romanos, sin escepcion, profesaron y defendieron la idolatría; como la relijion pública del estado; que durante estos tres siglos fueron perseguidos los cristianos por su aversion al paganismo; y que durante ellos fueron tratados como impíos, y acusados de irritar á los dioses por la desercion de su culto, y de atraer de este modo sobre el imperio las calamidades que le asolaban. Se dice tambien que los filósofos estaban desengañados de la idolatría; es cierto que no creian en ella al modo que el vulgo; pero llevaban la máxima de respetar los cultos establecidos, y de no tocar las supersticiones de la plebe, participasen ó no de ellas. Unos hacian una mezcla ridícula de judaismo, de cristianismo, y de fábulas paganas, y otros como los Celsos, los Julianos, los Porfirios, y los

Hiérocles, apuraron contra el cristianismo todos los recursos de su ciencia y de su talento. ¡Que esfuerzos no hizo Juliano, despues de su apostasía, para aniquilar la relijion de Jesucristo, y restablecer la de los dioses del paganismo! ¿Y quien ignora que halló una multitud de sofistas, que en vez de manifestarse desengañados, coadyuvaron con todo su poder á su empresa?

Es preciso tambien detenerse en una observacion decisiva: una cosa era para los filósofos reconocer la nulidad de los ídolos y de las creencias populares, y otra abrazar el cristianismo. Despues del reinado de Augusto hubo en las costumbres cierta molicie, cierta degradacion en las almas, y se introdujo en las escuelas de la filosofía un espíritu de soberbia, de impiedad y de epicureismo que estaba muy léjos de ser favorable á la sencillez, á la santidad y severidad de la doctrina evanjélica; y el filósofo podia muy bien no ser idólatra sin que por eso quisiese hacerse

cristiano. Muchas veces el salvaje resiste ménos el Evanjelio que el erudito indiferente: la sencillez del ignorante es mas accesible á la verdad que el orgullo del sofista; mas cuando la corrupcion de un injenio presuntuoso está fortificada por la del corazon, ¿que obstáculo no opone á la creencia de las sublimes verdades que sujetan la razon y que no transijen con pasion alguna! Sí, hay una distancia inmensa entre una idolatría ménos grosera que la del vulgo, y el cristianismo abrazado y practicado hasta el punto de morir por él; y el haber pasado de un estremo á otro los sabios mismos, los majistrados, los ricos y acomodados del siglo á la voz sola de algunos Judíos oscuros y despreciados, es cosa que asombra, y que nunca se esplicará por causas puramente humanas.

Confesemos pues que la relijion cristiana no halló los medios de establecerse ni en las luces de sus fundadores, ni en los atractivos de su doctrina, ni en

las circunstancias de los tiempos de su oríjen, y que nada tuvo á su favor de cuanto hace prosperar las empresas humanas: al contrario, las preocupaciones del entendimiento, las pasiones del corazon, la fuerza de la costumbre, la autoridad del ejemplo, y la política de los gobiernos, todo estuvo contra ella. ¿Pues como ha podido establecerse? Se necesitaba para ello, ó milagros, ó cierto impulso secreto en las almas, dado por aquel que llaman nuestros libros sagrados el *Padre de las luces* y el *Dios de las virtudes*. El Evanjelio ha triunfado del mundo pagano, y este solo triunfo es un monumento eterno de su divinidad.

Pero para convenceros mas y mas, demostremos cuan frívolas son las esplicaciones de su establecimiento que han dado los incrédulos.

Nada han perdonado estos para oscurecer la gloria que resulta al cristianismo de su maravilloso establecimiento. Ya nos hemos anticipado á algunas

de sus fútiles observaciones; pero conviene al triunfo del Evanjelio examinar todavía mas las esplicaciones que los incrédulos pretenden dar de su asombrosa propagacion. Nos dicen que el Evanjelio debió por sola su novedad escitar vivamente la curiosidad pública y atraerse partidarios: que habiéndose apoderado en los primeros momentos un entusiasmo inconsiderado de algunos espíritus exaltados, se difundió bien pronto por todas partes: que una vez establecida en algunos puntos la secta de los cristianos, debió sus rápidos progresos al fanatismo, y sus virtudes al espíritu de partido; y que no podia dejar de ser así en vista de las terribles amenazas y de las magníficas promesas de la vida futura de que iba acompañada la predicacion del Evanjelio: tal es el lenguaje de la incredulidad: ¡vano recurso para esplicar lo que es inesplicable por solas causas humanas! Prosigamos.

Yo no ignoro que la novedad tiene

por sí misma cierto atractivo; pero tambien sé que una doctrina, aunque nueva, no logra fácilmente prosélitos sino en cuanto es conforme con los gustos é inclinaciones de aquellos á quienes se anuncia. El corazon adopta gustoso lo que le halaga, pero se rebela contra las máximas que sujetan sus inclinaciones: ¿queréis ganaros á la muchedumbre? Adulad sus inclinaciones; pero si quereis atraeros su odio y aversion, combatid sus vicios. La mentira no agrada sino cuando adula; podrán en algunos momentos arrebatarnos las bellezas de una moral pura, pero jeneralmente solo se la ama en la especulativa, y cierta propension nos escita á desecharla en la práctica, y á quererla mucho mas en los otros que no para nosotros mismos: es muy fácil ser crédulo en las cosas indiferentes que ninguna obligacion imponen; pero las máximas que piden sacrificios costosos hallan siempre en el corazon una secreta resistencia. Es cosa muy natural, y aun

muy comun, que hombres ansiosos de novedades se dejen llevar de aquellas que de sí son halagüeñas y cómodas y que prometen la licencia y la impunidad; pero que abracen sin motivo ni exámen, y á pesar de todas las preocupaciones y pasiones, y aun contra sus mismos intereses, una relijion que los obliga á practicar la virtud mas pura, y los expone continuamente á nuevas penas y nuevos riesgos, es una especie de seduccion de que no hay ejemplo.

Se quisiera no ver en la conversion de los paganos al Evanjelio mas que el efecto de un cierto entusiasmo inconsiderado; de este modo, y segun los incrédulos, hubiera sido preciso que una especie de delirio relijioso hubiese arrastrado á los paganos á abandonar á la sola voz de unos cuantos Judíos una relijion tan agradable y cómoda como la suya para abrazar otra tan opuesta á todas sus inclinaciones como es el cristianismo: era preciso que este delirio se hubiese apoderado no solo de

algunas ciudades, y de algunas otras poblaciones, sino tambien de todas las provincias del imperio romano, de los pueblos civilizados y de los bárbaros, así como de rejiones las mas encontradas en costumbres, en carácter y en lenguaje; que este delirio hubiese conmovido no solo algunas cabezas de las mas exaltadas, sino tambien los ánimos mas pacíficos, la juventud y la vejez, al majistrado y al pueblo, á los sabios y á los ignorantes; que no se hubiese limitado solamente á un corto número de años, sino que hubiese durado por tres siglos enteros; y por último, que este delirio hubiese terminado en purificar las costumbres y destruir las supersticiones impuras y crueles; en hacer á los hombres mas ilustrados y mejores, y en formar en todas partes padres mas virtuosos, hijos mas sumisos, esposos mas fieles, señores mas justos y majistrados mas íntegros. Nadie ignora el homenaje que Plinio el Jóven tributó en su famosa carta á Tra-

jano (1) á las virtudes de los cristianos de su tiempo. Ciertamente un delirio que reune todos estos caractéres y que rejenera de este modo á la especie humada, es muy parecido á la mas sublime sabiduría; y ya lo veis: la tacha de delirio recae ménos sobre los primeros cristianos que sobre sus acusadores.

Se atreven á calificarlos de fanáticos; pero los fanáticos son en algun modo sombríos y feroces; su celo es violento y sanguinario, y el hierro y el fuego son los medios de realizar sus empresas y conquistas; proyectan venganzas y atentados en nombre del cielo, y los ejecutan y consuman por conciencia y sin remordimientos: he aquí el fanatismo, ó es preciso convenir en que no nós entendemos al usar de esta palabra; ¿y quien puede reconocer semejantes rasgos de un negro furor en los primeros fieles, en aquellos que no respiraban mas que paz, caridad y olvido de las

(1) *Epist.* lib. X. Ep. XCVII.

injurias, y que solo sabian padecer y morir perdonando á sus verdugos? Eran sin duda alguna celosos por la propagacion de la fe; es cierto que no miraban con indiferencia los errores y vicios del paganismo, y que estaban por el contrario dispuestos á sacrificarlo todo, hasta la vida si era necesario, por conquistar almas á Jesucristo; pero no conocian otras armas para extender su imperio que las de la persuasion, de la paciencia y de la súplica; y sabian derramar su sangre, pero no la de sus enemigos. ¿Se ve acaso en su conducta alguna cosa que indique ira ú odio? ¿Inmolaron acaso á algunos paganos á su relijion por espíritu de fanatismo? ¿Procuraron por ventura la ruina de alguno de los Césares sus perseguidores? ¿Recorrieron acaso algunas provincias con la espada en la mano para establecer el reino del Evanjelio? Nada de esto se lee en los anales de los tres primeros siglos de la Iglesia, únicos de que hablamos al presente, y aquí yo no

veo fanatismo mas que en el ciego encono de sus detractores.

Pero ya que no puedan dejar de admirar las virtudes de las Iglesias nacientes intentan esplicarlas y disminuir el mérito de ellas, atribuyéndolas al interes que tenian los cristianos en adquirir reputacion, en ganarse la estimacion pública, y en una palabra, á la influencia del espíritu de partido; pero á la verdad, ¿hay cosa mas vaga ni mas insignificante? El espíritu de partido da virtud solo en la apariencia, pero no en la realidad: puede, sí, reformar alguna vez el exterior de los hombres; pero no muda su corazon sino que les deja todo su orgullo, y no hace mas que ocultar las pasiones bajo de una máscara que suelen quitarse frecuentemente para manifestarse á las claras y con todos sus escesos. El espíritu de partido puede inspirar alguna accion brillante y algunos sacrificios pomposos; pero solo una relijion sincera puede inspirar la fidelidad constante á los deberes

mas oscuros, y hacer practicar aquella série de acciones sencillas y modestas de cada dia y de cada momento; el espíritu de partido puede hacer fariseos; pero no hará un Vicente de Paul, y por mas que se disfrace queda siempre tal como es en sí, turbulento, áspero, vengativo y sedicioso; ¿y quien ignora que los cristianos de las primeras Iglesias eran por el contrario los mas afables, los mas caritativos y los mas pacientes de los hombres, los ciudadanos en fin mas sumisos y mas fieles? Confesemos en obsequio de la verdad que una santa emulacion por el bien los animaba incesantemente, y que procuraban alentarse y edificarse unos á otros con buenos ejemplos. Si esto es lo que se quiere llamar espíritu de partido ¡loor eterno á tal espíritu de partido, que pobló el mundo de virtudes hasta entónces desconocidas! Ojalá que por espíritu de partido se hubiesen mostrado nuestros incrédulos como modelos de modestia, de desinteres

y de sumision á las leyes, de respeto á las instituciones de su patria y de adesion al trono; y ojalá que por todas partes hubiesen formado discípulos que siguiendo sus huellas por espíritu de partido, hubiesen presentado la imájen de las mas puras y heróicas virtudes: entónces á lo ménos, en lugar de ser conocida la incredulidad moderna por solo sus estragos, podria vanagloriarse de haber hecho algun bien á la humanidad.

No hay duda que cuando, á la voz de los discípulos del Salvador entraban á bandadas los paganos en la iglesia cristiana, y cuando se exponian á todos los peligros, al odio de sus deudos, á la persecucion de los majistrados, y á la pérdida de sus bienes, de su tranquilidad y de su vida, estaban animados por la esperanza de recibir algun dia la recompensa de tantos y tan jenerosos sacrificios. Pero pregunto yo ahora: ¿de donde pudieron adquirir los Apóstoles y sus discípulos ideas tan sublimes,

tan puras, tan firmes y tan fijas sobre la vida futura, acerca de la cual estaban tan vacilantes los filósofos? ¿De donde vino á unos cuantos judíos oscuros el poder de imprimir tan profundamente esta doctrina en el ánimo de los pueblos, y aun en el de un gran número de sabios, de voluptuosos y de ricos criados en el paganismo? ¿No es pues una cosa asombrosa que unos ignorantes hayan escedido á los mejores injenios de Roma y de Aténas?

Contestando ahora directamente á los que quieren atribuir la propagacion del Evanjelio al efecto que debia producir en los ánimos la perspectiva de sus amenazas y promesas, diré que una vez convencido el hombre de la verdad del cristianismo, y creyendo sinceramente en su doctrina y sus máximas sobre la vida futura, puede sentirse afectado y conmovido por esta idea; pero tambien diré que los qne no creen en el cristianismo se rien de sus promesas y de sus amenazas, como lo

hacen nuestros incrédulos que forman de ellas un objeto de irrision. La primera idea de los paganos debió ser la de mofarse de los Apóstoles y de su doctrina, sin que la esperanza ó el temor de una vida futura les causasen mas impresion que sus fábulas sobre la felicidad de los campos eliseos y sobre los suplicios del Ténaro. Así es que Tertuliano, nacido en el paganismo, decia despues de su conversion al Evanjelio: «Nosotros (1) tambien, nosotros nos «hemos burlado como vosotros de la «doctrina cristiana: los hombres no «nacen cristianos: se hacen tales.» Nosotros tambien tenemos derecho de preguntar como se han hecho cristianos los paganos, y á esto nos contestará San Atanasio (2): «Los filósofos con sus «obras voluminosas no han podido per-«suadir sus dogmas sobre la inmortali-«dad del alma, y sobre el modo de vi-«vir bien, mas que á un corto número

(1) *Apoloj.* cap. 18.
(2) *De Incarn. Verbi*, n. 47.

«de discípulos, y Jesucristo con pala-
«bras sencillas, y por medio de unos
«hombres sin ciencia ha enseñado á
«una multitud de Iglesias, en todo el
«mundo, á despreciar las cosas tempo-
«rales y hasta la vida, para no apreciar
«sino las eternas.»

En vano procuran los enemigos del cristianismo sustraerse á la luz que le rodea, y que pone á la vista su orijen celestial: léjos de oscurecerse la gloria que resulta al Evanjelio de su maravilloso establecimiento en medio de las naciones paganas, permanece en todo su esplendor á pesar de los sofismas de la incredulidad. Debe pues ser reverenciada como obra de Dios esta relijion que hace catorce siglos es la de nuestra patria, que se sentó con Clodoveo en el trono de los Francos, que protejió Carlo-magno con toda la fuerza de su brazo poderoso, que honró San Luis con las mas heróicas virtudes, á la que tantos reyes han debido la prosperidad de sus reinados, ó su consuelo en sus

infortunios, y que aun vemos brillar hoy sobre el trono y en sus gradas con nuevo esplendor. ¿Y estará destinada á desaparecer de entre nosotros por nuestra sacrílega indiferencia? ¡Ah! no temamos por ella, temamos por nosotros mismos. La historia atestigua que siempre ha sabido reparar sus pérdidas con nuevas conquistas: es un sol que si cesa de alumbrar una rejion, es para iluminar otra: ¡desgraciados de nosotros si hiciésemos esta fatal experiencia! La relijion no necesita de la Francia; pero la Francia no puede subsistir sin la relijion. Pero no, no perecerá: el cielo que la ha salvado con tantos milagros, la salvará aun si es preciso con otros nuevos: los dones de Dios no llevan consigo el arrepentimiento, como dicen nuestros libros santos. El Dios de las misericordias parece habérnosla prometido para siempre al restituirnos los hijos de San Luis: sí, la relijion debe triunfar por ellos y con ellos. ¡Que âugusto apoyo no encuen-

tra en ese monarca que no en vano se titula el Rey Cristianísimo, que se honra de humillar ante la cruz sus elevados pensamientos, y de ser á los ojos de sus súbditos el primer servidor de aquel por quien reinan los reyes! Cristianos, cuando se nos dan ejemplos tan grandes de amor á la fe de nuestros padres por lo mas ilustre que hay en la tierra, ¿quien de nosotros no fundará su felicidad en imitarlos? ¡Feliz aquella nacion que encuentra sus modelos en sus señores, y que solo tiene que seguir sus huellas para llegar à la verdadera gloria en este mundo y en la eternidad!

CUESTIONES

SOBRE

LOS MÁRTIRES.

Si oigo á un cristiano versado en la historia de los primeros tiempos de la Iglesia, y celoso por la gloria de la relijion, me dirá: ¡que furor el de aquellos Emperadores romanos, el de aquellos majistrados y de aquellos paganos enemigos encarnizados de los discípulos del Evanjelio! Por tres siglos enteros no deja de correr la sangre de los cristianos. Los Nerones, los Domicianos, los Decios y Dioclecianos emplean contra ellos todos los suplicios de la crueldad mas refinada: cruces, potros, hogueras, garfios, hasta las garras de las fieras, todo, todo se pone en práctica para atormentarlos. Si algunos

decretos favorables de la autoridad imperial producen algunos intervalos de paz, parece que el fuego de la persecucion no se mitiga sino para volverse á inflamar con mas furia; y tres siglos de nuestra historia, son tres siglos de persecucion; pero ¡que valor! ¡que heroismo el de los cristianos! El brazo de los verdugos se cansa ántes que la constáncia de los mártires. ¡Que multitud de inocentes víctimas caen por todas partes, bendiciendo á sus asesinos! Se los puede atormentar, pero no se los puede vencer. Sus suplicios son el aliciente que atrae á los paganos á la relijion; la sangre de los mártires es semilla de cristianos; y la guadaña que los arrebata, hace brotar otros nuevos. ¡Cuan maravillosa no es tanta fortaleza y magnanimidad! y esto no en el acceso de una efervescencia pasajera, sino por espacio de trescientos años: no en determinados puntos del globo, sino en todas las provincias del imperio romano: no en algunos particulares, cuya

educacion, cuyas fuerzas naturales y cuya clase parecian hacerlos superiores á la debilidad del resto de los hombres, sino en una multitud de cristianos de todas edades y de todos estados, desde la adolescencia á la vejez, y desde el guerrero hasta el sexo mas tímido. Y ¿de donde nacia este heroismo tan superior aun á lo mas sublime que nos presenta en esta clase la antigüedad pagana? Al ver yo tanto valor unido á tantas virtudes, creo haber descubierto verdaderos sabios, y aplaudo el testimonio que San Cipriano tributaba á todos los cristianos diciendo: «No «somos filósofos de palabras, sino de «obras: no llevamos las insignias de la «sabiduría, pero la practicamos: no de«cimos cosas grandes, pero procuramos «hacerlas.» *Non loquimur magna, sed vivimus* (1). Confieso que este espectáculo de un valor invencible y de las mas puras virtudes me arrebata de admira-

(1) *De Bono patientiæ*, páj. 247.

cion: yo entreveo en esto alguna cosa divina, y hallo en ello una fuerza que no procede del hombre. Si los partidarios de la supersticion pudieran conocerse por señales tan sublimes, ¿cuales serian entónces los caractéres que distinguirian á los secuaces de la relijion verdadera? Así habla un cristiano.

Si en seguida oigo sobre el mismo asunto á un incrédulo me dirá: Los cristianos ponderan mucho sus mártires, como si todas las relijiones no presentasen semejantes ejemplos: el Judío tambien se dejaria todavía degollar por la ley de Moises, y el Indio se arroja debajo de las ruedas del carro que lleva en triunfo sus ídolos. Todas las sectas cristianas no profesan la verdad, puesto que profesan dogmas opuestos; y sin embargo desde los donatistas del quinto siglo, hasta los reformadores del diez y seis, todas pueden gloriarse de haber tenido sus mártires. ¿Que no puede una imajinacion inflamada por los sentimientos relijiosos! Pero por úl-

timo, ¿á que se reducen vuestras persecuciones de los primeros siglos? Los escritores eclesiásticos han cargado el cuadro con los colores mas negros, y la credulidad repite lo que ha sido desfigurado por la preocupacion y el espíritu de partido. ¿Que reconvencion teneis que hacer á un Trajano, á un Antonino, á un Marco Aurelio, á un Adriano, á un Alejandro Severo y á otros emperadores? ¿Os imaginais á los señores del imperio como unas fieras sedientas de sangre? El mismo Diocleciano era demasiado hábil en el arte de reinar, para no ser mas que un mónstruo de ferocidad. Los cristianos eran desobedientes á las leyes: mas de una vez provocaron la venganza de ellas con sus insultos á los dioses y á la relijion del imperio; y odiosos al pueblo que pedia su sangre, fueron muchos, si se quiere, sacrificados por política. En esto no hay triunfo alguno que alegar; y en todo caso, si fuese preciso reconocer en el valor de los mártires alguna

cosa estraordinaria, todo se esplicaria con estas dos palabras, *superstición, fanatismo.* De este modo han hablado los filósofos del siglo diez y ocho.

¿A quien, Señores, deberémos creer, al cristiano, ó al incrédulo que acabais de oir? Discutamos con la mas severa imparcialidad cuanto en esta materia puede haber á favor y en contra, y no fallemos, sino despues del mas premeditado exámen. ¿Cual es el asunto de que se trata? ¿En que estan acordes ambos partidos; y en donde empieza su division? Que en la primera edad del cristianismo se suscitaron persecuciones contra él; que en estas perdió la vida un gran número de cristianos, y que estos mártires sufrieron la muerte con un valor asombroso, son hechos en que ámbas partes convienen; por consiguiente lo que debe aclararse en la materia es la duracion y violencia de las persecuciones, el número é inocencia de los cristianos sacrificados, y la gloria que puede resultar de su muerte

á la relijion. Al efecto propondrémos las tres cuestiones siguientes: Primera, ¿Es cierto que las persecuciones suscitadas á la Iglesia en los tres primeros siglos han sido tan multiplicadas y crueles como lo suponen los cristianos? Segunda, ¿Que es lo que nos refiere la historia en cuanto al número de los mártires, á las causas y circunstancias de su muerte? Tercera, ¿Que utilidad pueden sacar de la historia de los mártires los apolojistas de la relijion cristiana? Esta es la materia de la presente Conferencia.

No intento, Señores, cansar vuestra imajinacion con la descripcion circunstanciada de los suplicios sangrientos é inauditas crueldades que presentan en cada pájina los anales de la Iglesia primitiva; pero siempre deberé referir lo que sea necesario para sentar de un modo incontestable la larga duracion y barbárie de las persecuciones; y por lo que diga podréis sin dificultad suponer lo que callo. Para facilitaros, si fuese preciso, su creencia, y escudaros contra la

inverosimilitud de aquella série de escenas crueles, de que fué teatro el mundo cristiano, me bastará recordaros las circunstancias en que apareció la relijion cristiana, cuales fueron sus máximas, y cuan sanguinarias eran á la sazon las costumbres del pueblo romano.

Tenia el imperio sus dioses, sus templos, sus sacrificios y su relijion pública; y estaba apoyado el paganismo en las leyes, en la autoridad de los Emperadores y de los majistrados, y en la credulidad y usos del pueblo: cuando he aquí que los cristianos se presentan profesando abiertamente una relijion nueva, y calificando la establecida como una supersticion abominable. Su primera obligacion era huir de los templos de los ídolos, manifestarse opuestos en sus discursos y conducta á los paganos; y abominar todo lo que era objeto de la pública veneracion; por solo esto era natural que se sublevase contra ellos el mundo pagano. Así es que el filósofo no veía en los secuaces

de un Dios crucificado mas que una secta estravagante y ridícula, el majistrado unos novadores peligrosos, el pueblo unos impíos enemigos de los dioses, y los sacerdotes de los ídolos unos temibles rivales: imputánseles los crímenes mas horrendos, y se los acusa de ateos, porque no adoran los falsos dioses: si en sus reuniones relijiosas se dan muestras de una caridad enteramente fraternal; se les atribuyen amores incestuosos; y si participan del pan eucarístico se los acusa de infanticidios, y de renovar el banquete de Thyestes. Estas son las acusaciones que se vieron precisados á rechazar Justino, Atenágoras, Tertuliano, Oríjenes y Minucio Felix. Espárcense estas calumnias, y se les da crédito en todas las provincias del imperio: ¿y como disiparlas una vez establecidas y arráigadas? No solamente dominan estas preocupaciones al pueblo, sino que se apoderan tambien de los sujetos mas instruidos y de mas consideracion. Suetonio elojia á Neron por

por haber condenado al último suplicio á los cristianos, «cierta clase de hom«bres entregados á una nueva supersti«cion maléfica:» *genus hominum superstitionis novœ, et maleficœ* (1). Tácito en sus *Anales* (2) los pinta como hombres detestados por sus crímenes y convencidos de estar odiados del jénero humano. En efecto, por todas partes se les considera como enemigos irreconciliables de los dioses y del estado; y si alguna plaga, como la peste, la hambre ó las inundaciones desuelan las provincias, se les atribuyen tambien estas calamidades. En vista de esto ¿que aborrecimiento no se les tendria? ¿Y es estraño que se hubiese armado contra ellos todo el furor de las pasiones?

¡Cuanta no era ademas la ferocidad del pueblo romano! ¿y no deberia complacerse en hacer correr la sangre

(1) Suet. *in Neron.* cap. 16.
(2) Lib. XV. cap. 44.

cristiana una jente cuyas fiestas eran asesinatos? ¿Hubo acaso entre los emperadores romanos alguno mas afable y clemente que Tito? Sin embargo este mismo Tito para celebrar en Cesarea de Palestina el aniversario del nacimiento de su hermano, ordenó fiestas públicas en que se vió perecer á mas de dos mil y quinientas personas, ó devoradas por las fieras, ó consumidas por el fuego, ó muertas en los combates de los gladiadores; y su humanidad no le impide cuando celebra en Berito los dias de su padre Vespasiano entregar millares de Judíos para ser devorados por las fieras (1). En vista de tal preocupacion contra los cristianos, y tales costumbres entre los romanos, ¿estrañarémos lo que nos dice Oríjenes en una de sus homilias (2): «El senado, el «pueblo, los emperadores romanos han «decretado que no haya cristianos?»

(1) Josefus. *De Bello Jud.* libro VII., cap. 3.
(2) *In lib. Josue.* Hom. IX. n. 10.

Perc huyamos de toda exajeracion, y no altere la fantasía con falsos colores la verdad de la historia: consultemos los monumentos de la antigüedad, así profana como sagrada. ¿Que escritor eclesiástico, apolojista, historiador, orador ó teólogo de los cinco primeros siglos ha dejado de referir en sus obras las persecuciones de los cristianos, de elojiar el valor de los mártires, y los triunfos de la Iglesia? Todos, aun viviendo en diferentes épocas y en distintos puntos, en Asia, en Africa, en Italia, en làs Galias, todos estan acordes en esto. ¿Que hacen San Justino, Tertuliano, Atenágoras, Oríjenes, Teofilo de Antioquía, Meliton de Sardis y Minucio Felix en sus apolojías? No solo establecen la verdad de la relijion, sino que vindican á los cristianos de las atroces calumnias de sus enemigos, lamentándose sobre todo de que no se cese de perseguir á unos inocentes, cuyos delitos se reducen á su nombre de cristianos. ¿Que decia San Cipriano á

Demetrio, Procónsul de Africa (1)? «Des-«pojais, encarcelais y cargais de cade-«nas á inocentes; los entregais sin pie-«dad á las fieras, á las llamas, y á la «cuchilla de los verdugos: os compla-«ceis en prolongar sus suplicios, y una «injeniosa barbárie inventa nuevos tor-«mentos: ¿que rabia insaciable es esa, «y de donde puede nacer ese desen-«freno de crueldad que os arrebata?» *Quæ hæc est insatiabilis carnificinæ rabies; quæ inexplebilis libido sævitiæ?* ¿Quien tampoco mas sabio ni mas inmediato á los hechos que Eusebio, historiador eclesiástico del siglo IV? ¿y hay uno solo de los diez libros que forman su *Historia*, en que no hable de las persecuciones suscitadas bajo del reinado de diferentes emperadores? Lactancio escribió un libro titulado *de la muerte de los perseguidores*, en el que nombra á seis emperadores enemigos encarnizados de la Iglesia cristiana, cuyo trájico fin parecia ser efecto de la venganza

(1) *Ad Demetr.* pag. 229.

del cielo. En él describe mas particularmente las persecuciones de Diocleciano, de Maximiano y de Galerio, que fueron las mas largas y crueles de todas. ¿Y no vivió Lactancio en medio de los furores de la persecucion? ¿No fué uno de los mas grandes injenios de su siglo, y tan distinguido por sus talentos y virtudes, que el Emperador Constantino le llamó á su lado, y le confió la educacion de su hijo? Observemos por último que la conversion de Constantino el Grande fué celebrada precisamente como la época de la restitucion de la paz á las Iglesias, despues de las tempestades con que habian sido combatidas en los precedentes reinados. No eran pues hombres necios todos los escritores eclesiásticos, ni poseidos de un mismo delirio han soñado persecuciones que no existian.

¿Que nos dicen ademas los autores paganos? Oid á Tácito (1). El pasaje que cito es sin duda bien conocido, pero es

(1) *Annal.* lib. XV. cap. 44.

preciso por el interes de mi causa, que recuerde lo que dice relacion con mi asunto. «Se atribuyó á Neron ser el ver-«dadero autor del incendio de Roma; «mas él para sofocar este rumor pre-«sentó á otros como reos de este crí-«men, y castigó con suplicios muy ex-«quisitos á los que el pueblo llamaba «cristianos.... Se castigó primeramente á «los que confesaban serlo, y despues á «un gran número que se descubria por «la confesion de los primeros; pero «ménos como convictos de ser los au-«tores del incendio, que de ser abor-«recidos del jénero humano. Su muerte «se miró como una diversion: cubier-«tos unos con pieles de animales fue-«ron devorados por los perros, y otros «amarrados á estacas fueron quema-«dos para servir de luminarias durante «la noche. Neron cedió sus jardines «para este espectáculo, y aun él mismo «se presentó en traje de cochero, y su-«bió en un carro como en los juegos «del circo.»

Esparciano, en la Vida de Severo nos cuenta, que este Emperador prohibió bajo de las penas mas severas abrazar el judaismo y el cristianismo: *Judæos fieri vetuit; idem etiam de christianis sanxit* (1); y Lampridio, en su vida de Alejandro Severo, nos dice que propicio este Emperador á los cristianos, los dejó vivir en libertad: *Christianos esse passus est* (2): de donde se infiere que esta tolerancia no habia sido comun.

Sabemos tambien por Lactancio (3) que, aun en el reinado de aquel príncipe mas tolerante que otros, reunió Domicio Ulpiano, prefecto de Roma, en una obra titulada: *Obligaciones del Proconsul*, los rescriptos de los emperadores contra los cristianos, á fin de que el Proconsul supiese á fondo los diferentes suplicios con que se debia castigar á los que profesasen esta relijion. Calcúlese por la obra de este

(1) Spartian. in *Sever.* cap. 17.
(2) Lamprid. in *Alexand. Sever.* cap. 22.
(3) *Divin. Inst.* lib. V. cap. 11.

pagano, cual seria el odio que habia animado hasta entónces á los romanos contra el cristianismo.

Es bien terminante ademas el testimonio del sofista Libanio en su elojio de Juliano Apóstata: en él alaba á su héroe, porque persuadido de que el cristianismo habia tomado fomento en la carnicería hecha en sus secuaces, no siguió en este punto los pasos de sus predecesores, que habian empleado contra ellos los mas crueles suplicios.

¿Quereis un documento orijinal conservado por Eusebio? (1) Ved una carta del Emperador Maximino II. Enemigo este de los cristianos al principio, varió luego por política, y escribió á los gobernadores de las provincias que le obedecian una carta favorable á la relijion, pero que indica haber sido ántes horriblemente perseguida. Empieza en estos términos: «Creo que sa«beis, y que todos saben tambien, de

(1) *Hist. Eccles.* lib. IX, cap. 9.

«que modo Maximiano y Diocleciano, «nuestros padres y predecesores, habien- «do visto que casi todos los hombres «abandonaban el culto de los dioses «para hacerse cristianos, mandaron con «mucha justicia que se obligase por me- «dio de suplicios á volver á su reli- «jion á todos aquellos que la hubiesen «abandonado.» Ya veis, Señores, la conformidad en este punto de los autores, tanto paganos como cristianos.

Es cierto que en el largo periodo de tiempo que medió entre Neron y Constantino tuvo el imperio romano príncipes dignos de gobernar á los hombres; pero aun estos mismos, si no espidieron edictos sanguinarios contra los cristianos, dejaron subsistir y ejecutar los de sus predecesores, y toleraron con estrema debilidad los escesos cometidos por los gobernadores de las provincias, por los majistrados y el pueblo en aquellos tiempos de anarquía y disolucion, que preparaban la ruina total del Imperio. Trajano fué sin duda un

gran príncipe, y sin embargo fué el que condenó á S. Ignacio, obispo de Antioquía, á ser arrojado á los leones en el anfiteatro. Plinio, gobernador de Bitinia, aterrado de que se hiciese morir tanta multitud de víctimas inocentes, escribió sobre esto á Trajano: ¿pero cual fué la respuesta del Emperador? «Que no se debe pesquisar á los cristia-«nos; pero que si son delatados se los «debe interrogar, y castigarlos si con-«fiesan ser cristianos (1):» respuesta singular que solo podia producir delatores y mártires, que es lo que sucedió, segun refiere Eusebio.

Tampoco Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero fueron perseguidores bárbaros; y sin embargo á ellos es á quienes S. Justino se queja en su Apolojía de las inicuas persecuciones ejercidas contra los cristianos. A Marco Aurelio es á quien Meliton dirijia las palabras siguientes conservadas por Eusebio (2):

(1) Plin. *Epist.* lib. X, ep. 98.
(2) *Hist. Eccles.* lib. IV. cap. 26.

«¡Cosa inaudita! La inocencia es hoy «perseguida, oprimida en las provin«cias del Asia con motivo de nuevos «decretos: á la sombra de los edictos «imperiales trabajan noche y dia im«pudentes delatores, codiciosos de los «bienes ajenos para despojar de ellos á «los inocentes. Si todo esto se hace por «orden vuestra, ó gran Príncipe, de«bemos someternos y recibir la muer«te: solamente os pedimos que exami«neis por vos mismo á los que se acu«sa, y determineis con vuestra equidad «si deben morir, ó si los juzgais dig«nos de vivir; pero si los decretos con «que esto se autoriza, y que ni aun «contra los bárbaros deberian darse, no «son obra vuestra, no harémos mas que «suplicaros aun con mas instancia que «no permitais seamos víctimas de tales «atropellamientos.» Ahora podréis dar su justo valor á esas vagas aserciones de Voltaire en su Historia jeneral: de que Neron, Trajano, Antonino y Marco Aurelio no persiguieron á los cristia-

nos, y que al contrario les fueron favorables: por nuestra parte digamos con Bossuet (1): «Los cristianos fue«ron siempre perseguidos, tanto bajo «del dominio de los buenos como del «de los malos Emperadores. Estas per«secuciones se hacian unas veces por «órdenes suyas, y por el odio particu«lar de los majistrados, otras por la se«dicion de los pueblos, y otras en fin «por los decretos promulgados auténti«camente en el Senado en virtud de los «rescriptos de los príncipes ó en su pre«sencia.»

¿Y se podrá dudar aun de la realidad de las persecuciones de los primeros tiempos, de su larga duracion y de su barbárie? Cuando los hechos hablan tan claramente, ¿convendrá atenerse á vagas conjeturas é inverosimilitudes? Nuestros filósofos han acusado á los escritores eclesiásticos de haber exajerado el rigor de las persecuciones. ¡Ah!

(1) *Dictionnaire sur l'Histoire univers.* 1^ra^ p. A. de J. C. 95.

Esos mismos filósofos han sabido facilitarnos en nuestros dias la creencia, aun de lo mas bárbaro que presentan los tiempos antiguos de la Iglesia. ¡Cuantas escenas de horror han puesto á nuestra vista cosas que podrán no parecer mas que sueños! Algun dia tambien, cuando se lean ciertas pájinas sangrientas de nuestros anales, rehusará la posteridad darles crédito: notará que el siglo XVIII fué el siglo de las luces, de las ciencias y de las artes, y que las costumbres eran en él mas bien afeminadas que feroces: tal vez opondrá al testimonio de la historia algunas frases de los libros de nuestros filántropos, si es que llegan á ella, y preguntará como pudo conciliarse tanta cultura con tanta barbárie. Ya veis, Señores, como se engañarian nuestros nietos si raciocinasen de este modo; pues lo mismo nos engañaríamos nosotros en el dia si quisiésemos juzgar de las persecuciones únicamente por conjeturas y por supuestas imposibilidades. Las apariencias

podrian estar á nuestro favor; pero la verdad nos condenaria. Por desgracia cuando se trata de la perversidad de la especie humana, *lo verdadero* puede muchas veces *no ser verosímil.*

Pero ¿que es lo que la historia nos enseña como cierto relativamente al número de los Mártires, á las causas y circunstancias de su muerte? Esta es la segunda cuestion.

No es por los Martirolojios, ni por el Catálogo de los Mártires por donde se puede juzgar de su número. ¡Cuantas de estas relaciones deben haberse perdido en la série de los tiempos, y cuantos millares de víctimas pueden haber quedado en el olvido! Cuando una plaga destructora, tal como la guerra, la peste ó el hambre asuela las provincias de un vasto imperio, se puede muy bien calcular en globo la devastacion, y aun reunir los pormenores particulares; pero jamas se pretende haber formado un cálculo aritmético de todas las víctimas. No necesitamos *leyendas*

doradas, ni actas falsas que desaprueba la sana crítica; la relijion es por sí demasiado sólida para no despreciar tan vanos apoyos. Los enemigos del cristianismo le atacan con mentiras, nosotros pretendemos defenderle únicamente con la verdad. Es muy uniforme en este particular el lenguaje de los escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos; y siempre suponen en sus historias, en sus homilías, en sus apolojías y otros diferentes tratados, que las persecuciones sangrientas en estremo hicieron un sinnúmero de mártires: ¿y que derecho hay para recusar el testimonio de varones tan graves, tan ilustrados y tan eminentemente virtuosos, muchos de los cuales despues de ser testigos fueron víctimas de las persecuciones? En cuanto á los demas, como son S. Leon, S. Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Agustin, y Teodoreto, ¿no debieron tener á la mano y á la vista una multitud de monumentos verídicos y palpables de aquellos tiempos de destruccion y de mor-

tandad que acababan de pasar? Yo bien sé que Oríjenes dijo terminantemente que hubo pocos mártires, y que con este dicho cree la incredulidad haber triunfado; pero ademas de que Oríjenes escribió ántes de las persecuciones de Decio, de Valeriano y Diocleciano, que fueron las mas sangrientas, es evidente que quiso decir únicamente que el número de los mártires fué pequeño comparado con el de los cristianos que se salvaron: «no queriendo Dios, añade, que la «sociedad cristiana fuese del todo des-«truida (1).»

Creo deber entrar en algunos pormenores de la persecucion de Diocleciano, la mas larga y cruel de todas, y sobre la cual han esparcido los filósofos las nubes de su escepticismo. ¿Y quien debia conocerlos mejor que Eusebio y Lactancio, ambos contemporáneos? Oigamos pues á Eusebio (2): «Es impo-

(1) *Cont. Cels.* lib. III, n. 8.
(2) *Hist. Eccles.* lib. III. cap. 4.

«sible decir que multitud de mártires «hizo en todas partes la persecucion. *Dici non potest quot et quantos Christi Martires in omnibus locis atque urbibibus passim cernere liquerit.* Estas son sus palabras. ¿Que nos dice ademas Lactancio (1)? «Toda la tierra estaba cruel-«mente atormentada; y el Oriente y el «Occidente, á escepcion de las Galias, «fueron asolados y devorados por tres «mónstruos.» Fué tan espantosa en efecto la persecucion de Diocleciano y de sus colegas, que se persuadieron haber como destruido el cristianismo en el Imperio. «Vemos tambien, se dice en el «Arte de comprobar las fechas, una me-«dalla de Diccleciano con esta inscrip-«cion: *Nomine cristianorum deleto*, en «memoria de la abolicion del nombre «cristiano.» No trato de disputar á Diocleciano sus cualidades guerreras y políticas, ni la tolerancia de los primeros tiempos de su reinado: haya sido ó no

(3) *De Mort. Persec.* cap. 16.

hábil en el arte de gobernar á los hombres, siempre es cierto que él y sus colegas fueron perseguidores atroces. ¿Y no era preciso haber hecho correr rios de sangre, haberlo trastornado, dispersado y destruido todo en las borrascas de la persecucion para tener la osadía de vanagloriarse del exterminio de una relijion que ocupaba todo el imperio?

No sé que intencion habrá tenido Voltaire al decir: «se ha hecho mencion «de unos doscientos mártires en los úl«timos tiempos de Diocleciano, en to«da la extension del imperio romano.» Gibbon confiesa que hubo cerca de dos mil condenados por sentencia judicial.

Este mismo escritor conjetura que la Palestina formaba la décima sexta parte del imperio de Oriente, y que segun Eusebio en su enumeracion particular de los mártires de la Palestina, solo ochenta y dos cristianos tuvieron derecho á esta honrosa denominacion. Sí: este es el número de los que fueron condenados á muerte por sentencia judicial:

¿pero no debe hacerse ningun caso de los que jemian en las prisiones, de los condenados á las minas, dé los desterrados, de los que se ocultaban en las cavernas y peñascos de los desiertos, de los que padecieron tormento, y de los que perecieron víctimas de tan cruel trato? ¿De cuando acá se enumeran las víctimas que hace la guerra por solo el número de los que mueren en el campo de batalla?

Eusebio atestigua que en la Tebaida (1) se repitieron los dias en que padecieron martirio desde diez á cien personas á un tiempo; y á buen seguro que no impugnarémos los Franceses la posibilidad de tantos suplicios. Con objeto de debilitar este testimonio, observa Gibbon que Eusebio elijió para teatro de esta crueldad inaudita el pais mas aislado y lejano de todo el imperio. ¿Pero camina en esto de buena fe el sofista ingles? Eusebio debia estar

(1) *Hist. Eccles.* lib. VIII, cap. 9.

est, neque majore unquàm triumpho vicimus, quàm cum decem annorum stragibus vinci non potuimus (1). Así pues sin querer fijar con una exactitud matemática el número de los mártires, dirémos con Fleury (2): «Los cristianos han dado testimonio de la verdad hasta con la muerte, y con los «mas crueles tormentos; y esto no ha «sido un pequeño número de filósofos, «sino una multitud innumerable de todas edades, sexos y condiciones.»

¿Pero por que padecian? ¿era por ser cristianos, ó era por haber sido convencidos de algun crímen capital?

La filosofía ha procurado con todo esfuerzo calumniar á los cristianos, representándolos como sediciosos, ó como hombres arrebatados por un falso celo contra el paganismo; pero toda la odiosidad de semejante acusacion recae sobre los que se atreven á intentarla. Invocaré en favor de la inocencia de

(1) Sulp. Sever. *Sacr. Hist.* lib. II.
(2) II. *Discours sur l'Histoire Ecclés. n.* 2.

los mártires la carta de Plinio á Trajano, la contestacion de este príncipe, y el edicto de Maximino: todos estos documentos prueban que los cristianos únicamente eran perseguidos á causa de su relijion, como enemigos de los dioses y del culto de los paganos. Apelaré tambien á nuestros antiguos apolojistas, que todos suponen como un hecho averiguado, que los cristianos no fueron convencidos de ningun crímen, y que todo su delito era el de su relijion; y en esto se fundan para dar á conocer toda la iniquidad de las leyes y de los majistrados respecto á ellos. Apelaré tambien á los restos que nos han quedado de las actas auténticas de nuestros mártires. Léanse los interrogatorios: ¿de que se trata en ellos? ¿que pregunta el juez? ¿que responde el acusado? ¿en que se funda la sentencia? ¿se los condena acaso por haber cometido crímenes? No, Señores, jamas: si la voz de la calumnia hace resonar alguna vez la acusacion vaga de infanticidio ó de

incesto, ¿se da alguna prueba de ello? No, no es esto en lo que se funda la sentencia de muerte; no adorar á los dioses, y ser cristianos, este es todo su delito. Así es que bastaba renegar de su relijion para ser absuelto, y todas las persecuciones producian apóstatas, porque una simple negacion de la fe cristiana, ó un poco de incienso quemado ante los dioses de los jentiles, los salvaba de la muerte. ¡Y que! si los acusados hubieran sido convencidos de crímenes abominables, ¿les hubiera bastado no ser cristianos para evitar el suplicio que hubiesen merecido? Bien sé que algunas veces arrebató el celo á algunos cristianos; pero semejantes ejemplos son muy raros, pues no era este el espíritu de la relijion. Es un verdadero absurdo suponer que la causa de las persecuciones era únicamente el desprecio de los cristianos á las autoridades, y su espíritu de rebelion contra los majistrados. Lactancio nos dice que un particular arrancó é hizo pedazos

un edicto de persecucion mandado fijar por Diocleciano en Nicomedia; pero el mismo Lactancio, si bien ve en esto un rasgo de valor, añade tambien que fué un celo intempestivo, *non rectè* (1). Se cita á Polieucto rompiendo los ídolos de los falsos dioses; pero todo el injenio de Corneille no pudo hacer cierto lo que es dudoso: por lo tanto, si es constante que el jeneroso Polieucto derramó su sangre por la fe, no lo es que hubiese derribado los altares de los paganos; esta es una particularidad dudosa entre los sabios, y Gibbon conviene en que no es muy auténtica. Se cita á un centurion llamado Marcelo, que arrojando al suelo sus insignias militares y sus armas, dice que es cristiano, y que no quiere servir mas que al Rey eterno. Voltaire tiene por sediciosa esta conducta, y Gibbon no habla de ella de un modo mas favorable; pero ámbos han tenido la impu-

(1) *De Mort. Persec.* cap. 18.

dencia de alterar los hechos. En las actas del martirio de Marcelo, cuya autenticidad nadie ha negado, se leen estas palabras proferidas por él mismo: «Si «la condicion de las armas es tal que «obligue á sacrificar á los dioses y á «los emperadores, arrojo mi baston y «mi cíngulo, abandono mis banderas y «renuncio á las armas.» Aquí no se ve mas que un cristiano que no quiere ser apóstata, y que se presenta fiel á esta máxima: *mas vale obedecer á Dios que á los hombres*: pero en esto como en todo lo demas, Voltaire y Gibbon son fieles al espíritu de mentira y de calumnia que los anima contra el cristianismo.

Fleury en sus *Costumbres de los cristianos* dice las siguientes palabras (1). «Las reglas de la Iglesia prohibian el «exponerse por sí mismos al martirio, «ó hacer cosa alguna que pudiese irritar á los paganos y atraer la perse-

(1) N. 19.

«cucion; como romper sus ídolos, in«cendiar los templos, injuriar á sus dio«ses ó atacar en público sus supersti«ciones:» tales eran las máximas jeneralmente seguidas.

De la historia de los mártires y de sus combates por la fe, que estoy muy léjos de haber exajerado; sacarémos dos consecuencias muy gloriosas para la relijion: primera, que es imposible atribuir su muerte y su valor á ninguna de aquellas pasiones feroces y bajas que animan con demasiada frecuencia á los hombres: segunda, que no se puede formar paralelo alguno entre los mártires de la relijion cristiana y los de las otras relijiones.

En efecto, ¿como ver en los mártires unos hombres arrastrados por las pasiones humanas? ¿Los acusaréis de una estúpida locura? Pero aquella virtud tan sublime, aquella caridad tierna y compasiva, aquel valor tan heróico que caracterizaban á los primeros cristianos, ¿no han de ser á vuestros ojos

mas que rasgos de estupidez? ¿Y no han de ser mas que hombres estúpidos todos aquellos Pontífices de la Iglesia primitiva, aquellos filósofos paganos convertidos al cristianismo, aquellos doctores cuyos escritos conservamos, los oficiales de la corte de los Césares, los majistrados, los guerreros y últimamente todos los personajes ilustres de que se componia en parte la Iglesia de los primeros tiempos? Se habla de fanatismo: palabra cómoda porque es vaga, y que los filósofos deberian definir exactamente. ¿Pero se nota acaso en nuestros mártires un celo oscuro y feroz? No, todo al contrario: ¡que paz, que serenidad, y muchas veces que alegría brillaba en sus rostros! Yo he tenido siempre el fanatismo por un furor pasajero, local y limitado á ciertos tiempos y ciertos lugares; ¿como pues seria posible que por solo fanatismo se renovase incesantemente la misma constancia por espacio de tres siglos entre tantos pueblos diferentes? El fanatismo

dejenera frecuentemente en violencia, en rebelion, y en injurias contra la autoridad; ¿y se vió esto alguna vez entre los primeros cristianos.? No, por grande que fuese su número é invencible su valor, no respiraban mas que paz en medio del furor de los tiranos y de sus implacables enemigos; y en los cadalsos y hogueras no hacian mas que dirijir al cielo súplicas por sus verdugos: ved aquí un singular fanatismo. ¿Serian impelidos por el amor de la gloria? Yo no dudo que la pasion por la celebridad exalte á algunas almas: ¿pero no será una quimera suponer que una inmensa multitud de hombres de todas edades y condiciones mueran en los mas crueles suplicios animados por la esperanza de vivir en la memoria de la posteridad? ¿Es esto acaso lo que ambiciona el comun de los hombres? No, en nada se descubre en nuestros mártires, ni la bajeza ni la vanidad de las pasiones humanas.

He dicho tambien que no se podia

formar paralelo alguno entre nuestros mártires, y los de las otras relijiones. Desde luego podría haceros observar con todos nuestros apolojistas que un considerable número de nuestros mártires no han muerto como los de otras relijiones por opiniones especulativas de que estuviesen imbuidos, y que su entendimiento les presentase como verdaderas, sino por hechos asombrosos y públicos, como fueron los prodijios de Jesucristo y de los Apóstoles, prodijios que ó habian visto con sus ojos, ó sabido por testigos oculares que sellaron su testimonio con su sangre; la palabra *mártir* segun su etimología quiere decir *testigo.* «¿Y que testificaron San Estevan, los dos Santiagos, «San Pedro, San Pablo, San Simeon y «otros, cuando murieron por Jesucristo? «Todos testificaron que le habian visto «hacer milagros; que le habian visto «muerto y resucitado; que les habia «mandado predicar aquella doctrina: ¿y «es digno ó no de fe su testimonio

«sobre hechos tan palpables? ¿forma «prueba ó no la forma? He aquí toda «la cuestion (1).» ¿Eran acaso tan freneticos que inventasen hechos y muriesen atestiguándolos cuando sabian que eran falsos? No hay ejemplo alguno de este jénero de furor. Si es posible sacrificar la vida por opiniones falsas, creyéndolas verdaderas, es inaudito que nadie haya muerto jamas por sostener hechos cuya falsedad conocia. ¿De que dieron testimonio los discípulos de los Apóstoles, tales como San Ignacio, y San Policarpo, cuando murieron en los suplicios? Todos testificaron que los Apóstoles les habian referido los milagros de Jesucristo, y su gloriosa resurreccion, y que habian sellado con su sangre todas estas verdades. Los mártires posteriores transmitieron el propio testimonio, de modo que las diversas jeneraciones de mártires no han hecho mas que perpetuar la cadena de

(1) Bergier, *Traité de la vraie Relig.* III[a] part. cap. v, art. V. §. 3, tom. IX, in-12.

testimonios irrecusables en favor de hechos que eran el fundamento de su relijion. ¿Y se encuentra cosa igual en alguna otra parte?

Pero voy á considerar á los mártires bajo de otro punto de vista. El verdadero carácter del martirio es morir por su relijion ántes que abandonarla, aun cuando por solo renunciar á ella se pueda evitar la muerte: así es que al que se propone la apostasía ó la muerte se le deja la eleccion entre una y otra: si prefiere libremente la muerte, es mártir, y esta era la condicion del inmenso número de los mártires cristianos. Y en efecto, ¿que se exijia de ellos? Solamente que dijesen que no eran cristianos, y que diesen una señal de respeto á los dioses del imperio: podian elejir entre la abjuracion exterior de su relijion y los mas horribles suplicios; esto es lo que hemos demostrado, y si aun es necesaria una nueva prueba, la hallarémos en Oríjenes (1). «Los cristianos son los

(1) *Contra Cels.* lib. II. n. 13.

«únicos acusados que los majistrados
«dejarian tranquilos si quisiesen abjurar
«su relijion, ofrecer sacrificios, y ha-
«cer los juramentos acostumbrados.»
Así, pues, puedo presentar aquí á los mártires del cristianismo como víctimas voluntarias y magnánimas de su relijion: déjese ya por consiguiente de compararlos con los paganos, con los Judíos, los Musulmanes y otros sectarios muertos con las armas en la mano por su relijion, ó pereciendo en una matanza jeneral, ó en los suplicios decretados por las leyes, cuyo rigor no habian podido evitar. Seria preciso citarme idólatras que hubiesen preferido la muerte á confesar la unidad de Dios, Judíos que hubiesen rehusado rescatar sus dias por un acto exterior del cristianismo, Musulmanes anteponiendo la muerte á la abjuracion aparente de Mahoma, ó sectarios que se lanzasen á las hogueras ántes que abandonar su doctrina. Quiero en una palabra mártires como los nuestros, que por reflexion

y por eleccion voluntaria prefieran los suplicios mas horrorosos al abandono de su creencia. Con solo esta observacion desaparecen la mayor parte de los supuestos mártires de las otras relijiones.

Solo restará entónces un corto número de hombres que arrostrando la muerte, la hayan sufrido con valor por doctrinas falsas. Convengo, Señores, en que algunos motivos naturales, como el espíritu de partido, la vanidad, el amor de la gloria, la vergüenza de una retractacion ó un momento de entusiasmo, puedan arrastrar á la muerte á un pequeño número de hombres, y en ocasiones muy raras; pero que durante tres siglos una prodijiosa multitud de personas de todos estados, edades y caractéres, sufran, no en el acceso de un entusiasmo furioso, sino con toda la calma de la reflexion, y con una inalterable paciencia, no una muerte pronta y dulce, sino acompañada de los mas horrendos dolores, en

medio de los tormentos mas lentos é injeniosos: que la sufran no solo con denuedo, sino con serenidad y alegría, y de un modo tan maravilloso y tan persuasivo, que conmueve á los paganos y á los verdugos, y los atrae á la relijion con una eficacia mayor de la que podia tener el temor de los suplicios para hacérsela abandonar; esto es lo que no vemos sino en la Iglesia de Jesucristo; esto lo que parece esceder las fuerzas del hombre, y lo que supone un auxilio divino. Se admira á Sócrates bebiendo la cicuta por no desobedecer leyes que le condenan injustamente; á Régulo volviendo á Cartago donde le aguardaba una muerte cruel; y á Epicteto imperturbable á los golpes de un señor bárbaro; y si un valor semejante se viese en un gran número de personas creceria aun la admiracion; pero cuando durante tres siglos vemos animadas de un heroismo aun mas asombroso á las personas de quienes ménos deberia esperarse por la debilidad de

la edad, por la timidez del sexo y las costumbres de su clase; á mujeres, á ancianos, á niños y á personas de todas las clases de la sociedad; semejante maravilla parece entónces increible, y sale de las leyes ordinarias de la naturaleza; y si es preciso creerla, es forzoso reconocer en ella un milagro en el órden moral (1). Yo me digo á mí mismo: si el Dios del cielo y de la tierra, que es la santidad, la sabiduría y la verdad por esencia, tiene en alguna parte adoradores cuyos homenajes le sean gratos, ¿por que señales podré distinguirlos? Yo desearia que fuesen los mas virtuosos de todos los mortales, esposos fieles, hijos tiernos y respetuosos, desinteresados, llenos de amor á sus semejantes, amigos jenerosos, y de una probidad incorruptible, pues así quiere ser honrado el Dios de toda santidad. Yo desearia que estos adoradores fuesen amigos del órden público, sumisos

(1) Fleury, II[e] Disc. *sur l'hist. Eccles.* n. 1 y 2.

á las leyes, llenos de respeto á los majistrados, de amor á su patria, de valor en los combates, de integridad en los tribunales, y de celo en los empleos públicos; mostrándose así dignos servidores del Dios del órden y de la sabiduría. Yo desearia en fin, que estos adoradores, dispuestos siempre á sacrificarlo todo, el honor, la fortuna y la reputacion, ántes que su deber, no tuviesen mas regla que la verdad, y que mirasen como un triunfo el ser víctimas de ella. Yo no hallo nada comparable con semejantes hombres. He aquí, pues, el retrato de los mártires cristianos; y si estas señales no dan á conocer los adoradores del Dios verdadero, ignoro donde existan en la tierra.

No olvidemos que descendemos de estos héroes cristianos, y que podemos esclamar con mas razon que aquel patriarca de la antigüa ley: somos hijos de los santos: nos han precedido en la carrera, y nos esperan en la morada de su gloria: pelcemos como ellos para

triunfar como ellos, y consolemos á la Iglesia, nuestra madre comun, con nuestra adhesion á su doctrina y á sus leyes. La incredulidad moderna pasará con sus sofismas y su falsa tolerancia: es un azote que dejará tras sí por mucho tiempo vestijios de sus estragos; pero esperemos que de este nuevo jénero de persecucion no quedará mas que lo que resta de las antiguas: recuerdos gloriosos para la Iglesia que las ha sufrido. ¿Que se han hecho aquellos romanos que la perseguian? Aquel pueblo que se vanagloriaba de ser el pueblo soberano, ha sido entregado á las naciones bárbaras: aquel imperio que se lisonjeaba de ser eterno, cayó. Roma está sepultada con sus falsos dioses entre sus ruinas, y no queda de ella otra memoria que esa otra Roma nacida de sus cenizas, y que pura y santa se ha hecho para siempre el centro del reino de Jesucristo.

JESUCRISTO

CONSIDERADO

COMO BIENHECHOR

DEL JÉNERO HUMANO.

Ego sum veritas et vita.
Yo soy la verdad y la vida.
Evanj. San Juan, cap. XIV, v. 6.

QUE lenguaje, Señores: ¿quien es el que ha podido pronunciarle en el mundo sin nota de soberbia? Quien el que ha tenido derecho de dar de sí mismo el magnífico testimonio de ser la verdad y la vida, y de levantar la voz en medio de las naciones para decirles: Antes de mi venida se han visto sabios que han brillado por su doctrina, por la viveza de su injenio, y que han enseñado á los hombres verdades útiles;

pero su entendimiento no estaba exento de todo error, y demasiadas veces han abusado de sus luces para acreditar la mentira: yo soy el único que posee la plenitud de la ciencia verdadera: Yo soy la verdad: *Ego sum veritas.* Lejisladores hábiles y amigos de la humanidad habrán trabajado ántes que yo en civilizar los pueblos, y reformar las costumbres; pero ¿cuan insuficientes y limitados han sido sus esfuerzos? Yo soy el que viene á infundir en las almas nuevos sentimientos, y á esparcir semillas de vida que producirán por todas partes los frutos mas abundantes y saludables: Yo soy la vida: *Ego sum vita.*

¿Quien es, vuelvo á decir, el que ha podido usar de semejante lenguaje sin vanidad, y anunciarse de este modo como la luz y el reformador del mundo? En vaño buscaréis tan estraordinario personaje en el Pórtico ó en el Liceo, ni entre los sabios de Roma y de Aténas, pues jamas le vió la antigüedad pagana. Algunos conocimientos

mezclados con muchos errores; vicios al lado de algunas virtudes, y un celo aparente mas bien que real por la reforma del jénero humano, es lo único que hallaréis entre los antiguos sabios del paganismo.

Si os trasladais á los tiempos de la nacion judía veréis á su frente á su lejislador Moises, autor inspirado de una ley admirable sin duda; pero este fué la antorcha y guia de un solo pueblo, mas bien que de todos, y el código de sus leyes no tenia toda la perfeccion del evanjelio: era un bosquejo de este, y como la aurora de un sol de verdad que debia salir por fin para disipar las tinieblas de la idolatría.

Sí, desde el oríjen de todas las cosas hasta nosotros solo un personaje ha podido llamarse sin vanidad y sin restriccion, para todos los tiempos y todos los pueblos, la *verdad* y la *vida*; y este personaje, único en los anales del mundo, es, Señores, ya lo adivinais, es el Libertador que esperaban los hijos de

Jacob, el que los profetas llamaban el *Deseado de las naciones;* el pacificador del cielo con la tierra que apareció en la Judea, en el reinado de Augusto, cuando cerrado el templo de Jano reinaba la paz en todo el mundo; es el divino fundador de nuestra santa relijion; es en fin Jesucristo.

Al oir este sagrado nombre se estremeció el infierno, se desenfrenaron todas las pasiones, y los pueblos se sublevaron diciendo: « Arrojemos léjos de « nosotros á ese Cristo, á sus enviados, « y el yugo de sus leyes: » (1) *projiciamus á nobis jugum ipsorum.* Pero sus designios fueron vanos, y el que habita en los cielos se burló de sus proyectos. Triunfó Jesucristo, y todo se humilló ante él en la tierra; su triunfo ha hecho la felicidad del mundo; y las naciones que se sublevaron contra él no conocian que arrastrados por un furor ciego desechaban á su verdadero Salvador.

(1) Ps. II, 3.

Mi objeto será hoy, Señores, uniros á Jesucristo y á su ley, por vínculos tan suaves como fuertes, cuales son los de la gratitud: fortificar vuestra creencia en él haciendo que le ameis, y manifestaros cuan digna es su relijion de un Dios de bondad, por los bienes mismos de que ha sido causa. ¿Por que tantas veces se ha de haber tenido complacencia en ostentar los males á que le han hecho servir de pretexto los vicios de los hombres, y se ha de echar un velo sobre los inmensos bienes, de que ha sido verdadera causa con sus máximas y con su espíritu? Procuremos ilustrar á aquellos entendimientos que puedan estar preocupados, y unir todos los corazones á Jesucristo por la historia misma de sus beneficios: recordemos todas las luces y virtudes que le debe la humanidad, y manifestemos que ha sido la *verdad* y la *vida*: la verdad, disipando los errores del mundo pagano; y la vida, esparciendo en él un espíritu nuevo que le ha

rejenerado. Tal es el plan y division de este discurso sobre Jesucristo, considerado como el bienhechor del jénero humano.

Hoy que instruidos por el Evanjelio tenemos ideas tan elevadas y puras de la Divinidad, de su providencia, del vicio y de la virtud, de las recompensas y castigos de la vida futura, y de todas nuestras obligaciones para con nuestro Criador, con nuestros semejantes, y con nosotros mismos: hoy que las mas sublimes verdades de la relijion se han hecho populares, hoy que forman los rudimentos de la educacion de la niñez, que pasan como de mano en mano entre las familias, y que nos parecen poseerlas por herencia, apénas concebimos cuan densas eran las tinieblas en que estaba sumerjido el jénero humano ántes que Jesucristo apareciese sobre la tierra. Casi nos inclinamos á creer que los pueblos han sido siempre tan ilustrados como lo son al presente, y el hábito que hemos adquirido

de disfrutar de los beneficios del cristianismo, disminuye á nuestros ojos su valor. Consideramos como obra del hombre unas luces que le han sido comunicadas por revelacion divina, y la grande idea que forma nuestro amor propio de las fuerzas y del alcance del entendimiento humano, es un velo con que se cubre nuestra ingratitud hácia la relijion. Sin embargo, todos los monumentos de la historia profana concuerdan con los de la sagrada, en cuanto á la antigua ignorancia del jénero humano; y parece que la Providencia no ha preservado de los estragos del tiempo y de las ruinas de los siglos, tantas obras maestras de Roma y de la Grecia, sino para eternizar la memoria de los estravíos del hombre abandonado á sí mismo. Es preciso salir por un momento del centro del mundo cristiano en que vivimos, y remontarnos con la imajinacion á aquellos tiempos antiguos que precedieron al nacimiento del cristianismo, y entónces verémos

distintamente como Jesucristo se ha mostrado *la verdad*, disipando los errores capitales del mundo pagano.

Hace diez y ocho siglos, sola una nacion, la de los Judíos, adoraba al único Dios verdadero; pero era entónces muy oscura y despreciada, y la luz que brillaba en ella era como un débil resplandor apénas perceptible entre inmensas tinieblas; el resto de los pueblos estaba abismado en una oscura noche, y el mundo entero era idólatra. Estraviado entónces el hombre por los sentidos se fija solo en lo que ve, y prostituye á las criaturas aquellos homenajes que solamente son debidos á su autor: trastórnase su razon embriagada por los vapores de la mentira, vacila, cae de error en error, se degrada hasta el punto de prosternarse ante unos dioses que ve arrastrarse por el suelo, pacer en los campos, ó si hemos de creer al poeta, brotar en los jardines; y llevando aun mas adelante su demencia, tiembla ante el leño y la piedra que él

mismo ha labrado con su cincel; y se persuade que habitan en las estátuas, en los animales y en las plantas que reverencia, dioses y diosas capaces de serle propios ó funestos. Conviértese la tierra en un templo de ídolos; y el hombre olvida tan profundamente que ha sido hecho por un Dios, que cree poder él mismo hacer dioses.

Y no penseis, Señores, que las naciones civilizadas y sabias llevasen alguna ventaja en este punto á las naciones bárbaras. Es necesario confesar con vergüenza de las letras y ciencias humanas, que ni la sabiduría, ni las tan ponderadas leyes de Ejipto, ni el injenio y civilizacion de los Griegos, ni la política y gravedad de los Romanos se salvaron del contajio universal: la horrible supersticion se burló de toda la especie humana, y todo lo confundió bajo de su tenebroso imperio. El Persa adora el astro que le abrasa con sus rayos: el Ejipcio implora su buey Apis: Delfos tiene su Apolo, Efeso su

gran Diana, Roma su Júpiter, y precisamente en el siglo del gusto, del injenio y de las luces, es cuando esa reina de las ciudades levanta en honor de todos los dioses de la tierra aquel famoso templo que aun subsiste en la nueva Roma, y en el que algun dia debia ser plantada la cruz, en señal de los triunfos de Cristo sobre los ídolos de las naciones.

Si por fin la historia ó el culto de aquellos dioses hubiera sido capaz de hacer al hombre mejor; ó si la celebracion de sus misterios y de sus fiestas hubiera escitado en las almas sentimientos sublimes de humanidad y de virtud; y si hubiera salido de sus templos con un deseo mas sincero de cumplir sus obligaciones, y con costumbres mas puras;.... pero al contrario, el corazon arrebatado por el delirio de sus pasiones habia poblado el Olimpo de dioses infames ó crueles, á quienes frecuentemente solo se adoraba con acciones crueles, bajas ó infames. ¡Que

dioses! Señores; un Júpiter incestuoso, un Marte sanguinario, un Baco disoluto, y una Venus prostituida, cuyas querellas, amores y furiosos celos han celebrado los poetas! ¿Y que eran entre los antiguos las Bacanales, las Saturnales, las Lupercales, y muy frecuentemente hasta las fiestas del circo y del teatro, sino escesos de desenfreno y de barbárie en honor de los dioses? ¿Quien se atreveria á referir los que se cometian en los templos de Juno, de Adonis, de Priapo y de Cibeles, y en las fiestas de Flora que no se atrevieron á celebrar en presencia de Caton? No mancharé yo mi lengua, ni ofenderé vuestros oidos con la relacion de tan monstruosos estravíos.

Es cierto que el conocimiento de un Dios autor de todas las cosas, el de una providencia que preside al destino de los hombres, y el de una vida futura con recompensas y castigos; es cierto, digo, que estas preciosas verdades estaban mas ó ménos esparcidas entre las

naciones paganas, y que ademas de tener su raiz siempre viva en el corazon del hombre naturalmente relijioso, se conservaban en las tradiciones populares, en los himnos sagrados, en los cantos de los poetas, en los escritos de los sabios, y en los códigos de los lejisladores; pero ofuscadas por las nubes de supersticiones de toda clase no arrojaban mas que una luz moribunda, y solo tenian un débil influjo sobre el corazon y la conducta del hombre; dejaban casi sin freno las inclinaciones desarregladas, y la virtud sin apoyo, y cada pasion era un Dios que tenia sus altares. El jénero humano se enajenaba de placer al hallar hasta en la relijion la apolojía de sus flaquezas, y se conoce claramente que se habia sumerjido en las tinieblas de la idolatría, solo para encenagarse con mas tranquilidad en todos los vicios.

¿Y quien vendrá á disipar tan densas y profundas tinieblas? ¿De donde saldrá la luz? ¿Quien en fin la hará

brillar á los ojos de los pueblos idólatras? ¿Deberán esperarla de los doctos, de los sabios y de los políticos? Evitemos áridas discusiones, y recurramos á la experiencia. Habian ya pasado muchos siglos ántes de Jesucristo; ya hombres estraordinarios por su talento, su ciencia y sus descubrimientos habian brillado entre las naciones; ya habian aparecido en el mundo conquistadores, filósofos, lejisladores, poetas y oradores ilustres; ya la Grecia habia tenido un Homero, un Solon, un Licurgo, un Platon y un Demóstenes; y Roma un Numa, un Scipion, un Caton, un Varron, un Ciceron y un Virjilio; ya el tiempo habia desplegado todos los escesos y todos los desórdenes, que debian acarrear supersticiones impuras ó crueles; pero nunca el tiempo traia ni nuevos conocimientos acerca de la relijion y de la moral, ni la reforma saludable de las costumbres así públicas como privadas: el mundo permanecia siempre idólatra, y no se hacia mas ilustrado, ni mejor, ni mas feliz.

No habia recurso: El jénero humano estaba condenado á quedar sumerjido en la ignorancia, en la superstición y en todos los vicios, á no haber otro remedio para sus males que las lecciones de la filosofía y de la sabiduría humana. Es bien sabido que ninguna escuela particular de la antigüedad pagana llegó á conocer perfectamente la verdad, y que todas tenian la máxima de respetar exteriormente los cultos establecidos, y las supersticiones populares. ¿Que filósofo hubiera intentado tampoco una reforma verdadera de la relijion, de las costumbres y usos de los pueblos, á costa de su tranquilidad y de su vida? Era para esto necesario un sabio mas hábil y mas perspicaz que los mas bellos injenios de Roma y de Aténas, y bastante poderoso sobre los entendimientos y los corazones para triunfar de los errores y de los vicios, hacer prevalecer la verdad, y hacer seguir sus puras y severas lecciones. Pero este personaje estraordinario,

cuya necesidad habia ya presentido, y por el que parecia suspirar el mas sublime de los filósofos griegos; este personaje divino tendrá que bajar del cielo, porque la tierra no puede proporcionarle á los hombres.

Jesucristo se presenta por fin, y va á desaparecer el caos del mundo moral. Evanjeliza por sí mismo á los pueblos de la Judea, se asocia algunos discípulos, acomodándose á su rusticidad, é ilustrando su ignorancia con una bondad sin límites, y les dice: «Id, enseñad á todas las naciones.» Fieles estos á la voz de su Maestro, se distribuyen entre sí las diferentes rejiones del mundo, y la palabra de la verdad va á resonar desde Jerusalen hasta las estremidades de la tierra. Empieza entónces un nuevo órden de cosas, anúncianse por fin á los pueblos en toda su plenitud estas verdades capitales, cuyas consecuencias son infinitas, y que son el sólido fundamento de toda moral y de toda virtud; y la doctrina de

un solo Dios, de una providencia, y de una vida futura, sale resplandeciente y en toda su pureza de entre las tinieblas que la habian oscurecido. Pero al hablar de la vida futura es donde Jesucristo hace brillar la verdad con toda su luz. En todos sus discursos está como estampada esta creencia; sobre ella jira toda su ley, y en el temor de las penas, y en la esperanza de las recompensas futuras es en lo que pone el freno para el vicio y el estímulo para la virtud. ¡Que doctrina, Señores, la de un Dios que examina las conciencias; que debe premiar todo lo bueno y castigar todo lo malo; y que promete á la virtud bienes inmensos, é inefables consuelos á la desgracia! ¡Cuan fecunda es y cuan poderosa! Y una vez grabada en el espíritu de los pueblos con toda su fuerza y en toda su pureza, ¡cuanta no debe ser su eficacia para cambiar la faz del mundo!

No, Señores, no es Jesucristo uno de esos sabios que establecen una

escuela nueva para solo un pequeño número de discípulos; pues ha sido enviado para todos: ¡y cuan digno era en efecto de aquel que hace lucir su sol tanto para el pobre como para el rico, para el ignorante como para el sabio, dar á la tierra una relijion, cuya doctrina se extendiese á todo aquello que forma la mayoría del jénero humano; quiero decir, á los ignorantes, á los pobres y á los desgraciados! Háyase aproximado Sócrates á aquella verdadera sabiduría que enseña á vivir bien, separándose en esto de los sofistas de su tiempo; haya sentado en hora buena Aristóteles bellísimas sentencias sobre la moral, y haya escrito Ciceron un hermoso tratado á cerca de las obligaciones ú oficios; todas esas doctas lecciones, ademas de ser por otra parte muy imperfectas, y todos esos libros no llegarán jamas á manos de la multitud, y solo Jesucristo es quien con su sublime familiaridad se humilla hasta ella por sí ó por sus discípulos. Su inmensa caridad no

hace distincion entre el Griego y el bárbaro, entre el señor y el esclavo: ve en todos los hombres hermanos á quienes es preciso ilustrar: extiéndese por su medio entre todas las clases y condiciones la mas sublime sabiduría, penetra hasta en lo mas oscuro é ignorado, y la verdad llega á hacerse popular. ¡Cosa asombrosa! la filosofía pagana sin conocimientos ciertos ni dogmas fijos fluctuaba en una variedad de doctrinas, y vacilaba aun en los puntos mas esenciales: mas hoy hasta el pueblo mismo está ilustrado y firme en aquellos puntos en que titubeaban los filósofos; y sabe ahora lo que entónces ignoraban los sabios. Llamad en una nacion cristiana al mas sencillo aldeano, y preguntadle sobre Dios, sobre la vida futura, sobre sus obligaciones y sobre todos los puntos de la moral, y le hallaréis mas instruido que todos los sabios juntos de la Grecia. Sí, el párroco de la aldea hace con sus instrucciones familiares mas sabios verdaderos que los

que pudo hacer Platon con la pompa de sus discursos; y esto es lo que obligó á decir al autor de un célebre prólogo: «A beneficio de las luces esparci-«das por la relijion cristiana, está el «pueblo mismo mas seguro y firme en «un gran número de cuestiones impor-«tantes, que lo estuvieron todas las sec-«tas de los filósofos.» Tal es la inapreciable ventaja de la doctrina evanjélica, que estando igualmente al alcance de los entendimientos mas limitados que de los talentos mas sublimes, abraza todas las clases del pueblo, no para corromperlas, sino para ilustrarlas sobre sus deberes. Es el sol del mundo intelijente, semejante al sol visible que anima toda la naturaleza, y alumbra los humildes valles lo mismo que las cumbre de las montañas.

Confieso, Señores, que en vista de tantas y tan preciosas verdades, esparcidas por el Evanjelio entre los pueblos, no puedo concebir como han podido atacarle tan violentamente tantos

escritores de nuestros dias, ni como se los puede dejar de mirar como los hombres mas inconsiderados y faltos de prevision. ¿Y no se deberá preguntar á todos aquellos que aun quieren seguir sus huellas: ¿que intento es el vuestro al afanaros tanto por arruinar el cristianismo, y destruir su creencia y su culto? ¿Habeis imajinado acaso una sociedad sin relijion ni culto público? Pero es tan loca semejante pretension, está de tal modo desmentida por la historia de todos los pueblos, y supondria una ignorancia tan crasa del corazon humano, que no me es posible atribuírosla. ¿Me hablaréis de la ley natural, de eso que os place llamar la relijion de Sócrates y de Marco Aurelio? ¿Pero no conoceis que esto es hablar sin fundamento? Señaladme entre todos los pueblos de la tierra uno solo civilizado que se haya ceñido á vuestro puro naturalismo. No hay uno solo que no se haya apoyado en alguna revelacion, ó falsa ó verdadera; ninguno que se haya

fijado en el puro deismo, y ninguno tampoco que no haya conocido la necesidad de un culto exterior y público. Es no conocer al pueblo imajinar que puede limitarse á ideas especulativas de relijion. ¿Y que os queda que proponerle si le arrebatais el cristianismo? Seria dejarle en la incertidumbre, arrojarle al vacío de las opiniones, y á cierta especie de ateismo práctico, que seria para él la ruina de todas las virtudes, y desde donde por último se precipitaria por sí mismo en supersticiones no ménos groseras tal vez que las del paganismo. Volvamos pues, volvamos á aquel en quien únicamente reside la verdadera ciencia. Antes de su venida carecia el mundo pagano de los medios y de la esperanza de salir de sus tinieblas; por consiguiente Jesucristo ha sido para los hombres la luz y la verdad, y añado que ha sido tambien el reformador del mundo, derramando en él el espíritu de una vida enteramente nueva, de suerte que ha podido decir

justamente: Yo soy la vida: *Ego sum vita.*

Si en vez de contentarnos con una ojeada vaga y rápida sobre las naciones paganas y las cristianas, queremos compararlas seriamente para ver su diferencia, conocerémos mas y mas cuan grande bienhechor del jénero humano ha sido Jesucristo derramando una especie de vida nueva en el mundo social, y ejerciendo la mas saludable influencia, ya sea sobre la sociedad civil en jeneral, ya sobre la doméstica en particular, ó ya mas especialmente sobre las clases de los pobres y de los desgraciados, tan numerosas en todos los pueblos.

He dicho primero la influencia del Evanjelio sobre la sociedad civil. ¡Cuantos desórdenes, cuantos escesos, que barbárie no presentaba el mundo social en tiempo del antiguo paganismo! Barbárie en el culto público, pues era parte de la relijion de todos los pueblos de la tierra la costumbre de inmolar á los

dioses víctimas humanas, sin que segun atestigua la historia; haya habido uno solo que no se manchase con estas supersticiosas crueldades; barbárie en los juegos y fiestas públicas, tales como aquellos repugnantes combates de los gladiadores tan frecuentes entre el pueblo romano, que se consideraba como el mas civilizado del universo: combates en los que se veia á millares de hombres degollarse unos á otros para entretenimiento de los espectadores! barbárie en sus guerras, que frecuentemente eran guerras de exterminio, y solo acababan con la destruccion de las ciudades, el degüello ó la esclavitud de sus habitantes; barbárie en la lejislacion relativa á una tan gran porcion de la especie humana, cual eran los esclavos, pues dejaba á sus Señores en plena libertad de jugar con su vida, como si fueran los mas despreciables animales; barbárie en fin con respecto á la sucesion del trono; pues la historia nos dice que muy ordinariamente

los palacios de los reyes solo eran un teatro de sangre y de mortandad.

De todas estas plagas no hay una sola que el cristianismo no haya destruido ó modificado entre los pueblos, á medida que se ha establecido en ellos. Es cierto, Señores, que no se halla en el Evanjelio un tratado político sobre la mejor forma de gobierno, un código de leyes civiles, ni reglas fijas acerca del gobierno de los estados; pero se halla en él una cosa mas preciosa aun, mas adecuada para todos los tiempos, para todos los gobiernos, y para todos los pueblos. El Evanjelio establece y consagra las máximas que sirven de fundamento á todas las sociedades humanas. La autoridad pública es mas inviolable desde que le dió un oríjen sagrado, y desde que intimó que dimanaba de la misma divinidad; y para mejor asegurar la sumision de los pueblos, se la presenta, no como fruto del temor, sino como un deber de conciencia. Si manda dar á Dios lo que

es de Dios, tambien prescribe se dé al César lo que es del César; y es tal el respeto que exije para con la majestad de los reyes, que Tertuliano no titubeó en decir con toda enerjía, que era *la relijion de la segunda majestad* (1); lenguaje bien diferente del de esas doctrinas sediciosas que adulan á la multitud para estraviarla, y le hablan incesantemente de sus derechos para hacerle olvidar mejor sus obligaciones. Para contener sin embargo á los ricos y poderosos en los límites de la justicia, y evitar así sus escesos, humilla el cristianismo todas las condiciones y clases ante aquel que se titula *Rey de los reyes*, y *Señor de los señores* (2). Señala á los hombres indistintamente un fin y un oríjen comun á todos, y les recuerda que un mismo juez los ha de juzgar á todos sin acepcion de personas. Nuestros libros santos no respiran mas que paz, perdon de las injurias, moderacion

(1) *Apolog.* cap. XXXV.
(2) I. Ad Thimot. 6 y 15.

en los deseos, menosprecio de toda celebridad que no se concilie con la virtud, y vijilancia contra esas pasiones divinizadas en cierto modo en el paganismo, la soberbia, la avaricia y el deleite, oríjen ponzoñoso de todos los desórdenes que han asolado los imperios y las familias. En la doctrina evanjélica todo se funda sobre el amor de Dios y de los hombres. Anúnciase al fin á los pueblos idólatras presentándoseles con magníficas promesas para sus fieles observadores, así como con terribles amenazas para los corazones rebeldes, y á medida que se extiende su imperio sobre los entendimientos y los corazones, se verifica una feliz revolucion en los sentimientos, en las costumbres, en la relijion y en las leyes. Desaparecen aquellos sacrificios humanos que ultrajaban al Dios de bondad, así como á la naturaleza humana; despójanse los hombres de su ferocidad, son mas justos y mas suaves los gobiernos, los pueblos mas sumisos y ménos frecuentes las revoluciones;

los vencedores se muestran más humanos y mas jenerosos, y desaparecen ó son mas raras las guerras de exterminio. Los paganos no estaban obligados por sus leyes á mirar á sus esclavos como hombres; pero el Evanjelio manda á los cristianos que los tengan por hermanos, y de este modo la caridad evanjélica templa primero, debilita despues insensiblemente, y rompe por último en los pueblos que rejenera aquel yugo humillante y cruel que pesaba sobre una gran parte del jénero humano.

Cuando los bárbaros del Norte fundaron de los restos del imperio romano nuestras monarquías europeas, el Evanjelio suavizó sus costumbres y los civilizó. La servidumbre que se estableció entónces entre nuestros padres, no solo distó mucho de la barbárie y de la esclavitud de Esparta ó de Roma, sino que fué siempre debilitándose hasta deberse por último la manumision de todas las clases del pueblo al feliz

ascendiente de un Pontífice Romano, Alejandro III, como observa el mismo Voltaire. Tal es pues la gloria del cristianismo: si no ha destruido todas las plagas de la humanidad, las ha suavizado y ha encontrado el secreto de dar á un mismo tiempo mas libertad á los pueblos, y mas estabilidad á los gobiernos. Esto es lo que en particular reconoció el autor del Espíritu de las leyes cuando dijo: «que si se quisiese «poner á la vista las contínuas carni«cerías de los reyes y jefes Griegos y «Romanos, la destruccion de pueblos y «ciudades por estos, y los estragos «con que Timur y Gengiskan devasta«ron el Asia, se hallaria que se debe al «cristianismo cierto derecho político «para los gobiernos, y cierto derecho «de jentes en la guerra que no podrá «agradecer bastánte la naturaleza hu«mana (1).»

Usen en hora buena en cierto modo de recriminacion los enemigos del Evan-

(1) Montesquieu, *Esprit. des Lois*, lib. 24, c. 3.

jelio, y preválganse de las divisiones, escesos y guerras para que ha servido de pretexto: yo no examinaré ahora por menor estas acusaciones, que serán materia de otro discurso particular; y me limitaré á algunas reflexiones que aunque jenerales, no dejan por eso de ser decisivas. ¿Hay por ventura algun vicio que el Evanjelio no condene, algun esceso que no repruebe, alguna virtud que no mande, ó alguna perfeccion que no aconseje y no inspire? ¿Por que pues imputarle lo que jamas ha sido consecuencia sino mas bien violacion de sus máximas? ¡Cuantas veces no se ha abusado de las leyes, de la justicia y del poder para oprimir! ¿Y por esto deberia no haber entre nosotros ni códigos, ni tribunales, ni gobierno? Porque se haya abusado muchas veces de las ciencias y de las letras para esparcir doctrinas subversivas del órden social, ¿se han de proscribir los sabios y las letras? La sociedad civil ha dado ocasion á desórdenes que se han llevado

al estremo mas monstruoso; ¿y deberémos por eso volver al estado salvaje? Se nos dice lo que puede llegar á ser un pueblo cuando abusa de la relijion; pero se nos calla lo que llegaria á ser si careciese de ella. Harto dignos de compasion somos los franceses por haberlo experimentado, y aun lo seríamos mucho mas si tan pronto lo hubiéramos olvidado. Seria muy fácil manifestar que si los sentimientos relijiosos llegasen á extinguirse, faltaria á las leyes y á las buenas costumbres su mas firme apoyo; que no se podria contener á los pueblos sino por la fuerza, por el terror, y por todas las medidas violentas de los gobiernos despóticos, y que si la Europa perdiese el cristianismo, perderia con él la civilizacion y la libertad, para volver á caer en la barbárie. Dejemos pues á los espíritus inconsiderados y temerarios sus vanas declamaciones, y digamos con el mismo autor del *Espíritu de las leyes* (1): «Es muy mal modo de

(1) Lib. XXIV. cap. II.

«raciocinar contra la relijion hacer en «una grande obra una larga enumera«cion de los males que ha producido, «si al mismo tiempo no se hace la de «los bienes que ha causado. Si yo qui«siese, añade, referir todos los males «que han producido en el mundo las «leyes civiles, la monarquía, y el gobier«no republicano, diria cosas terribles.»

Paso en segundo lugar á considerar el influjo del cristianismo en la sociedad doméstica. En efecto, si nos introducimos en las familias para considerar todo lo que concierne al padre, á los hijos y á los esposos, ¡que nuevos sentimientos de gratitud no debe inspirarnos la relijion!

Era la relijion entre los pueblos mas civilizados del paganismo tan favorable á las inclinaciones desordenadas, y era tan débil su freno, que para mantener la subordinacion y la paz doméstica, ampliaba escesivamente el poder paternal, y le armaba con la espada vengadora, que tan solo debe estar en las

manos depositarias del poder público. La relijion cristiana ha hecho mas sagrado y mas profundo el sentimiento de la piedad filial, ha reemplazado el temor con la persuasion; y desde entónces la autoridad paternal, sin dejar de ser firme y vijilante, ha perdido lo que tenia de feroz; y entre nosotros los padres no hacen ya lo que Bruto. La madre cristiana no tiene la dura fiereza de las de Lacedemonia; pero fuerte, sin dejar de ser tierna, sabe por una parte armar como la madre de San Luis el brazo de su hijo contra el enemigo, y por otra decirle como ella: «Mas quisiera veros «muerto, que manchado con un solo «crímen.»

Aun entre los pueblos mas ponderados, como los Griegos y los Romanos, la esposicion, y la muerte de los recien nacidos estaban autorizadas y aun demandadas por las leyes en ciertos y determinados casos. La relijion, á la manera de una tierna madre, ha extendido su proteccion á estas criaturas inocentes,

y ha hecho ver una barbárie y un crímen enorme, en lo mismo que muy graves lejisladores de la antigüedad no vieron mas que una medida política.

Antes del cristianismo estaban muy jeneralmente adoptadas la poligamia y el divorcio sin embargo de ser una costumbre que causa rivalidades sangrientas, debilita el afecto del esposo, dividiéndole entre varios objetos, y muy frecuentemente no presenta sino esposas oprimidas. Viene Jesucristo, repone el matrimonio en su unidad primitiva, y estrechando el lazo conyugal, destruye lo que mas contribuia á la tiranía del esposo, y al envilecimiento de la esposa: no se rompe para ella el yugo de la sumision; pero se suaviza, y es la compañera y no la esclava del hombre. Es indudable, Señores, que ninguna relijion del mundo ha protejido á la mujer tanto como el cristianismo, y que ninguna ha dulcificado su suerte como él, dándole tantos derechos y dignidad en la familia: así ha

mejorado la suerte de una mitad de la especie humana; con cuyo motivo no puedo ménos de observar, aunque de paso, que la mujer cristiana que abandona su relijion y blasfema de ella, desconoce sin echarlo de ver á su mayor bienhechor, y tiene la desgracia de reunir á su desercion una verdadera ingratitud.

He alegado en tercer lugar el influjo especial del Evanjelio sobre las clases mas numerosas de todos los pueblos, que son los pobres y los desgraciados. Aquí mas que en ninguna otra cosa está su verdadero triunfo. Los Griegos y los Romanos han brillado en el mundo por las letras, las artes, la guerra, la política y una civilizacion muy avanzada. «Su sabiduría y prevision, dijo «Fleury (1), cuyas mismas palabras voy «á repetir, llegó, sí, hasta desterrar la «holgazanería, y los mendigos útiles «para el trabajo; pero el órden público «no llegó entre ellos hasta cuidar de los

(1) *Mœurs des chrétiens.* n. 51.

«miserables, que ningun servicio po-«dian prestar.» Ved al contrario extenderse la tierna solicitud de la Iglesia á toda clase de necesidades y de infortunios, sin escluir uno solo.

La historia nos enseña cuan animada estuvo desde su oríjen del espíritu de caridad, como brilló en ella aun en medio de las persecuciones, y se perpetuó de edad en edad, hasta que por último pudo desplegarse enteramente en esa innumerable multitud de asilos abiertos por ella á la indijencia y á la desgracia, y de que aun está cubierto el mundo entero.

Creo de mi deber hacer notar para gloria del sexo mas compasivo, y que con tanto valor se dedica al alivio de la humanidad paciente, que la primera persona que se cita en los anales cristianos como fundadora de un asilo público para los pobres; es decir, de un hospital como los que se fundaron despues, fué Fabiola, señora romana del cuarto siglo.

¿Que bien ha dejado de hacer la relijion á la humanidad de cuantos han estado á su alcance? ¿Y que maravillas no la hemos visto obrar en nuestros tiempos? ¡La relijion es la que ha recojido esa multitud de niños abandonados, y ha tenido para con ellos entrañas de que carecian sus madres desnaturalizadas: la relijion es la que reune los hijos de las clases mas inferiores, y la que sin ruido ni fausto les hace enseñar gratuitamente los primeros rudimentos de los conocimientos humanos, y los de la moral mas pura; y ella es la que derrama la piedad juntamente con el mas noble valor en el corazon de esas Hijas de la caridad, de esos ánjeles consoladores, dispuestos á volar á cuantas partes los llama el grito de la desgracia. ¿Quien ademas ha edificado sobre montañas de nieves perpétuas esos albergues hospitalarios, á los que el viajero estraviado ha debido tantas veces la conservacion de sus dias? El cristianismo. ¿Quien ha

inspirado á hombres jenerosos el designio de ir á playas ardientes y bárbaras á presentarse como libertadores de sus hermanos cautivos? El cristianismo. ¿Cual es hoy el alma secreta de esas asociaciones que visitan los asilos de la miseria, que descienden á los calabozos, que instruyen al ignorante y parecen tener consuelos para todos los dolores, y auxilios para todas las necesidades? Siempre el cristianismo. A él en fin se debe la gloria incomparable de haber humanizado, ilustrado y civilizado tantas tribus salvajes del nuevo mundo, y fundado aquellas repúblicas cristianas, que por la inocencia de sus costumbres, la sabiduría de sus leyes, y por su felicidad doméstica y civil, esceden á la república de Esparta, tanto como el Evanjelio escede al paganismo. Tengamos pues la buena fe de confesar que el cristianismo lo ha hecho todo en favor de la sociedad, de las familias y de los desgraciados, y que no consiste en él, sino en nosotros

el que no produzca mas bienes.

He aquí, Señores, la relijion cristiana, no como se empeñan en presentarla sus pérfidos enemigos en retratos cuyos colores han suministrado la pasion ó las preocupaciones, sino tal como salió de las manos de su divino fundador, rodeada de todas las luces que ha esparcido, de todas las virtudes que ha inspirado, y de las victorias que ha conseguido sobre los vicios y los errores. He aquí esa relijion saludable que los malvados hubieran querido arrebatarnos, y que estaba de tal modo incorporada á nuestra monarquía, que la destruccion de la una no podia ménos de producir la ruina de la otra. Ha llegado el tiempo de renovar, en fin, para siempre la antigua alianza del altar con el trono. Volvamos, Señores, volvamos por nuestro interes y nuestra propia felicidad, á esta relijion por demasiado tiempo desconocida, y por demasiado tiempo ultrajada, única que puede cicatrizar nuestras llagas, poner

término á nuestras calamidades, afianzar la paz pública, y la única en una palabra que puede rejenerar la monarquía en su vejez, como la formó en su infancia, y que aun puede hacerla crecer con nuevo brillo de gloria y de prosperidad.

ESCELENCIA

DEL

MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Despues de haber llevado el Apóstol San Pablo el Evanjelio á Corinto, una de las ciudades mas florecientes y mas voluptuosas de la Grecia, y despues de haber formado en ella una Iglesia cristiana, dirijió á aquellos nuevos fieles dos cartas, que conservamos aun, en las que procura confirmarlos en la fe que habian recibido. En la primera se dedica principalmente á esplicarles los misterios de Jesucristo, de un Dios hecho hombre que en su humanidad vivió, padeció y murió como nosotros y por nosotros; diciéndoles tales cosas sobre esta materia, que al pronto fueron escándalo para el Judío, y locura

para el Jentil; que aun hoy son tan irritantes para el incrédulo, tan duras para la muchedumbre de cristianos tibios de nuestros dias; y de las que tal vez se resentirá la altiva delicadeza de alguno de mis oyentes. San Pablo no temia decir que la sabiduría de los filósofos de su tiempo no era mas que ignorancia y su ciencia vanidad; que en nada tenia los discursos estudiados de la elocuencia humana, que toda su sabiduría era Jesucristo, y que se gloriaba de no conocer mas que á Jesus, y este crucificado. *Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (1). ¡Que lenguaje, Señores! Que estraño debia parecer sobre todo en el siglo en que vivia el Apóstol, siglo del injenio, de las ciencias y de los deleites. En aquel tiempo tenia cada pueblo sus héroes cuyas hazañas celebraba en sus cánticos, sus oradores cuya elocuencia ensalzaba,

(1) I Cor. II, 2.

sus sabios á cuyas máximas profesaba la mayor admiracion, y sus dioses cuyos altares incensaba; y he aquí que un hombre desconocido, sin crédito, sin poder, oriundo de una nacion despreciada, un Judío, un bárbaro, viene á anunciar á la tierra, á la misma Grecia tan sabia y tan civilizada, que todos los objetos de su admiracion ó de su culto son un cúmulo de errores y de locuras; que la sólida gloria y la primera de todas las ciencias es la de conocer á un nuevo personaje muerto en una cruz, á Jesus crucificado. *Jesum Christum, et hunc crucifixum.* De esto modo olvida el Apóstol la prevision de los políticos, la sabiduría de los sabios; las escuelas famosas de Roma y de Aténas, los célebres juegos de la Grecia, las fiestas de Corinto, la hermosura de sus edificios, su comercio floreciente y las ventajas de su posicion; y lleno su corazon de solo aquello que ama y adora, á solo Jesucristo predica en todas las naciones, y este es el único

objeto de sus pensamientos y de su amor. Si al fin el Apóstol se hubiera contentado con llamar á los pueblos á contemplar en Jesus la santidad de su vida, la pureza de sus virtudes, la hermosura de su doctrina, su amor hácia los desgraciados, el brillo de las maravillas que se multiplicaban por donde iba, y el triunfo de sus discursos sobre los corazones mas rebeldes...... pero no, el Apóstol no teme llamar la atencion del universo sobre los padecimientos y la muerte de su divino Maestro. Instrumentos de dolor, un aparato sangriento, un cuerpo cubierto de llagas, y en fin una cruz, esto es lo que Pablo ostenta con complacencia á los ojos de las naciones; y Jesucristo crucificado es toda la ciencia que quiere enseñar á los hombres soberbios y sensuales: *Jesum, et hunc crucifixum.* ¡Que pensamiento el de hacer adorar por toda la tierra como Dios á un personaje muerto en una cruz como malhechor.» y que triunfo conseguir tan

admirable proyecto, hasta conquistar á favor del Crucificado todo el mundo! ¡Cuanto se confunden aquí todas las ideas de los hombres! Y como, bien profundizado todo esto, hace por sí solo resaltar en el cristianismo cierta cosa que no ha inventado el hombre, y no sé que fuerza enteramente divina: prueba luminosa de su verdad.

Ya hemos expuesto, Señores, algunas de las pruebas de la divinidad de la relijion de Jesucristo su autor; y ya hemos sentado que era preciso reverenciar en él, no solamente á un hombre querido de Dios, sino tambien á un hombre Dios. Este es el misterio en que estriba enteramente el cristianismo; y de este, considerado tal como le enseña la Iglesia cristiana con sus consecuencias y dependencias, me he propuesto hablaros en este dia, deseando haceros conocer toda la hermosura y escelencia de una relijion fundada sobre tal cimiento. Colocados en el centro de una ciudad, seno de las ciencias,

de las letras y de las artes, olvidemos por un instante, como en otro tiempo el Apóstol en Corinto, olvidemos como cosas del tiempo y de los hombres sus soberbios palacios, sus jardines deliciosos, sus sabias academias, su inmensa poblacion, y las obras maestras que la hermosean. Elevemos mas nuestros pensamientos; procuremos formarnos ideas justas y nobles de la relijion que profesamos, y descubrir alguna parte de los tesoros de luz y de sabiduría que el Apóstol veia en Jesucristo. Probemos que léjos de avergonzarse el cristiano de las humillaciones y muerte del divino fundador de su relijion, debe gloriarse de ellas, y que las mismas sombras que á primera vista parecen oscurecer y degradar el cristianismo, le engrandecen y hacen brillar de un modo asombroso. Nuestro designio es presentar bajo de su verdadero punto de vista el misterio de la Encarnacion; es decir, la doctrina de un Dios hecho hombre por nosotros, y

vindicarle de los ataques de sus enemigos. Para ello procurarémos manifestaros en primer lugar toda la grandeza y hermosura que encierra en sí este misterio; y en segundo, haceros ver cuan infundados son los argumentos con que le combate la incredulidad. Tal es el plan de este discurso sobre la escelencia del misterio de la Encarnacion.

Es una verdad al alcance de todos, inspirada por la recta razon, y sobre todo admirablemente demostrada en el cristianismo, que Dios no podia criar cosa alguna que no fuese para su gloria, y que es el fin único de todas las cosas, por la misma razon de que es su único principio. Sí, cuando en los consejos de su sabiduría decretaba comunicar el ser del que es oríjen y plenitud, no podia tener otro designio que el de grabar en sus criaturas la imájen de sus perfecciones, manifestarse y ser conocido, adorado y glorificado. Escrito está: *Yo soy el principio y*

el fin (1). Y el sabio ha dicho, hace ya tres mil años: «que el Señor ha he- «cho para sí todo lo que ha hecho.» *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (2); y esto no porque nó halle en sí mismo la felicidad, ni porque necesite para ser dichoso ser conocido y honrado por sus criaturas; sino porque se debe á sí mismo el no despojarse del soberano imperio que tiene sobre ellas, y exijirles un tributo de dependencia y de amor. El ser criado que única y esclusivamente se contempla á sí mismo, y se constituye término de sus afectos, es no solamente un egoista á los ojos de la razon, sino tambien á los de la relijion, un usurpador sacrílego de los derechos de la Divinidad: por esto se dice en los libros santos, que Dios es un *Dios celoso que á nadie cede su gloria* (3); y por esto en esa oracion tan sencilla y tan sublime

(1) Apoc. II, 8.
(2) Prov. XVI, 4.
(3) Deuteron. VI, 15. Isai. XLVIII, 2.

que Jesucristo enseñó á sus discípulos, la primera peticion es que el santo nombre de Dios sea honrado, que su imperio sea reconocido en todas partes y cumplida su suprema voluntad, así en la tierra como en los cielos.

¿Pero que medios debia emplear el Criador para ser glorificado y conseguir de este modo el único objeto de la creacion? ¿que plan deberia seguir en la formacion del mundo, tanto intelijente como material? Nó nos corresponde ciertamente á nosotros trazar los caminos que debió seguir; y nuestras ideas sobre este punto serian muy vagas é inciertas, si la revelacion no hubiese corrido para nosotros una parte del velo que nos oculta el abismo de los secretos divinos: tomando por tanto los cosas segun nos las enseña el cristianismo, sabemos por una parte que Dios ha debido buscar su gloria en la creacion del universo, y vemos por otra que por la Encarnacion se ha

realizado este designio del modo mas portentoso y mas digno de la infinita majestad; ¿y por que? porque los homenajes de las criaturas toman así un carácter de grandeza del todo divina; el mundo entero adorando á Dios por el hombre, el hombre adorando por Jesucristo, y Jesucristo siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, resulta que Dios es conocido y glorificado como Dios. Este es, Señores, un encadenamiento de verdades y de raciocinios que pide toda vuestra atencion.

Nuestros libros santos nos enseñan que saliendo Dios del reposo eterno, dió el ser á lo que no le tenia, y sacó de la nada este universo con todas sus maravillas: ya las estrellas resplandecen como diamantes en la bóveda celeste; llena ya el sol los espacios con su luz; ya la luna, reina de los astros, preside la noche; los mares se encierran en las prisiones de los abismos; la tierra fecunda se cubre de flores y de frutos; una multitud de seres diversos

pueblan las aguas, la tierra y el aire: todo obedece á las leyes del Soberano Criador, y nada hay que no esté maravillosamente adaptado á sus designios. Así el escritor sagrado nos le representa complaciéndose en el mundo visible que acaba de producir, y viendo que cada cosa ocupa su lugar, que cada pincelada de este hermoso cuadro tiene su gracia y su belleza, y que su conjunto debe servir á las miras de su sabiduría, durante toda la série de los tiempos. *Vidit Deus quod esset bonum* (1).

¿Pero que vale este universo material, ni que gloria resulta de él á Dios, si no existen seres intelijentes que puedan conocerle y adorarle? Las criaturas insensibles, el sol, la luna, la tierra y los mares no se conocen á sí mismas, ni conocen á Dios; carecen del sentimiento de su propia existencia, y del de la de su autor, y son por lo mismo incapaces de referir á Dios por

(1) Genes. I, 25.

medio del reconocimiento todo cuanto han recibido de su mano omnipotente. Es cierto que Dios no es como aquellos artífices que, poco seguros de su habilidad, se complacen en ensayarla en las producciones de su industria: no, no necesitaba hacer la prueba de su poder en la formacion de este mundo, y por consiguiente hubiera sido indigno de él crearle sin otro fin ulterior. No tememos decirlo: la creacion de la naturaleza material, sin la creacion de la naturaleza intelijente, nada presentaria digno de la suprema majestad. Si solo existiese la materia, todo estaria muerto en la naturaleza, y este mundo físico seria una inmensa soledad, un palacio sin señor, un imperio sin rey, y un templo sin sacerdote. ¿Y que hace en este caso el Criador? Despues de haber formado el universo material con todas sus bellezas y maravillas, la escritura nos le representa meditando en sí mismo alguna cosa mejor que cuanto habia hecho hasta entónces. *Hagamos*

dice, *al hombre á nuestra imájen* (1). Con este objeto modela su mano poderosa un poco de barro, le anima con un soplo de su divinidad, y he aquí al hombre que participa de Dios en cuanto á su espíritu; y de la tierra en cúanto á su cuerpo; que lleva en su alma señales de las perfecciones divinas, que se verán brillar hasta en su frente; que es capaz como su autor de intelijencia y de amor, y que siendo un ser libre tributará por lo mismo á la divinidad homenajes mas gloriosos para ella, y mas meritorios para él. El mismo Dios es quien comunicándole alguna parte de su soberanía, le constituye rey de la tierra, y somete á él todos los seres que crecen, viven y respiran sobre su superficie. Desde este punto empieza ya la creacion á tener un objeto digno del Soberano autor de todas las cosas. Las criaturas insensibles existen para el hombre, y el hombre existe

(1) Genes. I, 26.

para Dios. Los seres materiales no conocen á Dios, pero le dan á conocer, le manifiestan, hacen en cierto modo visibles sus perfecciones, y su esplendor; y su belleza y armonía escitan al hombre á alabar y glorificar á su autor. ¿No son en efecto el sol y los astros esparcidos en el firmamento otros tantos espejos que de todas partes reflejan á nuestra vista los rayos de la divinidad? Cuando el profeta convida á todas las criaturas inanimadas, la tierra y los mares, los vientos y las tempestades á bendecir para siempre al Criador, no es esto solamente un piadoso entusiasmo; es tambien un modo de reconocer que por la grandeza y el concierto de sus movimientos, y por el maravilloso espectáculo que nos presentan, nos invitan ellas mismas á pagar en su nombre á nuestro Señor comun el tributo de sus homenajes, juntamente con los nuestros; y aun podíamos añadir que no es el hombre en esta parte un simple espectador, ó un testigo arrebatado de

admiracion, sino que todo se refiere á él en la creacion. No sabemos, es cierto, lo que sucede en los planetas, ni si Dios ha colocado en ellos seres capaces de conocerle; pero sabemos que el hombre disfruta de todas las obras de la mano divina. Sí: el aire, la luz, los astros, todo sirve para sus usos, para sus necesidades y sus placeres; y sin pretender que el mundo haya sido hecho esclusivamente para solo el hombre, es sin embargo indudable que puede considerarse como un punto céntrico en una esfera inmensa. Así podemos decir que las criaturas materiales bendicen y adoran á su Criador, no por sí mismas, sino por la mediacion del hombre que las conoce, y que se eleva por ellas hasta su autor; y que como pontífice y sacerdote de la naturaleza, ofrece el homenaje de toda ella á la divinidad.

Es cierto que estos homenajes de las criaturas inanimadas por medio del hombre, y los del hombre por sus

adoraciones personales, podrian por sí ser gratos á la divinidad, y que principalmente cuando nuestros primeros padres en toda la integridad aun de su naturaleza orijinal, enriquecidos de los dones mas preciosos, y con un corazon penetrado de reconocimiento y de amor, se volvieron hácia el Dios que les habia dado la vida y bienes tan perfectos, no pudo ménos de ser grata la espresion de sus sentimientos á aquel que se los inspiraba. Pero en fin por mas virtuoso y santo que se suponga al hombre, siempre es limitado, y siempre sus homenajes proceden de una naturaleza demasiado débil, para no quedar á una distancia infinita de la infinita grandeza. ¿Y quien podrá llenar este inmenso intervalo? ¿Como adquirirá el hombre lo que le falta para ofrecer á Dios un tributo que guarde alguna proporcion con su majestad? Es bien claro que los homenajes tributados al poder ó al mérito son tanto mas gloriosos, cuanto mayor es la dignidad y grandeza

de la persona que los ofrece. Así es que por mucho que honrên á un poderoso monarca los homenajes de sus súbditos, le honrarian mucho mas los de otros reyes colocados al pie de su trono; ¿pero como podrá el hombre aproximarse á la infinita majestad de su Dios? Aquí es, Señores, donde vais á ver lo mas bello y mas profundo de la Encarnacion del Verbo. Yo no pretendo ahora suponerla necesaria: tampoco que Dios haya debido elejir el órden de cosas en que debia acontecer, ó que no tuviese otro medio mas que este para criar el mas perfecto de los mundos, y que estuviese obligado á criarle. Dejo esta doctrina de Leibnitz ó de Malebranche por lo que valga; acaso es mas fácil ridiculizar que refutar el optimismo de estos dos grandes filósofos; pero se puede muy bien no ver en él mas que un sueño sublime; y aunque hayan sabido apoyarle en razones muy especiosas, estoy muy léjos de mirarle como una realidad. Desprendidos pues

de todo espíritu de sistema, y limitándonos á lo que enseña el cristianismo, veamos lo que sucedió. Unese el hijo eterno de Dios á la naturaleza humana, y en esta naturaleza se abate y humilla ante el Altísimo; al mismo tiempo formá un pueblo de adoradores que asocia á sí, y á quienes llena y penetra de su espíritu; se hace jefe de un cuerpo místico, cuyos miembros somos nosotros los cristianos; y ved en esto desplegado con una vasta magnificencia el plan de la creacion. Los seres materiales adoran por medio del hombre; el hombre adora por Jesucristo, y Jesucristo hombre Dios adora por sí mismo de un modo digno de Dios: de esta suerte forma el universo por la Encarnacion del Verbo divino un magnífico concierto de alabanzas infinitas como la infinita majestad á quien se dirijen.

No es esta una teolojía nueva, sino una consecuencia del misterio de la Encarnacion bien entendido; y cuyos

elementos creo hallar en San Pablo, que tanto habia penetrado en las profundidades de este misterio. Habíanse suscitado algunas contiendas en la Iglesia de Corinto, fundada por este Apóstol; y parecian estar los fieles divididos entre los que mas particularmente los habian instruido, siguiendo unos á Cefas y otros á Apolo. Para calmar sus vanas disputas les recuerda el Apóstol que los hombres son nada, que deben sobreponerse á todas las consideraciones humanas, y pensar que su gloria y su único deseo deben ser el pertenecer á Jesucristo en quien todo les pertenece, y les dice con este motivo estas notables palabras: «Sí, todas las cosas son «vuestras, el mundo, la vida, la muer«te, lo futuro, todo es vuestro; pero «vosotros sois de Jesucristo, y Jesucris«to es de Dios.» *Omnia vestra sunt: vos autem Christi: Christus autem Dei* (1).

Aclaromos este pensamiento del

(1) I. Cor. III, 22, 23.

Apóstol, tán digno de nuestras reflexiones. La relijion nos enseña que habiendo prevaricado nuestros primeros padres, no por eso los abandonó Dios despues de su caida; sino que al mismo tiempo que los castigó por su rebelion, les prometió igualmente que á su posteridad un Redentor. Confiada esta promesa á las primeras familias del jénero humano, se perpetuó por una série de jeneraciones que la conservaron fielmente, hasta que un pueblo particular, el pueblo hebreo, fue su depositario especial. Este libertador debia ser Jesucristo Dios y hombre juntamente, que expiaria con su muerte los crímenes de la tierra, y cuyos méritos abrazando todas las edades, santificarian á todos los justos desde el orijen hasta el fin de los tiempos. Tal es la fe cristiana acerca de las promesas y consecuencias de la Encarnacion: ved ahora la gloria que de ella resulta á Dios.

Si los sacrificios de Abel, de Noe, de Abraham, y de Melchisedech, las

ceremonias misteriosas de la antigua ley, la fe de los patriarcas, el celo de los profetas, y las virtudes de todos los justos, que aparecieron ántes del Evanjelio, no hubieran tenido relacion alguna con el sacrificio futuro de Jesucristo, no hubieran sido mas que de un mérito débil y limitado; pero por su union con los méritos del libertador esperado adquirian un valor inmenso, y guardaban cierta proporcion con la majestad divina: de este modo, aun antes de la venida de Jesucristo alababan á Dios las criaturas insensibles por medio de los justos de la tierra; los justos por Jesucristo, y Jesucristo por sí mismo de una manera digna de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi, Christus autem Dei.* Con arreglo á esta misma idea, ¿que gloria no debia resultar á Dios del celo de los Apóstoles, de los combates de los confesores, del valor de los mártires, de las oraciones de las almas piadosas, de la resignacion de los cristianos desgraciados, de las

liberalidades inagotables de la caridad, y de todas las virtudes tiernas y sublimes que inspira la relijion? Porque esta gloria aunque tributada por una débil criatura, se hace como infinita por la union del cristiano con el hombre Dios. Todo es del alma fiel, esta es de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi, Christus autem Dei.* Ademas, la relijion aunque bajo de diferentes formas es tan antigua como el mundo, y se ha perpetuado con él para durar aun despues de él. Es un jérmen que se manifiesta en el tiempo de los patriarcas, que crece en el de la ley de Moises; se desarrolla en el de la ley del Evanjelio, y llega en los cielos á su plena y perfecta madurez. Todo allí se consuma, los elejidos son uno con Jesucristo, y Jesucristo es uno con el Padre celestial, y la gloria de la cabeza se difunde en todos los miembros. Por él los bienaventurados alaban y glorifican para siempre las grandezas y misericordias de Dios que los corona

y sus adoraciones identificadas con las de Jesucristo hombre Dios son infinitas como el Dios objeto de ellas. Así por una consecuencia del misterio de la Encarnacion, Dios ha recibido desde el principio, y recibirá aun mas allá de los tiempos homenajes infinitos como él. En vista de esto, ¿que relijion mas digna de Dios, y que le sea mas gloriosa que una relijion fundada como la nuestra en el misterio del hombre Dios? Aun cuando esto no fuese mas que un sistema, seria sin embargo el concepto mas sublime del entendimiento humano; pero todo esto es demasiado superior á los pensamientos del hombre, para que pueda ser invencion suya. No me admiro de que la culpa de nuestros primeros padres haya dado lugar á la encarnacion del Verbo; ni tampoco de que debiendo esta proporcionar á Dios tanta gloria, se consuele la Iglesia, al mismo tiempo que llora la caida orijinal, con el espectáculo de los bienes inefables que la providencia ha

sabido sacar de ella, y que no tema esclamar: «¡O feliz culpa que ha merecido tener tal Redentor.» *O felix culpa, quæ talem meruit habere redemptorem!*

Ciertamente, Señores, y terminaré con esta observacion la primera parte de este discurso, debe sernos la doctrina que acabo de exponer tanto mas apreciable cuanto es mas gloriosa y mas consoladora para nosotros. Comparadla con la de los materialistas de nuestros dias, y decidid. Los ateos han celebrado con énfasis la dignidad de la especie humana: querian segun su lenguaje ensalzar la majestad del hombre abatida bajo del yugo de la supersticion; y sin embargo, sus sistemas no hacen mas que corromperle y envilecerle. ¿Que nos enseñan en efecto acerca del oríjen y destino del hombre? Le hacen nacer yo no sé como, y ántes de llegar al ser humano le hacen pasar por ridículas transformaciones, de mineral á vejetal, y de vejetal á animal: no ven en él mas que un poco de

todo organizado, y le hacen morir todo entero como un insecto: esto es lo que se ha llamado por mucho tiempo, y lo que aun se llama algunas veces filosofía. Para hacernos virtuosos nos desembaraza primero el ateo de la creencia en la Divinidad, entregándonos de este modo á todos los vicios casi sin defensa; y para consolarnos de los males de la vida, nos habla de la inflexible necesidad que nos subyuga. Orgullo y licencia en lugar de dignidad y de libertad, pasiones en lugar de virtudes, y palabras bárbaras ó un espantoso suicidio en lugar de consuelos: estos son los dones que el ateo hace á la humanidad; y si una feliz inconsecuencia no le hiciera ménos malo que sus sistemas, podria decirse: Ved ahi el hombre del ateismo. Al contrario, hecho á la imájen de Dios su Criador, animado de un espíritu inmortal, colocado en una clase particular, y Rey de la naturaleza por su intelijencia; sostenido en sus males por la esperanza, ennoblecido,

perfeccionado, y como divinizádo por la union del Verbo á la naturaleza humana; hecho partícipe de los méritos y santidad de Jesucristo, y destinado á reinar con él en la eternidad: tal es el hombre de la relijion. Decidid ahora de que parte está la grandeza, y de que parte el abatimiento.

Ya, Señores, os hemos hablado bastante de cuanto tiene de mas grande y hermoso el misterio de la Encarnacion. Réstanos ver en que se fundan los argumentos de los incrédulos contra este misterio.

Si los oís os presentarán el misterio de la Encarnacion como un compuesto estravagante de contradicciones, de crueldad, de injusticia y de bajeza, é indigno de la bondad y grandeza de Dios. ¡Un Dios, os dirán, inmortal, impasible é inmenso, cerrarse en un cuerpo mortal, nacer, padecer y morir! ¿No es esto un absurdo? ¿No es una injusticia que un Dios condene á muerte á Jesucristo, que era la misma inocencia, en

lugar de condenar á los hombres que eran los verdaderos culpables? ¿Que cosa, por último, mas escandalosa é indigna de la Suprema Majestad, que un Dios confundido entre las humillaciones y el oprobio? Nada de esto os asuste, Señores: estos vanos argumentos no se fundan sino en falsas nociones, y los veréis desvanecidos si quereis uniros un momento á nosotros para formaros ideas justas; en primer lugar, del fondo mismo del misterio, tal como le enseña la relijion; en segundo, de la verdadera grandeza, tal como nos la presenta la recta razon; y en tercero, de los efectos maravillosos y divinos que han resultado de estas mismas humillaciones de que el incrédulo procura prevalerse contra Jesucristo.

Conviene ante todas cosas considerar el misterio de la Encarnacion tal como la relijion le propone, y no como podrian figurársele las preocupaciones y la irreflexion. La relijion nos enseña que al unirse á nuestra naturaleza el

Verbo Divino nada perdió de su grandeza, ni contrajo nada de nuestra debilidad; y que en Jesucristo, Dios y Hombre al mismo tiempo, la Divinidad permaneció siempre impasible é inmortal. Seria ciertamente un absurdo imajinarse que la Divinidad estaba encerrada en el cuerpo humano como lo está un licor en un vaso, ó como nosotros lo estamos en este templo; pero sin necesidad de esto, al mismo tiempo que Dios lo llena todo con su inmensidad, puede muy bien hacer mas palpable su presencia en algunos sitios determinados, y al comunicarnos á todos el movimiento y la vida, ha podido unirse á la naturaleza humana de un modo mas íntimo, gobernarla y dirijirla con una accion mas especial. En Jesucristo la naturaleza humana estaba unida á la naturaleza divina, como en el hombre lo está el cuerpo al alma. Esta comparacion, por imperfecta que sea, sirve no obstante para aclarar el misterio; y en todos tiempos se han servido de ella los doctores

de la Iglesia. En efecto, el hombre es espíritu y cuerpo todo junto, y en cada uno de nosotros tienen el espíritu y el cuerpo sus funciones particulares; pero está admitido en el lenguaje humano atribuir unas y otras á la persona: por consiguiente segun que se considere al hombre, ó por su alma ó por su cuerpo, puede y debe decirse del mismo hombre que es bruto é intelijente, corruptible é incorruptible, mortal é inmortal. La aplicacion es palpable; es preciso saber distinguir en Jesucristo lo que es propio del hombre y lo que es propio de Dios: en él padece la naturaleza humana; la divina es impasible; pero por una consecuencia de la union de ámbas naturalezas, debe decirse del mismo Jesucristo, que es Dios y Hombre, enjendrado en la eternidad y nacido en el tiempo; vivo siempre, y juntamente muriendo en la Cruz. Los niños cristianos, instruidos en los primeros elementos de la relijion, sáben repetir que Jesucristo ha muerto como Hombre

y no como Dios. En Jesucristo el Verbo dirijia y gobernaba la humanidad; y por esto deben atribuírsele sus padecimientos y muerte, cuyo precio por lo mismo es infinito.

Seria sin duda una injusticia que Jesucristo inocente hubiese sido condenado por crímenes ajenos, y padecido, á pesar suyo, la pena que no habia merecido; pero suponed por una parte, que Dios justamente ofendido por las iniquidades de los hombres, exijia una reparacion de los ultrajes hechos á su Majestad; y por otra que el Verbo Divino por un impulso de amor se constituye mediador, que se presenta como víctima voluntaria, y que con este pensamiento toma una naturaleza semejante á la nuestra para padecer y morir. ¿Hay en esto injusticia? Admiremos mas bien como en el sacrificio de Jesucristo se concilia la justicia con la bondad. La justicia de Dios queda plenamente satisfecha por una reparacion digna de él, y brilla su misericordia

aceptando una reparacion que podia rehusar. Un ejemplo familiar os va á hacer esto muy claro. Figurémonos un monarca ofendido por vasallos rebeldes: tiene ciertamente derecho á tomar una venganza ejemplar, y á no admitir las satisfacciones ofrecidas por los delincuentes; pero supongamos al mismo tiempo que su hijo único se ofrece por mediador, que se presenta ante su Padre en nombre de sus vasallos delincuentes y que este acepta su mediacion: ¿á donde está en esto la injusticia? Los derechos del trono quedarian entónces vindicados, y aun resaltaria la clemencia del Príncipe; pudiendo decirse ademas, que siendo tambien del hijo la gloria del padre, refluiria igualmente sobre el hijo el honor que redundase al padre de la reparacion que él mismo le ofreciese. No pretendo ciertamente disipar todas las nubes que cubren el misterio, pues en este caso dejaria de serlo. Pero ¡cuantos puntos tan misteriosos como este y enteramente incomprensi-

bles ofrece nuestra alma, ya en el modo de formarse sus pensamientos, y ya en su union con el cuerpo! Pero á lo ménos por las ideas que la relijion nos da de este misterio es forzoso confesar que no encierra esos absurdos repugnantes que solo desnaturalizándole pueden ver en él los incrédulos.

Para que aparezcan ménos repugnantes las humillaciones y abatimientos de Jesucristo, recordemos en segundo lugar las verdaderas nociones de la sólida grandeza, no tomando aquí por regla aquel orgullo que se irrita por apariencias, sino la recta razon que juzga en vista de la realidad. ¿Y que es lo que ésta nos dice? Nos dice que la verdadera grandeza está en la virtud, y la bajeza solo en el vicio; y que nunca es mas grande el hombre que cuando despues de ser injustamente perseguido, muere en el suplicio con la tranquilidad de la inocencia. Mas gloria debe Sócrates á la cicuta, á que fué condenado injustamente, que á su sabiduría y á sus estimables

cualidades. ¿Se ha notado jamas nada de degradante en los tormentos de Régulo espirando en Cartago víctima de sus juramentos? ¿Es acaso ménos grande S. Luis cargado de cadenas, soportando la desgracia con la resignacion de un cristiano y la dignidad de un Rey, que S. Luis en el trono? ¿Y cuando Jesucristo perseguido por el mas ciego furor muere con toda la magnanimidad y sencillez de la virtud, no será carecer de toda filosofía ofenderse de sus humillaciones y padecimientos? Puede decirse que los paganos se han manifestado en este punto mas ilustrados que nuestros pensadores modernos: testigo Ciceron, y ántes que él Platon. El primero en un fragmento del tercer libro de la *República* conservado por Lactancio, hace el retrato (1) de dos hombres muy diferentes; el uno es un malvado que pasa por hombre de bien, y que engañando á sus semejantes se ve

(1) *Divin. Inst.* Lib. V, c. 12.

colmado de riquezas, de honores, y de todos los favores propios de la virtud; y el otro un hombre de bien que tenido por malo es perseguido por sus conciudadanos, cargado de cadenas, agobiado de males, y reducido á ser el mas infeliz de los hombres. «Y bien, dice el «filósofo romano, ¿si se nos obligase á «ser uno de los dos, quien de nosotros «seria tan insensato que vacilase?» Cuando en el segundo libro de su *República* nos pinta Platon su justo perfecto, no nos le presenta bajo del dosel y la púrpura, en el fausto de las grandezas mundanas, ni en el carro de la victoria, ó entre las aclamaciones de la multitud, sino tal como Jesus se manifestó al mundo, humillado, perseguido, sin otro aprobador de sus virtudes que el cielo, y condenado como un malhechor, siendo el mas justo de los hombres: es pues notorio que los sabios del paganismo no conocieron espectáculo mas digno de la atencion del cielo que el de la virtud luchando con el infortunio.

Consultemos nosotros mismos, consultemos nuestras propias ideas para aplicarlas á Jesucristo bajo de otros respectos. Nos sentimos afectados y conmovidos cuando se nos citan injenios sublimes, que no se desdeñan de humillarse hasta el nivel de los simples y de los ignorantes para instruirlos; y reyes poderosos que se despojan alguna vez de su majestad para manifestarse mas populares; y nos es grato ver á los primeros abatir en cierto modo la sublimidad de su injenio, y á los segundos descender de su elevado trono, templando de este modo el resplandor de la ciencia y del poder con una amable condescendencia. Si pudiésemos presumir en estos actos debilidad ó pusilanimidad, dejarian sin duda de admirarnos; pero estamos al contrario convencidos de que hay grandeza en humillarse asi en beneficio de la humanidad. Efectivamente, Señores, Jesucristo no es, ni podemos creerle, débil ni pusilánime: es cierto que se humilla por nosotros,

pero siempre con los caractéres de la mas heróica virtud, y haciendo sobresalir aun en medio de sus humillaciones rasgos de una grandeza enteramente divina: es un Príncipe que hasta en su Real familiaridad sabe hacer conocer todo lo que él es á la multitud que le rodea. Ved en efecto toda su vida: nace en un pesebre, pero los ángeles celebran su nacimiento con cánticos de alegría; aparece con la debilidad de la niñez, pero rodean su cuna los pequeños y los grandes, los pastores de la Judea y los magos de oriente; es presentado en el templo como cualquier otro niño; pero el anciano Simeon le toma en sus brazos y profetiza su grandeza y su gloria; conversa en medio de los pueblos de la Judea con los pobres como con los doctores, pero en sus discursos, brilla la mas profunda sabiduría y un sinnúmero de maravillas acompañan sus pasos. Si se deja prender por una tropa armada, es despues de haberla aterrado con una sola palabra como

con un rayo; muere en la cruz, pero su muerte conmueve la naturaleza; y si, por último, baja al sepulcro es para salir de él triunfante de la muerte.

Quiero por un momento olvidar estas señales de su divino poder, para no considerar mas que sus mismas humillaciones, con el objeto de hacer ver que en lugar de envilecer á Jesucristo hacen resaltar admirablemente su grandeza: ¿y por qué? Porque de ella resultan efectos maravillosos y muy dignos de la divinidad, que es mi tercera y última reflexion.

Hace ya quince siglos que uno de los mas grandes injenios de la antigüedad cristiana, Tertuliano, decia á los enemigos de la divinidad de Jesucristo (1): «sus humillaciones os parecen «indignas de Dios; pero considerad que «eran muy útiles al hombre y que por «lo mismo se hacian dignas de Dios, «pues nada hay mas digno de Dios que

(1) Adv. Marcion lib. II, cap. XXVII.

«el hacer bien á su criatura.» Este pensamiento merece que nos detengamos en él para darle toda la claridad conveniente. Todas las perfecciones son infinitas en Dios: su bondad es ilimitada como su poder y su sabiduría; y aun es de tal manera su atributo distintivo, que se le designa con el nombre de infinitamente bueno, como con el de infinitamente grande: la bondad es en él una propension á comunicar y derramar los tesoros de vida y de felicidad de que es oríjen. No se verifica en Dios lo que en los hombres: concentrados nosotros en nuestros afectos personales, y ocupados de nuestras propias necesidades rehusamos dar, ó solo damos con reserva y medida; conocemos que nos quitamos á nosotros lo que damos, y creemos perder en algun modo una parte de nosotros mismos.

Pero Dios de nada necesita, da sin empobrecerse, y es propio de la dignidad del primer ser dar por sí mismo, y aun prevenir los deseos, porque es

el Ser supremo que estiende á todos su soberana bondad y que puede llevarla á un punto, que si le agrada darle libre curso, nos parezca inconcebible. Siendo en efecto infinitamente comunicable ¡hasta donde no podrán alcanzar los efectos de su amor! ¿Y que espectáculo ofrecia la tierra á su vista? Los errores y los vicios la tenian cubierta de tinieblas é infamias: los crímenes estaban divinizados, las virtudes desconocidas, y los pueblos segun el lenguaje de la Escritura eran como ovejas descarriadas sin pastor y sin guia: eran unos enfermos cubiertos de llagas y de heridas; y al mismo tiempo unos criminales que sofocando la conciencia y los remordimientos, volvian contra Dios mismo sus beneficios, y no cesaban de ultrajarle con sus iniquidades. Necesitaban un modelo, un médico, un Salvador. Ya el cielo habia hablado de muchos modos por los profetas; pero Dios habia determinado hacer todavia mas: queria conceder á

la tierra un beneficio mas universal, mas precioso, mas duradero, y lo que haga será una cosa tanto mas digna de él cuanto envuelva mas amor y mas condescendencia. Los paganos habian imajinado que los dioses visitaban algunas veces á los hombres; pues bien, lo que para ellos solo era una fábula, se ha realizado en Jesucristo. Dios se hace visible, se reviste de nuestra naturaleza, vive entre los hombres, los ilustra con sus discursos, los santifica con sus ejemplos, y los salva con su muerte. Si fuéramos solo puras intelijencias, hubiera podido contentarse con iluminarnos por revelaciones interiores; pero somos hombres, tenemos sentidos, órganos y cuerpo, y por lo mismo Dios se hace semejante á nosotros y nos concede el beneficio de una revelacion sensible, exterior y adecuada á nuestra naturaleza. Pudo sin duda aparecer en un estado habitual de grandeza y de gloria, manifestarse por algun tiempo á los hombres, y desaparecer

despues sin pasar por aquel estado de pobreza, de humillacion y de padecimientos á que quiso sujetarse; pero esto hubiera sido muy poco para su amor y para nuestra instruccion. Pasa por todos los estados de la vida humana; se somete á las mas duras pruebas, y se hace obediente hasta la muerte de cruz, porque es inmenso su amor á los hombres; quiere servir de modelo á todos; dejarnos en su vida el cuadro de todas las virtudes; ofrecer siempre el ejemplo á la par del precepto, é ilustrarnos mas aun con su conducta que con sus lecciones. Dominaban con tal imperio en la tierra la soberbia, la ambicion y el deleite, estos tres tiranos del jénero humano, que se necesitaba para limpiarla de ellos y establecer el reinado de las virtudes opuestas, nada ménos que los ejemplos tan perfectos de humildad, de desprendimiento y pureza que brillan en Jesucristo.

Ved aquí pues ese lejislador único

en someterse hasta el último aliento de su vida á todas las leyes que nos impuso, y que por cada una de sus palabras, como por cada una de sus acciones, tiene derecho para decir á sus enemigos (1): «¿Quien de vosotros podrá «hacerme una reconvencion justa?» ¡Que admirable concordancia entre sus ejemplos y su doctrina! No hay una accion suya que no sea un ejemplo, ni en sus discursos una sola palabra que no sea una verdad. ¡Cuan pequeños son delante de este justo todos los sabios juntos! ¿Cual es el filósofo que sepa hablar y vivir de este modo? Aristóteles y Platon han podido formar discípulos, y reinar sucesivamente en las escuelas de la filosofía, antigua ó moderna; pero ¿se encuentra siempre en la santidad de su vida, la doctrina que enseñaban en sus libros? ¿se ha pensado nunca en proponerlos por modelos de toda perfeccion? No. Pero en cuanto á Jesucristo su

(1) San Juan, VIII, 46.

conducta no es mas que la práctica de su doctrina, y en cuantas partes penetre su Evanjelio se podrá decir á todos los hombres: «mirad, y obrad segun el «modelo que se os presenta.» Ved como en sus mismas humillaciones se muestra Jesucristo verdaderamente Dios, dando el ejemplo de todas las virtudes para santificarnos, y sacrificando su vida por la salvacion del mundo. Si admiramos á un príncipe que sabe entregarse y morir por su pueblo, y si esta conducta nos parece gloriosa para él; confesemos tambien con Bossuet que «un «Dios que desciende á la tierra para «vivir entre los hombres, no podia ha«cer cosa mas grande, mas Real ni mas «Divina que salvar á todo el jénero hu«mano por una muerte jenerosa.»

Os preguntarémos por último: ¿Os escandalizais de las humillaciones del Salvador? Pero advertid cuales han sido en todos los siglos las maravillosas resultas de sus padecimientos y de su muerte, y como su cruz ha llegado á

ser su triunfo. Jesucristo habia anunciado que todo lo atraeria á sí, cuando fuése colocado en alto: ¡que prediccion! Una cruz, teatro de ignominia, convertirse en un manantial de gloria: ¡que prodijio! Jamas ningun oráculo se ha cumplido mas maravillosamente. En este punto hablan de un modo muy claro los hechos; todo el universo, todas las naciones vienen á ser herencia de Jesucristo crucificado; y la misma Roma, señora del mundo, recibirá el yugo del Salvador. Levante Roma, la soberbia Roma, á costa de inmensos gastos un templo célebre á todos los dioses de la tierra; ese monumento de su política y supersticion, ese mismo servirá de trofeo á la cruz del Salvador del mundo. La señal de salvacion será enarbolada sobre el panteon, y los dioses de las naciones puestos á sus pies como cautivos servirán de ornamento á los triunfos de Jesucristo. Júpiter cayó desde la cumbre del capitolio sin que sus rayos, tan ponderados por los poetas,

le hayan podido salvar de una caida eterna. Perecerá el Imperio romano; pero la relijion del crucificado durará para siempre. Desde el fondo de sus bosques y de rejiones incultas vendrán los pueblos feroces del Norte á arrojarse sobre las provincias romanas como sobre su presa, caerá el coloso del poder á los golpes de los bárbaros: los bárbaros caerán á su vez al pie de la cruz, y Remijio dirá á Clodoveo: «Baja la cabeza, «fiero Sicambro, quema lo que has ado- «rado, y adora lo que has quemado.» Los pueblos mas salvajes de nuestra Europa se humanizarán y civilizarán por el Evanjelio; y la Europa una vez hecha cristiana servirá de antorcha al resto del mundo.

Tales han sido, y tales son aun los triunfos de Jesus crucificado. De este modo hizo la conquista del mundo esta cruz, de la que algunos parecen avergonzados. ¡Tanto es su poder y virtud! Aprended pues, Señores, aprended á conocer el misterio de la Encarnacion

tal como la Iglesia nos le enseña, libre de las ideas absurdas y groseras que la preocupacion se forma de él; y os penetraréis de cuan glorioso es para Dios, y saludable para el hombre. Cristianos entónces por las obras, no ménos que por la fe, haréis homenaje á Jesucristo de los afectos de vuestro corazon, y de la sumision de vuestro espíritu; respetaréis en él al mediador, al Salvador del mundo, y repetireis con los espíritus celestiales: «gloria á Dios por Jesu«cristo; y por él, paz en la tierra á los «hombres de buena voluntad.»

SOBRE

LAS PROFECIAS.

Ya os hemos hablado, Señores, de la nacion hebrea, á quien Moises dió leyes tan admirables por su duracion como por su sabiduría; ya os hemos recordado los innumerables prodijios de que está llena su historia, y procurado manifestaros cuanto presentan de estraordinario, y verdaderamente singular, su carácter, sus costumbres, su gobierno y su posicion en medio de los demas pueblos del mundo. Hoy nos proponemos considerar á este pueblo bajo de un nuevo punto de vista que acabará de daros á conocer como quiso Dios valerse de él para realizar la ejecucion de sus designios eternos, y preparar muy de antemano el camino á la relijion santa, que habia resuelto establecer en

la tierra. Era poco para la bondad del Señor haber salvado del olvido la memoria de lo pasado, mandando á su siervo Moises describir el oríjen de las cosas, y asegurar por medio de un monumento duradero el depósito de las tradiciones primitivas. Era poco tambien proveer á las necesidades presentes de su pueblo querido, y conducirle como de la mano por entre repetidos milagros. Las ideas de salvacion que habia concebido el Altísimo, no debian ceñirse á sola una rejion, ni á un solo pueblo; y aquellos cuidados de una providencia enteramente particular á favor de los hijos de Israel, no eran mas que el preludio y la figura de la grande obra de misericordia que meditaba á favor de todos los hijos de los hombres. Todavía debian pasar siglos enteros hasta que esta grande obra se consumase; pero queriendo marcarla con señales que no pudiesen ser desconocidas, y consolar á lo ménos á la tierra sobre sus males con la esperanza del remedio,

suscita de tiempo en tiempo hombres llenos de su espíritu y de sus luces, ante quienes corre el velo de lo porvenir, y les manda vayan á decir á sus hermanos lo que han visto y lo que han oido. Este es el oríjen de esa numerosa série de profecías que se hallan en los libros de la ley antigua, donde se puede leer anticipadamente la historia de los sucesos futuros.

Algunas de estas profecías se refieren solo al pueblo judío, ó tal vez á alguna de las ciudades ó naciones sus limítrofes; pero otras, y estas son de las que voy á hablaros, parecen referirse á un solo y único objeto al cual van á parar continuamente, y al que, bajo de todas formas y en todos sus pormenores, presentan como de mayor importancia y de un interes mas universal. Los Judíos y los Cristianos estan acordes en ver en estos últimos oráculos la promesa de un libertador ó de un Mesías que debia venir en la plenitud de los tiempos, y cuyos beneficios é

imperio debian extenderse á todas las naciones. Estos aseguran que aquel augusto personaje ha venido ya, y que es Jesus el hijo de María, crucificado en Jerusalen hace diez y ocho siglos, y aquellos sostienen al contrario que todavía se le debe esperar. Los incrédulos por su parte pretenden que tanto unos como otros padecen ilusion, y que ningun crédito merecen todas estas profecías. En el choque de tan diferentes opiniones, ¿donde hallarémos la verdad? Esto es lo que vamos á examinar.

Para dar órden y claridad á esta discusion, la reducirémos á tres cuestiones principales.

Primera: ¿Es cierto que hay en los libros del antiguo Testamento predicciones que anuncian la venida del Mesías?

Segunda: ¿Es cierto que los caractéres designados de antemano á este incomparable personaje se reunen en Jesucristo?

Tercera: ¿Es cierto que las dificultades que se oponen á esto carecen de toda solidez?

Tal es el asunto y la division de esta conferencia acerca de la divinidad de la relijion cristiana, probada por las profecías.

Es indudable, Señores, que uno de los puntos fundamentales de la relijion judáica, ha sido en todos tiempos la espectativa de un Mesías; es decir, de un poderoso libertador destinado á reinar sobre todos los pueblos: de esta tradicion se encuentran vestijios muy marcados de siglo en siglo hasta nosotros, y los autores, tanto judíos como paganos, atestiguan unánimemente que la esperanza del Mesías era jeneral en la época en que Jesucristo apareció en el mundo (1). ¿Pero está verdaderamente

(1) Josefus. *De Bello Judaico*, lib. VI, cap. V, n. 4. — Talmud Babyl. *Sanh.* cap. II. — Luc. III, 15. — Joan. I, 19, 20: IV, 25. Sueton. *in Vespas.* cap. IV. — Tacit. *Histor.* lib. V. cap. XIII.

fundada en los libros santos una tan antigua y arraigada creencia? Todo hombre de buena fe se convence de ello con la mayor facilidad. Nada hay en efecto mas frecuentemente repetido en los libros del antiguo Testamento, que la promesa de un Mesías bajo de la idea jeneral de un libertador destinado á fundar una nueva alianza. Es verdad sin embargo que esta promesa no está igualmente descifrada en todos los tiempos, ni en todos los profetas: es una luz que tiene su principio y su aumento, pero que no deja de alumbrar en todos los siglos, y aunque al principio solo sea un débil rayo, se extiende y aumenta despues por grados hasta llegar á ser con el tiempo una luz brillante.

Apénas nuestros primeros padres incurren por su rebelion en la desgracia del Criador, cuando ya oyen de la boca de su soberano juez la promesa de un libertador que los rescatará de la esclavitud del demonio. «Yo pondré, «dice Dios á la serpiente, enemistades

« entre tí y la mujer, y entre tu raza y
« la descendencia suya; ella quebrantará
« tu cabeza (1). » El estilo oscuro y figurado de esta profecía, en que el demonio está designado bajo del emblema de una serpiente, puede sin duda alguna dar márjen á bastantes dificultades; y aun se podria confesar que si no estuviese aclarada por otras mas modernas, no seria bastante para demostrar rigorosamente la promesa de un redentor. Sin embargo observad, Señores, en primer lugar que el sentido de estas palabras misteriosas está claramente determinado por las mas antiguas tradiciones del jénero humano (2). No solo los judíos sino tambien los mismos paganos, segun confiesa espresamente Boulanger (3), han conservado la tradicion de un libertador todo poderoso que debia traer la salud á los hombres, y reconciliarlos con Dios, y

(1) Génesis III, 15.
(2) Véanse los Targums ó Paráfrasis caldeas.
(3) Boulanger, *Antiquité dévoilée.*

lo mas notable aun es que este enviado de lo alto está figurado en muchas mitolojías bajo de la imájen de un Dios hecho hombre, que quebranta la cabeza de una serpiente dañosa al jénero humano (1). ¿Y de donde ha podido provenir una tradicion tan jeneral entre tantos pueblos diferentes, sino de la tradicion primitiva que ha esplicado la promesa hecha á nuestros primeros padres en el sentido que nosotros le damos? Ademas por poco atentamente que se examine el contexto del pasaje de que tratamos, verémos vislumbrarse á cada palabra entre el rigor del decreto fatal que en él se contiene, la misericordia que suaviza los golpes de la justicia. En el Dios terrible que maldice, se descubre siempre un padre mas que un juez; se conoce que hiere como á pesar suyo; y que si castiga por el

(1) Véase la obra de Faber titulada *Horæ Mosaicæ*, sect. I. cap. III. Véase tambien *Essai sur l'Indifférence*, tom. III. cap. XXVII, páj. 408, etc.

pronto, se reserva perdonar en adelante. El objeto de esta prediccion es visiblemente el de consolàr á lo ménos á los culpables en su desgracia, y reanimar su esperanza despues de su caida. Pero hablando de buena fe, ¿los hubiera Dios consolado eficazmente limitándose á anunciarles la enemistad que existiria en lo sucesivo entre el hombre y la serpiente natural? Dad por el contrario á estas palabras divinas el sentido que nosotros les atribuimos conforme á la tradicion mas antigua y universal, y veréis desde luego cumplido el objeto que Dios se propuso, que fué reanimar el valor del hombre caido. Lo ménos que este debió inferir de tal promesa, fué que uno de sus descendientes conseguiria sobre el demonio una victoria asombrosa; que por lo tanto su estado no era desesperado, y que algun dia se veria libre de los males que se habia atraido con su desobediencia.

Pero sigamos la larga cadena de profecías, de que esta no es mas que

el primer eslabon, y verémos esplicarse sucesivamente los designios de la divina misericordia, y adquirir de dia en dia mayor claridad.

Cerca de dos mil años ántes de Jesucristo, cuando todos los pueblos se precipitaban en la idolatría, escoje Dios á Abraham y á toda su familia, para formar de ella una nacion privilejiada, y anuncia á este santo patriarca, no solo que seria padre de un pueblo innumerable, sino que de su descendencia saldria un vástago en quien serian benditas todas las jeneraciones. « Abandona tu pais, le dice, y vete á la tierra « que te enseñaré, y te haré tronco de « un gran pueblo, y todas las naciones « de la tierra serán benditas en aquel « que nacerá de tí (1). » Igual promesa se renovó en los mismos términos á Isaac y á Jacob, descendientes de Abraham (2), é iluminado con nueva luz, el mismo Jacob en el lecho de la muerte

(1) Génesis XII, 13: XXII, 18.
(2) Génesis XXVI, 3, 4: XXVIII, 13, 14.

señala entre las doce tribus á la de Judá, como la destinada á dar á luz al *deseado de las naciones.* « El cetro, dijo, « (es decir la autoridad soberana), no se« rá quitado de Judá, ni de su posteri« dad el caudillo, hasta que venga el « que ha de ser enviado, y este será la « *esperanza de las naciones* (1).» ¿Y quien no reconoce por esta última señal al personaje célebre ya prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob, á *aquel en quien todas las naciones debian ser benditas*, al libertador en fin anunciado al hombre culpable desde el orijen del mundo?

Bien sé, Señores, que embarazados los judíos modernos con esta profecía, que señala con caractéres tan vivos la época exacta de la venida del Mesías, nada han perdonado para eludir su fuerza, y aun para dar al oráculo de Jacob un objeto del todo diferente del que nosotros le atribuimos. Pero sin seguir

(1) Genesis XLIX, 10.

aquí las discusiones de los eruditos acerca del testo orijinal, lo que no permite el plan de este discurso, ¿no podrémos cortar toda la dificultad con una observacion decisiva? Es una cosa indudable que todos los judíos antiguos, tanto ántes de Jesucristo, como durante los primeros siglos del cristianismo, aplicaban al Mesías igualmente que nosótros el oráculo de que ahora se trata. La traduccion de los libros sagrados conocida bajo del nombre de *Version de los setenta*, anterior á Jesucristo cerca de trescientos años, las paráfrasis ó comentarios publicados por los judíos despues de la venida de Jesucristo (1), todos los escritos de sus antiguos doctores adoptan (2) unanimemente la esplicacion que nosotros damos hoy á esta famosa profecía. ¿Que deberémos por consiguiente pensar de las interpretaciones

(1) Véase en la Poliglota de Inglaterra las paráfrasis de Onkelos, de Jonathan y de Jerusalem.

(2) Thalmud, Gemar. *tract. Sanh.* cap. II.

sospechosas, ideadas por un pequeño número de doctores modernos, despues de tan larga série de siglos? ¿No podrémos con fundamento atribuirlas únicamente á la necesidad de defender una causa desesperada? ¿Con qué derecho se atreven algunos preciados de sabios en nuestros dias á vanagloriarse de haber penetrado el sentido de las profecías mejor que aquellos intérpretes tan sabios, tan próximos ademas al tiempo en que dejó de ser vulgar la lengua hebrea, y que aun debian poseer en toda su integridad el depósito de las antiguas tradiciones? No olvidemos esta observacion importante, que previene y resuelve anticipadamente la mayor parte de dificultades que nos oponen en el dia los judíos.

Pero á medida que se adelanta en la série de los tiempos, aparecen mas claras las promesas y mas circunstanciadas. Los libros proféticos sobre todo estan llenos de predicciones, que por confesion de los judíos, tanto antiguos

como modernos, no pueden convenir sino al Mesías. En efecto, todas las pájinas de estos divinos libros nos anuncian una nueva alianza, que no será particular á los hijos de Jacob, sino que extenderá entre todos los pueblos del mundo el conocimiento y culto del verdadero Dios, y someterá todas las naciones al reinado del Mesías.

¡Con que magnificencia no se canta este grande suceso en el libro de los Salmos! Muchas veces no pensaba David al empezar aquellos sublimes cánticos, mas que en celebrar la gloria de su hijo Salomon; pero de repente se arrebata, sale de sí mismo é iluminado por una luz celestial, entreve á lo léjos á aquel de quien Salomon era figura, y pinta la gloria del Mesías con rasgos que es imposible aplicar á ningun otro. No solo ve como Abraham á *todas las naciones de la tierra benditas en este nuevo Rey* (1), sino que contem-

(1) Salmo LXXI, 17.

pla con admiracion todos los pueblos sometidos á su imperio, y postrados á los pies del solo Dios verdadero. «En «sus dias felices, dice él (1), florecerá «la justicia con la abundancia de la «paz, el imperio del nuevo Rey se ex«tenderá de un mar á otro, y hasta los «últimos confines del mundo. Los mo«radores del desierto se postrarán ante «él, y sus enemigos besarán el polvo «de sus pies. Todos los reyes de la tier«ra le adorarán, y todas las naciones «le rendirán homenaje.» Otras veces es el mismo Mesías hablando por boca del Profeta, quien anuncia este asombroso suceso, y le presenta como la recompensa de sus trabajos, y el fruto de sus padecimientos. «Yo os alabaré, Señor, «dice él (2), en una solemnidad grande, «y en presencia de los que le temen «yo cumpliré mis votos.... Entónces to«da la extension de la tierra se acorda«rá del Señor, y se convertirá á él.

(1) Salmo LXXI, 7, etc.
(2) Salmo XXI, 26, etc.

«Todos los pueblos le adorarán, porque «del Señor es el reino, y él ha de te«ner el imperio de las naciones.» ¿Era posible, Señores, predecir con mas claridad la ruina de la idolatría y la vocacion de los jentiles al culto del Dios verdadero? Pues sin embargo, aun se àumenta, si es posible, la luz de estas profecías por la de los libros posteriores.

Trescientos años despues de David describe el mas sublime de los profetas, Isaias, en los términos mas magníficos el reino futuro del Mesías, y se detiene principalmente en el carácter distintivo de este reino; esto es, en la conversion de los jentiles al culto del Dios verdadero (1). «En los últimos dias, di«ce este Profeta, en que se erijirá la «casa del Señor, tendrá sus cimientos «sobre la cumbre de los altos montes, «y se elevará sobre sus collados, y todas «las naciones acudirán á él, y vendrán

(1) Isaias II, 2, etc.

« muchos pueblos, y dirán: Ea, suba-
« mos al monte del Señor, y á la casa
« del Dios de Jacob; y él nos mostrará
« sus caminos, y por sus sendas anda-
« rémos; que de Sion saldrá la ley, y la
« palabra del Señor saldrá de Jerusa-
« lem..... La arrogancia de los hombres
« será abatida, y el Señor solo será el
« ensalzado en aquel dia, y los ídolos to-
« dos serán hechos añicos..... En aquel
« dia un renuevo de la raiz de Jessé (pa-
« dre de David) (1), que está puesto co-
« mo señal para los pueblos, será invo-
« cado de las naciones, y su sepulcro
« será glorioso..... Purificará (2) á mu-
« chas naciones: en su presencia estarán
« los reyes escuchando con silencio, por-
« que aquellos á quienes nada se habia
« anunciado de él por sus profetas, le
« creerán, y los que no habian oido ha-
« blar de él, le contemplarán..... He aquí
« que yo voy á presentarle (3) por testigo

(1) Isaias XI, 10, etc.
(2) Isaias LII, 15.
Isaias LV, 4, etc.

« de mi verdad á los pueblos, y por caudillo y por maestro á las naciones; y « las naciones que no te conocian correrán á tí por amor del Señor Dios « tuyo, y del Santo de Israel que te habrá llenado de gloria..... Regocíjate « pues, añade el Profeta, ó estéril (1), « que no pares: canta himnos de alabanza y de júbilo tú que no eres fecunda, porque ya son muchos mas los « hijos de la que habia sido desechada « que de aquella que tenia marido. Toma un sitio mas espacioso para tus « tiendas, y estiende cuanto puedas las « pieles de tus pabellones, alarga tus « cuerdas y afianza mas tus estacas, porque tú te extenderás á la derecha y « á la izquierda; y tu prole señoreará « las naciones, y poblará las ciudades « ahora desiertas..... pues será tu dueño « y esposo aquel Señor que te ha criado, cuyo nombre es el de Señor de « los ejércitos, y tu Redentor, el Santo

(1) Isaias LIV, 1, etc.

«de Israel, será llamado el Dios de to-
«da la tierra..... Vendré (1), dice el Se-
«ñor, á recojer sus obras y sus pensa-
«mientos, y para reunirlos con todas
«las naciones de cualquier pais y len-
«gua, y comparecerán delante de mí,
«y verán mi gloria..... de los que se sal-
«varen, yo enviaré á las naciones de la
«otra parte del mar..... á jentes que ja-
«mas han oido hablar de mí, ni han
«visto mi gloria, y estos enviadosanun-
«ciarán á las naciones mi gloria, y
«traerán todos vuestros hermanos de
«todas las naciones, y los ofrecerán co-
«mo un presente al Señor..... y de en-
«tre estos escojeré yo para hacerlos sa-
«cerdotes y levitas, dice el Señor.»

¡Cuantas otras predicciones no menos determinadas podríamos añadir sobre el mismo objeto! Pero vuelvo á preguntaros, Señores: ¿era posible poner mas en claro las promesas hechas á Abraham, y á nuestros primeros padres?

(1) Isaias LXVI, 18, etc.

¿Era posible esparcir una luz mas viva sobre aquellas palabras tantas veces repetidas á los antiguos patriarcas, *todas las naciones de la tierra serán benditas* en aquel que saldrá de vos? ¿No nos obligan la série y enlace de todas estas profecías, á reconocer que muchos siglos ántes de Jesucristo estaba terminantemente predicho que el conocimiento y culto del verdadero Dios no habian de estar siempre vinculados en el pueblo escojido; y que todos los pueblos del mundo abandonarian algun dia sus supersticiones, para adorar al único Dios vivo y verdadero, manifestado por el ministerio de un descendiente de David? ¡Prediccion tanto mas notable, cuanto combatia directamente el orgullo, y las preocupaciones del pueblo judío, tan celoso naturalmente de sus privilejios, y tan poco dispuesto á partirlos con las naciones estranjeras!

Pero ya es demasiado insistir sobre un punto en que los mismos Judíos, nuestros enemigos declarados convienen

con nosotros. Vista ya la promesa de un Mesías claramente anunciado en los libros del Antiguo Testamento, veamos si los caractéres de este personaje estraordinario se reune en el que adoran los cristianos.

La época de la venida de Jesucristo, la historia de su nacimiento, de su vida y de su muerte, y los prodijiosos efectos que han producido, demuestran hasta la evidencia que Jesus, hijo de María, es el verdadero Mesías anunciado por los antiguos Profetas.

Ya hemos visto en la profecía de Jacob, que la época de la venida del Mesías está señalada por dos mutaciones: una respectiva al pueblo judío, y otra á las naciones estranjeras. Segun este célebre oráculo debia cesar toda la autoridad en la casa de Judá en los dias del Mesías, lo que segun nota Bossuet *lleva consigo la ruina total de un estado* (1), y á la misma época debia for-

(1) *Disc. sur l'Hist universelle.* II. part. c. II á la conclusion.

formarse un nuevo reino, compuesto no de un solo pueblo, sino de todos, y cuya cabeza y esperanza debia ser el Mesías. Pues bien. ¿Que es lo que vemos con nuestros mismos ojos? ¿No vemos á la tribu de Judá, así como á toda la estirpe de los Judios, dispersa aquí y allí por toda la superficie del globo, sin estado político, sin forma alguna de nacion, y despojada enteramente de la autoridad que la prediccion de Jacob le aseguraba hasta la venida del Mesías? ¿Y en que época ha perdido esta prerogativa? ¿No la ha perdido en el siglo mismo en que Jesucristo apareció en la tierra? Treinta y seis años ántes del nacimiento de Jesucristo sucedió la usurpacion de Herodes, idumeo de orijen; y treinta y siete despues de la muerte de aquel se verificó la ruina total de Jerusalen, que acabó de quitar á la tribu de Judá no solo su preeminencia, sino tambien su existencia política... ¿Que vemos aun en esta misma época? En ella vemos levantarse de repente

sobre las ruinas de este imperio otro nuevo reino en el que entran apresuradamente las naciones; un reino que se extiende en breve á toda la tierra, y que adora á Jesucristo como á su Divino Soberano. ¿Y quien podrá dudar en vista de esto que Jesucristo no esté verdaderamente designado en la profecía de Jacob? ¿Que otro personaje ha aparecido al mismo tiempo á quien con alguna verosimilitud se pueda dar el título de Mesías?

Pero oigamos la aclaracion que Daniel da á este óráculo de Jacob hácia el fin de la cautividad; es decir, mas de quinientos años ántes de Jesucristo.

Este profeta, reverenciado de los mismos Reyes idólatras por su singular prudencia y por sus luces sobrenaturales, ve por diferentes veces la sucesion de cuatro grandes monarquías que deben preceder al reino del Mesías (1), las designa con su caracter propio y con

(1) Dan. II, III, V, VIII.

tanta exactitud, que los mas grandes enemigos de la relijion siguiendo á Porfirio (1) no han podido eludir la fuerza de sus predicciones, sino poniendo en duda su autenticidad. Ve primeramente el imperio de los Asirios derrocado por el de los Medos y los Persas; á este ceder bien pronto su puesto al imperio de los Griegos, y á todos confundidos por último bajo del dominio de los Romanos: ve tambien formarse en el seno mismo de este último imperio un reino de un órden mas escelente al que llama *el reinado del Hijo del hombre*, *el reinado de los santos del Altisimo*, *un reino eterno al que todos los pueblos*, *todas las tribus*, *todas las lenguas estarán subordinadas* (2).

Ya reconoceréis claramente que el Mesías debió venir ántes de la caida del imperio romano; pero ved aun otra cosa mas admirable y terminante.

(1) *Préface du commentaire* de saint Jerôme *sur Daniel.*

(2) Daniel II, 44: VII, 13, 14 y 27.

Estaba ya para espirar el tiempo señalado en los designios de Dios para la cautividad de Babilonia, y Daniel le dirijia los ruegos mas fervorosos por el rescate de sus hermanos, cuando de repente se eleva á misterios más altos, y ve una libertad mucho mas importante: ve al jénero humano redimido de la esclavitud del demonio, y esparcida la bendicion sobre la tierra por el Mesías. Aparécesele el Angel Gabriel, y le dice (1): «Se han fijado setenta semanas «(es decir, como pronto verémos, cuatrocientos y noventa años) para tu «pueblo y para tu santa ciudad, al fin «de las cuales se acabará la prevarica«cion y tendrá fin el pecado; y la ini«quidad quedará borrada, y vendrá la «justicia perdurable, y se cumplirá la «vision y la profecía, y será unjido el «Santo de los Santos. Sábete, pues, y «nota atentamente: Desde que saldrá la «órden para que sea reedificada Jeru«salen hasta el Cristo príncipe, pasarán

(1) Daniel. IX, 24, etc.

«siete semanas y sesenta y dos semanas, «y será nuevamente edificada la plaza «*ó ciudad* y los muros en tiempo de «angustia: (durante las siete primeras se-«manas y despues de sesenta y dos se-«manas), se quitará la vida al Cristo, y «no será mas suyo el pueblo, el cual le «negará, y un pueblo con su caudillo «vendrá y destruirá la ciudad y el san-«tuario, y su fin será la devastacion, y «acabada la guerra quedará establecida «allí la desolacion, y (el Cristo) afirma-«rá su alianza en una semana con mu-«chos, y á la mitad de esta semana ce-«sarán las hostias, los sacrificios, y es-«tará en el templo la abominacion de la «desolacion, y durará la desolacion has-«ta la consumacion y el fin.»

Meditemos, Señores, por algunos instantes una prediccion tan exacta, cuyas consecuencias confunden verdaderamente á todos los enemigos de la relijion.

Observad en primer lugar, que el Cristo anunciado en este oráculo es

incontestablemente el Mesías, porque ¿á quien otro podia Daniel llamar por escelencia *el Cristo*, *el Santo de los Santos*, *en quien se cumplirian las profecías*, *que destruiria la iniquidad y haria reflorecer sobre la tierra la justicia eterna?* El corto número de Judíos modernos que han intentado dar á estas profecías otro objeto estan tambien sobre este punto, como sobre otros muchos, en oposicion manifiesta con las mas antiguas y constantes tradiciones de su nacion (1).

Notad tambien que en el estilo de la Escritura la palabra *semana* se toma unas veces por la semana comun de siete dias, y otras por un periodo de siete años (2). ¿Quereis que aquí se entiendan semanas de dias? ¿Pero como puede creerse que un intervalo de tiempo tan corto bastase para toda aquella série de grandes sucesos anunciados en

(1) Thalmud. Gem. *Tract. Sanhed.* cap. II.
(2) Levitic. XXV. 8.

la profecía? La razon y la historia desechan semejante idea. Tomando al contrario las setenta semanas por semanas de años, todo es claro y todo razonable en el oráculo de Daniel, y la duracion del tiempo que señala viene á concluir precisamente hácia el año treinta y tres de la era cristiana, segun el cómputo unánime de los cronolojistas, cómputo tan constante, que algunos Judíos modernos han imajinado decir para eludir sus consecuencias, que las setenta semanas de Daniel son semanas de siglos, y que por lo tanto el Mesías no debe aparecer en el mundo hasta cuarenta y nueve mil años despues de este profeta. Seria ciertamente supérfluo detenernos en rebatir una suposicion tan arbitraria y tan falta de fundamento en las costumbres de los Judíos, como en las de los demas pueblos.

Si los estrechos límites de este discurso nos lo permitiesen, nos seria muy fácil con el texto de Daniel en una mano y el Evanjelio en la otra seguir

esta profecía en todos sus pormenores, y manifestar que todas sus partes se han cumplido perfectamente en Jesucristo, á pesar de las discusiones poco importantes que existen entre los sabios para fijar todas las épocas con una rigorosa exactitud. « ¿Pero por que discurrir mas, « observa juiciosamente el ilustre obis« po de Meaux (1)? Dios ha cortado la « dificultad, si alguna habia, con una « discusion que no admite réplica. Un « suceso manifiesto nos hace superiores « á todas las sutilezas de los cronolojis« tas; y la ruina total de los Judíos veri« ficada tan inmediatamente despues de « la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, « hace ver aun á los ménos perspicaces « el cumplimiento de la profecía.»

Otro rasgo caracteriza todavía en los Profetas la época de la venida del Mesias, y no se aplica ménos admirablemente al tiempo de Jesucristo. Apresúranse los Judíos á su vuelta de la cau-

(1) *Discours sur l'Histoire univers.* II. part. cap. IX.

tividad á reedificar el templo de Jerusalen; pero á pesar de todos los esfuerzos de su celo queda siempre muy inferior en magnificencia al de Salomon. Aflíjense por esto los ancianos de Israel; pero dos Profetas enviados al punto para consolarlos publican la gloria del segundo templo, y no temen preferirle al primero (1). « Aun falta un poco « de tiempo, dice el Señor; y yo pondré « en movimiento el cielo y la tierra y « el mar y todo el universo; y pondré « en movimiento las jentes todas, por« que vendrá *el Deseado de todas las jen« tes*, y henchirá de gloria este templo... « La gloria de este último templo será « grande, será mayor que la del prime« ro, y en este templo daré yo la paz.... « He aquí que yo envio mi ánjel, dice el « Señor (2), el cual preparará el camino « delante de mí, y luego vendrá á su « *templo* el Dominador á quien buscais

(1) Agg. II, 7, etc.
(2) Malach. III, 1.

«vosotros, el Anjel del Testamento, de «vosotros tan deseado, vedle ahí que «viene, dice el Señor de los ejércitos.»

¿Y quién otro mas que el Mesías ha podido ser designado con tan grandes caractéres de *el Deseado de las naciones, el Anjel del Testamento ó de la alianza, el Dominador por escelencia?* ¿Que otro ha podido ser representado como Señor del templo, donde entra como en *su propia morada?* Este es el gran título de gloria que realza la pobreza del segundo templo sobre la magnificencia del primero, porque aquel será honrado por la presencia del Mesías. Por consiguiente el Mesías ha debido venir miéntras que subsistia este templo, el cual se sabe cuan pronto fué arruinado despues de la muerte de Jesucristo.

Reunamos, Señores, en un solo punto todos los rasgos esparcidos en las profecías que acabamos de citar, y veamos si era posible señalar mas claramente la época fija de la venida de

Jesucristo. Segun el oráculo de Jacob debia permanecer el cetro en la tribu de Judá hasta la llegada del Mesías, y segun los oráculos de Malaquías y de Aggeo, este nuevo lejislador ha debido aparecer en el mundo ántes de la ruina del segundo templo de Jerusalen: por último, segun el oráculo de Daniel, ha debido ser condenado á muerte cerca de cinco siglos despues del decreto dado por el Rey de Persia, en que autoriza á los Judíos para reedificar el templo. Todas estas épocas terminan precisamente en el tiempo en que Jesucristo apareció en el mundo, es decir, en el espacio que medió entre el reinado de Herodes, y la expedicion de Tito contra la Judea.

No se engañaron en esto los Judíos de aquel tiempo, pues los monumentos de la historia, tanto sagrada como profana, atestiguan que todos en aquella época estaban jeneralmente persuadidos de la próxima venida del Mesías (1).

(1) Sueton. *in Vespas.* cap. IV.—Tacit. *Hist.*

Los sacerdotes, el pueblo, los Judíos dispersos en el Imperio Romano, así como los que habitaban la Palestina, y los Samaritanos mismos, tan opuestos por otra parte al resto de la nacion sobre los puntos mas importantes, todos participaban en esto de la persuasion jeneral.

En efecto, jamas habia sido tan viva ni impaciente la esperanza de un Mesías. Los mismos Judíos modernos convienen tambien en que la época prefijada por los Profetas para la venida del Mesías ha espirado hace ya mucho tiempo; y sus mas célebres doctores solo se ocupan en indagar los motivos por que Dios ha diferido tanto el cumplimiento de sus promesas, atribuyéndolo tan pronto á las infidelidades de su nacion, y tan pronto á que los oráculos que anunciaban al Mesías eran puramente condicionales; es decir, que este

lib. V. cap. XIII.—Joseph. *De Bello Judaico*, lib. V, cap. XXXI. — Luc. III, 15. — Joan. I. 19: IV, 17.

enviado del cielo deberia, sí, bajar á la tierra; pero solo en el caso de que nada se opusiese á su venida. ¿Se pueden en verdad alegar seriamente semejantes razones? ¿Es posible que no vean que todos esos oráculos estan espresados en los términos mas claros, y que la interpretacion que les dan para escusar su obstinacion, arruinaria por su cimiento la autoridad de toda profecía? Por último ellos mismos conocen tan á fondo la debilidad de sus respuestas, que para cortar de una vez todas las dificultades han pronunciado hace mucho tiempo *anatema á los que calculen los tiempos del Mesías* (1), «á la manera, dice Bossuet (2), que un piloto cuyo navío ha sido estraviado por la tempestad abandona desesperado su cálculo para dejarse llevar adonde le conduce el acaso.»

(1) Gem. *Tract. Sanhed.* cap. II.— Abrav. de *Cap. fidei.*

(2) *Discours sur l'Histoire universelle*, II. p. chap. XXIII.

Pero acabemos de afirmar y consolar nuestra fe, comparando las principales acciones de la vida de Jesucristo con las antiguas prediciones que han caracterizado la persona y el oficio del Mesias.

No satisfechos los profetas con señalar con tanta precision la época de la venida del Mesias, entran en pormenores verdaderamente maravillosos acerca de su nacimiento, de su vida y de su muerte, y en fin sobre la admirable revolucion que su venida debia causar en el universo. Cuanto mas se aproximaba el tiempo, tanto mas claros y circunstanciados se hacian los oráculos; cada profeta estaba encargado de añadir alguna nueva pincelada al cuadro trazado ya por los profetas anteriores, y cuando Jesucristo vino al mundo ya estaba hecha su historia.

Habeis oido las profecias que anunciaban que el Mesias descenderia de Abrahan, de Isaac, de Jacob y de la familia misma de David. Los Judios

modernos así como los antiguos estan tan íntimamente persuadidos de esto, que le designan comunmente bajo del nombre de *hijo de David* (1). Ademas, en tiempo de Jesucristo no solamente estaban jeneralmente persuadidos de que el Mesias descenderia de David, sino tambien de que naceria en Bethleem, patria de este principe (2), conforme á la profecia de Micheas (3), y esto mismo es lo que hallamos cumplido punto por punto en la persona de Jesucristo.

¿Y que no vió el profeta Isaias? ¿No habla como un Evanjelista mas bien que como un profeta? La predicacion de Juan Bautista (4); la mansedumbre y caridad del Mesias (5); la multitud de sus milagros (6); las ignominias y los padecimientos que debian conducirle á la

(1) Math. XXI, 19. XXII, 42, etc.
(2) Math. II, 5.
(3) Mich. V, 2.
(4) Isaias XL, 3.
(5) Isaias XLII, 1, etc.
(6) Ibid. XXXV, 5, etc.

gloria (1); su nueva alianza con todos los pueblos del mundo; la prodijiosa fecundidad de su Iglesia (2); la incredulidad de los Judíos y su justo castigo, nada olvida en su historia anticipada del Mesias; todo en ella se pinta con rasgos tan señalados que á no violentar manifiestamente las espresiones del profeta, no pueden aplicarse á ningun otro mas que á Jesucristo.

Leed sobre todo, Señores, las predicciones que anuncian las ignominias y muerte del justo que debe venir, y que no necesitan ni comentarios ni raciocinios. «¿Quien ha creido *ó creerá* en «nuestro anuncio, esclama el profe«ta (3), y á quien ha sido revelado ese «*Mesias* brazo *ó virtud* del Señor? Por«que él crecerá á los ojos del *pueblo* «como una humilde planta, *y brotará* «como una raiz en tierra árida; no es «de aspecto bello, ni es esplendoroso:

(1) Isaias. LIII, 5.
(2) Véanse los pasajes citados.
(3) Isai. LIII.

«nosotros le hemos visto, *dicen*, y nada «hay que atraiga nuestros ojos, ni lla- «me nuestra atencion hácia él: *vímosle* «*despues* despreciado y el desecho de «los hombres, varon de dolores.... Pero «nosotros le reputamos entónces como «leproso y como hombre herido *de la* «*mano* de Dios; y humillado, siendo así «que por causa de nuestras iniquida- «des fué él llagado, y despedazado por «nuestras maldades: el castigo de que «debia nacer nuestra paz *con Dios* des- «cargó sobre él, y con sus cardenales «fuimos nosotros curados. Como ove- «jas descarriadas hemos sido todos no- «sotros: cada cual se desvió de *la sen-* «*da del Señor para seguir* su propio «camino, y á él *solo* le ha cargado el «Señor sobre las espaldas la iniquidad «de todos nosotros; fué ofrecido *en sa-* «*crificio* porque él mismo lo quiso, y «no abrió su boca *para quejarse*: con- «ducido será á la muerte *sin resistencia* «*suya* como va la oveja al matadero, «y guardará silencio sin abrir siquiera

«su boca *delante de sus verdugos*, co-
«mo el corderito que está mudo de-
«lante del que le esquila.... Arrancado
«ha sido de la tierra de los vivientes:
«para *expiacion de* las maldades de mi
«pueblo: le he yo herido, *dice el Señor*...
«Mas luego que él ofrezca su vida co-
«mo *hostia* por el pecado, verá una
«descendencia larga *y duradera*, y
«cumplida será por medio de él la vo-
«luntad del Señor; verá el fruto de los
«afanes de su alma y quedará saciado.
«Este mismo justo mi siervo, *dice el Se-*
«*ñor*, justificará á muchos con su doc-
«trina *ó predicacion*, y cargará sobre
«sí los pecados de ellos; por tanto le
«daré como porcion *ó en herencia* suya
«una gran muchedumbre *de naciones*,
«y repartirá los despojos de los fuertes,
«pues quedará entregada su vida á la
«muerte, y ha sido confundido con los
«facinerosos, y ha tomado sobre sí los
«pecados de todos, y ha rogado por los
«transgresores.»

No nos detendrémos en probar que

este sublime oráculo se refiere al Mesias. Ademas de estar conformes en esto (1) las mas antiguas tradiciones del pueblo Judío, ¿quien otro que el Mesias pudo cargarse con los pecados del mundo, y satisfacer á Dios por los delitos de los hombres? ¿Quien sino él ha podido recibir por herencia las naciones y los príncipes, y merecer por sus humillaciones una gloria incomparable? ¿Y quien tampoco al ver los nuevos rasgos que debian caractorizar al Mesias, podrá aun desconocer al fundador de la relijion cristiana, al que llegó á la gloria por medio de la ignominia de un suplicio, y cuya cruz ha llegado á ser objeto de veneracion en el mundo entero?

A esta historia de la pasion y muerte de Jesucristo escrita con tanta anticipacion añadiré aun para acabar el cuadro los demas rasgos que se hallan esparcidos en los otros profetas. Entre

(1) Gem. *Tract. Sanhed.* cap. XI.

los beneficios de que el cielo colmó á la nacion Judía, cuenta Zacarías el triunfo tan modesto como glorioso, «del Rey pobre, del Rey pacífico, del «Rey Salvador, que entra montado so«bre una asna en la ciudad de Jerusa«len.» (1) El mismo profeta vió al Señor vendido por treinta dineros, y empleado el precio de la traicion en la compra del campo del alfarero (2): tambien vió al pueblo infiel mirar por último con dolor al Dios que ha traspasado, y llorar su muerte como puede plañirse la de un hijo único (3). ¿Que diré de aquel cántico divino donde David nos representa á un mismo tiempo, y con tanta enerjía como verdad, los dolores y la gloria del Mesias?..... La cruz se le aparece como el trono de este nuevo Rey (4), y ve «taladrar sus manos y sus «pies, todos sus huesos señalados en la

(1) Zach. IX, 9.
(2) Ibid. XI, 12 y 13.
(3) Ibid. XII, 10.
(4) Salm. XXI.

«piel, sus vestidos repartidos, y sortea-«da su túnica; su lengua empapada en «hiel y vinagre, sus enemigos rujiendo «al rededor de él como un rebaño de «fieras rabiosas, y ardiendo en el deseo «de beber su sangre.» Pero al mismo tiempo ve las gloriosas consecuencias de sus padecimientos é ignominias, ve á todos los pueblos de la tierra *acordarse del Dios* que habian olvidado durante tantos siglos; ve á los pobres venir los primeros, y despues á los ricos y poderosos, para *convertirse al Señor*, ve á todas las naciones de la tierra *adorarle y bendecirle*, *y por último extender su imperio por todo el universo.* Sin duda, Señores, que entre esta multitud de oráculos estraordinarios no habréis olvidado sobre todo aquellos que predicen la gran revolucion que debia hacer la venida del Mesias; sabeis que en aquella época debia fundarse una nueva alianza que no se limitaria como la primera á un solo pueblo, sino que extenderia el conocimiento y el

culto del verdadero Dios entre todos los pueblos del mundo. Sabeis que este imperio del Mesias debia ser el fruto y la recompensa de sus humillaciones. ¿Y que mas necesitais despues de lo que ya hemos dicho para postraros ante Jesucristo, como ante el libertador prometido y esperado por tantos siglos; y que ha venido en la plenitud de los tiempos para cumplir su celestial mision? ¿No veis que los suplicios y oprobios de la cruz se han convertido para él en un fecundo manantial de gloria? ¿No fué á su voz como á la de sus enviados á la que cayeron los ídolos, y á la que el culto del verdadero Dios se ha estendido hasta los confines de la tierra? ¿No es él por último quien despues de haber sido el escarnio de su pueblo, reina hoy por su relijion en todos los pueblos del mundo?

Aun mas: al mismo tiempo que los profetas anuncian el feliz suceso de la conversion de los jentiles, predicen tambien la incredulidad de la nacion judía

y su justo castigo, «y despues de sesenta y dos semanas dice el profeta «Daniel (1), se quitará la vida al Cristo «y no será mas suyo el pueblo, el cual «le negará, y un pueblo con su caudi«llo vendrá y destruirá la ciudad y el «santuario, y su fin será la devastacion; «y acabada la guerra quedará estable«cida *allí* la desolacion.» «Los hijos de «Israel, dice Oseas (2), mucho tiempo «estarán sin rey, sin caudillo, sin sa«crificios, sin altar».... Este profeta solamente añade: «y despues de esto vol«verán los hijos de Israel en busca del «señor Dios suyo, y buscarán con *san«to* temor *y respeto* al Señor y á sus «bienes en el fin de los tiempos.» El deplorable estado de una nacion tan privilejiada en otro tiempo demostrará tanto mas visiblemente el dedo de Dios, segun Malachías, cuanto que las naciones idólatras por el contrario se convertirán entónces apresuradamente, y

(1) Daniel. IX, 26.
(2) Oseas. III, 4 y 5.

ofrecerán á Dios en todos los puntos de la tierra una víctima pura y sin mancha. «Ni aceptaré de vuestra mano «ofrenda ninguna, dice el Profeta (1), «dirijiéndose en nombre del Señor al «pueblo judío, porque desde Levante «á Poniente es grande mi nombre entre «las naciones, y en todo lugar se sa-«crifica y se ofrece al nombre mio una «ofrenda pura; pues grande es mi nom-«bre entre las naciones, dice el Señor «de los ejércitos.»

¿Que oráculo, Señores, ha tenido nunca un cumplimiento mas visible? La discusion de las predicciones particulares que hemos citado hasta aquí, aunque muy luminosas, dependen algunas veces de muchos hechos que no todos pueden seguir igualmente; pero á fin de echar el sello á la autoridad de las profecias, y hacerla palpable á todos, ha querido Dios escojer algunos hechos públicos, notorios y tan conocidos que

(1) Malach. I, 10 y 11.

nadie puede ignorarlos ni ponerlos en duda, hechos asombrosos de que es testigo el mundo entero; como son la conversion de los jentiles y la desolacion del pueblo judio. Estos grandes sucesos debian verificarse segun todos los antiguos profetas á la venida del Mesias; y si algo hay cierto en la historia, es que la conversion de los jentiles, y la ruina total de la nacion judía fechan precisamente desde el siglo de Jesucristo y de la predicacion de su Evanjelio. Desde esta época la idolatría se ve atacada en todos los puntos del mundo, y los pueblos dormidos por tantos siglos en el olvido de su Criador. salen de tan dilatado letargo. Es destruido al mismo tiempo en Jerusalen el antiguo culto quedando sepultado bajo de las ruinas del templo; y el pueblo querido de Dios en otro tiempo, se ve visiblemente privado de las promesas hechas á sus padres, desterrado de su pais, esclavo en todas partes, sin honor, sin libertad, sin forma de pueblo, llevando sobre sus

hombros un yugo de hierro, cuyo peso hubiera acabado con él si Dios no le reservase, segun sus promesas, para servir algun dia al mismo Mesías á quien ha desconocido. ¿Y en vista de unas predicciones tan manifiestamente divinas, y tan incontestablemente cumplidas, no deberemos llorar la inescusable ceguedad del pueblo judío, en lugar de esforzarnos á desechar la verdad que tanto brilla en todo esto, y que resplandece en todas partes? No será esta la ocasion de esclamar con Bossuet, cuyos pensamientos me estoy apropiando rato ha, y aun tomando frecuentemente sus mismas palabras. «¿Que has hecho, pue«blo ingrato (1)? ¿como es que Dios te «ha olvidado despues de haberte eleji«jido, y que es de sus antiguas mise«ricordias? ¿Que delito, que atentado «mayor aun que la idolatría te hace ex«perimentar un castigo que nunca te

(1) *Discours sur l'Hist. univ.*: II part., cap. XXIV.

«habian atraido tus idolatrías? ¡Callas, «y no puedes comprender lo que ha «hecho á Dios tan inexorable! Acuérda«te de aquellas palabras de tus padres: «*Caiga su sangre sobre nosotros y so«bre nuestros hijos*; y recuerda tambien «estas: *nosotros no tenemos mas rey «que al César.* No, el Mesías no será «tu rey: ¡conserva bien lo que has ele«jido, sé el esclavo del César y de los «reyes hasta que *la plenitud de las na«ciones haya entrado* (en la Iglesia), *en«tónces salvarse ha todo Israel* (1).»

Pero que digo, Señores, ¿no se ha extendido esta deplorable ceguedad mas que al pueblo deicida? ¡Ah! ¿No participarán tambien de ella algunos de los que me escuchan? ¿No estará tambien la luz viva que arroja nuestros divinos oráculos oscurecida en algunos por las nubes de las pasiones, ó por funestos errores? Pero ¿quien, Señores, confesémoslo de buena fe, quien sino Dios ha

(1) Roman. XI, 25, 26.

podido dictar con un órden tan admirable y á tantos profetas diferentes, esa multitud de predicciones sucesivas que forman por último un conjunto tan maravilloso? ¿Quien ha podido, á pesar de tanta distancia, establecer tal conformidad entre las predicciones y los sucesos? En una palabra, ¿quien ha podido trazar con mano segura y por entre el curso de los tiempos, la historia anticipada, y digámoslo así el cuadro fiel de todo lo que debia suceder tantos siglos despues? Si es una cosa estravagante suponer que una ó dos de estas profecías se hayan cumplido por casualidad, ¿no será ir abiertamente contra la recta razon suponer de un modo absurdo y ridículo que tantas predicciones hechas en distintas épocas durante una série tan larga de siglos, no han debido su cumplimiento mas que al acaso? « Aun cuando un solo hombre, « dice Pascal (1), hubiese compuesto un

(1) *Pensées*, chap. XV, n. 2.

«libro de predicciones relativas al tiem-«po y al modo de la venida de Jesucris-«to, seria ya una prueba de una fuer-«za infinita el que aquella se hubiese «verificado con arreglo á estas profe-«cías; pero aun hay mas en esto. Es «una série de hombres que por espacio «de cuatro mil años predicen el mismo «suceso uno despues de otro constan-«temente y sin variacion. Es todo un «pueblo el que le anuncia y subsiste «durante cuatro mil años para dar en «cuerpo de nacion un testimonio de la «seguridad que tiene de él, y de la «que no pueden disuadirle ni las ame-«nazas ni las persecuciones, y esto es «ya digno de mayor consideracion.»

Yo no ignoro, Señores, que esta prueba de la relijion ha sido como todas las demas impugnada por diversos medios; pero no temo decirlo, la debilidad misma de las dificultades que se le oponen, le da una nueva fuerza, como vamos á demostrar, y esta es la tercera cuestion.

Para dar á estas objeciones su justo valor, bastaria, Señores, notar su oposicion, ó mas bien su contradiccion manifiesta. Entre los incrédulos, unos desechan nuestras profecías, porque las tienen por oscuras y ambiguas (1); y otros porque les parecen demasiado claras, para que puedan haber sido compuestas antes de los sucesos (2). ¿Tan singular variedad en los medios de nuestros adversarios, no es ya un testimonio bastante claro dado en apoyo de la verdad por sus propios enemigos? ¿Y no podríamos con fundamento despreciar dificultades tan evidentemente contradictorias, y dejar á los incrédulos entenderse entre ellos, mas bien que creernos obligados á refutarlas?

Pero cualquiera que sea la ventaja que podríamos sacar de esta observacion jeneral, entremos en los porme-

(1) Bayle, Collins, Tindal, Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, *Traité de la tolérance*.

(2) Porfirio: *Préface* de Saint Jérôme sur *Daniel*: Spinosa, Volney, etc.

nores de las dificultades que se nos oponen.

La primera impugna la autenticidad misma de nuestras profecías. Las hay, dicen, de tal modo claras, que es imposible creer que hayan sido hechas ántes de los sucesos, esto es lo que se objeta en particular contra las profecías de Daniel, donde se describe de un modo tan exacto la sucesion de los imperios; y Voltaire no contento con hacer frente á los oráculos de un solo profeta, ha llevado la osadía hasta querer desquiciar en jeneral la autenticidad de los libros sagrados del pueblo judío, indicando en varios parajes que este pueblo no aprendió á escribir sino en Babilonia, ó acaso en Alejandría.

Para disipar esta dificultad, bastenos, Señores, observar que nosotros hemos recibido estas profecías de los mismos Judíos nuestros mayores enemigos; quienes á pesar del grande interes que tendrian en hacer dudosa su autenticidad, la miran como uno de los

puntos fundamentales de su creencia. ¿Y como se puede imajinar que á no verse forzados por la evidencia misma de los hechos, hubiesen podido los Judíos reconocer jamas la autenticidad de unos libros que tan terribles armas nos dan contra ellos? Que persona sensata no suscribirá á esta juiciosa reflexion de Pascal (1): «Este mismo libro que «de tantos modos deshonra á los Ju«díos, es el que ellos conservan aun á «costa de su vida: semejante sinceridad «no tiene ejemplo en el mundo, ni es«tá fundada en la naturaleza.» No puede ciertamente ser efecto mas que del poder divino y de una providencia especial, que ha destinado visiblemente á este pueblo á servir de testigo al Mesías que aborrece: la fuerza de esta prueba hizo tal impresion en un filósofo del último siglo, que á pesar de sus preocupaciones bien conocidas contra la relijion cristiana, se espresa en estos

(1) *Pensées*, cap. VIII, n. 2: cap. X n. 10 y 22.

términos (1): «Esta relijion tiene una «ventaja de que ninguna otra puede glo- «riarse, y es haber sido anunciada mu- «chos siglos ántes de su manifestacion, «en una relijion que conserva aun es- «tos testimonios, á pesar de haber lle- «gado á ser su mas cruel enemiga.»

Cuánto mas profundiceis esta refle- xion, Señores, mas sentiréis el conven- cimiento que debe infundir en el enten- dimiento de todo hombre que no esté obcecado voluntariamente por injustas preocupaciones. En efecto, ¿con que apariencia de razon se podrá en vista de semejante testimonio poner en duda la autenticidad de nuestras profecías? ¿Se dirá que han sido fabricadas ó al- teradas despues del oríjen del cristia- nismo? Pero esta hipótesis seria visible- mente absurda; pues jamas hubieran estado los Judíos conformes con noso- tros en reconocer profecías de un orí- jen tan reciente, ni hubieran podido los

(1) *Essai de philosophie morale*, por Mau- pertuis, cap. VII.

cristianos ejecutar semejante fraude sin noticia de aquellos, y por consecuencia sin escitar por parte de ellos las mas vivas reclamaciones. ¿Se dirá acaso que nuestras profecías fueron fabricadas ántes de Jesucristo? Esto es cabalmente lo que Porfirio pretendió con respecto á las profecías de Daniel, compuestas, segun él, en tiempo de los Macabeos, es decir, cerca de siglo y medio ántes de la era cristiana; pero aun cuando esta suposicion fuese tan plausible cuanto es indefendible, ¿que ganarian en ello los enemigos de la relijion? ¿Seria por eso ménos cierto que la venida de Jesucristo con todo el pormenor de circunstancias que acabamos de esponer ha sido claramente anunciada en un tiempo en que ninguna sagacidad natural podia preverla? ¿Dejaríamos por eso de tener motivo para mirar como divinas las profecías que con cerca de dos siglos de anterioridad á los sucesos han predicho las diversas circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de

su vida y de su muerte, y la grande revolucion que debia causar en el mundo? ¿Que apariencia hay tampoco de que las profecías hayan podido ser inventadas ó alteradas, ya sea en tiempo de los Macabeos, ó ya en otra época posterior á la cautividad de Babilonia? Advertid en efecto que desde esta época no estuvieron ya los Judíos concentrados como ántes en la Palestina, sino que se esparcieron por todos los reinos del Oriente en Babilonia, en Alejandría y en todas las provincias confinantes. Notad tambien que los libros sagrados fueron traducidos al griego cerca de dos siglos ántes de Jesucristo (1), y que desde este tiempo se extendieron no solo entre los Judíos, sino tambien entre las naciones paganas, y esto en la lengua mas conocida, mas jeneral y mas

(1) Aunque los sabios no estan acordes sobre la época fija en que se tradujeron los libros posteriores al Pentateuco, convienen en jeneral en que su version completa existia cerca de doscientos años ántes de Jesucristo.

cultivada por los hombres instruidos de todas las naciones, por consiguiente para suplantar estos libros, ó para injerir en ellos despues del suceso las profecías que alegamos, hubiera sido preciso alterar á un mismo tiempo el texto hebreo, y la *Version de los setenta*; hubiera sido preciso que hubiesen sido cómplices en esto, tanto los Judíos dispersos, como los jentiles que poseian algunos ejemplares del texto ó de la version, y lo hubiera sido por último que una multitud de hombres distantes unos de otros, y manifiestamente incapaces de concertarse, hubiesen tomado parte en esta trama, y guardado tan fielmente el secreto, que nadie pudiese concebir la menor sospecha. ¿Y es posible, Señores, que ningun hombre racional admita una série de suposiciones tan estraordinarias, y que ademas es imposible adoptar sin destruir enteramente la certidumbre histórica? He aquí, Señores, mas de lo que se necesita para poner á cubierto de toda

duda la autenticidad de nuestras profecías. En cuanto á la asercion de Voltaire de que los Judíos no aprendieron á escribir sino en Babilonia, ó aun en Alejandría, es demasiado arbitraria, y está demasiadamente desmentida por la historia y por la recta razon para que nos tomemos el trabajo de refutarla.

Pero los Júdios y los cristianos, se dice ademas, no son los únicos que se vanaglorian de haber tenido profecías: los Griegos, los Ejipcios, y la mayor parte de los demas pueblos, han tenido tambien *sus oráculos* y *sus adivinos*; y siendo esta prueba comun á todas las relijiones, ¿que puede inferirse á favor de una que no se infiera tambien á favor de las demas (1)?

¿Se nos propondrá, Señores, seriamente esta dificultad? ¿Quien ha oido jamas hablar de una relijion apoyada en un conjunto y encadenamiento de profecías comparables á las nuestras?

(1) Voltaire, *Dictionn. philos. Tolérance: Philosophie de l'Histoire.*

La historia y las vicisitudes del pueblo judío, la sucesion de los imperios que debian preceder al del Mesías, la historia del Mesías mismo con el pormenor estraordinario de circunstancias que habian de preceder, acompañar y seguirse á su venida; tal es, Señores, el objeto importante de las profecías, cuyo cuadro acabamos de presentaros: ¿y podrán, hablando de buena fe, uno ó dos oráculos aislados, dados en favor de un culto absurdo y ridículo, entrar en paralelo con la série majestuosa de nuestras profecías? No, jamas se ha llevado la impostura al estremo de pretender citar en apoyo de las demas relijiones una série semejante de oráculos, y siempre ha sido constante que la relijion cristiana es la única que tiene á su favor este argumento tan decisivo.

Pero profundicemos esta dificultad, y comparemos por un momento los oráculos divinos, con los que se intentan alegar en favor de otras relijiones.

La mayor parte de relijiones, dicen,

se precia de tener profecías; sí, Señores, se ven en el mundo falsas profecías, como se ven historias falsas; porque la índole de la mentira es falsificar la verdad. ¿Pero será preciso negar ó suponer dudosas todas las verdades históricas porque se hayan publicado historias falsas? ¿Y deberémos dudar de todo porque algunas veces se divulguen sofismas en el mundo? Solamente la ignorancia ó la locura podrian admitir esta consecuencia. Un entendimiento sano comprende fácilmente que si es una locura admitirlo todo indistintamente en materia de profecías, lo mismo que en materia de historias, no lo es ménos desecharlo todo sin exámen. No tratamos ahora de saber si todas las relijiones han tenido sus profecías, sino únicamente si las profecías que alegamos tienen señales ciertas de divinidad. ¿Y como será posible resistir la impresion de los caractéres divinos que distinguen nuestras profecías, y por poco que se consideren su objeto

y sus circunstancias no reconocer en ellas el lenguaje y la accion del mismo Dios? Las predicciones y conjeturas de una intelijencia criada, por perfecta que se la supouga, no pueden extenderse mas que á sucesos que tengan causas naturales y necesarias. Así es que un hábil físico predice ciertos fenómenos puramente naturales, un astrónomo las revoluciones de los astros, y un médico las crísis de una enfermedad. Pero cuando se trata de sucesos que dependen únicamente de la libre determinacion de una multitud de hombres que aun no existen, toda la ciencia de las criaturas es falible, y todas sus predicciones son necesariamente vagas y jenerales. Por esto era un ardid comun de los profetas del paganismo, como nos lo dice Ciceron (1), dar sus oráculos en términos tan jenerales y ambiguos, que pudiesen aplicarse á cualquier suceso.

¡Que diferencia entre aquellos su-

(1) *De Divin.* lib. II, n. 56.

puestos oráculos y los de nuestros libros santos! Estos anuncian muchos siglos ántes sucesos futuros de que no existe causa alguna natural, y que dependen absolutamente de la libre determinacion de Dios ó de las criaturas intelijentes, y los anuncian no solo sin equívoco y sin ambigüedad, sino con tal pormenor de circunstancias, que es imposible no reconocer la obra de aquel para quien nada hay oculto. Limitándonos ahora á las Profecías, que son la materia de este discurso, á las que tienen por objeto al Mesías, ¿quien sino Dios ha podido ver tantos siglos ántes de Jesucristo que la tribu de Judá conservaria la autoridad soberana hasta la venida de un personaje estraordinario; que seria la *expectacion y el deseado de las naciones*? ¿Quien sino Dios ha podido revelar á Daniel la sucesion de las cuatro grandes monarquías, con tal claridad que el filósofo Porfirio no ha podido eludir la fuerza de estas Profecías sino suponiéndolas hechas despues

de los sucesos? ¿Quien sino Dios ha podido determinar con tantos siglos de anticipacion y con todos sus pormenores las diferentes circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida, de su muerte, de su predicacion, y de la gran revolucion que deberia obrar en el mundo? ¿Se dirá que todas estas predicciones son resultado de una perspicacia puramente natural? Pero ¿en que causa natural pueden conocerse muchos siglos ántes sucesos que dependen de la combinacion de una multitud de acciones libres y arbitrarias? Así como la experiencia nos enseña que en el órden físico es imposible que un hombre lleve una casa sobre sus hombros, del mismo modo la razon natural nos dicta que semejantes predicciones esceden en el órden moral la sagacidad natural de toda intelijencia creada. ¿Se dirá que la concordancia perfecta de estas predicciones con los sucesos no es mas que obra del acaso? Puede ser, vuelvo á repetir, que así se pudiese suponer,

si no se tratase mas que de dos ó tres predicciones jenerales ó aisladas; ¿pero quien no ve lo absurdo de semejante suposicion cuando se trata de un número tan grande de predicciones hechas con muchos siglos de antelacion por diferentes profetas, y que abrazan hasta las circunstancias mas mínimas de sucesos futuros los mas libres y arbitrarios? Conceder este honor al acaso, ¿no es imitar la locura de un hombre que sostuviese que las magníficas pinturas de Rafael y de Rubens podrian no ser mas que el resultado de la mezcla de colores arrojados sobre el lienzo sin designio y al acaso?

¿Pero cuanto no se aumentará nuestra admiracion si ademas del objeto de estas profecías, que considerado en sí mismo era ya tan manifiestamente superior á toda intelijencia criada, examinamos tambien las circunstancias que las realzan á nuestros ojos; quiero decir, su encadenamiento, su larga série, el objeto y fin que en ellas se propo-

nian los Profetas? ¡Que cosa mas admirable que esta cadena de oráculos antiguos, cuyo primer eslabon está unido al oríjen del mundo, y que prolongándose desde allí por toda la extension de los siglos, traba y une entre sí todos los oráculos, antiguos y modernos! «Considerad, dice Pascal (1), que la espectacion ó la adoracion del Mesías subsiste desde el principio del mundo sin «interrupcion alguna; que fué prometido al primer hombre tan luego como prevaricó; que ha habido despues «hombres que han dicho que Dios les «habia revelado deber nacer un Redentor que salvaria á su pueblo; que posteriormente nos dice Abrahan que le «habia sido revelado que de un hijo suyo naceria este mismo Redentor; que «Jacob declaró que naceria de uno de «sus doce hijos, de Judá; que Moises y «los Profetas declararon despues el tiempo y el modo de su venida; que dijeron

(1) *Pensées*, *cap.* XV, n. 12.

«que la ley que tenian lo seria sola-
«mente hasta que llegase la del Mesías;
«que subsistiria hasta este tiempo, pero
«que la otra duraria eternamente, y que
«de este modo su ley, ó la del Mesías,
«de la cual aquella era promesa, perma-
«neceria siempre sobre la tierra; que
«efectivamente ha durado siempre; y
«que, por último, Jesucristo ha venido
«con todas las circunstancias predichas:
«todo esto es admirable.» «El que aquí
«no descubre, añade Bossuet, un (1) de-
«signio constante y siempre seguido, el
«que no ve en esto el órden de los con-
«sejos de Dios, que prepara desde el
«principio del mundo lo que conclu-
«ye en la plenitud de los tiempos; y que
«en diversos estados, pero con una su-
«cesion siempre constante, perpetúa á
«la vista de todo el universo la santa
«sociedad en que quiere ser servido, no
«merece ver nada, y, sí, ser entregado á

(1) *Discours sur l'Histoire universelle*, II p. c. XXX.

«su propio endurecimiento, como el «mas justo y rigoroso de todos los su«plicios.»

¿Y que diré del objeto y fin de estas profecías? Cuando los oráculos paganos no tenian regularmente otro objeto que el de satisfacer la curiosidad ó la ambicion, y á lo mas servir á los intereses temporales de algunos individuos ó de algunas provincias, las profecías del pueblo judío se dirijian á conservar en esta nacion los dogmas de la relijion primitiva, quiero decir, la creencia de la unidad de Dios, de su providencia y de sus principales atributos. En un tiempo en que estas grandes verdades estaban tan estrañamente oscurecidas en los demas pueblos, y en que los mismos Judíos tenian una inclinacion tan fuerte á la idolatría, los Profetas se manifiestan constantemente como apoyos y baluartes de la sana doctrina, y sus exhortaciones, sus promesas y amenazas, todo en fin en sus escritos se dirije á mantener estas verdades fundamentales,

á autorizar y confirmar su creencia. ¡Que fin mas escelente y mas digno de Dios! Así es que á pesar de la propension violenta de los Judíos á la idolatria, y del contajioso ejemplo de las naciones estranjeras, se conservó siempre entre ellos el conocimiento del verdadero Dios, y por último se ha esparcido por medio de ellos en todo el universo. Sí, á esos libros sagrados es á quienes las naciones han debido la luz que les ha hecho conocer sus estravíos, y renunciar á las absurdas supersticiones del paganismo, siendo efectivamente muy digno de notarse que no se pueda citar pueblo alguno que haya llegado al conocimiento del verdadero Dios sin que ántes le haya tenido de las profecías del pueblo judío.

Confesemos pues, Señores, que por cualquier lado que se consideren las profecías se descubre en ellas el sello de Dios y las señales de inspiracion divina, y que entre ellas y los oráculos paganos con que se las quiere comparar,

hay tanta diferencia como entre la verdad y el error.

¿Pero no será preciso confesar á lo ménos, añaden nuestros enemigos, que las profecías del Antiguo Testamento son en jeneral muy oscuras, y que los mas sabios intérpretes estan divididos sobre el sentido de la mayor parte de ellas? ¿Que ventaja puede sacar la relijion de una prueba sujeta á tantas disputas?

Estoy, Señores, muy distante de pretender que todas las profecías contenidas en los libros del Antiguo Testamento sean claras y fáciles de entender; pero las profecías no son historias escritas con el órden y la precision cronolójica, sino unos cuadros atrevidos, que representan en un mismo campo objetos próximos y objetos distantes, y cuya interpretacion y plena intelijencia depende algunas veces de su comparacion exacta con los sucesos; comparacion que frecuentemente exije un estudio seguido y un gran conocimiento de

la historia y de los usos de la antigüedad. Yo confesaré, pues, que la antigüedad de nuestros libros santos, el estilo poético y figurado de las profecías, y nuestra ignorancia en varios puntos de la historia y jeografía antiguas, han debido aumentar con el tiempo la oscuridad natural hasta cierto punto á la profecía, lo que ha dado motivo á los mismos escritores sagrados á comparar los discursos proféticos *á una antorcha que nos sirve de guía en un sitio oscuro hasta que llega el dia, y disipa enteramente las tinieblas* (1).

Pero si es necesario reconocer que hay bastante oscuridad en nuestros libros proféticos, tambien es indudable que esta en nada debilita las pruebas que ellos nos suministran. En efecto, Señores, si en ellos hay profecías oscuras y sujetas á disputas, tambien las hay cuyo sentido es incontestable, y no puede ser oscurecido sino por las cavilaciones de la ignorancia ó de la mala fe.

(1) II. Petr. I. 19.

Tales son seguramente las profecías de Daniel, cuya concordancia con los sucesos es tan clara y asombrosa que, como ya lo hemos notado, no han podido desconocerla los mayores enemigos de la relijion. De este número son igualmente casi todas las que hemos reunido en la primera y en la segunda parte de este discurso, cuyo sentido está determinado claramente no solo por las reglas de la crítica, sino tambien por las mas antiguas tradiciones del pueblo judío. Cuando tenemos á nuestro favor seguridades que los mismos judíos modernos no pueden recusar; es decir, todas las antiguas versiones de la Escritura; las paráfrasis, y los comentarios compuestos por autores judíos en un tiempo en que aun tenian un perfecto conocimiento de sus tradiciones nacionales, y en que estaban libres de preocupaciones sobre la cuestion en que hoy estamos divididos; tenemos indudablemente derecho para no hacer caso de las objeciones de aquellos.

Pero ved aquí una dificultad algo mas séria. Es cierto, dicen nuestros adversarios, que reunidas en un mismo cuadro y combinadas con arte las palabras de los Profetas que habeis citado, forman un retrato bastante parecido á Jesucristo; y si nosotros las hallásemos en los libros de donde las habeis sacado reunidas en ese mismo órden, y con ese perfecto concierto, nuestros homenajes se confundirian al punto con los vuestros, y no titubearíamos en reconocer á Jesucristo por el enviado del cielo, y aun por el Dios que ha venido á salvar al mundo; pero no sucede así; sino que el cuadro que presentais á nuestra admiracion es obra vuestra y no de los Profetas; no lo habeis encontrado todo dispuesto de ese modo, sino que buscais aquí y allí los colores de que debe componerse; presentais las frases separadas de lo que las precede y de lo que las sigue; entresacais en un mismo oráculo el pasaje que os conviene, dejais el que os perjudica, y

pasais de un profeta á otro para escojer el rasgo que os es necesario; y entónces ¿donde está esa gran maravilla? Por este estilo se puede hacer decir á los Profetas todo cuanto se quiera; miéntras que colocando los pasajes en su sitio, y combinándolos con lo que sirve para esplicarlos, se ve que tienen un objeto distinto del que les suponeis.

La objecion es especiosa, y me parece que no se nos acusará de haberla debilitado; pero ántes de resolverla directamente, permítasenos hacer algunas observaciones importantes que empezarán ya á ilustrarla.

En primer lugar acordaos de que los Profetas no son meros historiadores, sujetos siempre al órden metódico de los tiempos y de los sucesos, sino que muchas veces saltan de un objeto á otro con tal rapidez que es muy difícil seguirlos; y cuando no nos admiran estos arrojos de entusiasmo en los poetas profanos, ¿por que los hemos de estrañar en los Profetas? ¿Por que aquello que

se admira en Píndaro, como fruto del injenio y de la inspiracion, no ha de ser en Isaías y Daniel mas que el resultado de una imajinacion delirante, cuyos locos enigmas no merecen la pena de examinarse? Seamos justos, Señores; y si creemos deber respetar la oscuridad que envuelve algunas veces el estilo poético, guardémonos, á lo ménos, de un injurioso y sacrílego menosprecio hácia la santa oscuridad de los oráculos en que el Señor ha querido revelarnos lo futuro.

Por otra parte, si yo debo confesar que el objeto natural y sensible de las profecías es el destino temporal del pueblo judío, es preciso que vosotros reconozcais que este único objeto no es bastante para esplicar todo lo que leemos en las profecías, cuyas palabras son á veces tan sublimes, y sus pinturas tan nobles, tan grandes y majestuosas, que seria ridículo no ver en ellas mas que el anuncio de lo que debia suceder á un pueblo oscuro, despreciado univer-

salmente de los demas, y condenado á arrastrar en medio de ellos durante una larga série de siglos su vergonzosa existencia. Es preciso admitir necesariamente, que ademas del objeto natural y particular á un solo pueblo, tienen los sagrados oráculos otro mas importante que el primero, si se há de juzgar por la magnificencia con que los Profetas se han complacido en describirle. ¿Y cual puede ser este objeto? Despues de todo lo que hemos dicho en el discurso de esta conferencia, y lo que testifican unánimemente las Santas Escrituras y las tradiciones mas antiguas y auténticas, nos creemos con derecho de afirmar, sin recelo de poder ser contradichos por nadie, que este objeto estraordinario é importante es la venida del Mesías prometido á los Judíos, y la historia de su vida, de su muerte y del triunfo que debia conseguir sobre sus enemigos. Todo el que quiera leer los escritos de los Profetas no podrá ménos de conocer que el objeto principal

de su mision fué anunciar de edad en edad al libertador que debia venir. Vedlos cuando refieren los sucesos naturales que anuncian: tan pronto como se presenta alguna lijera sombra del Mesías, ó alguna imájen que les recuerde su memoria, se arrojan de repente hácia él con todo el fuego de sus piadosos deseos; él es al que ven, él á quien saludan desde léjos como al objeto de su amor y de sus mas tiernas esperanzas, y él es el que nos pintan con aquellos colores tan vivos y con mano tan atrevida, hasta que calmándose poco á poco el entusiasmo que los arrebata vuelven á tomar el hilo de los sucesos que habian empezado á referir.

Pero para no exponernos á confundir los dos objetos de las profecías, y distinguir bien lo que pertenece al uno ó al otro, nos hemos impuesto la siguiente regla: no aplicar jamas al Mesías ningun pasaje de los Profetas sino en cuanto no pueda juiciosamente entenderse del objeto presente y natural,

y entendido del sobrenatural, ofrezca un sentido claro y al mismo tiempo razonable: si aun se encuentran algunos pasajes por otra parte célebres y citados frecuentemente por los teólogos, que aun cuando no puedan convenir al objeto natural de la profecía, exijan sin embargo para su interpretacion una discusion abstracta ó difícil, preferimos abandonar este nuevo medio de defensa de que no necesita la verdad, á fin de evitar en un discurso público hasta las apariencias de lo que ciertos espíritus temerarios tendrian tal vez por sutilezas.

Ahora, pues, Señores, ¿que deberémos pensar de la objecion de que hablamos? ¿Que significa, reducida á su verdadero sentido, sino que no hay razon para ver en los oráculos que hemos citado la promesa de un libertador futuro, de un Mesías que debia venir para salvar al mundo? Este es el único punto de la dificultad presentada por los incrédulos, porque, segun su misma

confesion, si se reconoce que el objeto de los oráculos es anunciar un Mesías, seria indudable que este Mesías es Jesucristo, en quien las palabras proféticas han tenido un perfecto cumplimiento. Examinemos pues todos los términos del argumento especioso que nos oponen, y sepamos darle su justo valor. Se nos acusa de desviar las profecías de su objeto natural y presente para aplicarlas sin razon á un cierto objeto sobrenatural y misterioso que llamamos el Mesías; pero si nos limitamos á dar á estos oráculos el sentido que les dan unánimemente las mas antiguas tradiciones del pueblo judío, todas las paráfrasis, los comentarios, y todas las traducciones de los libros santos, los doctores antiguos y modernos (á escepcion de algunos demasiado visiblemente interesados en sostener lo contrario para que su testimonio tenga algun peso), si no hacemos mas que dar á estos oráculos el único sentido de que son susceptibles, desafiando á nuestros ad-

adversarios á darles ningun otro que sea racional, ¿habrá en esto ardid, ni esa intencion de alucinar que se nos supone?

Se nos acusa tambien de invertir el órden de las profecías, de poner su principio al fin, y el fin al principio; de pasar de un oráculo á otro, y de uno á otro pasaje, en lugar de dejarlos todos tales como estan en la Escritura, con lo que les precede y lo que los sigue: pero ya hemos demostrado que los profetas han tenido dos objetos distintos, uno ordinario y natural, y otro estraordinario y sobrenatural, entre los cuales dividen continuamente su atencion pasando con rapidez del uno al otro segun el impulso del espíritu que los mueve. ¿Y se nos podrá obligar á seguirlos en su carrera impetuosa y tantas veces interrumpida, y á presentar mezclada como ellos tan pronto la relacion de los sucesos ordinarios y naturales que debian suceder en su tiempo al pueblo judío, y que en el dia á nadie interesan, como el anuncio de acontecimientos

futuros de mucha mayor importancia, y de que aquellos no eran mas que figuras? Pero prescindiendo de que en un discurso público seria este un trabajo superior á las fuerzas del auditorio y á las del orador, ¿quien no advierte que esto seria tomarse una molestia absolutamente superflua? ¿Y que mas se puede exijir de nosotros para despojar esta cuestion de toda sombra de duda, que tomar un medio seguro para no mezclar nunca los dos objetos de las profecías, ni aplicar al uno lo que pertenece al otro? Esto es cabalmente lo que hemos hecho, y entre todos los pasajes de los profetas que hemos aplicado al Mesías, y que tan perfectamente le convienen, desafiamos tambien á nuestros adversarios á que nos citen uno solo que pueda juiciosamente entenderse del objeto ordinario y natural; ¿y se descubre en esto ardid ni deseo de alucinar?

Nos motejan de tomar por todas partes frases sueltas y de reunirlas hábilmente bajo de un solo punto de vista

y como en un solo cuadro que presentamos en seguida como una fiel pintura del Mesías. ¡Que poco meditada es semejante reconvencion! Lo repetiré, Señores, cuando hallamos en un oráculo sobre un objeto puramente natural algunas frases inesperadas, aisladas en medio de los discursos proféticos, que cortan evidentemente el hilo de la narracion, y que no pueden tener sentido racional mas que aplicándolas al Mesías; ¿quien puede acriminarnos por considerarlas como rasgos relativos al Mesías que el espíritu divino ha esparcido aquí y allí para dejarnos el cuidado de reunirlos y componer de ellos su retrato? Si un escultor famoso de la antigüedad despues de haber cincelado separadamente y con arte infinita las diferentes partes de una estátua de Alejandro ó de César, las hubiese escondido en el seno de la tierra á grande distancia unas de otras, para proporcionar á las edades venideras la agradable sorpresa de este precioso hallazgo, y el

descubrimiento casual de una de ellas hubiese escitado por la rara perfeccion del trabajo á buscar las demas, y se hubiera encontrado, ¿habríais querido dejar aquellos miembros esparcidos á medida que fuesen saliendo de las entrañas de la tierra, separados unos de otros y envueltos en el vil lodo que los ocultaba? Y si reunidos por una mano diestra os presentasen la estátua completa del vencedor de los Gaulas, ó del conquistador del Asia con todas sus admirables perfecciones, y toda la nobleza de sus formas, ¿os obstinaríais todavía en negar contra la evidencia que el artífice habia tenido el pensamiento de reproducir por aquel medio las facciones de uno de aquellos héroes? . . .

Pero no son frases sueltas solamente las que reunimos para formar el todo, sino tambien una multitud de imájenes y de pinturas completas, y siempre perfectamente parecidas, aunque variadas al infinito. Son salmos enteros del Rey profeta, y una série de capítulos de Isaias

ejemplo, hacernos dudar de la autenticidad y del verdadero sentido de las obras que toda la antigüedad atribuye á Ciceron, á Virjilio, á César y á los mejores escritores del siglo de Augusto? Es muy mal método de argüir contra la divinidad de nuestras profecías oponer á ellas las ideas singulares de un corto número de sabios.

Ademas ¿cual es por lo jeneral entre los sabios amantes de la relijion, el motivo de esas disputas que tanto se ponderan? ¿Es acaso el fondo y la sustancia de la profecía? Podrá ser esto cierto respecto de algunas; pero tambien muy frecuentemente versan las disputas sobre puntos accesorios que dejan subsistente y en toda su fuerza la prueba deducida de las profecías en favor de la relijion. Así es que se conviene jeneralmente en que los oráculos de que hemos hablado se refieren al Mesías, que han tenido todo su pleno cumplimiento en Jesucristo, y que confirman claramente su mision divina, y solo se

disputa sobre algunos puntos de crítica absolutamente estraños á la cuestion principal. Se conviene por ejemplo en que la profecía de Jacob y la de Daniel se verificaron en la persona de Jesucristo; pero se disputa sobre el tiempo fijo en que el cetro salió de Judá, y sobre la época en que deben empezar las setenta semanas de Daniel; mas ¿que importan estas disputas sobre incidentes? Que el cetro haya salido de Judá uno ó dos siglos ántes, y que las semanas de Daniel empiecen á contarse veinte años antes ó veinte despues; ¿será por eso ménos cierto que el término señalado por Jacob y por Daniel para la venida del Mesías, ha pasado hace ya mucho tiempo? No hay pues fundamento para alegar contra las profecías las disputas de los sabios cristianos acerca de su verdadero significado.

Hay ademas una cierta clase de sabios que bajo del nombre de cristianos, son en realidad verdaderos deistas, y que reducen toda la relijion á un puro

filosofismo; los milagros mas asombrosos de la Biblia á hechos puramente naturales, y las profecías mas estraordinarias á simples conjeturas. Esta opinion, es preciso confesarlo, cuenta de medio siglo á esta parte numerosos defensores en un pais vecino al nuestro (1). Nosotros no negarémos, Señores, la erudicion de los sabios que se nos citan en contra, pero si se ha de tener consideracion á la autoridad, dirémos sin titubear: ¿no desaparece la de esos sabios modernos ante la multitud innumerable de tantos hombres grandes que en todes los siglos han rendido homenaje á la divinidad de nuestras profecías? Añadirémos ademas con toda confianza que la opinion de esos nuevos críticos nace visiblemente de un sistema indefendible, y cuya falsedad hemos manifestado en otra parte; quiero decir, de ese *naturalismo* insensato que se dirije nada ménos que á destruir

(1) Eichhorn, Rosen-Muller, y muchos sabios críticos alemanes.

hasta la existencia y posibilidad de la revelacion. Añadirémos por último, que esos escritores que pretenden esplicar de un modo puramente natural los milagros mas asombrosos de nuestros libros santos, y aun la misma resurreccion de Jesucristo, y cuyos atrevidos principios los han conducido hasta el punto de nó ver en los profetas del antiguo testamento, mas que fanáticos ó charlatanes, y en el mismo Jesucristo un *impostor* (1) ó un *májico*, estan visiblemente demasiado poseidos del espíritu de error y de sistema para que su crítica temeraria pueda ser apreciable á los hombres de buena fe.

Concluyamos, Señores, que nada hay en las objeciones acumuladas contra nuestras profecías que pueda hacer impresion en un corazon recto y dócil. Es cierto que esta prueba de la relijion

(1) Véase *Entretiens philosophiques sur les réunions des différentes communions chrétiennes*, por el baron de Starck, páj. 118, etc.

tiene como todas las demas sus dificultades, y que presenta como la relijion misma cierta mezcla de luz y de tinieblas; pero no olvideis que esta mezcla es una consecuencia natural de la debilidad de nuestro entendimiento, y que nace en cierto modo del plan jeneral de la providencia en la manifestacion de sus eternos decretos. Temed aumentar con injustas preocupaciones ó con pasiones secretas, la oscuridad que nuestra intelijencia encuentra necesariamente en el estudio de la relijion; abrid los ojos á la luz viva que arrojan nuestros sagrados oráculos. Jesucristo prometido y esperado en el antiguo testamento, reconocido y adorado en el nuevo; he aquí en dos palabras toda la relijion que tenemos la felicidad de profesar. ¡Cuan hermosa, Señores, cuan augusta y venerable es por sola su antigüedad esta relijion que sube hasta el orijen del mundo, y que nunca ha dejado de ser el vínculo comun de los adoradores del verdadero Dios; esta

relijion santa que ha debido sin duda pasar por diversos estados, progresar y desarrollarse succesivamente; pero que en su esencia ha sido siempre la misma! El Judío era un niño que solo sabia los rudimentos de la fe; el cristiano es un hombre hecho que posee un pleno y entero conocimiento de ella. Digamos pues tomando otra vez el lenguaje de aquel hombre admirable, cuyo injenio profundizó tanto los secretos de Dios, y vió á una luz tan clara las magníficas obras de su admirable providencia: «Ser «esperado, venir y ser reconocido por «una posteridad (1) que dura tanto co-«mo el mundo, tal es el carácter del «Mesías en quien creemos. Jesucristo el «mismo que ayer es hoy, y lo será por «los siglos *de los siglos* (2).»

(1) *Discours. sur l'Hist. univers.*, II. parte. cap. XXXI.

(2) Hebr. XIII, 8.

LA RELIJION

CONSIDERADA

EN SUS MISTERIOS.

La relijion cristiana tiene en sí misma caractéres de luz y de verdad, capaces de hacer impresion en toda alma dócil y razonable. Jamas temerá las discusiones profundas ; y segura del triunfo, siempre que se la examine con rectitud y buena fe, solo teme los errores y las pasiones ; por esto está siempre pronta á poner con toda confianza á vista del incrédulo los títulos brillantes de su celestial oríjen. Hecha en efecto para todos, lo mismo para el vulgo que para el sabio, no está apoyada en sistemas superiores al alcance de los entendimientos vulgares, sino en grandes hechos históricos, consignados en los

monumentos mas irrecusables; en hechos mejor atestiguados que los de Sócrates de que nadie duda, y enlazados con la revolucion mas asombrosa que haya acaecido en el mundo; quiero decir, la destruccion de la idolatría, y la conversion del mundo al Evanjelio.

Pero al mismo tiempo no niega las misteriosas tinieblas en que está envuelta: ella misma nos advierte que aun estamos en el tiempo de las sombras y de la oscuridad; que en ella se halla en efecto la verdad, pero cubierta con un velo; que los divinos secretos de su doctrina, así como los de la naturaleza, no se manifestarán del todo sino en la mansion de la plena y perfecta luz. ¿Pero cual es en esta parte la conducta del incrédulo? Retira voluntariamente la vista de todos los puntos luminosos del cristianismo, para fijarla solo en los oscuros; y parecido al que en el estraño fenómeno de la lluvia de piedras tan comprobado en nuestros dias no viese mas que su inverosimilitud

y aparente imposibilidad desdeñándose de examinar los testimonios que prueban su existencia, aparta la vista de las pruebas mas claras de la relijion para arrojarse contra sus misterios que ella misma confiesa ser impenetrables.

No por esto temamos seguir los ataques dirijidos por la incredulidad contra los misterios, ni considerar la relijion por su lado mas oscuro: no; queden vencidos sus enemigos en el puesto mismo donde parece que colocan toda su fuerza. El incrédulo nos dirá que si el Dios de verdad y de luz se dignase hablar á los hombres, no les revelaria sino cosas muy claras: hagámosle ver nosotros que en una relijion verdaderamente divina conviene que haya cosas incomprensibles. Añadirá que los misterios del cristianismo son cosas de pura especulativa, sin relacion con las reglas de las costumbres, y que se pueden despreciar impunemente; hagámosle ver cuan útiles son los misterios cristianos respecto á la moral. La

conveniencia pues de los misterios en una relijion divina y su utilidad en la cristiana formarán el asunto y la division del presente discurso.

Entiendo por misterios ciertos puntos de doctrina superiores á la comprension humana, que la razon jamas hubiera podido descubrir por sí sola, y que creemos bajo de la autoridad divina que los ha revelado, aunque no comprendamos su naturaleza: tal es el dogma de un Dios hecho hombre por la salvacion del mundo. Así, en lugar de sorprenderme de hallar misterios en una relijion divina, deberia mas bien admirarme de que careciese de ellos.

En efecto, si me elevo hasta la divinidad, y contemplo las adorables perfecciones de aquel por quien todo existe y se anima en el universo, aquel poder que le ha creado, aquella sabiduría que le gobierna, aquella bondad que se complace en comunicarse y difundirse, aquella santidad que aleja de sí hasta la sombra del mal, y aquella

justicia tan temible para el vicio como consoladora para la virtud; no puedo dejar de conocer, á pesar de la debilidad de mi intelijencia, que estos son atributos divinos, y que debo humillarme ante su infinita majestad, tributarle homenajes de adoracion y de amor, y sacar de estas nociones aunque imperfectas, reglas que dirijan mis afectos y mi conducta en la vida presente. Pero conozco no ménos que querer profundizar mas las perfecciones del Ser infinito es arrojarme á un abismo cuya profundidad no me es dado sondear, pues son como un océano inmenso, sin fondo y sin ribera, donde el entendimiento se confunde y se pierde. Sí, es ciertamente incomprensible el Dios que adoramos, y esta es la denominacion que le caracteriza mas completamente. No basta decir que es el ser soberanamente bueno, sabio é intelijente; es preciso añadir, como observa Bourdaloue, que es bueno, pero incomprensible su bondad; sabio, pero

incomprensible su sabiduría; intelijente, pero incomprensible su intelijencia; ¿y siendo obra suya la relijion, no deberá llevar el sello de su autor? Las obras del hombre son limitadas como él; pero las de Dios, que es un ser infinito, deben participar en algun modo de su infinidad. Si mi relijion careciese de todo misterio, me seria sospechosa, temeria reconocer en ella una invencion humana, y el sello de un impostor hábil que no ha querido inquietar ni atemorizar la razon de sus semejantes. En la relijion de un Dios que dejaria de serlo si pudiese ser comprendido, es necesario que haya puntos incomprensibles; y ved como los misterios léjos de hacer el cristianismo indigno de Dios, le marcan, por decirlo así, con el sello de la divinidad.

Ampliemos mas esta idea. Los misterios, dicen, son incomprensibles; es cierto que lo son, pero por esto mismo son mas dignos de la intelijencia infinita de Dios. Si los sabios tienen una infinidad

de conocimientos raros é incomprensibles al comun de los hombres, ¿no conocerá aquel que es la ciencia misma y la luz por esencia, verdades superiores al entendimiento mas penetrante? Decid á un hombre del vulgo que el sol que ve elevarse, subir al medio dia, declinar al poniente, y al fin ocultarse, permanece sin embargo inmóvil en el centro del mundo: decidle que esta tierra sobre la que se halla fijo jira sobre sí misma con una rapidez asombrosa, y le veréis sonreirse, creerá tal vez que quereis burlaros de su ignorancia y sencillez, y si no conseguis inculcar en su entendimiento ideas intermedias que le faciliten la creencia de vuestra doctrina, no verá mas que una estravagancia en lo mismo en que vosotros creeis ver una realidad. ¿Que pensaríais de un aldeano que dijese á uno de nuestros sabios: Nada comprendo de cuanto me decis de la inmobilidad del sol, puesto que con mis ojos sigo en cierto modo su

movimiento, ni sobre el jiro de la tierra que conozco por mis sentidos permanece fija. Todo eso es inintelijible, y yo me atengo á lo que veo. Un astrónomo se compadeceria tal vez de su rústico raciocinio: pues bien, permitidme que os diga: ¿son acaso mas sólidas vuestras reflexiones sobre los misterios? Porque al fin, entre el astrónomo y el aldeano hay ciertos puntos de contacto y de comparacion: aquel así como este, es hombre débil y limitado; y aunque entre los dos haya una grande distancia, no es sin embargo inmensa. Pero entre Dios y el hombre, aun cuando sea el mas sabio de todos, media una distancia infinita: esa misma razon que os ensoberbece, no es mas que una pequeña parte del grande océano de ciencia y de luz que es Dios; y el cielo dista ménos de la tierra que la intelijencia humana de la divina. Nuestro entendimiento no es tan perspicaz que pueda penetrar y comprender la esencia de las cosas, y reunir el todo y las

partes abrazando hasta los estremos: existen realmente en los objetos muchas relaciones que se escapan á nuestra penetracion; y ved ahí por que la verdad nos puede parecer alguna vez inverosímil y repugnante; mas Dios ve el fondo de las cosas, y por ello ve conformidad en lo mismo en que nosotros solo hallamos oposicion. La medida de nuestro entendimiento es demasiado corta para poder abrazar la inmensidad de los conocimientos divinos, y es lo mismo que si quisiéramos encerrar en nuestras manos todas las aguas del océano.

Los misterios son incomprensibles: en esto no hay duda; pero por eso mismo son mas dignos de la sabiduría de Dios. Jesucristo vino para sanar al hombre entero curando la obcecacion de su entendimiento producida por la soberbia, y la llaga hecha en su corazon por el deleite. Una curiosidad altiva le habia precipitado en los mas monstruosos errores, así como el amor á las cosas sensibles le habia sumerjido en las mas

brutales y vergonzosas pasiones: era preciso por consiguiente que su corazon fuese purificado por una ley santa, y humillado su entendimiento por verdades incomprensibles: esta razon que nos ilumina es un don del padre de las luces; mas si por un vil abuso hubiese llegado á sublevarse contra su autor, ¿que cosa mejor puede hacer para expiar su rebelion que humillarse ante la razon suprema, y someterse al yugo de la incomprensible, pero infalible verdad de Dios?

Los misterios son incomprensibles: no lo negamos; pero por esta misma razon son mas dignos del plan jeneral de la Providencia en el gobierno de este mundo. Celoso en efecto Dios de recibir homenajes racionales y meritorios, quiso que su relijion estuviese rodeada á un mismo tiempo de luces y de tinieblas. Si fuera mas oscura, podríamos tener escusas para no creer en ella; y si mas clara, veríamos en lugar de creer. Sí, Señores, en la relijion lo mismo que

solo palabras sin sentido? ¿No escitaba en las almas ni ideas ni sentimientos? ¿No se sabe por el contrario que sus escelentes discursos son la obra maestra de la elocuencia cristiana? Con los misterios de nuestra relijion sucede lo mismo que con otras cosas de que hablan continuamente todos los hombres, así los sabios como el vulgo, sin embargo de no tener sobre ellas mas que nociones imperfectas, vagas y confusas. En todas partes, por ejemplo, se habla del tiempo, del espacio, de lo infinito, de la eternidad; pero si lo reflexionamos atentamente, verémos que todas estas son cosas cuya naturaleza está oculta para nosotros, y de que solo tenemos ideas incompletas, y envueltas en una oscuridad impenetrable. Y en efecto ¿quien puede gloriarse de comprender á fondo que cosa es el espacio, y terminar sobre este punto las disputas de los metafísicos mas sutiles? ¿Se querrá designar el espacio como una inmensa capacidad distinta de este mundo,

en la cual esté contenido el mismo mundo? ¿Pero esta capacidad es alguna cosa real y efectiva? ¿La tendrémos por un ser verdadero, ó bien por un ser imajinario, por la nada? Acaso se dirá que el espacio no es una cosa distinta del modo con que los cuerpos existen con relacion entre sí. ¿Pero como pueden existir cosas materiales sin estar contenidas en un lugar que se distinga de ellas mismas? Confesémoslo, Señores; el entendimiento humano toca aquí ciertos límites que le es imposible traspasar. Uno de los injenios mas penetrantes que ha conocido el mundo, San Agustin, se hallaba tan perplejo para formar una idea exacta del tiempo, que dice estas palabras (1): «Sé lo que es el tiempo cuando «no se me pregunta lo que es; pero «cuando se me pregunta que cosa es, ya «no lo sé.» Sí, Señores, seria preciso no haber meditado jamas, é ignorar absolutamente la metafísica, esa ciencia que es el fundamento de todas las demas,

(1) *Confesiones*, lib. XI, cap. XIV.

para no saber que la mayor parte de nuestros conocimientos estan enlazados con cosas de que solo tenemos ideas incompletas y cubiertas de densas tinieblas. Cesemos pues de exijir de la Divinidad que solo nos revele cosas de que tengamos ideas completas y perfectamente claras.

Pero dice mas el incrédulo: yo, dice, debo ser racional ántes que cristiano. ¿Por que pues me he de someter ciegamente á lo que no entiendo? ¿Debe la fe ahogar la razon? No, Señores, no; entendámonos bien, y verémos claramente que la razon misma nos conduce á la fe. La razon es en efecto la que nos abre las puertas del divino Santuario, y la que arrojándonos en los brazos de la relijion, nos deja bajo de su imperio. Guiados por ella descubrimos que Jesucristo y sus apóstoles han aparecido en la tierra, que han dado pruebas manifiestas de su divina mision, y ella es la que nos da la misma clase de certidumbre de estos hechos

que de la existencia de César, y de sus conquistas en las Galias. La razon discute y profundiza los hechos, y hé aquí sobre lo que recae el exámen del cristiano. Yo os invito, Señores, en nombre de la relijion á examinar los títulos en que funda sus derechos á nuestros homenajes: han resistido al tiempo, á la crítica y á todas las pasiones conjuradas contra ellos; y unos cuantos argumentos de nuestros dias no trastornarán lo que diez y ocho siglos de combates no han hecho mas que afirmar; pero tambien cuando la razon nos ha convencido de la autoridad divina de Jesucristo y de sus discípulos, ella misma nos manda imperiosamente someternos á su doctrina, y humillar nuestra débil comprehension ante la intelijencia suprema. Cuando Dios habla es preciso que el hombre calle. ¿Que importa pues que la fe sea oscura en los objetos de su creencia, si es muy luminosa en los motivos que tenemos para creer? En efecto, si la razon no hace intelijibles

los misterios, los hace ciertamente creibles.

Alega ademas el incrédulo, que no solamente son incomprensibles los misterios cristianos, sino que su misma exposicion contiene contradicciones. Tal es segun ellos la del misterio de la Trinidad. ¡Un solo Dios en tres personas! ¿habrá mayor contradiccion? Aquí, Señores, debemos aclarar bien las cosas para no estraviarnos. Si asegurais que nuestros misterios considerados en sí mismos son inverosímiles, que salen de la esfera comun de la comprehension humana, que presentan contradicciones aparentes, que estan sujetos á dudas, cuya solucion no siempre se percibe claramente, estamos acordes; sin esto no serian misterios. Pero debo recordaros que muy frecuentemente se escapan á nuestro entendimiento ciertas relaciones de verdad, aunque efectivas; que por lo mismo podemos muy bien tomar contradicciones aparentes por contradicciones verdaderas; que no se deben atribuir

al Ser infinito las propiedades del ser limitado; que seria un error el querer aplicar en toda su fuerza á la divinidad las nociones del hombre: os diré por último que no debemos avergonzarnos de confesar con Descartes, que no es permitido negar verdades bien probadas, porque ofrezcan algunas dudas indisolubles á nuestra débil razon: de esto puedo citaros un millon de ejemplos que aclaren mi pensamiento. En las ciencias naturales, y aun en aquella misma que pasa por la mas exacta de todas, se llega por una série de proposiciones perfectamente encadenadas á resultados tan estraños, que apénas se sabe como conciliarlos ni entre sí, ni con la sana razon. Se demuestra por ejemplo, que dos líneas pueden irse siempre aproximando una á otra, sin jamas tocarse por mas que se prolonguen al infinito, y para mí esta es una cosa muy singular. Pero veamos otro ejemplo mas familiar: haced que un ciego de nacimiento recorra con la mano la superficie

plana de un cuadro que con arreglo á las leyes de la óptica ofrezca en perspectiva elevaciones y profundidades, y decidle despues lo que representa esta superficie: ¿como es posible que conciba que lo que al tacto de su mano ofrece una superficie plana, forme desigualdades á vuestra vista? ¡Plano y profundo á un tiempo, dirá el ciego, es un absurdo! Y en efecto, hay en esto para él cierta cosa repugnante y contradictoria, un verdadero misterio: ¿y por que no puede juzgar bien en la materia? La razon es porque carece de un sentido, qué es la vista, por cuya falta le son enteramente desconocidos los fenómenos de la luz reflejada y de la perspectiva. Pues bien, Señores; nosotros somos este ciego con referencia á los misterios. Al presente nos falta un grado de intelijencia que tendrémos algun dia; pero así como el ciego por el testimonio de los demas hombres, cree racionalmente las maravillas de la vision, aunque no las comprenda, así

nosotros por el testimonio divino de Jesucristo y de los apóstoles creemos racionalmente los misterios del cristianismo, aunque no podamos comprenderlos.

Cuando nuestros jóvenes incrédulos se toman la libertad de hablar de nuestros misterios con tanta lijereza, y creen hallar en ellos verdaderas contradicciones, ¿han reflexionado que las dificultades en que se paran, no han detenido á los injenios mas sobresalientes de la tierra, y que esas supuestas contradicciones han sido examinadas y discutidas por los mayores filósofos que ha producido la Europa de tres siglos á esta parte, como son Bacon, Descartes, Pascal y Leibnitz? ¿Y como, iniciados apénas en los secretos de la alta metafísica, se atreven sin reflexion á ver en nuestros misterios, absurdos que no han advertido esos mismos hombres que respetamos como los príncipes y creadores de las ciencias modernas?

Permítansenos algunas esplicaciones

para hacer ver que lo que las mas veces se impugna en nuestros misterios, no es lo que la fe nos enseña, sino lo que la imajinacion supone en ellos sin fundamento.

La fe nos hace adorar á un solo Dios en tres personas que poseen unas mismas perfecciones. Hay por consiguiente en Dios unidad y trinidad todo junto; pero no bajo de un mismo respecto: no decimos que tres personas hacen una persona, ni que tres dioses forman un Dios; esto seria una contradiccion palpable; sino que afirmamos la unidad de la naturaleza divina y la trinidad de personas. Hay pues unidad bajo de un aspecto, y trinidad bajo de otro, y esto basta para no hallar contradiccion en la espresion del misterio; y el que para poner en ridículo nuestra fe nos acusa de creer que tres no hacen mas que uno, ni aun ha comprendido el sentido en que nosotros lo profesamos. Para aclarar algun tanto las profundidades de este misterio, se han servido

los doctores de la Iglesia de una comparacion admirable. En el hombre, dicen, existe el alma, se conoce y se ama á sí misma: existir, conocerse y amarse son tres cosas distintas que se encuentran sin embargo en un solo y mismo espíritu; y ved aquí una imájen cuyo modelo perfecto está en Dios. Dios existe desde la eternidad con el conocimiento y amor infinito de sus infinitas perfecciones: ¿y quien conoce bastantemente las operaciones internas del Ser infinito, y lo que puede resultar de este conocimiento y de este amor infinito, para atreverse á decir que no puede resultar de ellos lo que nos enseña la revelacion?

Concluiré, Señores, esta primera parte con una reflexion que tal vez no habréis hecho jamas muchos de vosotros: figuraos, si podeis, un sistema filosófico, que os parezca no contiene cosas tan repugnantes, ni contrariedades tan visibles cuales os las imajinais en nuestros misterios, y os disimularé entre-

tanto que no los admitais. ¿Cuales son, decid, vuestras opiniones? ¿Quereis ser ateos, materialistas, fatalistas, escépticos ó deistas? Elejid. Usando en este momento de toda induljencia, prescindiré de la falsedad de vuestros sistemas; no os diré con Bossuet (1) *que por desechar verdades incomprensibles, os precipitais en incomprensibles errores*; y me limitaré á probaros que, cualquiera que sea vuestro sistema, os veréis precisados á tragar en él cosas no ménos chocantes que las que se os resisten en nuestros misterios.

Si sois ateos, os diré que para ser consiguientes debeis creer que este universo en que brillan rasgos de una intelijencia infinita no supone sin embargo una causa intelijente, y que os veis precisados á haceros sordos á aquel primer grito de la recta razon y de la experiencia que os dice que este mundo supone un Dios, del mismo

(1) *Orais. fun. de la princesse Palatine.*

modo que un templo supone un arquitecto. Alegaréis para esplicar este mundo, su armonía y sus maravillas algunas palabras sin sentido como el *acaso*, *la naturaleza*, *la necesidad*. ¿Pero que es todo esto sino cosas incoherentes y que irritan á la razon? Si sois materialistas es preciso que creais que lo que piensa en vosotros es materia, y por consiguiente que vuestra alma tiene las propiedades de esta, es decir que es extensa, divisible, y que tiene color; y sin embargo el pensamiento no tiene ni extension, ni divisibilidad, ni color; es preciso que creais que un ser intelijente y racional, cual es el hombre, ha sido producido por una reunion de partes materiales, brutas y destituidas de razon: ¿y no es todo esto un conjunto de contradicciones? Os diré, si sois fatalistas, que segun vuestro sistema, yo estoy hablando ahora porque me impele á hablar una fuerza irresistible; y sin embargo yo reconozco en mi la facultad de callar de un

modo tan perceptible como conozco mi existencia: ¿y como concertais esa invencible necesidad con el sentimiento íntimo que yo tengo de mi libertad? Segun vuestro sistema el malvado que alevosamente asesina al inocente no tiene realmente mas libertad que el tigre que despedaza su presa; y si lo creeis así, ¿por que le llamais criminal? ¿Por que le castigais como tal? ¿No es esto inconciliable? Si sois escépticos, debeis dudar de todo hasta de vuestra propia existencia, y sin embargo os veis arrastrados continuamente á creer que existís: conciliad pues, si podeis, esa duda universal con el convencimiento de vuestra existencia. No creais salir de embarazos acojiéndoos al deismo, que reconoce un Dios, una providencia y una vida futura; porque entónces os diré: reconoceis un Dios, espíritu inmortal y criador de este universo; ¿pero un espíritu que saca de la nada la materia, no es un misterio tan impenetrable á la razon humana como todos los misterios

del cristianismo? Aun hay mas: vosotros reconoceis un Dios soberanamente perfecto; por consiguiente un Dios que á un mismo tiempo sea simple é inmenso, libre é inmutable, Señor de nuestras voluntades, sin violentar nuestra libertad; pues bien: yo me atrevo á prediciros, que si tratais de conciliar entre sí todas estas cosas, hallaréis obstáculos que os parecerán insuperables. Por último os diré, cualquiera que sea vuestro sistema: por lo mismo que hay cosas que existen hoy, es preciso que alguna cosa haya existido siempre; y por consiguiente existe un ser eterno. Poco importa para la fuerza del argumento que este ser sea Dios, ó sea la materia; pues en todo caso es preciso admitir una eternidad, una duracion que no ha tenido principio. ¿Pero esta duracion se compone de instantes que se suceden unos á otros; ó no hay en ella mas que lo presente, sin pasado ni futuro? Si lo primero, ¿como puede haber sucesion de instantes en lo que

no ha tenido primer instante? Y si lo segundo, ¿como puede haber continuacion de duracion donde ni hay duracion pasada ni futura? Confesad que por todas partes estamos rodeados de abismos. Dejad pues de combatir nuestros misterios porque halleis en ellos cosas imcomprensibles y contrariedades que encontrais igualmente en todas las opiniones; y si quereis proceder con juicio, limitaos á examinar y averiguar el mero hecho de la revelacion de estos misterios. Es ciertamente una credulidad pueril creer sin pruebas; pero querer comprenderlo todo es mas propio de un entendimiento débil que de una razon vigorosa. «El último paso de la «razon, ha dicho Pascal (1), es co«nocer que hay una infinidad de co«sas superiores á ella, y muy débil de«be ser si no lo conoce así.» Paso ahora á la utilidad de los misterios cristianos con relacion á la moral.

(1) *Pensées*, cap. V, n. 1.

Todo lo que inspira altas ideas de la divinidad; de aquella justicia cuyo temor mantiene en el deber, de aquella bondad cuya memoria consuela y reanima la flaqueza, todo lo que ilustra al hombre sobre su oríjen y su destino, le humilla sin desalentarle, y le eleva sin engreirle; y por último, todo lo que es capaz de curarle de sus vicios y de inspirarle esfuerzos jenerosos, se dirije indudablemete á hacer al hombre mejor y mas virtuoso; y por lo tanto se refiere á la moral, que consiste mas en la práctica del bien, que en secas y estériles teorías: ¿y no son estas las preciosas ventajas que producen los misterios del cristianismo? Examinemos algunos de ellos, y esto nos bastará para dar á conocer sus saludables efectos.

Es ciertamente un gran misterio el de esa culpa orijinal y hereditaria, que ha corrompido al jénero humano en su oríjen, y le ha despojado de su nobleza primitiva. No es esta la ocasion de desenvolver todos los raciocinios y compa-

raciones que nos suministra la teolojía, no para disipar enteramente las tinieblas impenetrables que cubren este misterio, sino para facilitar en cierto modo su creencia; pero ved de que modo la revelacion positiva de este misterio ilustra al hombre sobre su destino y sobre las contradicciones de su naturaleza. Murmura la razon y se escandaliza de ver en el hombre esa mezcla de pasiones bajas y de deseos celestiales, de amor á la virtud y de propension violenta hácia el vicio, la sujecion del espíritu al imperio de los sentidos, y los desórdenes y males que son su consecuencia inevitable. Considerado así el hombre es un enigma inconcebible á sí mismo. ¿Quien nos le descifrará? Decir que no hay Dios, y que en este mundo todo sucede por acaso, no es respuesta, sino frenesí; y ántes que precipitarse en tan espantoso abismo, deberia creerse que habia en esto alguna verdad oculta, que por su profundidad se esconde á nuestra débil intelijencia. Pero

ved como la relijion viene en socorro de la razon desordenada, revelándonos claramente lo que algunos sabios de la antigüedad pagana parecian haber sospechado, y se conservó confusamente en la tradicion de todos los pueblos; lo que figuró la fábula en Prometeo, robando el fuego del cielo, y atrayendo sobre la tierra por este robo sacrílego las plagas que le desolaban; y en fin lo que los poetas han cantado bajo del nombre de la *edad de oro* y la *edad de hierro*. La relijion nos enseña que el hombre no salió de las manos del Criador tal como hoy es, y que en el órden actual de cosas ya no es sino un ser degradado, un rey destronado, pero que conserva todavía en su misma desgracia rasgos de su primitiva grandeza. No se supone al hombre en todo grande y bueno contra el conocimiento de su flaqueza y corrupcion: semejante opinion lo embriagaria y llenaria de una necia altivez y amor de sí mismo; haciéndole á lo sumo un estóico ó un

sabio altanero: tampoco le convierte en un ser terreno enteramente vil y despreciable, contra el sentimiento que él mismo tiene de su nobleza y dignidad: opinion que, humillándole demasiado, podria arrojarle al epicureismo y á los mas groseros deleites. La doctrina cristiana sigue un medio entre estos dos estremos: nos muestra en el hombre la imájen de Dios desfigurada, pero no borrada: le enseña á desconfiar de sí mismo sin destruir las sublimes ideas, que á pesar de eso debe tener de su ser; y he aquí como de entre las sombras mas misteriosas salen grandes rayos de luz acerca de la naturaleza del hombre y del actual órden de cosas.

Es tambien un grande misterio el de un Dios que se ha dignado unirse á nuestra naturaleza; pero ved cuan admirablemente hace resaltar los atributos divinos y la dignidad de nuestra alma. ¡Cuan temible es aquella justicia que solo quiso aplacarse por los ruegos del hombre Dios! ¡Cuan enorme la malicia

del pecado que ha necesitado de semejante víctima para ser espiado! ¡Pero cuan inefable al mismo tiempo la bondad que se ha dignado humillarse hasta este punto, y cuanta no debe ser la dignidad de nuestras almas rescatadas á tan alto precio! ¡Ah, que capaces deben ser todos estos pensamientos de inflamar nuestro reconocimiento hácia la divinidad, y de penetrarnos de horror al pecado que la ofende, al mismo tiempo que nos degrada!

Es un grande misterio el de la Eucaristía, tal como le profesaba el mundo entero ántes del siglo XVI, y tal como le profesa aun el grande número de comuniones cristianas esparcidas por la tierra; pero advertid como en el gremio de la Iglesia se convierte en un manantial inagotable de aguas saludables que esparcen la vida y la fecundidad. La primera participacion de este divino misterio forma para los fieles una época preciosa, la cual ya esperándola, ya acordándose de ella, ocupa en cierto

modo toda su vida. Sí, la admision á la mesa sagrada se presenta desde léjos á la infancia como el mas glorioso y el mas tierno de todos los favores. ¿Que estímulo mas poderoso para hacerla conservar su inocencia, ó para recobrarla, para mostrarse mas dócil, mas sumisa, mas modesta y mas abstraida de todo cuanto pueda empañar la virtud? Es un divino banquete del que solo se participa con una conducta pura y costumbres irreprensibles, y por medio de victorias conseguidas sobre sí mismo: ¡Cuantos cristianos entre nosotros habrán debido á la Sagrada Eucaristía la práctica de las cosas mas santas y perfectas que contiene su relijion! ¡cuantas pasiones vencidas, cuantas ofensas perdonadas, cuantas ocasiones evitadas, cuantos pobres socorridos, cuantos movimientos ó impulsos de ira sofocados; en una palabra, cuantos actos heróicos de virtud habrá inspirado y sostenido el deseo de hacerse ménos indigno de participar de lo que la relijion llama *los*

santos, los tremendos misterios!

No son los misterios del cristianismo como los que se llamaban *misterios* entre los paganos. No, Señores, no son dogmas estravagantes y ceremonias impuras, mas propias para sofocar que para inspirar la virtud. Jesucristo es en la relijion cristiana el centro en que todo termina, es la luz del mundo por su doctrina, el Salvador de los hombres por su muerte, y ademas su modelo por sus virtudes. Los misterios del nacimiento, de la vida, pasion y muerte de Jesucristo no son mas que su misma moral practicada, y forman una série de cuadros en que brillan virtudes á un mismo tiempo sublimes y populares. Ser modesto hasta la humildad, apacible hasta perdonar los ultrajes, caritativo hasta amar á sus enemigos, resignado en los males de la vida hasta el punto de no quejarse, casto hasta condenar el pensamiento detenido, fiel á Dios hasta morir por su ley: estas son virtudes cristianas. ¿Y quien no conoce

la fuerza y autoridad que adquieren los preceptos de Jesucristo con su ejemplo, mandando solo lo que él mismo ha practicado, siendo humilde, apacible y caritativo hasta el punto de padecer por nosotros y morir perdonando á sus verdugos?

Invoco, Señores, aquí un testimonio irrecusable, el de la experiencia. Si recorremos los fastos de la Iglesia cristiana hallarémos sin duda en ellos bastantes vicios y desórdenes; pero tambien encontrarémos en ellos en todos tiempos, en todos los pueblos y en todas las clases, cristianos que han honrado su fe con las virtudes mas puras, mas heróicas y casi siempre las mas útiles para sus semejantes; ¿y no es incontestable que sus virtudes han tenido principalmente su orijen en esos misterios que se miran con desden? Sí, Señores, si pudiéramos preguntar á tantos santos pastores y á tantos obreros apostólicos consumidos á fuerza de fatigas y trabajos por evanjelizar á los pueblos y salvarlos del

vicio ó de la ignorancia, nos responderian que debieron su fortaleza á los ejemplos y á las promesas de Jesucristo, sacrificado por la salvacion de los hombres. Preguntad á esas hijas de Vicente de Paul, y á otras muchas animadas de la misma caridad; preguntadles quien les inspira tanta ternura para con los pobres, para con los afligidos y todos los que padecen en la tierra, y os dirán que su caridad se enciende en la de Jesucristo para con nosotros; que tienen siempre á la vista á Jesucristo, el amigo, el padre de los indijentes y de los desgraciados, y que creen servirle á él mismo sirviendo á los pobres, que son sus hijos adoptivos. Amar á Dios, amar á los hombres; en esto se encierra toda la ley y toda la moral evanjélica; ¿y que cosa hay mas á propósito para inspirar y alimentar este doble amor que la fe en un Dios que nos ha amado hasta hacerse sensible revistiéndose de nuestra humanidad? Así es como Dios ha

amado al mundo, esclamaba el Apóstol de la caridad. *Sic Deus dilexit mundum* (1), palabras que han resonado en todo el universo, y que han producido tantas y tan heróicas virtudes cuales jamas pudieron ni podrán producir las mas sublimes teorías de la filosofía sobre el Ser supremo.

En vista de estas reflexiones, ya no me admiro de que la Iglesia cristiana sea tan celosa en conservar el depósito de la doctrina en toda su integridad, y que repela cualquiera novedad profana que pudiera vulnerarla en lo mas mínimo. Todo en ella se enlaza, y todo se encadena, y temed que todo el edificio se desplome si le quitais una sola piedra. El misterio del Verbo encarnado supone el de la Trinidad, el de la redencion supone el del pecado orijinal, y los misterios de la gracia estan enlazados con los de la redencion. A una culpa de malicia infinita se sigue un reparador de un mérito infinito; y un

(1) Joan. III. 16.

remunerador de una magnificencia infinita supone un vengador de una justicia infinita; todo esto se enlaza y se sostiene mutuamente; cuando todo es revelado, todo debe ser respetado. Seamos cautos, Señores, si al entendimiento humano se le deja correr libremente en punto á los misterios, muy pronto se le verá propasarse con audacia á los preceptos de la ley, y tampoco la moral será mas respetada que los dogmas: si el entendimiento quiere cercenar del Evanjelio los misterios que le humillan, el corazon querrá igualmente cercenar los preceptos que espantan su flaqueza. Desde que se ha sutilizado tanto sobre los dogmas, se han conmovido los cimientos de la moral. El Sociniano no ha creido en la trinidad; despues el deista no ha creido en Jesucristo. En seguida vino el ateo que no creia en Dios, y por último han aparecido falsos sabios que han hecho un problema del vicio y de la virtud, intentando justificar hasta las torpezas

y monstruosidades de las costumbres paganas. Traspasados una vez por el hombre los límites puestos por la mano del mismo Dios, ya nada le contiene, corre exhalado sin direccion alguna, y se pierde sin remedio en el camino del vicio y del error.

Desechemos esa máxima tan extendida y tan acreditada en nuestros dias, de que el dogma nada importa, que lo principal es la moral, que en ella debemos pensar únicamente sin hacer caso del dogma; ¡trastorno inaudito, segun el cual seria preciso levantar el edificio ántes de asentar el cimiento! ¿Y que dogmas quieren que despreciemos? Los dogmas de un Dios, de una providencia, ó de una vida futura, son puntos de creencia con los cuales estan enlazadas todas las ideas de órden y de justicia en la tierra, y ya en un discurso particular hemos establecido que estas sagradas verdades son la base de la moral, así como de la sociedad. ¿Querrán que abandonemos la enseñanza de los

dogmas propios del cristianismo? Tanto valdría decir que era necesario dejásemos de ser cristianos, y que pasásemos de la escuela de Jesucristo á la de Platon. ¡Como! ¿No será necesario hablar á los pueblos cristianos de Jesucristo, fundador divino de su relijion? ¿Quien no ve el enlace que los misterios de Jesucristo hombre Dios tienen con los demas misterios? No puede ya admitirse la idea de que estos misterios no tienen relacion con las reglas de las costumbres, pues hemos hecho ver cuanto apoyo dan á la moral, y cuan persuasiva la hacen.

Pero se pregunta tambien si deben enseñarse estos misterios á los niños. ¿A que viene, dicen, cargar su entendimiento con un peso que los agobia inútilmente, y que no puede hacer mas que fatigar su cerebro, y perjudicar al desarrollo de sus facultades? Es preciso, Señores, no ver en semejante lenguaje mas que una falsa piedad y temores hipócritas. Es cierto que los niños

no reciben mas que ideas vagas sobre los misterios, y que se confian mas á su memoria que á su discernimiento: pero una vez recibidas estas nociones, se desarrollan con los años; é impresas en sus almas desde la edad mas tierna, jamas llegan á borrarse. Así fueron educados nuestros padres en los tiempos pasados, así lo fueron Descartes, Pascal y Bossuet. Sí, estos grandes hombres empezaron, valiéndome de la espresion vulgar, aprendiendo el catecismo; y esto no les ha impedido ser injenios creadores cada uno en su jénero, y llegar á ser las antorchas del mundo; del mismo modo hemos sido educados la mayor parte de nosotros, y yo no advierto que semejante método haya alterado en nada nuestra salud ni nuestra intelijencia. Creed sobre este particular, Señores, no los vanos discursos de los teóricos ociosos, sino la experiencia personal de aquellos á quienes por su profesion no es desconocida la educacion cristiana de la primera

edad. No tememos deciros que con un poco de arte y de paciencia se puede muy bien aficionar á los niños á instruirse en las mas sublimes verdades. La parte misteriosa de la relijion se halla mezclada en nuestros evanjelios con hechos maravillosos, con parábolas interesantes, con rasgos de humanidad, con máximas de una moral pura y con imájenes graciosas ó terribles, á propósito para interesar en todas las edades: ¿y quien ignora que nosotros nacemos con una vivísima inclinacion á las cosas estraordinarias, ocultas y misteriosas, y que escitan mas nuestra curiosidad, por lo mismo que estan envueltas entre celajes? Entreténgase á la niñez presentándole á Jesus nacido en un pesebre, alabado con cánticos por los ánjeles, visitado por los pastores de los montes inmediatos, creciendo á la vista de sus padres, y siempre obediente á ellos, saliendo de su retiro para evanjelizar á los pueblos, y aliviar á los desgraciados, bendiciendo

á los niños, llorando en el sepulcro de Lázaro, y por la ingrata Jerusalem, subiendo al calvario cargado con el madero en que iba á ser crucificado, dando su vida por sus enemigos, saliendo en seguida glorioso del sepulcro, y elevándose en triunfo á los cielos. ¿No es todo esto á propósito para cautivar la imajinacion y el corazon, y para grabarse fácilmente en la memoria? En fin, Señores, apelo á vosotros mismos: cuando muy jóvenes todavía se os obligaba á dedicaros al estudio de la lengua de Virjilio y de Homero, y á repetir sobre las reglas del lenguaje lecciones doctas espresadas en términos científicos, y aun algo bárbaros: ¿erais entónces capaces de aplicarles ideas bien distintas y exactas, y tan claras como las que habeis formado en una edad mas avanzada? No ciertamente; pero sin embargo las conserva vuestro entendimiento, y las entendíais de un modo suficiente para poder hacer de ellas aplicaciones inciertas al principio, mas seguras

despues, y por último útiles en todo tiempo. Pues bien, Señores, lo mismo sucede con los principios elementales del cristianismo, que se enseñan á los niños.

Entre los detractores del cristianismo hay algunos que no quisieran se hablase nunca de los misterios: hay otros que han soñado una moral sin relijion; y alguno vendrá, ó mas bien ha venido ya, que nos enseñe que un niño no deberia oir pronunciar el nombre de Dios, hasta que su razon estuviese ya formada; estravagancia enorme, que en cierto tiempo fué preciso admirar como un rasgo de injenio, para no pasar por un fanático.

Dejemos, Señores, á la falsa sabiduría todas sus locas teorías y luces engañosas, y no creamos estraviarnos siguiendo el camino iluminado por la antorcha de la experiencia de los siglos. Sí, la doctrina del cristianismo todo entero con sus misterios y sus preceptos, será siempre el fundamento de una educacion

cristiana, siendo particularmente de los misterios de la vida y muerte de Jesucristo, de donde es preciso sacar las mas tiernas lecciones de virtud. Sí, Señores, el pesebre y el calvario serán siempre mas elocuentes y mas persuasivos, sobre todo para el pueblo, que los mas pomposos discursos; y el ministro del Evanjelio con la cruz en la mano será siempre mas capaz de consolar á los aflijidos, de aplacar los odios, de volver la paz á las familias, de inspirar humanidad á los ricos, é introducir los remordimientos ó la esperanza en el corazon del pecador, que el filósofo con toda la pompa de sus máximas. Sabios del siglo, vosotros no veis en esto sino fanatismo, y creeis poseer solos vosotros los tesoros de la sabiduría; enhorabuena, pero dejadnos á nosotros este fanatismo que consuela á los hombres, y los hace mejores; y conservad para vosotros vuestra sabiduría, eficaz para destruir, y nula para edificar, tan insuficiente para el bien como poderosa para el mal:

limitad á vosotros mismos vuestras doctrinas desoladoras, y dejadnos trabajar en paz para hacer reflorecer en el seno de la patria la fe de nuestros padres con las virtudes que ella inspira. Nosotros amamos ese supuesto fanatismo, esta doctrina santa que ha formado tanta multitud de padres virtuosos, tantos esposos fieles, tantos hijos dóciles, majistrados íntegros, sabios modestos, ricos jenerosos, pobres resignados, tantos guerreros tan humanos como valientes, y tantas familias llenas de concordia y de felicidad; nosotros estamos desengañados de esa supuesta sabiduría, de esas doctrinas erróneas que quitando á los pueblos el temor y el amor á la divinidad, atraen sobre ellos á un tiempo todos los vicios y todas las calamidades. ¡No era ya bastante profunda la herida hecha á las costumbres, para que vosotros la hiciérais mayor y tratáseis de hacerla incurable! Si no quereis auxiliar nuestros esfuerzos con los vuestros, os suplicamos guardeis silencio á lo ménos:

no seais impíos mas que para vosotros; y llevad á bien que por vuestro propio interes, por el de vuestros hijos, por la seguridad de vuestros bienes y de vuestras personas procuremos hacer revivir el fuego sagrado de la relijion y de las virtudes que ella prescribe. ¡Y vosotros, Señores, vosotros principalmente, ó jóvenes franceses, esperanza de la patria! aprended á hablar con ménos lijereza de nuestros misterios, que tal vez conoceis muy poco por la calamidad de los tiempos; temed blasfemar lo que deberíais venerar; no os avergonceis de santificar vuestros labios con el nombre de aquel ante quien todo se humilla en el mundo, y sea la sabiduría de vuestros discursos el feliz presajio de la de vuestras acciones. Los destinos de la Francia estan en vuestras manos, y en la de vuestros compañeros de edad: si sois irrelijiosos, ejerceréis en el pueblo una influencia funesta, y esparciréis por todas partes semillas de destruccion y de muerte; y si cristianos sinceros,

atraeréis con vuestros ejemplos y con vuestros discursos el pueblo estraviado á esta relijion, única que puede asegurar su felicidad. Otros os convidarán al estudio de las letras y de las artes, al de los secretos de la naturaleza ó de la política, á las especulaciones del comercio y á la gloria de las armas: yo estoy muy distante de distraeros de esas diferentes carreras que se os presentan; pero quiero al mismo tiempo convidaros á desempeñar un destino mas elevado: os llamo á ser por vuestros principios relijiosos los restauradores de las costumbres públicas y los salvadores de la patria.

LA RELIJION

CONSIDERADA

EN SU MORAL.

Un código de moral igualmente sencillo que puro, lleno de máximas luminosas, sin mezcla alguna de errores funestos, y que trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones jenerosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas y á todos los gobiernos, y que en la universalidad de sus preceptos comprenda á todo el jénero humano, desde el pueblo errante bajo de tiendas, hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion, desde las clases mas oscuras hasta las mas elevadas; un código que consagre y per-

feccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos lejítimos, é impida sus escesos de modo que la amistad no dejenere en débil condescendencia, el valor en ferocidad, el amor á la patria en un sentimiento bárbaro y esclusivo; un código en fin que apoyado en dogmas invariables presente siempre al lado del precepto el mas poderoso motivo para practicarle; que ofrezca por los sacrificios que exije indemnizaciones inmensas, y que coloque á los que le observan bajo de la vista del Dios del universo que tiene en una mano coronas inmortales para alentar al hombre de bien, y hace brillar en la otra el rayo vengador para aterrar al malo: un código tan completo de leyes morales donde nada falte, ni en cuanto á la belleza de los preceptos, ni en cuanto á la eficacia de sus motivos, en vano le pediréis á la antigüedad pagana, no le hallaréis ni en la escuela de Sócrates, ni en la de Zenon: este código perfecto es el Evanjelio.

No es esto decir que no se puedan recojer de los diferentes sabios de los pueblos antiguos, preciosos fragmentos de moral; pero estos no son mas que máximas sueltas, y en cierto modo sumerjidas en un mar de errores y de supersticiones. Platon está reputado por el filósofo mas grande de la antigüedad, y su tratado de la República pasa por una obra maestra de injenio; pero basta recorrer su libro quinto para ver que toda su sabiduría no le habia libertado de los mas vergonzosos errores. No, no hallaréis en ninguna parte cosa tan completa, tan pura en los preceptos, y al mismo tiempo tan poderosa en los motivos como el código sagrado del Evanjelio.

Hubo una época en que los enemigos del cristianismo al mismo tiempo que impugnaban sus misterios y su culto, rendian de tal suerte homenaje á la belleza de su moral, que el mas sublime de nuestros oradores no tuvo reparo en decir en un discurso *sobre*

la divinidad de la relijion (1): «gracias «á la misericordia divina, los que te«merariamente disputan todos los dias «sobre la fe, no niegan al cristianismo «ser la regla de las costumbres, y es«tan acordes con nosotros acerca de «la pureza y perfeccion de nuestra «moral.»

Pero cuando en el último siglo se impregnaron en los entendimientos doctrinas groseras, cuando el egoismo se convirtió en sistema, y el ateismo heló los corazones, llegaron los hombres á ser incapaces de conocer cuanto hay de bueno, de bello y consolador en nuestros libros santos; ¿ni como, con una doctrina enteramente brutal y sensual podia el materialista aficionarse á una ley que se dirije á sobreponernos á las cosas sensibles, y que nos manda sacrificar al deber las inclinaciones mas dulces en apariencia á la naturaleza? Así pues llegó á ser la moral evanjélica

(1) Bossuet. II. *Sermon pour le second Dim. de l'Avent. II part.*

el blanco de los ataques mas violentos de los sofistas: porque el cristianismo prescribe el desprendimiento, se le acusó de condenar los honores, las dignidades y las riquezas, y de inspirar hácia las cosas de este mundo una indiferencia y una apatía incompatible con el comercio, las artes y la industria, con la cual toda la sociedad se entregaria á un total abandono. Porque prescribe la humildad, se le acusó de predicar una virtud que degrada al hombre á sus propios ojos, que le hace indiferente á la estimacion pública, y que no le inspira sino ideas bajas y despreciables. En fin, porque declara la guerra á todas las inclinaciones desarregladas, persiguiéndolas hasta en el corazon; porque no contemporiza con pasion ni vicio alguno, y porque manda todas las virtudes, se le acusó de una severidad escesiva, y de imponer á débiles criaturas un yugo insoportable: de este modo la moral cristiana era en el sentir de sus detractores enemiga de la

sociedad por el desprendimiento que manda, degradante por la humildad que predica, é impracticable por la severidad de las obligaciones que impone. Vindicarla pues de estas tres acusaciones, será el objeto del presente discurso.

Si hay alguna pasion fecunda en injusticias, capaz de sofocar todo sentimiento de honor y de probidad, y de introducir la division y discordia en las familias, es ciertamente la avaricia, quiero decir el amor desordenado de las riquezas y de los bienes de este mundo. ¿De donde en efecto nacen esos fraudes tan comunes, esos medios de enriquecerse que cuanto son mas rápidos son regularmente mas ilejítimos, esas especulaciones crueles sobre necesidades ajenas que obligan á comprar un socorro momentáneo con una ruina mas tardía, pero al fin inevitable? ¿De donde esa bárbara resistencia á pagar al jornalero y al criado el precio de su trabajo y sudor, esa violacion de las

promesas mas solemnes, esas querellas que arman al hermano contra el hermano, á la esposa contra el esposo, y algunas veces al hijo contra el padre? ¿De donde esas locas y temerarias empresas para llegar de repente al colmo de la fortuna, y que demasiado frecuentemente vienen á parar en ruinas vergonzosas, cuyas consecuencias son muy largas, y llevan el sobresalto, y acaso la miseria al seno de cien familias? ¿De donde, Señores, nacen todos estos desórdenes, y cual es su orijen principal? La avaricia. Cuando el amor desordenado de las riquezas se apodera de las almas, y cuando no se vive ni se respira sino para adquirirlas y para entregarse á los placeres que proporcionan; cuando un pueblo merece la reconvencion que el poeta de la antigua Roma hacia á sus contemporáneos, de posponer la virtud al dinero, *virtus post nummos* (1), ¿que es entónces de la buena fe, [illegible] la

(1) Horacio Epist. lib. I, Ep. I, v. 54.

del honor y de la nobleza de ideas y de sentimientos? ¿que de las virtudes domésticas y públicas? ¿No será preciso que todo dejenere, y que todo se envilezca? ¿y no es entónces la avaricia una profunda sima á donde va á sepultarse el estado con las familias? Escrito está en nuestros libros santos que *la avaricia es la raiz de todo mal* (1), y en este caso ¿que mayor servicio ha podido hacer el Evanjelio á la humanidad que poner un freno á esta pasion devoradora? En esto como en todo lo demas brilla la profunda sabiduría del divino Lejislador, y solo desnaturalizando su doctrina se puede intentar combatirla. El Evanjelio no proscribe el afecto lejítimo y moderado á los bienes temporales, no, Señores, condena unicamente el apego desarreglado á ellos que no puede dejar de arrastrar á los mas funestos escesos. No consiste la virtud, á los ojos de la relijion, precisamente en

(1) I Tim. VI, 10.

la indiferencia por los honores, en la pobreza y en el abandono de los cuidado domésticos y civiles. Se puede ser desinteresado en el seno de las riquezas, moderado en medio de la grandezas, así como avaro en medio de la miseria, y ambicioso y altivo en una condicion oscura; está en el órden de la providencia y de la relijion que haya ricos y pobres, grandes y pequeños; y se necesita mucha ignorancia, ó á lo ménos mucha irreflexion para reprender al cristianismo las máximas que nos enseña sobre esta materia.

¿Donde en efecto se ve que nuestros libros santos condenen las riquezas, y que su posesion deba ser considerada como un delito? Es cierto que no se halla en ellos un tratado sobre las riquezas de las naciones; pero enseñan á usar bien de los bienes de este mundo, sin colocar en ellos el principal afecto; amenazan al rico endurecido que no socorre al indijente, y presentan las riquezas como un escolio funesto: ¿y

no nos enseña la experiencia cuanto irritan todas las pasiones suministrándoles los medios de satisfacerse? Si para consuelo de la mayor parte de la especie humana quiso Jesus nacer entre las privaciones de una condicion oscura, no por eso se desdeñó de tener por discípulos á hombres ricos como Zacheo y Josef de Arimathea; y al rededor de su cuna se encuentran magos, lo mismo que pastores. En su nombre manda el Apóstol á los ricos no que se despojen de sus riquezas, sino que no se ensoberbezcan ni pongan en ellas sus esperanzas (1). ¿Y cuantos ricos, cuyo nombre se halla canonizado en los fastos de la Iglesia cristiana, hicieron en todos tiempos de su opulencia el instrumento de sus virtudes? ¿En donde condenan tampoco nuestros libros santos las dignidades? Es cierto que las presentan como cargas temibles, de las que darán algun dia los que las disfrutan

(1) Timot. VI, 17.

una cuenta rigorosa: pero Jesucristo mismo ha canonizado la máxima de que debe *darse al César lo que es del César*; y uno de sus apóstoles nos enseña que las *potestades* han sido *establecidas por Dios* (1) para el reposo de las sociedades.

¿Donde en fin se ve que nuestros libros sagrados condenen el cuidado moderado de los bienes de la tierra, y la sabia y honrada industria que los conserva y aumenta? Sepamos distinguir en esto el precepto del consejo. Poseer los bienes de este mundo, sin buscarlos con ansia, usar de ellos con moderacion, saberlos perder sin murmurar contra la Providencia que los da y los quita segun quiere, he aquí el precepto; llevar el desinteres hasta un desprendimiento efectivo, renunciar no solamente al afecto á los bienes, sino á su misma posesion. este es el consejo. El precepto es para todos, el consejo

(1) San Mateo XXII, 21. Rom. XIII, 1.

solo es para algunos. Todo, Señores, está dispuesto entre los hombres de tal modo que no hay que temer que un esceso de desinteres convierta la sociedad en un desierto.

El cristianismo ha contado desde su orijen entre sus hijos hombres de todas clases. La relijion no desordena las diferentes jerarquias y clases de la sociedad, sino que mas bien las consolida haciéndolas practicar sus obligaciones con una fidelidad mas constante y mas segura. No manda al majistrado bajar de la silla de la justicia para pasar al pié de los altares el tiempo que debe dedicar al ejercicio de sus funciones, al guerrero perdonar la vida al enemigo en el dia del combate, ni á la madre de familias abandonar los cuidados domésticos que debe á su esposo y á sus hijos, sino que por un rasgo de sabiduría admirable, designa á cada uno como primera obligacion la respectiva á su estado: no es bastante á sus ojos que el majistrado sea ilustrado,

si no es justo; que el sacerdote sea de una conducta ajustada, si no es celoso; que el guerrero sea humano, si no es valiente; que los padres sean cariñosos, si no son vijilantes; que los hijos sean económicos, si no son dóciles; en fin, que los criados respeten á sus amos, si no son fieles. El Evanjelio no condena la economía, sino la avaricia; no el tráfico, sino los fraudes que le deshonran; no las artes, sino el abuso que de ellas se hace para hermosear el vicio; á nadie prohibe la defensa lejítima de sus derechos, sino el espíritu de odio y de venganza que se mezcla con ella muy frecuentemente. Así pues, permanezca cada uno siguiendo el consejo del Apóstol (1) en la clase en que la Providencia le ha colocado. La relijion no condena sino lo que es malo; todo lo que es bueno lo santifica y perfecciona, y suministra á los hombres nuevas y poderosas razones para practicarlo. Tal

(1) I. Corint. VII. 20.

es la relijion bien entendida, y nada he dicho que no esté reconocido por todos los moralistas cristianos: ¿con que derecho pues se intenta atribuirle máximas que no son suyas?

Las acusaciones que hacen al cristianismo sus enemigos, no tienen ni aun el triste mérito de la novedad: ya hace catorce siglos que San Agustin respondió á la injusta reconvencion que hacian á la relijion los paganos poco instruidos en su doctrina, de que perjudicaba al bien de las sociedades con sus máximas de mansedumbre, de desinteres, y de perdon de las injurias. ¡Como! decian ellos, ¿quien es el que permite que le arrebate los bienes su enemigo? ¿quien el que no procura volver mal por mal á los bárbaros que vienen á asolar las provincias del Imperio? Es muy interesante ver lo que responde San Agustin á esta acusacion en su carta á Marcelino (1), personaje

(1) Epístolas. CXXXVIII, n. 9 y siguientes.

muy distinguido por sus dignidades y su raro mérito. El santo doctor hace observar que los mismos autores profanos habian celebrado la clemencia como una virtud heróica, y que César habia sido alabado de que nada olvidaba sino las injurias; que con las máximas evanjélicas bien observadas se unirian los ánimos, y se estrecharian los corazones mejor que con las instituciones de Romulo y de Numa; que la caridad que prohibe volver mal por mal, no impide que se castigue á los malvados, y que se les trate con la conveniente severidad; y últimamente, que no debemos imajinarnos que la sociedad prospere porque se levanten casas magníficas, porque se construyan teatros, y los ricos hagan gastos desmedidos, si al mismo tiempo se deja abandonada la virtud, en que consiste la verdadera hermosura de las almas; que Roma habia debido su grandeza á la austeridad de sus costumbres y de sus máximas; que la república habia caido en el momento

mismo en que el espíritu de rapiña y de avaricia se habia apoderado de los ciudadanos y de los ejércitos; que entónces, como dice el poeta, los vicios habian esclavizado á Roma, y vengado al universo vencido por ella: *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem* (1). Haced, añadia San Agustin, y con él lo decimos nosotros á los enemigos del cristianismo, á esos que acusan la doctrina de Jesucristo de perjudicar á la prosperidad de los estados, haced que los esposos, los padres, los hijos, los amos, los criados, los majistrados, los guerreros y los reyes sean tales como manda el Evanjelio, y entónces se verá si sus máximas bien practicadas no producen la seguridad y la prosperidad de los estados. Esta era en sustancia la respuesta de San Agustin, y ya veis cuan sólida es.

El sofista Bayle, y el entusiasta Juan Santiago son los que en nuestros tiempos

(1) Juvenal. Satira VI.

modernos se han atrevido á decir que no podria subsistir una sociedad de verdaderos cristianos: como si el cristianismo no prescribiese como un deber todas las virtudes civiles y políticas, y como si condenase en las diferentes clases otra cosa que los vicios que las deshonran. Montesquieu, ménos quimérico y mas justo para con la relijion, responde á sus calumniadores con estas notables palabras: «Bayle, despues de «haber insultado todas las relijiones, «deshonra la cristiana, atreviéndose «á sentar que los verdaderos cristianos «no pueden formar un Estado capaz de «subsistir. ¿Y por que no? Estos ciuda«danos serian muy ilustrados en sus «obligaciones, y tendrian gran celo por «cumplir con ellas: conocerian muy bien «los derechos de la defensa natural; y «cuanto mas creyesen deber á la reli«jion, tanto mas creerian deber á la pa«tria (1).... ¡Cosa admirable! la relijion

(1) *Esprit des Lois*, lib. III, cap. VI.

«cristiana que parece no tener otro ob-«jeto que la felicidad de la vida futura, «hace tambien nuestra felicidad en la «presente (1).»

Se ha imajinado poner un pueblo de cristianos al lado de un pueblo de Espartanos, y con este sueño de la imajinacion se ha creido triunfar, diciendo que el pueblo cristiano se veria precisado á abandonar los principios de su relijion, ó en caso contrario seria exterminado: ¿y por que lo seria? Es imposible dar una buena razon. Quiero examinar por un momento esta vana suposicion. ¿Tendria acaso ese pueblo de Espartanos derecho para abandonarse á toda su ferocidad, en tanto que á los cristianos, sus vecinos, se les mandaria dejarse degollar impunemente? ¿Que nuevo derecho de jentes es el que inventan los detractores del cristianismo? ¿Donde se ha visto que la guerra esté absolutamente prohibida á los pueblos

(1) *Esprit des Lois*, Lib. III, cap. III.

cristianos? Si el Dios que adoran se llama Dios de paz, tambien se llama Dios de los ejércitos; ¿y que motivo mas lejítimo puede tener un pueblo para la guerra que el de conservar su existencia, su gobierno y sus leyes? ¿Es acaso una sociedad civil de cristianos una sociedad de Cenobitas que se entregan en la soledad al olvido del mundo y de cuanto le pertenece? Y aun en semejante sociedad cristiana la primera obligacion de su caudillo seria velar por su seguridad y armarse para su defensa; y si así no lo hiciese con pretexto de desprendimiento, la relijion misma le tendria por un cobarde prevaricador. ¿Que Rey hubo nunca mas cristiano que S. Luis? pero tambien ¿que otro conoció mas los derechos de su corona, y supo defenderlos mejor con la espada en la mano? Uno de los mas grandes estadistas de los tiempos modernos, Jimenez de Cisneros, salió desde el retiro de un claustro para estar al frente de una vasta monarquía: conservó, es

cierto, en aquel puesto toda la sencillez y austeridad de un solitario con respecto á su persona; pero no dejó de creerse obligado en conciencia á desplegar contra los enemigos del estado todo el aparato de la fuerza pública. Leed, Señores lo que Charlevoix y Muratori refieren de las poblaciones cristianas del Paraguay. Humanizados y civilizados por la relijion aquellos naturales los veréis vivir en una inocencia de costumbres que parecia realizar los tiempos fabulosos de la edad de oro; pero tambien veréis como se armaban para su defensa, veréis con que ardor é impetuosidad caian aquellos fervorosos cristianos sobre sus enemigos, y que si eran mansos como corderos en presencia de los santos lejisladores que los habian civilizado, eran tambien terribles como leones en los combates.

Las hazañas de los guerreros Griegos y Romanos han sido celebradas por historiadores y poetas que las han inmortalizado, ventaja que frecuentemen-

te no han tenido los guerreros de los tiempos modernos; pero cuando una nacion cuenta héroes tales como Carlo-Magno, Felipe-Augusto, S. Luis, Duguesclin, Bayardo, Enrique IV, Turena, Condé y otros muchos que no nombro, no veo que tenga nada que envidiar en valor á la antigüedad. Nuestros libros clásicos ponderan mucho el sacrificio de Leonidas y de los trescientos Espartanos en el paso de las Termópilas: fué sin duda alguna una accion hermosa; pero hablando de buena fe, ¿que tropa francesa, cualquiera que se elija, no se muestra á la primera señal capaz de un sacrificio semejante? ¿Que otra cosa presenta la historia de las órdenes relijiosas y militares de la Europa moderna, sino una série de prodijios inauditos de valor contra los enemigos de la cristiandad?

Es cierto que el Evanjelio no dice literalmente: amarás tu patria, como dice amarás á tu prójimo; pero prescribe sentimientos de benevolencia, de

desintéres, de afecto; en una palabra, sacrificios de que se forma el amor de la patria. Cuando por obligacion de conciencia se obedecen las leyes, se respeta al majistrado, se paga el tributo, y se cumplen con fidelidad las obligaciones que á cada uno impone su estado; ¿no es esto ser un buen ciudadano? ¿Consiste en otra cosa el verdadero patriotismo? No tratemos de preconizar aquel amor feroz y esclusivo de la patria, especie de egoismo nacional que se alimenta de odio á todos los demas pueblos. El cristiano ama á todos los hombres; pero tiene para con sus conciudadanos un sentimiento de predileccion. El mismo Jesucristo autorizó el amor de la patria; lloró por Jerusalen, y se dolió de los males que la amenazaban. Y sobre esto dice Bossuet en su *Política Sagrada* (1), «que derramó su «sangre mirando particularmente por «su nacion, y que al ofrecer este gran «sacrificio, que debia ser la expiacion de

(1) Lib. I, art. VI, segunda proposicion.

«todo el universo, quiso que el amor «de la patria tuviese su lugar en él.»
Queda examinada, Señores, la inculpacion que se hace al cristianismo de ser enemigo de la sociedad por el desprendimiento que prescribe, y hemos visto que semejante inculpacion solo proviene de falsas nociones: paso á la segunda acusacion que se le hace, de ser degradante por la humildad que prescribe, y en la que hace consistir el fundamento de la virtud.

Aquí es donde parece que el incrédulo puede esperarme con cierta confianza para oir qué podré decir sobre la humildad; como si este fuese un escollo inevitable en el que deban estrellarse todos los apolojistas de la relijion. ¿Que cosa hay mas abyecta, se dice, que esa virtud que envilece al hombre á sus propios ojos, prohibiéndole estimarse á sí mismo, y que se dirije á desanimarle y á hacerle inútil á sus semejantes, prohibiéndole aspirar á la estimacion pública? Esta es, Señores, la

pintura de la humildad desfigurada por los enemigos del cristianismo, mas no la de la verdadera humildad cristiana; pero en esta materia, como en todo lo demas, bastará fijar la verdadera nocion de las cosas para asegurar el triunfo de la relijion.... ¿Que es pues la humildad? Es una virtud por la cual el hombre, reconociendo que todo lo ha recibido de Dios, todo lo refiere á Dios: así lo hace el cristiano verdaderamente humilde; y de todo, riquezas, honores, salud, talento, ciencia, fortuna; de todo hace homenaje á Dios que todo se lo ha dado. S. Pablo nos da la nocion, y á un mismo tiempo el motivo de la humildad cuando dice (1): «¿que cosa «tienes que tú no la hayas recibido? Y «si todo lo que tienes lo has recibido, «¿de que te glorias como si no lo hu«bieras recibido?» ¿Y hay cosa mas luminosa y mas racional? Por mucho que un hombre se complazca y se admire en su interior de la multitud de sus

(1) I. Cor. IV, 7.

riquezas, de la hermosura de su casa ó de la elegancia de sus vestidos y adornos, cualquiera conoce que estas cosas no son su misma persona, y que le son como estrañas; que muchas veces las poseen personas poco dignas de estimacion, y que el verdadero mérito consiste solo en las prendas personales. ¿Pero aun todas esas cualidades del entendimiento y del corazon, el talento, la ciencia y la virtud, y las demas de que nos ocupamos y gloriamos, son en realidad obra de solo el hombre? ¿Se ha dado él á sí mismo el ser y las demas facultades de que se compone su naturaleza? No, lo que únicamente hace bueno y laudable es desarrollar los dones primitivos que ha recibido con la vida, auxiliados con otros dones de un órden superior que debemos á Jesucristo, y de los que Dios es el fin, así como es el principio. Vuelvo á decir que no confundamos el consejo con el precepto. Complacerse en ser olvidado de los hombres, y en las humillacio-

nes: recibirlas no solo con sumision, sino con alegría, ved aquí el consejo: dar á Dios lo que pertenece á Dios, y buscar su gloria mas bien que procurar la nuestra, ved aquí el precepto. ¿Y no está en el órden eterno de las cosas que la criatura viva dependiente de su Criador?

¡Cuantos desórdenes se evitarian en la tierra si se guardase fielmente este precepto! Por soberbia exije el hombre mas de lo que le es debido, y no corresponde con lo que debe. Por ella es duro en sus modales y en sus discursos, oprime al débil, y le irrita la oposicion mas lejítima. La soberbia le hace ver virtudes en sus vicios, y vicios en las virtudes ajenas, ultrajes enormes en las faltas mas leves; y mirar como enemigos á todos los que no le admiran. Por soberbia exije satisfacciones cuando él mismo deberia dar escusas; y se entrega por las cosas mas frívolas á los arrebatos del odio y del furor. La soberbia le hace preferirse á sí mismo sobre todos, creerse humillado

por el mérito ajeno, y aspirar al dominio, queriendo ser el único objeto de la fama, y presentándose á los ojos de sus semejantes como el ídolo á quien deben incensar. Por soberbia en fin, ni ve, ni ama, ni adora el hombre mas que á sí propio en este mundo, y se constituye él mismo su Dios. Pero la humildad hace que todo vuelva al órden, y que el hombre modere todas sus altivas pretensiones; por ella reconoce su dependencia, lo refiere todo á Dios como á su verdadero oríjen; y ved aquí el fundamento de toda virtud sólida. Los paganos combatian muy frecuentemente un vicio con otro vicio, y una pasion con otra pasion; pero sus intenciones no eran puras, y los esfuerzos de virtud de sus mayores sabios no eran mas que trofeos consagrados á su vanidad. «Yo desprecio el orgullo de Platon, decia Diójenes. — Sí; pero movido de otro orgullo, respondió Platon: La humildad, dijo el célebre autor de las

«*Máximas* (1) es la verdadera prueba «de las virtudes cristianas: sin ella con«servamos todos nuestros defectos, y «solo estan encubiertos por la soberbia «que los oculta á los demas, y á veces «hasta á nosotros mismos.»

Instruido así el cristiano en la escuela de Jesucristo, no es idólatra de sí mismo, ni se engrie por su propio mérito; y á la verdad, si considera la flaqueza y los estravíos de su entendimiento, las vergonzosas y bajas inclinaciones de su corazon, y las miserias y enfermedades de su cuerpo, no puede bajo de este punto de vista tenerse en mucho: ¿pero como no ha de tener altas ideas de su dignidad, y estimarse á sí mismo de un modo razonable, cuando, á la luz de la fe, en nada aprecia la tierra, cuando se eleva sobre todo el universo, y siente en el fondo de su alma grandes esperanzas de inmortalidad? Es cierto que

(1) La Rochefoucault, Maxime 365.

no funda su última felicidad en los elojios de los hombres, cuya inconstancia é iniquidad reconocieron y deploraron los paganos mismos, y que sabe sobreponerse á opiniones vanas cuando el deber lo exije: ¿pero como podrá mirar con indiferencia la estimacion pública, estándole mandado cuidar de su reputacion, evitando todo lo que no sea honesto y laudable? *Curam habe de bono nomine* (1).

No por esto creamos que la humildad se oponga á la verdad, y que mande al sabio tenerse por ignorante, y al guerrero valiente por cobarde; no, nada de esto. Es ciertamente lícito al sabio tener una justa idea de sus conocimientos, y al guerrero la conviccion de su valor y proezas: lo que únicamente se exije de ellos es que hagan homenaje de estos dones á aquel de quien todo lo han recibido. La soberbia forma egoistas que reconcentran en sí mismos

(1) Eccles. XLI, 15.

todos sus afectos; pero la humildad esplaya y engrandece el corazon, dirijiéndole hácia la divinidad. Frecuentemente, Señores, nos engañan las apariencias: se puede ser humilde entre el oro y la seda, ó en medio del brillo del talento y de la fortuna, como soberbio en la oscuridad de la ignorancia, y entre los andrajos de la miseria. San Luis, adornada su frente con todo el esplendor de la diadema, Turena rodeado de los trofeos de sus victorias, y Bossuet en medio de los prodijios de su elocuencia mas que humana, pudieron ser verdaderamente humildes; y sin dejar de conocer todo lo grande y bello que practicaban, referir su gloria á aquel que es el oríjen de las luces así como de las virtudes, y de quien no eran mas que instrumentos.

Tampoco pensemos que la humildad se oponga á la magnanimidad: no, cuando olvidándose el hombre á sí mismo, coloca toda su confianza en solo Dios, entónces precisamente es cuando se

hace fuerte y poderoso, y esta es la razon por que tantos santos personajes humildes y oscuros como Vicente de Paul han hecho cosas tan asombrosas á favor de la relijion y de la humanidad. ¿Quien no conoce la conducta animosa de San Ambrosio? Huye por humildad de las grandezas humanas, y hace cuanto está en su mano para no ser elevado á la mitra de Milan; pero no tiembla en la presencia de los señores del mundo, y cuando Teodosio se presenta en el templo del Dios de paz, manchado aun con la sangre de los habitantes de Tesalónica, el nuevo David encuentra un nuevo Nathan, y la sangre inocente un vengador en el mas humilde de los pontífices. Confesemos que la verdadera grandeza consiste en la humildad que no abate al hombre en la presencia de Dios sino para elevarle sobre las cosas humanas, y que la bajeza está en la soberbia que para prosperar se ve precisada á envilecerse y alimentarse de afrentas;

que se aprecia tan poco á sí misma, que no se atreve á parecer tal como es, y que avergonzada de su deformidad, se oculta bajo del velo de la modestia.

Pasemos á la acusacion de impracticable por su severidad que en jeneral se hace á la moral evanjélica.

Es tal, dicen, la severidad de la ley cristiana, que no solamente intenta arreglar las acciones y los discursos, sino tambien los deseos y pensamientos; y tal que por la mortificacion de los sentidos, del corazon y del entendimiento, y por la vijilancia contínua que exije, pone siempre al hombre en guerra consigo mismo, y le agobia bajo de un yugo insoportable á su debilidad. Para contestar á los que hacen esta nueva imputacion á la moral cristiana, empecemos preguntándoles: ¿Quienes son mas dignos de crédito, los que sin hacer esfuerzo alguno para practicarla se limitan á declararla impracticable; ó los que la han observado fielmente? habiendo tenido en todos tiempos fieles

observadores, ¿como se dice que su observancia es imposible al hombre? Recorramos los anales de la Iglesia cristiana, y hallarémos que el Evanjelio fecundo siempre en virtudes, las ha hecho brotar y crecer hasta la mas perfecta madurez, en todos climas, entre todos los pueblos, y hasta en medio de la corrupcion mas profunda. Siempre ha contado adoradores celosos en todas las clases y condiciones, en el bullicio del siglo, lo mismo que en la calma de la soledad; en medio de la licencia de los campos, como en los asilos de la piedad; entre la confusion de la vida pública, como en las dulzuras de la vida privada; y bajo de la púrpura y de la tiara, como bajo de los modestos vestidos de la mediocridad. No debemos juzgar del número de los verdaderos cristianos por solo el de aquellos cuya memoria nos ha conservado la historia. ¡Cuantos habrá cuyas virtudes ménos brillantes, ó cuyos nombres mas oscuros no hayan llegado

á nuestra noticia! y para un corto número que se haya libertado del olvido, y cuya gloria haya hecho brillar el cielo, ¡cuantos no nos serán hoy desconocidos que hayan servido de edificacion en las ciudades y en los campos, y regocijado la tierra con el espectáculo de las virtudes mas puras!

No aleguemos que las circunstancias han variado; no, en todos tiempos ha habido el mismo Dios, el mismo Evanjelio, las mismas tentaciones y los mismos combates. Siempre el mundo ha presentado á la vista de los mortales sus espectáculos y sus fiestas; siempre el deleite ha ofrecido sus blandas delicias, la ambicion sus aparentes grandezas, las riquezas sus goces halagüeños, y la gloria sus brillantes prestijios; siempre la primera edad ha tenido su inconstancia y sus caprichos, la juventud su fogosidad y sus arrebatos, la edad madura sus pensamientos sombríos y su inquieta prevision, y la vejez su mal humor y sus enfer-

medades. Sí, los cristianos virtuosos de otros tiempos han sido en cuanto á la naturaleza de sus inclinaciones lo mismo que nosotros somos hoy, y nosotros podemos por nuestros esfuerzos llegar á ser lo que ellos fueron.

¿Pero por que hemos de subir á las primeras edades de la relijion para encontrar virtudes verdaderamente cristianas? Desde que Jesucristo abrió el manantial de ellas, no ha dejado de correr hasta por entre los siglos mas impuros ó irrelijiosos como el nuestro. ¿No conocemos nosotros mismos en nuestras propias familias, entre nuestros parientes ó amigos, cristianos dignos de este nombre, á quienes nos vemos precisados á rendir homenaje aunque no tengamos el valor de imitarlos? Su ejemplo confunde todos nuestros pretextos, y solo él basta para hacer la apolojía de los preceptos evanjélicos.

Guardémonos de toda exajeracion al juzgar de estos y al calcular su severidad; y no confundamos el precepto

con el consejo, el deber con la perfeccion, los defectos con los vicios, la frajilidad humana con la malicia meditada, ni las faltas lijeras con los pecados graves. Si debemos huir de aquella escesiva tolerancia que nada califica de malo, es preciso no incurrir tampoco en aquel rigorismo feroz que en todo ve crímenes. No nos engañemos representándonos la virtud cristiana bajo de formas espantosas, rodeada siempre de los instrumentos ensangrentados de la penitencia, ó habitando las rocas y las cavernas. Los caminos estraordinarios solo son para algunos: Jesucristo, modelo de toda perfeccion, observó por espacio de treinta años una vida sencilla y comun. La piedad no reside solamente en las soledades; tambien se encuentra fuera de los desiertos de la Tebaida ó de la Siria, y se puede ser verdadero cristiano sin ser un Pacomio ó un Hilarion. La virtud cristiana se halla en cuantos estados coloque al hombre la Providencia, siempre que en ellos

cumpla con las obligaciones que impone; y acompañaba á San Luis sobre el trono lo mismo que á la humilde Jenoveva en pos de su rebaño.

Yo convengo en que la ley cristiana quiere descender hasta lo interior de las almas para arreglar sus deseos y sus pensamientos: pero ¿no es en esto mismo en lo que se muestra efectivamente divina? ¡Oh! ¡cuan digno es de aquel que juzga por la realidad, y no por apariencias apreciar al hombre por sus disposiciones interiores, y colocar en sus afectos el asiento de las virtudes y de los vicios! ¡Cuan profundamente conocia el corazon humano el que para cortar los vicios en su oríjen prohibió hasta el pensamiento voluntario y advertido sobre un objeto malo diciendo (1): «No codiciarás!» *non concupisces!* Digamos pues, rindiendo homenaje á la verdad, que sola nuestra voluntad nos hace buenos ó malos en

(1) Exodo XX, 17. Roman. VII, 7.

la presencia de Dios, y que si ante él jamas somos inocentes cuando el corazon es culpable, tampoco somos culpables cuando el corazon es inocente. Convengo tambien en que la práctica de las virtudes cristianas, como la de la mansedumbre, de la paciencia, del perdon de lás injurias, de la pureza de costumbres, exije vijilancia, esfuerzos y combates. Sí, Señores, lo confieso: la ley del Evanjelio es ley de sacrificios: ¿pero como no habia de serlo? Si procede de Dios, era preciso que mandase todo lo mas laudable, lo mas hermoso y mas grande. ¿Y en donde se halla la belleza moral, el mérito, y la heroicidad de las acciones, sino en las victorias del hombre sobre sus inclinaciones; es decir, en los sacrificios? En esto la razon está perfectamente de acuerdo con el Evanjelio. ¿Cuales son en efecto las acciones que nos parecen dignas de elojios y que arrebatan nuestros homenajes y nuestra admiracion? ¿No son precisamente aquellas en que se ve al hombre

luchar consigo mismo, y salir triunfante de un combate tan penoso? Nadie ignora que los paganos tenian por mas hermoso vencerse á sí mismo que ganar batallas. Decidme, ¿admirais acaso al jóven voluptuoso que se abandona á los escesos de la lujuria; al pródigo que disipa locamente la herencia de sus padres, al vengativo que sacia cobardemente su odio, y al indolente que consume sus dias en una vergonzosa ociosidad? No, no admirais nada de eso: ¿y por qué? porque esto no exije ni trabajo, ni esfuerzos, ni combates; y porque no veis en ello mas que una indolente debilidad en seguir los impulsos de una naturaleza corrompida. Quien dice virtud, dice valor; y Juan Santiago dijo con fundamento que no hay virtud sin valor, y que la cobardia es el camino del vicio.

Tal es el sentimiento del jénero humano; y así lo confirman claramente los ejemplos mas memorables. Se admira entre los Griegos á Sócrates tendido

en el lecho de la muerte, tomando con mano firme la copa envenenada, y consolando á sus amigos aflijidos con la serenidad de una alma dueña de sí misma: se admira entre los Romanos á aquel Fabio que desprecia la imputacion de lento y pusilámine, y que sobreponiéndose á vanos clamores, destruye por su prudencia á un enemigo que no hubiera podido vencer por la fuerza. ¿Y que hay de hermoso en todo esto? ¿No es cierto que no hallaríais en ello mérito alguno, si no descubriéseis un esfuerzo difícil y jeneroso, un sacrificio? Sócrates combatido por el natural amor á la vida, y por la obediencia que cree deber á las leyes que le condenan injustamente, muere contento y se sacrifica por obedecerlas; y Fabio dejándose tachar de débil y de cobarde, hace en cierto modo el sacrificio de su gloria por la salvacion de su patria. He elejido de intento estos ejemplos celebrados por los paganos mismos para mejor haceros conocer que á juicio

de todos los pueblos, aun de los mas corrompidos, no hay virtud sin sacrificios. Durante los disturbios que ajitaron el reino en la menor edad de Luis XIV un intrépido, un magnánimo majistrado, rivalizando en valor con el gran Condé se muestra tan tranquilo en la presencia de los facciosos que le amenazaban, como si estuviese sentado en su tribunal; y al quererle intimidar con el puñal asesino, responde: «no llega con tanta facilidad el puñal del malvado al corazon del hombre de bien.» ¿Y por que nos conmueven y admiran semejantes rasgos, sino porque nos presentan al hombre como un héroe siempre armado contra el vicio, contra su misma debilidad, y siempre dispuesto á sacrificarlo todo escepto su deber? Y si me es permitido buscar ejemplos de sabiduría hasta en la escuela del vicio, ¿que es lo que escita mas interes en los teatros, lo que conmueve y hace mas impresion en los espectadores? No es, lo sé sin haberlo visto, ni una felicidad conti-

nuada, ni un cobarde atentado, ni una virtud fácil, ni una condescendencia interesada; es mas bien un valor superior á todos los obstáculos y á todos los peligros, una clemencia mayor que todos los ultrajes, y una virtud que triunfa de las mas duras pruebas: ¡tan cierto es que las cosas no nos parecen bellas, laudables y sublimes sino por los esfuerzos mismos y por los sacrificios que exijen! Y si es esto mismo lo que forma el carácter del Evanjelio, ¿no es tambien en lo que consiste su gloria?

Se quejan de los sacrificios que pide la virtud; y nada se dice de los que exijen las pasiones que muy frecuentemente son unas divinidades crueles; á quienes sus adoradores se ven precisados á sacrificar su felicidad, su reposo y aun su vida. ¿Que no emprende el guerrero por lograr una gloria que se disipa como el humo, y que al cabo no ha de bajar con él al sepulcro? Ved al negociante codicioso arrostrar todos los peligros corriendo entre los escollos y

tempestades de mares borrascosos, por buscar en el nuevo mundo unos bienes no menos frájiles que los de nuestro hemisferio. ¡Que vijilias y que fatigas no soporta el sabio por una reputacion siempre incierta! ¿Los placeres mismos carecen acaso de tedio y de disgustos? ¿no se oculta muchas veces bajo del brillo de las mas alegres diversiones un fondo inagotable de amargura y de tristeza? Hasta la moda es un tirano caprichoso, al que sus esclavos sacrifican algunas veces la salud lo mismo que la virtud.

Dejemos pues de vituperar la moral cristiana por los sacrificios que exije. La hemos vindicado suficientemente de los vanos ataques de la incredulidad; y solo nos resta someternos á la santidad de sus leyes. ¿Y por que medios podemos disculparnos con razon de nuestra rebelion contra ella? ¿Alegarémos la fuerza y la violencia de nuestras inclinaciones, como si no tuviésemos grandes motivos y armas poderosas para

vencerlas? Es necesario considerar el cristianismo tal como es en todo su conjunto, con sus preceptos y sus divinos auxilios, sus rigores y sus consuelos, sus combates y sus esperanzas. No veamos al cristiano solamente luchando en la carrera, veámosle tambien recibiendo al fin de ella el premio de sus esfuerzos. El Epicúreo rinde las armas sin combatir, y nada teme tanto como el dolor: el Estóico no se apoya mas que en sí mismo, espera del cielo la salud, pero la sabiduría de solas sus fuerzas; y uno y otro caen en un esceso de debilidad ó de falsa grandeza. El cristiano padece y lo confiesa; tiene que sostener combates, pero no pelea solo; se reconoce débil, pero se apoya en la fuerza misma de Dios; y dirijiendo sus miradas al cielo, se anima á la vista de la corona inmortal que le aguarda.

Decis que vuestras pasiones son violentas; pues bien: ès digno de un gran valor pelear contra enemigos poderosos;

son leones que rujen al rededor de vosotros; pero sin cuyos rujidos acaso os dormiríais en una fatal seguridad. Pasiones ménos vivas causarian estragos ménos perceptibles, pero acaso mas funestos. Hay cierta calma mas peligrosa que la tempestad. Teneis, decís, pasiones violentas; por lo mismo estoy inclinado á deciros: tanto mejor; esas mismas pasiones son obstáculos que pueden llegar á ser grandes medios para adquirir grandes virtudes: Saulo tenia todo el celo de un perseguidor que despues se convirtió en el celo de un Apóstol: Agustin tenia un corazon abrasado del amor profano, y se enciende despues mucho mas vivamente en el amor divino. Javier llevaba en su alma el jérmen de una ambicion inmensa, y despues llegó á ser el apóstol de las Indias. Vuestras pasiones son caballos fogosos, que abandonados á su impetuosidad natural, pueden arrastraros y precipitaros al abismo; pero conservad la calma del verdadero valor, tomad en la mano las

riendas, dirijid, domad esos mónstruos soberbios y los obligaréis á conduciros triunfantes á las mansiones de la inmortalidad.

LA RELIJION

CONSIDERADA

EN SU CULTO.

Condenar y proscribir indistintamente todo culto exterior y público, para reducir toda la relijion á no sé que adoracion puramente interior del espíritu y del corazon, seria desconocer á un mismo tiempo la naturaleza del hombre, la autoridad de todos los siglos, y las primeras necesidades de la sociedad. Es cierto que de los pensamientos del espíritu y de los sentimientos del corazon, dependen la verdadera dignidad del hombre, y el mérito de los homenajes que tributa á la Divinidad; pero al cabo, el hombre no es un espíritu puro, sino que ha recibido de su autor sentidos y órganos corporales para el ejercicio mismo de sus

facultades espirituales; ¿y no deberá hacer á Dios homenaje de su ser todo entero, es decir, de su cuerpo lo mismo que de su alma? ¿y podrá estar penetrado de respeto y de amor á la Divinidad sin manifestarlo exteriormente, y sin invitar á sus semejantes, á lo ménos con su ejemplo, á alabar al Dios grande y bueno, á quien ama y adora? ¿Ha habido tampoco un solo pueblo civilizado que se haya limitado al culto interior, sin haber espresado su relijion con signos visibles, con altares, con oraciones, ceremonias y cánticos sagrados? ¿y que medio hay mas poderoso para unir á los hombres civilizados, y sujetarlos á un réjimen duradero, que una relijion que enlaza los ánimos y los corazones, y que dando á todos unos mismos principios y sentimientos, conserva la armonía, la subordinacion y la unidad en el cuerpo político? ¿Donde ha habido un lejislador que haya proyectado civilizar y gobernar sin relijion á los

pueblos? Solamente á algunos espíritus del último siglo, temerarios hasta la locura, estaba reservado el ensayar la reforma del jénero humano en este punto, y mirar todo culto sin escepcion, como una supersticion igualmente inútil que ridícula. Pasó ya este estravagante sistema; pero pasó como aquellas plagas destructoras que dejan tras sí grandes estragos. Parece que aun los hombres mas licenciosos é impíos conocen ya la necesidad de la relijion; pero creyendo indigno de ellos el culto de Bossuet y de Fenelon, le dejan para la multitud; ridiculizan y desprecian las diferentes partes de que se compone; se lastiman de los errores del vulgo, esclavo, segun ellos, de la supersticion, y se congratulan de sobreponerse noblemente á las preocupaciones vulgares. La presente conferencia se dirijirá á vindicar el culto de la Iglesia cristiana, considerado en el conjunto de cosas de que se compone. ¡Feliz yo si procurando ilustrar vuestros

entendimientos y curarlos de las preocupaciones que tal vez los estravian, inflamo vuestro celo á favor del ejercicio de un culto que han reverenciado nuestros padres, y que se dirije constantemente á elevar nuestras almas hácia el soberano bien, á separarlas del vicio y atraerlas á la virtud!

En jeneral en el culto de todos los pueblos civilizados se encuentran templos, reuniones relijiosas y ceremonias sagradas. Sobre esta materia habrán podido tener costumbres locales, variar la espresion de su culto segun la diversidad de su creencia, de su carácter y de su jenio particular; pero dirijidos todos por un sentimiento comun, tomado de la esencia misma de su naturaleza, todos han observado un modo público y solemne de adorar la Divinidad, y todos han tenido templos consagrados á su culto, asambleas relijiosas para tributarle homenajes en comun, y ritos sagrados que eran el símbolo visible de su doctrina y de sus sentimientos. Bajo de

todos estos puntos de vista voy á considerar el culto de la Iglesia cristiana y haceros conocer su escelencia y superioridad, vindicándole segun que la ocasion se presente, de la mofa, de los insultos y ataques de sus enemigos.

Hablemos primeramente de nuestros templos. Aquí nos haria acaso observar gravemente algun filósofo, que no se necesita mas templo que este universo en que el Criador hace resaltar su gloria con tanta magnificencia, que la majestad del Altísimo no está limitada á un recinto material; que en todo lugar estamos en su presencia, y que desde todas partes puede oir nuestras súplicas y nuestras oraciones, pero léjos de dejarnos alucinar por su pomposo lenguaje, descubriríamos fácilmente que por no querer tener en esto semejante sofista las mismas ideas que el pueblo, es juguete de la presuncion y de la vanidad. Es cierto que la Divinidad no necesita de templos para sí misma, como un monarca

necesita de un palacio para su residencia y ostentacion de su grandeza y poder; que no son tampoco los lugares los que santifican á los hombres y los hacen mas agradables al Criador, y que aquel que bajo de un techo de paja ora con un corazon humilde, está mas seguro de ser escuchado que el que conducido por la ostentacion viene al templo á orar con un espíritu de disipacion y de vanidad. Nosotros somos los que necesitamos de estos sitios especialmente consagrados al culto de la Divinidad, ya sea á fin de auxiliar nuestra flaqueza para elevarse hasta el autor de todo bien, ya para facilitarnos los medios de dirijirle oraciones mas fervorosas y meritorias, ó ya para ofrecerle todos reunidos homenajes mas solemnes, y presentarnos como hijos de una misma familia á la vista de nuestro padre comun.

Por estas cortas reflexiones os será ya fácil juzgar del lenguaje de un escritor del último siglo, que decia

declamando contra nuestros templos en un tono que pasaba entónces por sublime, y que en realidad es bien ridículo: «Los hombres han desterrado de «su compañía á la Divinidad y la han «confinado á un santuario; las parec«des de un templo limitan su vista, y «no existe fuera de allí. ¡Insensatos! «destruid esos recintos que apocan «vuestras ideas; dad mas extension á «la Divinidad.» ¡Que estilo! ¡Que ideas, Señores! como si la relijion intentase encerrar entre paredes la inmensidad divina: como si no enseñase en sus libros mas elementales, que Dios está en todas partes, aunque pueda hacer mas perceptible su presencia en un sitio particular; y como si en fin la misma relijion no condujese á sus hijos en medio de los campos durante la mas hermosa estacion del año para invocar sobre las producciones de la tierra al Dios de la naturaleza. Diez y ocho siglos hace que hablando San Pablo ante el areopago advertia á los Atenienses,

que el que ha hecho los cielos y la tierra no está encerrado en las obras de la mano del hombre; pero ya hemos dicho que el templo no es precisamente para el Eterno, sino para nosotros débiles mortales. «Nada, ha dicho el autor del *Espíritu de las leyes* (1), «nada hay mas consolador para los «hombres, que el sitio en que encuen«tran mas presente á la Divinidad, y «en el que todos reunidos le exponen «su debilidad y sus miserias.»

Ved, Señores, como sobresalen en nuestras ciudades y en nuestros campos esos edificios sagrados. Sus formas augustas ó antiguas tienen cierta cosa particular que los distingue de los edificios vulgares. No es ciertamente el palacio del placer, ni el de la opulencia; y sin embargo, á cualquiera distancia que le descubra siento escitarse en mí ideas piadosas, y conozco al momento que mi vista se fija en la

(1) Lib. XXV. cap. 3.

casa del recojimiento y de la oracion, me adelanto penetrado de un santo respeto, llego al umbral de su puerta, recorro con la vista toda la extension del recinto sagrado, y cuanto allí veo me aparta de las cosas y de los usos profanos; y creo haber traspasado los límites del mundo, y haberme transportado á un lugar inaccesible á la confusion del siglo, y á las ajitaciones de la vida humana. Alli se recojen mis sentidos, se tranquiliza mi alma, se calman mis pasiones, y me siento obligado á recojerme dentro de mí mismo, á pensar en mi alma, en el Dios que me ha criado, y en la suerte que me destina en la vida futura. ¡Que de objetos ofrece á mi vista capaces de hacer en mí impresiones favorables de virtud, si no he perdido los principios y sentimientos de la fe, ó de recordármelos, si he tenido la desgracia de olvidarlos!

Aquí está la piscina saludable en donde se purifica el niño recien nacido,

la cual me recuerda que apénas entré en la carrera de la vida, fui ya consagrado al Dios del cielo y de la tierra, y al servicio del Padre Omnipotente que me dió el ser, y á quien yo no conocia todavía: allí está la cátedra de verdad de donde baja la palabra que ilumina los entendimientos y conmueve los corazones, que escita los remordimientos y las esperanzas, que fortifica á los buenos, reanima á los indolentes, y atrae á los estraviados. Mas allá está la mesa santa á la cual el padre de familias convida á sus hijos, para alimentarlos con un pan celestial que hace morir los vicios y nacer las virtudes. ¿Y que mas veo en el templo? En él veo la cruz, ese monumento visible del amor inmenso de Jesucristo á los hombres, compendio misterioso de toda la relijion, recuerdo y epílogo de todo cuanto se debe creer, esperar y amar. Hubo un tiempo en que estos objetos de nuestra veneracion fueron profanados, destrozados, é indignamente hollados entre nosotros: el

signo de la redencion y de la esperanza del mundo desapareció de la cima de nuestros templos: sus despojos estaban diseminados por nuestras plazas públicas y por nuestros caminos, y solo en algunas aldeas casi desconocidas y ocultas entre la espesura de los bosques, se ofrecia á las miradas del pasajero una cruz de madera. ¿Y de donde pudo venirnos aquel furor contra este divino símbolo, cuya vista consuela á los desgraciados, é inspira al rico sentimientos de compasion? «Ah! Plantad, dirémos aquí con un apolojista del culto pú«blico, plantad esa cruz sobre las cú«pulas de los palacios para llamar á «la virtud á los ricos y á los grandes; «plantadla sobre el humilde techo del «pobre para enseñarle la paciencia y «la resignacion; dejádsela á todos los «hombres porque todos tienen que re«primir su soberbia y combatir sus pa«siones, y porque para iluminarlos y «para conmover su corazon no hay «maestro mas hábil, ni modelo mas

«perfecto que Jesucristo espirando en «la cruz.»

El modo de adornar nuestros templos contribuye tambien en ellos á escitar la piedad. Nada hay mas justo que el empeñarse todas las artes en hermosear su recinto: la relijion fué la que inflamando el númen de Miguel Anjel, de Rafael, del Pusino, y de Rubens produjo tantas obras maestras tán justamente celebradas; á ella han debido las artes la mayor parte de su gloria, y los artistas que le dedican su talento no hacen mas que pagarle una deuda. ¿Que imájenes mas capaces de mover los corazones que aquellas en que animándose el lienzo y el mármol, nos representan la historia de la relijion, y principalmente la de Jesucristo y de sus tiernos misterios; al Salvador de los grandes y de los pequeños adorado por los pastores y los magos; á la Magdalena llorando á los pies de aquel que vino en busca de las almas estraviadas; y á

Jesucristo bendiciendo y acariciando á los niños en la efusion de su bondad, ó muriendo con los brazos abiertos, como para abrazar en su amor á todo el jénero humano? Es tambien muy agradable ver pintada en nuestros templos la historia de los personajes ilustres, de esos héroes cristianos que han honrado la Iglesia con sus virtudes y con su valor; ellos fueron nuestros padres en la fe; revivan pues en cierto modo á nuestra vista, y escítennos con su presencia á seguir sus huellas. ¿Y que uso mas lejítimo podemos hacer del oro y demas metales preciosos, que emplearlos, trabajados por manos diestras, en la construccion de nuestros altares y santuarios? No teniendo el hombre en sí mismo nada digno de la suprema majestad, ¿no deberá á lo ménos dar á su reconocimiento toda la extension de que sea susceptible, y consagrar á Dios, ademas de los afectos de su corazon, todo lo mas precioso que se conozca sobre la tierra?

Estos fueron los sentimientos de nuestros padres, al erijir á la divinidad esos templos magníficos, monumentos eternos de su desinteres y de su piedad. Alguna vez nos propasamos á llamarlos ignorantes y groseros: yo no diré que deban disimularse sus errores y sus defectos; pero temamos juzgarlos con lijereza y temeridad. Es cierto que en aquellos siglos, en que se construyeron esas soberbias basílicas, que aun son la gloria de nuestras ciudades, no se habian penetrado como en nuestros dias los secretos de las ciencias naturales; que aun no se habian hecho esos brillantes descubrimientos, hijos mas bien del tiempo que del injenio, y que el gusto no tenia la pureza ni la perfeccion á que ha llegado despues; confieso tambien que la credulidad y falta de crítica podian introducir algunas veces abusos y escesos en las devociones populares; pero entónces eran mucho mas leales los sentimientos, y esto supone ademas otras virtudes: tampoco

se conocia esa sutileza de pensamientos peor que la barbárie, y que conduce al ateismo, es decir, á la extincion total de cuanto hay bueno y bello entre los hombres; pero se respetaban profundamente los principios conservadores de la moral, y del órden público, y las almas no estaban apocadas por el egoismo. ¿Y como negarles tampoco ideas valientes y grandiosas? Si las artes son en las diferentes épocas de la historia la espresion fiel del estado del entendimiento humano, juzguemos de los siglos en que se edificaron nuestros templos góticos por los templos mismos, y decidme si por su solidez, sus vastas dimensiones y su majestad, no descubren ellos solos en sus autores almas fuertes, constantes, capaces de grandes cosas, y cuyas ideas se extendian á los siglos venideros? Dejemos, Señores, el desprecio de nuestros antepasados á sofistas desnaturalizados, y no cometamos la injusticia de fijar nuestra vista solo en sus ridiculeces y miserias y retirarla

de sus virtudes y grandes cualidades; no nos parezcamos á aquellos jóvenes cortesanos, que se burlaban del sabio y venerable Sully porque la forma de su vestido era antigua. En toda nacion que no esté degradada por las malas costumbres, el respeto á sus abuelos, así como el de los sepulcros, es una parte de la piedad filial. Me congratulo de haber tenido, al hablar de nuestros templos, la ocasion de tributar ante vosotros un homenaje público á la memoria de nuestros padres, frecuentemente ultrajada en nuestros dias: y corazones franceses me perdonarán fácilmente la manifestacion de tan laudables sentimientos.

Todo pues en los templos cristianos recuerda á los hombres la divinidad. ¿Y que dirémos de las asambleas relijiosas que se celebran en su recinto?

Aquí es donde aparece toda la superioridad de nuestro culto, sobre todos los cultos de la tierra. El paganismo tenia, sí, sus fiestas y solemnidades que atraian al pueblo; pero las mas veces

eran infames ó crueles como las divinidades á que se dirijian. Las mas inocentes eran aquellas que solo presentaban á la multitud espectáculos á propósito para cebar su curiosidad; pero todo cuanto en ellas habia mas grave, mas augusto y mas santo en apariencia no podia causar mas que impresiones de piedad muy débiles y vagas. En el templo mas magnífico del universo, el de los Judíos, el órden y la pompa de las ceremonias, la majestuosa dignidad del sumo Sacerdote y de los Levitas, la armonía de los himnos con que se cantaban las alabanzas del Dios verdadero, y los prodijios de su poder y bondad, todo era muy á propósito para elevar las almas, y hacer en ellas impresiones saludables; pero estaba mas particularmente reservado al cristianismo el hacer de las asambleas cristianas de la relijion una escuela de virtud para todas las clases y para todas las edades. ¡Que sublime institucion la de reunir al pueblo para instruirle en sus

obligaciones, y consolarle en los males de la vida! Durante el curso del año cristiano cada semana tiene su dia de descanso, que es por escelencia el dia del Señor, con otros que ha prefijado la Iglesia. En ellos abandona el artesano su taller, el labrador deja el arado, y el letrado suspende sus estudios: en la superficie de dilatados paises, todo se ajita á un tiempo en los campos y en las ciudades; y los ancianos, los niños, los ricos y los pobres, todos acuden al sitio de la reunion relijiosa. Allí se ven y se enlazan las familias, se afirman las relaciones antiguas, se forman y se estrechan otras nuevas; se dulcifican las costumbres, se suavizan y civilizan los hombres mas rústicos, y los dias consagrados á los ejercicios públicos de la relijion son los mas preciosos de todos para la patria.

Ved en seguida reunido el pueblo al rededor de la cátedra de la verdad: ¡que autoridad no tendrá sobre él por su edad, por su carácter, por sus vir-

tudes y su tierna solicitud en favor de los desgraciados; que autoridad, digo, no deberá ejercer el pastor del rebaño, si es digno de este nombre y del ministerio que ejerce! Tal vez habrá visto nacer á la mayor parte de los que le escuchan. Es un padre en medio de sus hijos; y cuantas palabras salen de su boca son recojidas con respeto. Allí encuentra el niño la leche de la sana doctrina, y el adulto un alimento mas sólido. Allí se combaten todos los vicios, y se enseñan todas las virtudes: allí aprende el pobre á ser resignado, y el rico á ser compasivo; el anciano á santificar los restos de una vida que ya le va faltando, y el jóven á desconfiar de las ilusiones de su edad: allí no se alaba ni aprecia sino lo bueno y lo honesto, lo que forma buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos, lo que en fin mantiene la paz doméstica, y hace florecer las buenas costumbres en las familias. Las lecciones del pastor se graban en los ánimos, y se repiten por

los padres á los hijos, de este modo se introduce hasta en las cabañas la mas sublime sabiduría; y el pastor de la aldea hace con la sencillez de sus palabras mayor número de verdaderos sabios que podian hacer los filósofos de la Grecia con sus pomposas máximas.

Yo bien sé que no todos se aprovechan igualmente de las lecciones del pastor; pero todos reciben sin advertirlo, y aun sin querer, impresiones favorables que acaso, sin hacerlos desde luego virtuosos, por lo ménos disminuyen su inclinacion á los vicios: así se deposita en su corazon un jérmen de verdad, que debe dar frutos á su tiempo; y así el padre se hace mas vijilante, el hijo mas respetuoso, mas fiel el criado, y el señor mas justo y ménos escandaloso. Algunas veces basta un ejemplo edificante para confundir el vicio, y una sola palabra para sofocar un odio inveterado, evitar una injusticia, y salvar la virtud á punto mismo de naufragar. Tampoco ignoro que los dias

especialmente consagrados á los ejercicios relijiosos, suelen ser profanados mas de una vez con quimeras, escándalos y escesos de toda clase, lo que ciertamente es un abuso deplorable; pero ademas de que la vijilancia de los párrocos y de las autoridades sabe precaver muchos de ellos, ó atajar sus funestas consecuencias, ¿que son los abusos inseparables de las mas perfectas instituciones, comparados con los bienes inmensos de las cosas en sí mismas? Si es cierto que el culto público es un medio poderoso para unir á los hombres, suavizar la ferocidad de sus costumbres, inspirarles sentimientos de mútua benevolencia, y de contener las pasiones en los límites del deber; por la razon contraria la falta del culto público debe producir si no el desórden á lo ménos la confusion y la ruina total de las buenas costumbres. Un pueblo sin relijion muy pronto retrocedería al estado de salvaje. ¡Enemigos de la relijion! no ensalceis los progresos

de las luces, vuestras ciencias, ni vuestras artes: no entraré en disputa con vosotros; pero os diré que hemos aprendido para nunca olvidarlo, que la cultura sin buenas costumbres, el injenio y el talento sin relijion, léjos de ser el vínculo de los estados, pueden causar su ruina, y llegar á ser mas funestos que la mas estúpida ignorancia. ¿Que importan vuestras artes y vuestras ciencias á la multitud que las ignora, y que siempre debe ignorarlas? ¿Creeis que se pueda reemplazar la cátedra del Evanjelio con una cátedra de cálculos, y calmar las pasiones con axiomas? ¿Creeis que se pueda con frases retóricas conservar en las familias la paz y las buenas costumbres, la sumision á las leyes, el respeto á los majistrados y á las propiedades, y en fin todo lo que afianza el reposo de la sociedad, y sin lo cual no habria en ella mas que atropellamientos? ¿Que sucedería si llegase á faltar el ejercicio público de la relijion? La supersti-

cion y los errores mas monstruosos se apoderarían de los ánimos de la multitud. No nos engañemos, Señores: los sentimientos relijiosos estan asidos al corazon del hombre con las raices mas profundas, y nada es capaz de arrancarlos de él. Sin la relijion presidida en su culto, dirijida y arreglada por la autoridad de sus ministros, caeria el pueblo en la mas vergonzosa ignorancia, pero no en el ateismo: y si al fin llegase á caer en él, ¿que sería de la sociedad? ¿que haría entónces el pueblo? Se forjaría una relijion ridícula, que sería un conjunto informe de cosas inconexas; y falto entónces de reglas y de guía, estaría siempre dispuesto á entregarse al primer entusiasta que quisiese abusar de su credulidad: de aqui nacerian el espíritu de secta y de sedicion, y esos conciliábulos secretos que siempre han terminado en crueles absurdos ó en feos escándalos. ¡Cuan imprudentes son pues los que en sus discursos ó escritos insultan el culto público, inspirando de

este modo á la multitud aversion á él! ¡pero cuan preciosos son tambien para la patria y para la moral nuestros dias sagrados! ¡y cuanto, así en este punto como en todos, se muestra la relijion verdaderamente amiga de la humanidad!

Algunos pseudo-economistas del último siglo, nadando en la abundancia y en las delicias, y exentos de llevar el peso del dia y del calor, calcularon con su mundana sabiduría que era mucho un dia de descanso á la semana. Se lamentaban de la pérdida que esperimentaban las artes, el comercio, la industria y la agricultura por el reposo demasiado frecuente de tantos millones de brazos condenados á la inacion; y en virtud de tan profundos cálculos fué proscripto el dia de la semana consagrado mas particularmente á la relijion. De aquí se infiere que todos estos calculadores políticos en nada tenian el culto de la Divinidad, á la cual todo lo debian, hasta el talento de que abusaban para arrebatarle

sus adoradores; y no veian, ó no querian ver, que la relijion dejaria de existir muy pronto para el pueblo sin el culto que se la recuerda, y se la pone como á la vista, y que para él llegaria á ser casi nula la moral sin esta relijion positiva que le da una autoridad divina: así parecia que en sus inhumanos delirios envidiaban al pobre pueblo un descanso consagrado por el uso mas antiguo que se conoce, y que reclamaban imperiosamente sus necesidades y sus hábitos. Sin querer recordar por esto lo que ya no existe, ¿como dejarémos de llorar los estravíos y la debilidad de la razon humana? Sepamos á lo ménos sacar de lo pasado útiles lecciones para lo futuro. ¡Que vergüenza para el siglo de las luces el haber atormentado á una nacion entera violentándola en sus inclinaciones mas dulces con no sé que fiestas, medio griegas, si se quiere, y medio romanas, nunca francesas, y siempre estravagantes! Felizmente nos vemos ya

libres de tales abominaciones. El tiempo hizo por fin justicia á aquellas solemnidades ridículas: hemos vuelto á ser franceses y cristianos, y el culto decadario con su calendario de plantas y minerales desapareció mucho tiempo ha: los ídolos de esta nueva superstición cayeron unos sobre otros para volver á las tinieblas de que nunca hubieran debido salir; é infeliz del mundo si saliesen por segunda vez! Pasemos á lo que he designado bajo del nombre jeneral de ceremonias sagradas.

Si los hombres solo fuesen puros espíritus independientes de las impresiones de los sentidos, podria sin duda desecharse como inútil el aparato del culto cristiano, y esa série de ritos exteriores que he designado con el nombre de ceremonias sagradas; pero admiremos en esta parte la sabiduría de la Iglesia cristiana que ha sabido evitar igualmente los dos estremos opuestos. Conociendo cuanto imperio ejercen las cosas sensibles en el corazon del

hombre, y cuan poderoso medio son los órganos corporales para escitar en las almas sentimientos de alegría ó de dolor, de terror ó de piedad, de temor ó de esperanza, y cuan necesario es cautivar el espíritu naturalmente lijero, despliega ante nosotros un órden y una série de ceremonias á propósito para alimentar la piedad: medio inocente que seria muy injusto reprobar, pues que está tan bien apropiado á las necesidades y debilidad de nuestra naturaleza. Pero al mismo tiempo jamas cesa de advertir á sus hijos, que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: que nada son las ofrendas exteriores sin las del corazon: que no deben colocar esclusivamente su confianza en un objeto bendito, en un altar particular, en una vela encendida, una imájen, ó en ciertas y determinadas oraciones: que estos son medios de conservar la piedad; pero no la piedad misma: que todas las exterioridades del culto serian solo un vano simulacro,

si no pudiesen servir á mantener la caridad; y que todo su objeto debe ser hacer nacer ó alimentar el amor á Dios y á los hombres. Así todo se concilia, y al mismo tiempo que se conservan las exterioridades del culto, se mantiene tambien su verdadero espíritu. Si á pesar de las precauciones de la Iglesia, de las reglas que señala para la conducta, y de las instrucciones de sus ministros, se descubriese superstícion en alguna parte, no se debe acusar á la relijion, sino atribuirlo á la debilidad é ignorancia de algunos particulares.

No nos vanagloriemos, Señores, de una falsa sabiduría, ni nos creamos capaces de una perfeccion quimérica. Sí, socolor de depurar el culto y de hacerle mas espiritual, nada diéseis á los sentidos; si no procuráseis impresionar la imajinacion, y auxiliar la flaqueza del entendimiento con estos apoyos exteriores, resultaria un culto frio, árido y triste que nada diria al corazon;

y por querer conceder demasiado al espíritu, le fatigaríais ó exaltaríais, y este culto en cierto modo metafísico dejeneraría en algunos en indiferencia, ó arrastraría acaso al fanatismo las imajinaciones ardientes. Es no conocer á los hombres ni los caminos de su corazon, el despreciar los medios exteriores de sostener su atencion, y de escitar en él sentimientos piadosos. Léjos de nosotros la idea de que esto es bueno solo para la multitud: en esta parte todos los hombres son vulgo; y no hay uno desde el injenio mas sutil, hasta el entendimiento mas limitado, que no esté sujeto á la influencia de los signos y símbolos que hieren los sentidos. Podria citaros en prueba de esto hombres nada sospechosos, y que sin pertenecer á la comunion romana, no han podido dejar de sentir mas de una vez una profunda emocion á la vista de nuestras ceremonias; podria citaros á Milord Bolingbroke asistiendo en el palacio de nuestros Reyes á

la celebracion de los divinos misterios, conmovido involuntariamente en el momento en que Luis XIV y su corte se prosternaban con un majestuoso silencio ante la santa hostia; á Misson en su viaje á Italia penetrado de respeto á la vista del Pontífice Romano dando su bendicion al pueblo reunido en la plaza de San Pedro; á Brydone en su viaje á Sicilia y Malta, enternecido al ver la fiesta magnífica que la ciudad de Palermo celebra en honor de su patrona, y por último á Juan Santiago conmovido algunas veces en nuestros templos hasta derramar lágrimas, olvidando ante los santos altares sus frios argumentos contra la oracion, y orando él mismo con toda la efusion de una alma enternecida. Vosotros mismos, los que habeis tenido preocupaciones de incredulidad, ¿no habeis esperimentado algunas veces emociones semejantes? Yo os invito, Señores, á venir á este templo en una de las grandes solemnidades en que la relijion desplega

toda su pompa, y que termina exponiendo al Santo de los Santos á la adoracion pública: al ver el santuario despidiendo rayos de luz, y á un inmenso pueblo humillado ante los altares haciendo resonar en las bóvedas sagradas un cántico grave y tierno, y dirijiendo en este concierto unánime de voces y de afectos sus votos y sus homenajes hasta el trono del Eterno, acaso no podríais libertaros de cierto enternecimiento, y os sentiríais desprendidos de esa filosofia árida que bajo del pretexto de perfeccionar la razon, ahoga los buenos sentimientos.

Si quisiese recorrer una por una todas nuestras ceremonias sagradas, y esplicar su sentido misterioso, no acabarian mis discursos. No puedo sin embargo omitir una observacion jeneral, muy gloriosa para la relijion; y es que léjos de ser nuestro culto solamente un espectáculo para la vista, se dirije en todas sus partes á perfeccionar al cristiano y á recordarle de contínuo su

creencia y sus deberes. ¿Cual es en efecto el dogma ó el precepto que no esté representado, y en cierto modo hecho sensible por algun punto del culto público? Esplicaré con ejemplos mi pensamiento. Ese signo venerable que el cristiano imprime con tanta frecuencia sobre su frente, sus labios y su pecho le recuerda los altos misterios de nuestra redencion y el de la Trinidad: el santo bautismo con sus ceremonias supone el pecado orijinal; y el culto de los santos se enlaza con el dogma de la inmortalidad de las almas: la oracion por los difuntos, tan antigua como la Iglesia misma, supone las penas expiatorias para aquellos que no han satisfecho plenamente la justicia divina, y la oracion supone una Providencia solícita que vela sobre nosotros, y la necesidad que tenemos de su divino auxilio. Nada hay ciertamente mas instructivo ni interesante que las lecciones y los ejemplos de Jesucristo, y por esto la Iglesia nos los representa en la

celebracion de los misterios de su nacimiento, de su vida, de sus padecimientos, de su muerte, y de su resurreccion gloriosa. ¿Que cosa tampoco mas á propósito para alentarnos, que el recuerdo de las virtudes de los cristianos santos de las edades pasadas? Por eso tambien tiene la Iglesia fiestas consagradas á su memoria. Tal es la admirable concordancia de todas las partes de la relijion, y de este modo se ha hecho popular el cristianismo, y entra, digámoslo así, por todos los sentidos para hacer en las almas impresiones indelebles. El pueblo no es capaz de sabias discusiones; pero tiene ojos para ver, oidos para oir, corazon para sentir, y el culto es para él como una coleccion de cuadros en que puede ver sin esfuerzo lo que debe creer, y lo que debe practicar. ¡Ah! cuan sabio y poderoso era el obrero que ha enlazado tan perfectamente todas las partes del inmortal edificio de la Iglesia cristiana, y cuan á fondo conocia el corazon del

hombre, sus miserias y sus necesidades!

En vano los enemigos de la Iglesia cristiana han asimilado su culto al de las naciones paganas, y la han acusado de haber tomado sus ritos y ceremonias de los Romanos, de los Griegos ó de los Indios: todas esas comparaciones no hacen mas que descubrir una ciega preocupacion y los esfuerzos de un odio impotente. Hay cosas en el culto que son de institucion divina, y que nunca deben variar: Jesucristo fué dueño de escojer entre los objetos materiales los que quisiese, para hacerlos instrumentos visibles de sus favores y de sus misericordias; y el abuso que de aquellos habia hecho la criatura, no quitaba al Criador su derecho para servirse de ellos. Hay tambien muchas cosas en nuestro culto que pertenecen á una disciplina variable, que no son las mismas en todos tiempos ni en todos lugares; pero que una vez adoptadas por el uso y por la autoridad, deben seguirse para mantener cuanto

es posible la decencia y la uniformidad en los ejercicios relijiosos: sin embargo, no por eso dejan de ser cosas indiferentes en sí mismas, ó signos de convencion cuya fuerza depende toda de la intencion del que los emplea. ¿Que importa por consiguiente que el incienso, las hachas encendidas, las jenuflexiones, las prosternaciones, los vasos y vestiduras sagradas, las estátuas, las imájenes y aspersiones de agua lustral se usen en el culto de diferentes pueblos que no son cristianos? La superstición ha podido abusar de todo esto para honrar divinidades fabulosas; pero la relijion ha podido emplearlo para honrar al Dios verdadero, así como ha podido consagrarle templos destinados en otro tiempo al culto de los ídolos. ¿Se deberá pues acusar al cristianismo de tener un sacerdocio, templos y altares, porque todo esto se hallaba igualmente en el antiguo paganismo?

En vano espíritus tétricos estraviados por un falso celo querrian acusar

á la Iglesia de idolatría y de superstición, porque tribute un culto á las imájenes y á los santos coronados hoy en el cielo. Si queremos desterrar todos los equívocos del lenguaje, y tomar la doctrina de la Iglesia, tal como es en sí, ¿que cosa mas sencilla y razonable que esta práctica? No somos tan necios que creamos que reside en las imájenes alguna divinidad ó alguna virtud secreta, y que por esto deben ser honradas: hasta los niños saben y repiten todos los dias, que estos honores se dirijen á los representados por estas imájenes. ¿Y será una cosa estraña que coloquemos en nuestros templos las imájenes de los que son nuestros modelos en la virtud, y nuestros padres en la fe, así como en las familias se ponen á la vista, y aun se tratan con cierto respeto los retratos de los antepasados? Nosotros hacemos profesion de creer que á solo Dios pertenece en propiedad la adoracion y el amor; que él solo es el árbitro de nuestra suerte; que no

tenemos mas que un solo mediador verdadero que es Jesucristo; que los santos nada son y nada pueden mas que por los méritos de este; que colocados siempre en la clase de criaturas, estan á una distancia infinita del Criador, y que si debemos invocar siempre á Dios como Señor nuestro, jamas debemos invocar á los santos mas que como nuestros protectores para con Dios.

La incredulidad moderna se ha mofado de los santos y de las santas cuya memoria veneramos; sin embargo la Iglesia cristiana no ofrece á la veneracion de los pueblos sino personajes dignos de ella por virtudes eminentes que en vano se intentaria denigrar. ¿Y qué han hecho nuestros incrédulos con todas sus luces y toda su sabiduría? Han suspirado por el antiguo politeismo que les parecia mas alegre y festivo, y hubieran querido ver renovarse las fiestas de Juno y de Baco. ¿Pero qué digo? ¿No ha tenido la falsa filosofía sus dioses y diosas crueles unas veces, y lúbricos

otras, como las del paganismo? ¿No la hemos visto trasformar nuestros templos en medio de cánticos lascivos, en lugares de prostitucion, y humillarse con el incensario en la mano ante una jóven disoluta? La falsa filosofía no ha visto mas que supersticion en el respeto que tributamos á las cenizas y á los sepulcros de unos cristianos cuyas virtudes ha canonizado la Iglesia; al paso que ella misma ha caido en parte en los mas monstruosos escesos. Embrutecidos unas veces sus partidarios por el materialismo, han tratado los despojos mortales del hombre como los de los mas viles animales; y arrebatados otras por la soberbia y la licencia, han paseado en carros triunfales los cadáveres de algunos hombres tan impuros en su conducta, como en sus escritos. Así la relijion ha sido vengada de las injustas reconvenciones de sus enemigos por las justas acriminaciones que ellos mismos han merecido.

Queda pues suficientemente justifi-

cado el culto de los cristianos en todas las partes de que se compone; en sus templos, en sus reuniones relijiosas, y en sus ceremonias sagradas. A vosotros, Señores, toca, si quereis, hacer de él á los ojos del pueblo una apolojía mucho mas eficaz que la de nuestros discursos; y esta la espero de vuestros ejemplos y de vuestra conducta. Si nuestras Conferencias precedentes han hecho en vosotros alguna impresion favorable, acaso os habréis ya despojado de las preocupaciones en que estabais imbuidos contra los dogmas y la moral del cristianismo: acaso os sentis ya inclinados á profesar un culto cuyas ventajas y bondad conoceis; pero aun os falta el valor: aun no se os ve asistir en nuestros templos á la celebracion de los divinos misterios, y mezclaros con la multitud de los cristianos fieles. ¿Y qué deberá ser de la relijion, qué de la moral y aun de la sociedad misma, si jamas son frecuentados nuestros templos por aquellos que por su clase.

su educacion y sus conocimientos deben tener tan grande imperio sobre los ánimos de la multitud? La relijion no puede sostenerse ni perpetuarse sino por el culto público; pero si este culto se abandona como una superstición á solo el pueblo, ¿no vendrá á desacreditarse y envilecerse á los ojos del pueblo mismo? ¿por que os habeis de avergonzar de presentaros en nuestros templos para dar y recibir en ellos ejemplos de útil edificacion? Muchas veces salis de vuestros teatros, ó de vuestras fiestas nocturnas, fatigado el cuerpo, ajitado el espíritu, y encendido el corazon en el fuego de las pasiones: vuestras diversiones son mas bien una embriaguez que un placer, y como una copa encantada que lisonjea al principio, pero en la que se oculta la hiel y la amargura. Venid á nuestras asambleas relijiosas, y saldréis de ellas con el alma mas tranquila, mas señora de sí misma, y con impresiones de cierta paz interior

que os es desconocida. Reflexionad además, (es preciso decíroslo, á vosotros los que estais destinados á ocupar los puestos distinguidos de la sociedad) reflexionad que todos los hombres llevan dentro de sí mismos el sentimiento de no sé que igualdad primitiva que los hace mútuamente enemigos del yugo y de la sujecion: el pueblo lanza miradas de envidia sobre el rico que vive en la abundancia, y sobre el poderoso que parece le abruma con su fausto, y algunas veces se pregunta á sí mismo en secreto las causas de esta desigualdad de condiciones en que tan mala parte le ha cabido. De aquí nace la propension á romper los lazos de la subordinacion, de la cual en todos tiempos han sabido aprovecharse los novadores. ¡Y bien! Señores, ¿quereis suavizar el rigor de la suerte de la multitud, y consolarla de los males de su clase? Venid á mezclaros con ella en nuestros templos: aquí desaparecen las distinciones: aquí todo se confunde y anonada ante la

infinita Majestad: aquí el pueblo conoce que Dios es todo, y que el hombre es nada: que no es el primero á los ojos de Dios el mas rico, el mas poderoso, ni el mas hábil, sino el mas virtuoso: que los poderosos y los ricos tienen el mismo Señor y el mismo juez que él. Venid pues á nuestros templos: testigo entónces el pueblo de la relijion de los que estan elevados sobre él, saldrá de nuestras asambleas consolado de su dependencia, y mas penetrado de aquel espíritu de subordinacion y de paz, que hace la prosperidad de los Estados, igualmente que la de las familias.

LA RELIJION

VINDICADA

DE LA ACUSACION

DE FANATISMO.

Yo no sé por que fatalidad sucede, ha dicho un escritor frances, que las cosas de que mas hablan los hombres son por lo comun aquellas que ménos comprenden. Esta reflexion singular, si se quiere, se verifica particularmente respecto de lo que llaman *fanatismo*. En nuestros dias no se halla esta palabra confinada en los libros, como lo estaba en otro tiempo, sino que ha estado en los labios de todos, y ha circulado por todas las clases de la sociedad: el

pueblo mismo la ha pronunciado; y á la verdad por el uso que de ella se ha hecho, se conoce que la boca la ha pronunciado sin que el entendimiento haya tenido de ella una idea clara y distinta. En aquella época de desastres en que los novadores introducian el mas estraordinario trastorno así en el lenguaje como en las ideas, ¡cuantas víctimas cayeron tan solo por la vaga acusacion de fanatismo! ¡Infelices entónces aquellos que trabajaban en conservar alguna chispa del fuego sagrado, y en salvar la relijion y la moral de un naufrajio universal! Todos eran tratados de fanáticos; y se creia haber acumulado sobre ellos toda clase de acusaciones, cuando con una locucion nueva, que ni aun tenia el mérito de ser francesa, se los acusaba de *fanatizar* al pueblo. Pasó ya el tiempo de nuestro delirio. Pero ¡que significacion tan impropia se da todavía á la palabra *fanatismo*! Yo, por ejemplo, soy un fanático á los ojos de un ateo, porque creo en Dios: á los de

un deista, porque creo en Jecucristo, y por último lo soy á los de yo no sé que espíritu libertino, porque dirijo mis oraciones al Dios á quien debo la luz que me alumbra, y el pan que me alimenta. De este modo se vilipendia con un nombre odioso hasta lo mas respetable, y por este medio se perpetuan necesariamente el odio y el desprecio á las cosas mas sagradas. A medida que nos fijemos en ideas mas sanas, acomodarémos mejor á ellas nuestro lenguaje; á proporcion que aquellas sean mas exactas, será tambien mayor la propiedad de los términos, y sabrémos en fin pensar y hablar. A efecto de contribuir á esta saludable reforma vamos á fijar el significado de la palabra *fanatismo*; palabra terrible, que ha costado tanta sangre y tantas lágrimas. Distingamos en esto los fantasmas de la realidad, y sin ocultar nada, ni desfigurar los escesos que merecen ser calificados de *fanatismo*, hagamos ver con cuanta injusticia se tacha de fanática la relijion

cristiana. Este será el asunto de la presente Conferencia.

Concediendo, como se ha hecho en nuestros dias, á la palabra *fanatismo* un significado mucho mas extenso del que tenia en otro tiempo, se podria calificar con este nombre el amor estremado ó escesivo á una opinion cualquiera, bien sea falsa ó verdadera; y por consiguiente las ciencias, las letras y las artes, la libertad y la igualdad podrán ser objeto de fanatismo, pues que han tenido partidarios acalorados, y entusiastas que no han conocido en su acaloramiento medida ni límites. Así tambien podría atribuirse al fanatismo por las ciencias naturales el olvido del estudio mas digno del hombre, que es el del hombre mismo, y el de sus obligaciones; al fanatismo por la igualdad, la pretension de borrar hasta la mas ligera señal de las distinciones sociales; y al amor fanático por los Griegos y los Romanos el menosprecio de nuestros abuelos que se ha introducido entre

nosotros, el olvido de sus grandes acciones, y el odio á las instituciones y costumbres francesas. Pero limitándonos á lo que pertenece á la relijion, ¿qué es fanatismo? De ningun modo creo se intente llamar fanatismo aquella adhesion razonable á la relijion y aquel celo sabio y moderado por sus intereses, que solo las pasiones pueden procurar hacer odioso, y que respetará todo hombre sensato, aun entre aquellos mismos que tengan la desgracia de no ver en la relijion mas que una invencion humana. No, Señores, quien dice fanatismo, dice arrebato, violencia y furor; y si se quiere que nos entendamos, se llamará fanatismo todo celo violento y sanguinario. ¿Y hay mayor injusticia que acusar de semejante esceso la relijion cristiana?

Si yo tratase de hacer semejante acusacion al cristianismo, procuraria buscar pruebas de fanatismo, ya en las acciones y máximas de Jesucristo su fundador, ya en la conducta y doctrina

de la Iglesia que él mismo constituyó depositaria de las verdades reveladas, ó ya en fin en actos llenos de violencia ó de barbárie que justamente se pudiesen considerar como obra de la relijion misma; pues nada hay mas inícuo que hacer recaer los escesos de algunos cristianos sobre el cristianismo que los condena.

El espíritu de la relijion que profesamos debe estudiarse principalmente en la historia de Jesucristo y en su Evanjelio: ¿y se encuentran acaso en uno ó en otro señales de un celo cruel y feroz? ¿No fué Jesucristo miéntras vivió en la tierra el mas apacible de todos los hijos de los hombres? Nunca, como dicen los libros sagrados, acabó de romper la caña hendida, ni apagó la mecha que aun humeaba. Amigo de los pobres, consuelo de los aflijidos, defensor de los débiles y de los pequeños, pasa su vida haciendo bien á todos, y sus milagros son milagros de bondad. Contiene el celo de Pedro cuando quiere

defenderle, abraza al discípulo que le vende, padece sin quejarse, ruega por los que le persiguen, y muere perdonando á sus verdugos. ¿Y cual será el blasfemo insensato, á quien no conmueva la heróica sencillez de tantas virtudes? ¿Qué nos dice ademas en su Evanjelio? El mismo nos enseña que ha venido para servir y no para ser servido: envia á sus discípulos en medio de las naciones, como corderos en medio de los lobos: les predice las persecuciones que va á suscitarles el odio, y no les permite oponer al furor de sus enemigos mas armas que la paciencia. Dice, es cierto, que no ha venido á traer la paz sino la espada; pero no aquella espada esterminadora que se harta de sangre y de carnicería, sino aquella espada saludable que combate las pasiones, y que corta todos los funestos retoños de este tronco venenoso. Es cierto que la relijion se ha propagado en medio de persecuciones; pero en medio de persecuciones que ella ha padecido,

no entre persecuciones que ella haya suscitado; lo que obligó á decir á un antiguo, que la ley de los cristianos no era una ley que mandada degollar, sino dejarse degollar por la verdad. Si Jesucristo dijo tambien que habia venido á encender sobre la tierra un fuego que deseaba se propagase por todas partes, no habla de ese fuego exterminador que devora las ciudades y los campos, sino del fuego divino que consume los vicios, alimenta las virtudes, é inflama los corazones en ese amor á los hombres que llega hasta el estremo de hacer amar á sus enemigos. El que dijo (1): *Yo soy la verdad*, y *el que no crea será condenado* (2), quiso sin duda que su Evanjelio fuese anunciado á todas las naciones y profesado por ellas, y condenó de antemano á los espíritus rebeldes que se resistiesen á su luz suficientemente manifestada, prescribiendo así la intolerancia contra todos

(1) Joan. XIV. 6.
(2) Marc. XVI. 16.

los errores, que es uno de los caractéres de la verdadera relijion; pero tambien cuando dos de sus discípulos le piden haga bajar fuego del cielo sobre una ciudad delincuente, les responde (1): *ignorais á que espíritu perteneceis: yo he venido para salvar las almas, no para perderlas*; y en esto manda esa tolerancia cristiana para con las personas, que no es otra cosa mas que la caridad. Así pues, nada hay en Jesucristo en que no brillen sentimientos de amor, de paz y de persuasion, y por consecuencia nada que no sea enteramente opuesto al fanatismo.

Consideremos ahora la doctrina pública y la conducta de la Iglesia. Tengamos presente que esta no se compone solo de algunos cristianos, de una iglesia particular, ni de solo algunos Pontífices. La Iglesia docente, depositaria de la revelacion y encargada por Jesucristo mismo de enseñarnos toda verdad, es

(1) Luc. IX. 55, 56.

el cuerpo de los primeros pastores unidos á su cabeza; es decir de los Obispos presididos por su p rimado el de Roma, que es el pastor universal. Ahora yo pregunto: ¿puede acaso citarse una sola profesion de fe, un símbolo, un decreto, ó una institucion, obra de la Iglesia universal, que mande ó que autorice ese celo lleno de violencia y de furor que es el carácter del fanatismo? Recorred la historia de las primeras edades de la Iglesia cristiana, consultad á sus apolojistas y doctores, como Tertuliano, san Cipriano, san Juan Crisóstomo, y san Ambrosio, y á todos los veréis enseñar terminantemente que la fe debe establecerse por la persuacion y no por la violencia (1).

Cuando los discípulos del Evanjelio le propagaron en los tres primeros siglos en medio de las naciones idólatras, léjos de establecerle á sangre y

(1) Véase Duvoisin, *Essai sur la Tolérance*, *art. II*, en seguida de la *démonstr. Evangél.*

fuego, no sabian ni aun defenderse de sus enemigos; y á ejemplo suyo han penetrado varones apostólicos en todos tiempos en el centro de las naciones infieles sin mas armas que la paciencia y la caridad. Si Constantino, los Emperadores ú otros Príncipes católicos han defendido en tiempos posteriores la Iglesia contra los novadores, y hecho respetar sus leyes; y si ademas se han armado contra ellos, fué por una medida de proteccion y de política, y no para violentar las conciencias; y si muchas veces les ha sido necesario desplegar contra ellos la fuerza pública, ha sido porque eran tan enemigos del estado, como de la relijion, y porque establecian sus doctrinas por medio del pillaje y del incendio. Yo no ignoro que obcecados algunos Príncipes y Pastores por un falso celo, podrán haber traspasado los límites lejítimos; pero estos son estravíos particulares que nada prueban contra el epíritu jeneral de la relijion, la cual léjos de aprobarlos, siempre

aplaudirá aquellas palabras del Papa san Gregorio Magno á un Obispo de Terracina que era muy ríjido contra los Judíos (1). «Con la afabilidad y las exhortaciones «es como se debe atraer á los infieles al «cristianismo. Es necesario no alejarlos «con las amenazas ni con el terror.»

Los incrédulos han recojido cuanto en los anales de la Iglesia parece presentar un carácter de celo perseguidor y feroz, y propalan llenos de complacencia los hechos siguientes.

Citan á un sacerdote llamado Virjilio, perseguido, dicen, en el siglo VIII por el Papa Zacarías, por haber enseñado la existencia de los antípodas; así lo han supuesto d'Alembert y el ateo autor del *Bosquejo del cuadro histórico del entendimiento humano* (2). Es preciso, Señores, saber que dicho Virjilio no fué denunciado por haber sostenido la redondez de la tierra, opinion muy indiferente; sino por enseñar una doctrina

(1) Epist. Lib. Ep. XXXV.
(2) Páj. 228.

cuyo objeto era persuadir que habia en el mundo hombres de distinto oríjen que nosotros, opinion muy reprensible; y aun esta contienda fué de tan poca entidad y Virjilio tan poco perseguido por ella, que despues de haber reconocido su error y de haberse retractado de él, fué nombrado Obispo de Salsburgo (1).

Se cita á Galileo condenado y perseguido por el Santo Oficio por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente se halla probado en el dia por las cartas de Guichardini y del marques Nicolini, Embajador de Florencia, amigos ámbos, discípulos y protectores de Galileo, por las cartas manuscritas de este y por sus mismas obras, que hace un siglo se está engañando al público sobre el motivo de su persecucion. Este filósofo no fué perseguido por ser buen ó

(1) Véanse aclaraciones sobre este hecho en la obra titulada: *Le Christianisme de Bácon*, tom. II, páj. 313.

mal astrónomo, sino como mal teólogo, y por haberse querido entremeter á esplicar la Biblia. Es cierto que sus descubrimientos le suscitaron enemigos envidiosos; pero no fueron aquellos el motivo de su causa, sino su terquedad en querer conciliar la Biblia con Copérnico; y sola su petulancia fué el oríjen de sus disgustos. Es falso que estuviese preso en las cárceles de la Inquisicion; lo estuvo únicamente en la habitacion del fiscal, y con plena libertad en su comunicacion. En su defensa no se trató de lo sustancial de su sistema, sino de su pretendida concordancia con la Biblia, y despues de dada la sentencia y hecha la retractacion á que fué condenado, quedó en plena libertad para volver á Florencia. Estas noticias se deben al protestante Mallet-Dupan, que fundado en documentos orijinales, ha vindicado en esta parte á la corte Romana (1). Es ciertamen-

(1) Véase *Mercure de France* del 17 de julio de 1784, núm. 29, ó *le Dictionnaire de*

te muy poco filosófico olvidar lo mucho que las letras, las ciencias y las artes deben á la Santa Sede para reproducir incesantemente una anécdota exajerada en todos sus pormenores. Cuando ese mismo Galileo enseñó su nueva teoría sobre la caida de los cuerpos graves, fué primeramente objeto de las burlas de los doctores sus antiguos colegas, denunciado despues á los majistrados, y obligado por último á abandonar como novador la ciudad de Pisa; y cuando publicó en seguida su descubrimiento de los satélites de Júpiter, fué tratado de impostor y visionario: ¿y será por eso justo declamar incesantemente contra los cuerpos científicos?

Pedro Ramo fué acusado á Francisco I como reo de estado por haber impugnado la dialéctica de Aristóteles, y por lo mismo perseguido por la Universidad de París, destituido de su cátedra y desterrado de dicha ciudad, ¿y

Théologie, por Bergier, Artículos *Monde* y *Science*.

deberémos por eso insultar la gloria de esta Universidad, madre de las ciencias y de las artes?

¿Se deberán tener en nada todos los grandes servicios que puede haber hecho á la Francia su antigua majistratura, porque el Parlamento de Paris quisiese en honor de Aristóteles sostener su filosofía por un decreto, y porque mas recientemente se opusiese á la práctica de la inoculacion? Bailly en su *Historia de la Astronomía moderna* (1) se ha esplicado mas juiciosamente sobre la conducta del Santo Oficio diciendo: «No debemos juzgar de «esta falta por las luces de nuestro si-«glo. El sistema de Copérnico no tenia «entónces partidarios mas que en Ale-«mania; y estaban opuestos á él en jene-«ral todos los astrónomos.» En fin, Señores, en cuanto á este hecho y al precedente, debo haceros observar que es tan injusto como ridículo imputar á la Iglesia universal una falta, que siempre seria

(1) Lib. II, §. 32, Tom. II. páj. 131.

muy pequeña, y que en todo caso solo deberia recaer sobre la Corte de Roma.

Se cita tambien á un hereje llamado Juan Hus, condenado en el siglo XV por el Concilio jeneral de Constanza, y quemado vivo á pesar del salvo conducto que aseguraba su persona. Pero en verdad que es bien fácil justificar al Concilio: condenó, es cierto, á Juan Hus como hereje, y tenia derecho para hacerlo así; pero el Emperador Sijismundo fué quien despues le hizo morir en el suplicio, no precisamente como hereje, sino como un perturbador peligroso. Tampoco fué el Concilio quien le habia dado el salvo conducto, sino el Emperador, y aun respecto de este es muy fácil probar que no violó la fe pública; pues que aquel documento no era mas que para asegurar la persona de Juan Hus en el camino, á fin de que pudiese llegar tranquilamente á Constanza á donde iba á defender su causa (1).

(1) Pluquet, *Dictionnaire des Hérésies*, tom. II, páj. 150 y sig. en la nota.

Pero pasemos á lo que es objeto de perpétuas declamaciones contra la relijion católica en particular, y que suministra el pretexto mas aparente para tratarla de fanática en su modo de proceder: hablamos de ese tribunal que *sin fundamento* llaman de *sangre*, que dicen ha hecho tantas víctimas, y que no solamente juzga las acciones, sino tambien las conciencias, en fin de la *Inquisicion* (1). No penseis, Señores,

(1) No hay que estrañar que el escelentísimo señor Obispo de Hermópolis haya participado algun tanto de las ideas exajeradas que acerca del Santo Tribunal de la Inquisicion de España han seguido los escritores franceses por relaciones inexactas y sin conocimiento de causa. Estamos persuadidos de la sana intencion de su Escelencia; y si sobreponiéndose á lo que en Francia se ha mirado como un hecho positivo, hubiera descendido á un prolijo exámen de la conducta de este Tribunal, valiéndose al efecto de autores imparciales, no dudamos asegurar que le hubiese defendido con enerjía, sin atender á preocupaciones nacionales. Nuestros lectores deberán tener presente esta circunstancia, si acaso les pareciesen demasiado

que yo trate de constituirme apolojista de la Inquisicion. Para mí no es mas que una institucion local y particular, estraña á nuestras leyes y á nuestros usos, y desconocida en un gran número de Iglesias; un tribunal por último al cual se atribuyen escesos que aun en el caso de ser positivos, de ningun modo deberian recaer sobre la Iglesia universal. Podria limitarme á estas solas palabras; pero es muy importante que formeis ideas ménos vagas de lo que en jeneral se llama *Inquisicion.*

Es preciso en primer lugar que tengais presente que no se puede negar á las dos potestades, la eclesiástica y la civil, el derecho de adoptar medidas de acuerdo una con otra para oponerse á ciertas novedades funestas, que jamas

fuertes algunas espresiones del autor; y asimismo pasar la vista, si gustan, por las sólidas y nerviosas apolojías que corren impresas en defensa de la Inquisicion, principalmente la carta segunda del llamado *Filósofo Rancio* que se encuentra en el tomo primero de sus obras publicadas en esta Corte en 1824 y 1825.

comprometen el reposo de la Iglesia sin alterar al mismo tiempo el del Estado; que aun en las sociedades mas moderadas no solamente existen tribunales para castigar los delitos despues de cometidos, sino que hay tambien otros de seguridad y de vijilancia para prevenirlos y precaver los estravios y las tramas que podrian turbar la tranquilidad pública; que es lícito á los Pontífices y á los Majistrados pensar que las malas doctrinas conducen á las malas acciones; que ninguno tiene derecho para ser sedicioso bajo del pretexto de libertad de opiniones; que en jeneral la violencia no puede ser rechazada sino por la violencia, como ha dicho Ciceron (1); y últimamente que si los medios de represion no esceden los límites lejítimos, forman la seguridad de las personas honradas, y solo pueden desagradar á los malvados.

Observad en segundo lugar que

(1) Epist. ad famil. Lib. XII, Epist. III.

para juzgar con acierto en esta materia es preciso transportarse á los tiempos en que se estableció este tribunal, á aquellos tiempos de inquietud en que sectas turbulentas hacian temer á los gobiernos y predicaban sus errores con las armas en la mano: es preciso tambien saber que lo mas severo que se dice tiene este tribunal, procede de la política de los Príncipes. En efecto, el Emperador Federico II fué quien en el siglo XIII (1) dictó en Pádua los edictos mas rigorosos sobre esta materia; y cuando á fines del siglo XV (2) se estableció en España por el Papa Sixto IV, fué á peticion del Rey Fernando, así como tambien cuando en el siglo XVI (3) fué establecida en Portugal por Paulo III, lo fué á instancias del Rey Juan III: en Venecia fué igualmente establecida por órden espresa del Senado, siendo tres senadores individuos de ella.

(1) 22 de febrero de 1224.
(2) En 1483.
(3) En 1535.

Por esto el autor de la obra titulada el *Amigo de los hombres*, que ciertamente está muy distante de amar este tribunal, ha dicho lo siguiente (1): «La Inquisicion, ese tribunal «terrible en otro tiempo en el órden «civil era una institucion de los Prín«cipes.»

Es preciso que observeis en tercer lugar en elojio de la Iglesia de Roma, y este es un punto capital, que este tribunal procedia en ella del modo ménos severo, y que en ella no se han conocido esos suplicios que se le atribuyen en otras partes: y Fleury, aunque opuesto á la Inquisicion, observa espresamente (2) en su séptimo discurso que los soberanos Pontífices hicieron muchos reglamentos para moderar todo lo que en ella pudiera ser demasiado severo:

Yo bien sé que los Españoles, cuando

(1) Tom. II, páj. 191.

(2) *Septième discours sur l'Histoire ecclésiastique*, num. XIII.

se les reprende su Inquisicion, la defienden haciendo observar que mientras que la Francia, la Alemania, la Inglaterra, los Paises Bajos y la Suiza fueron presa de las discordias civiles, este tribunal mantuvo la tranquilidad en España, y el mismo Voltaire observa en su *Ensayo sobre la historia jeneral* que en el siglo XVI y XVII no hubo en España ninguna de aquellas revoluciones sangrientas, de aquellas conspiraciones y castigos crueles que se vieron en las demas Cortes de Europa, y que *sin la Inquisicion nada habria que reprenderle*; pero sobre esto dice un escritor de nuestros dias lo siguiente: «Yo no «sé lo que podria responder el enemi«go mas encarnizado de la Inquisicion «á un Español que la justificase en es«tos términos:

«Sois un miope, no veis mas que «un solo punto. Nuestros lejislado«res miraban desde mucho mas alto, «y veian todas las cosas en grande. De «este modo vieron al principio del

«siglo XVI *humear*, digámoslo así, la «Europa; y para libertarse del incendio «jeneral, emplearon la Inquisicion, *y se «sirvieron de ella como de un medio po- «lítico para mantener la unidad relijiosa «y precaver las guerras de relijion.* No «os ocurrió á vosotros un medio seme- «jante: examinemos ahora las conse- «cuencias, y sea la experiencia el único «juez irrecusable en ésta materia.

«Ved encendida la guerra de treinta «años por los argumentos de Lutero, «ved los escesos inauditos de los Ana- «baptistas y de los habitantes de los cam- «pos *(des Paysans)* (1): las guerras civi- «les de Francia, de Inglaterra y de Flan- «des; los asesinatos del dia de san Bar-

(1) Alude á los habitantes de las aldeas de varios distritos de Alemania, que seducidos por las ideas de igualdad absoluta que les predicaban Muncer y Estorck: jefes de la secta de los anabaptistas, se armaron contra sus señores y contra los majistrados y el clero, recorriendo la Suabia, la Turinga, la Franconia, la Alsacia y en jeneral las orillas del Rhin, en las que cometieron los mayores escesos (*el Traductor*).

«tolomé, los de Merindol, de los Ceve-
«nes, el asesinato de María Estuardo, el
«de Enrique III, de Enrique IV, de Cár-
«los I, del príncipe de Oranje etc. etc.
«La sangre que vuestros novadores han
«hecho derramar formaría un lago en
«que bogaría un navío, cuando la Inqui-
«sicion no hubiera derramado mas que
«la de ellos. Vosotros, ignorantes presun-
«tuosos, que nada habeis previsto, y que
«habeis bañado en sangre toda la Eu-
«ropa; solos vosotros erais capaces de
«censurar la conducta de nuestros Reyes
«que todo lo previeron. No vengais ale-
«gando que la Inquisicion ha producido
«este ó el otro abuso en tal ó tal épo-
«ca: no es eso de lo que ahora trata-
«mos, sino de saber *si durante los tres*
«*últimos siglos ha habido mediante la*
«*Inquisicion mas paz y felicidad en Es-*
«*paña que en todos los demas paises de*
«*Europa*. Sacrificar las jeneraciones ac-
«tuales á la felicidad problemática de las
«jeneraciones futuras podrá ser el cál-
«culo de un filósofo; pero los cálculos

«de los lejisladores son muy diferen-
«tes (1).»

Yo, Señores, no trato de dar ni quitar valor á esta apolojía: ni la censuro ni la apruebo; pues es de poca importancia para la causa que defiendo: quiero vindicar la Iglesia católica, y aunque la España es una parte muy recomendable de ella, no es al fin la Iglesia toda, así como tampoco un tribunal particular de Francia compone toda su majistratura.

Se ha dicho, se dice y se dirá siempre con el tono mas decisivo, y como si fuese un hecho indudable, que Santo Domingo fué el primer inquisidor en la Galia Narbonense; y sin embargo nada hay mas incierto, por mas que se asegure con tanta confianza. Los historiadores de la vida de Santo Domingo, y varios sábios críticos modernos sostienen, apoyados en los mas fieles autores contemporáneos, que Santo Domingo jamás

(1) *Lettres à un gentilhomme russe sur l'Inquisition*: Carta IV, páj. 89 y sig.

empleó con los herejes otros medios que la instruccion y la paciencia, y que lo mas amargo de su mision fué imponer á los herejes convertidos por su caridad penas satisfactorias, como por ejemplo, ayunos y oraciones (1). Se ha dicho, y así lo supone Montesquieu, que los Judíos eran castigados á causa solo de su relijion; pero esto es muy inexacto, pues la Inquisicion solo perseguia á aquellos que despues de haber profesado el cristianismo apostataban públicamente para volver á judaizar.

Si hubiéramos de creer á los escritores incrédulos del último siglo, seria preciso mirar la España como una tierra que con su Inquisicion devoraba á sus habitantes; y sin embargo es indudable que desde que entró á reinar la actual dinastía no ha dado la Inquisicion

(1) Véase: *Dictionnaire de Théologie por Bergier*: artículo *Dominicains*; y *Vies des Pères et des Martyrs*, traducidas del ingles; obra llena de buena crítica, al 4 de agosto, nota, páj. 85, tom. VII, edicion de 1811.

muestras de aquel rigor que se le imputa; pues que el último auto de fe fué en el año de 1680 en el reinado de Cárlos II. Un escritor, cuyo testimonio no es sospechoso, un frances Embajador de Francia en España (1) y enemigo de la Inquisicion, dice en su *Cuadro de la España moderna* (2) lo siguiente: «Mas «de nueve años de permanencia en Es«paña y de observaciones me han con«vencido de que con alguna circunspec«cion en los discursos y en la conducta «en lo respectivo á la Relijion, es fácil «libertarse del tribunal de la Inquisicion, «y vivir tan tranquilamente en España «como en cualquier otro pais de Euro«pa.» En fin, Señores, censuren cuanto quieran los protestantes y los incrédulos la Inquisicion de España y la de Portugal; este tribunal, vuelvo á decir, nunca es mas que una institucion local, temporal, particular, y mas bien política que

(1) *Bourgoing*, Embajador en tiempo del Directorio.

(2) Tomo I, paj. 388.

eclesiástica. En todo caso siempre es tan poco filosófico tomar de ella motivo para acusar de fanatismo la Relijion católica en jeneral, como lo seria acusar de ateismo á una academia, porque contase algunos atéos entre sus individuos; pero tambien quisiera yo saber cual es la secta que tiene derecho para tirar la primera piedra á este tribunal. ¡Cuantos edictos sanguinarios no se han dado en las naciones que abrazaron la reforma, ya sea por los herejes contra los católicos, ya por una secta contra otra! ¿Fué acaso Calvino muy tolerante con Serveto, y con otros muchos que innovaban así como él habia innovado? ¡Cual no fué el rigor de la Dinamarca y de la Suecia contra los católicos! ¡Con que furor no fueron perseguidos los Armenios en Holanda! ¿No fué decapitado Barneveldt, y condenado Grocio á una prision perpétua? Nosotros diríamos especialmente á los Anglicanos: ¿os corresponde á vosotros echar en cara á la Iglesia Romana la Inquisicion, á vosotros

cuyas leyes contra los católicos estan llenas de las disposiciones mas atroces que jamas han manchado el código de ningun pueblo civilizado? Diríamos en fin á la secta incrédula del último siglo: ¿os será lícito á vosotros reprochar á la España los antiguos autos de fe, á vosotros cuyos principios y conducta debian producir una Inquisicion capaz de hacer en tres años mas víctimas que las que podian hacer en tres siglos todas las Inquisiciones de los dominios españoles? Nosotros los franceses debemos reconocer que carecemos de todo derecho de adoctrinar á nuestros vecinos; humillémonos y demos con nuestra vergüenza una pública satisfaccion; lamentémonos de los estravíos del hombre arrebatado por sus pasiones, y sobre todo por su soberbia; aprovechémonos de nuestras faltas pasadas para hacernos mejores, en lugar de declamar con tanta acrimonia contra las de nuestros semejantes, y cubramos todos con un velo nuestras faltas recíprocas: así lo manda la Relijion. Unámonos

tanto como hemos estado divididos, y perdonemos para que se nos perdone (1).

Así pues nada hay en Jesucristo, autor divino de la Relijion, que no respire la caridad mas pura, y nada en su Iglesia mas santo que su doctrina; de la que es muy injusto juzgar por la opinion, la conducta ó las intenciones de una parte de sus miembros, estraviados alguna vez por un falso celo. ¿Pero no hay algunos sucesos, en que se descubre tan solo odio y furor, y que deban mirarse como obra de la Relijion misma?

Es tal, Señores, la conducta de los incrédulos que callan los bienes inmensos que el cristianismo ha producido en la tierra, y ponderan con satisfaccion los abusos que de él han podido hacer las pasiones humanas. Los cismas y las herejías que han turbado los Estados, las

(1) *Véase* la obra titulada: *Paradoxes interessants: Réponse à la lettre d'un patriote sur l'intolérance des sectes*, páj. 417. *Nouveau voyage en Espagne*, art. *Inquisition*, páj. 68.

contiendas sangrientas, y las guerras que han dimanado de ellas, las cruzadas que atribuyen á un falso entusiasmo relijioso, la mortandad de los Indios al tiempo del descubrimiento del nuevo mundo, los horrores del dia de San Bartolomé y la revocacion del edicto de Nantes; hé aquí lo que citan como obra de la Relijion misma; y pintado así el cristianismo con tan negros colores se presenta á una imajinacion exaltada solo como un monstruo enemigo de la humanidad.

A todas estas declamaciones inspiradas por el odio y la preocupacion podria desde luego responder con el autor del *Espíritu de las leyes* (1). «Es muy «mal modo de argüir contra la relijion «hacer en una grande obra una larga «enumeracion de los males que ha pro«ducido, si no se hace tambien la de los «bienes que ha causado. Si yo me pro«pusiese referir todos los males que han

(1) Lib. XXIV, cap. II.

«ocasionado las leyes civiles, el gobier-
«no monárquico y el republicano, diria
«cosas horrorosas.» Con semejante modo de raciocinar contra la relijion, y tal manía de hacerla responsable de los abusos que de ella hacen los hombres; olvidando al mismo tiempo los bienes de que es oríjen para solo recordar los males á que sirve de pretexto, ¿sabeis, Señores, á dónde iríamos á parar? Al trastorno del órden social, y al estado salvaje; porque al fin yo tambien podría referir los males que ha ocasionado la sociedad, y decir: recorred los anales de los pueblos, tanto antiguos como modernos, los de los Ejipcios, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos, los de los bárbaros que arruinaron el imperio romano, y los de las naciones que se formaron de sus reliquias; estudiad la historia de las cuatro partes del mundo, y en todas hallaréis vicios y crímenes horrorosos, á que ha dado lugar la civilizacion misma, y por todas veréis ensangrentada la tierra por

divisiones y guerras en cierto modo perpétuas. Apénas en las veinte y cuatro horas en que se divide el dia, habrá una sola en que en algun punto del globo no corra la sangre humana derramada por el hierro en los combates: ¡tantas y tan crueles calamidades puede producir la sociedad! Y ¿sería por eso útil al jénero humano vivir errante en los bosques como los animales? Lo que vosotros responderíais á esas declamaciones contra el órden social, eso mismo responderé yo á los que declaman contra la relijion. Pero, Señores, si respecto de la sociedad no se trata de saber lo que puede llegar á ser el poder que la gobierna puesto en manos que abusen de él, sino lo que sin él sería la misma sociedad, ¿por qué se ha de buscar en el cristianismo únicamente el abuso que el hombre puede hacer de él, y no se ha de procurar conocer lo que serian sin él las naciones que le profesan?

¿Recordais, diré yo á los incrédulos, las guerras de relijion, y ocultais

al mismo tiempo que una ambiciosa y turbulenta política era la que urdia en secreto aquellas tramas, y la que en seguida sublevaba los pueblos en nombre de la relijion, como lo ha reconocido Juan Santiago? Habeis calculado por aproximacion el número de víctimas que pueden haber hecho las disputas relijiosas en el espacio de diez y ocho siglos, y habeis contado seis mil en cada año distribuidas entre las diversas naciones cristianas; pero al mismo tiempo os desentendeis de que las máximas de la relijion han hecho ménos crueles las guerras y mas raras las revoluciones; que han introducido entre los pueblos un cierto derecho de jentes y reglas de equidad que nunca serán suficientemente agradecidas, y que de este modo han ahorrado la efusion de sangre humana. «Sin salir de nuestra Francia, dice «un apolojista moderno (1), yo sosten-«dré que solo la institucion de las casas

(1) Bergier, *Traité de la vraie Religion*, part. III, cap. VII. §. 19, tom. X, páj. 437, en 12.

«de expósitos, y el cuidado que inspira «á los padres la idea del bautismo con«serven todos los años mas de seis mil «franceses.... La crueldad de los Chinos, «continua él mismo, deja perecer todos «los años mas de treinta mil niños, segun «cuenta hecha; ¡y aun nos ponderan «los filósofos las costumbres chinas! La «barbárie de los Romanos dejaba tam«bien morir de hambre y de enferme«dad todos los años un gran número de «esclavos, y nada tampoco dicen de esto «los filósofos.» Publicais que el cristianismo es el que únicamente ha encendido sangrientas disputas de relijion, y que solo él ha inspirado el celo perseguidor; y olvidais que la historia de los pueblos de la antigua Grecia nos presenta una guerra sagrada, continuada con furor por espacio de diez años, de la cual fué causa la Relijion (1); que cuando Xerxes, adorador del fuego elemental, taló la Grecia, destruyó tambien

(1) Rollin, *Histoire ancienne*, lib. XIV, §. 2. tom. VI, en 12, páj. 40.

los templos de sus Dioses; que miéntras que en Ejipto colocaba un pueblo sobre los altares cierta especie de animales, sus vecinos los abominaban, de lo que procedian guerras contínuas de ciudad contra ciudad (1). Olvidais que el celo del paganismo hizo correr arroyos de sangre cristiana en las provincias del Imperio por espacio de tres siglos: que los Armenios, que habian abrazado y profesaban tranquilamente el cristianismo, tuvieron que sostener en el siglo IV una guerra cruel contra Maximino que se puso al frente de sus tropas para atacarlos en sus montañas y obligarlos á restablecer los ídolos que habian derribado: que Juliano el filósofo hizo á la Relijion una persecucion mucho mas tenaz y terrible que la de Neron: que el Califa Omar destruyó mas de cuatro mil templos paganos, ó iglesias cristianas, y extendió por la fuerza de las armas en dilatados paises la doctrina del falso Profeta: que las

(1) Rollin, *Histoire ancienne*, lib. I. cap. XI. §. I, tom. I, páj. 73.

contiendas relijiosas sobre el Alcoran han orijinado guerras sangrientas entre Persas y Turcos; y olvidais por último que en nuestros dias la incredulidad, con el nombre de filosofía, despues de haberse armado de sofismas, se ha armado tambien con la cuchilla homicida contra los discípulos del Evanjelio; ¡y aun os atreveréis á decir que solo el cristianismo se ha manchado con disputas sangrientas! Compadezcamos, Señores, á la humanidad por ser capaz de abusar de cuanto hay mas sagrado sobre la tierra: pero porque el cristianismo haya podido ser inocentemente pretexto para algunos males, no por eso olvidemos los beneficios que le debemos por las virtudes que hace practicar á los hombres. Despues de haber visto el sol alumbrando y animando la naturaleza con su brillo y calor, ¿será lícito insultar su luz porque su fuego levante de la tierra vapores de que alguna vez se forman tempestades (1)?

(1) *Paradoxes intéressants*, paj. 375, y 468.

¿Y que dirémos de las Cruzadas? No acusemos, Señores, lijeramente sobre esto á nuestros padres, ni condenemos unas empresas estraordinarias que tanto han influido en los destinos de la Europa. Si quisiéramos reflexionar bien las cosas, tal vez veríamos que nuestros padres fueron guiados con mas seguridad por sus sentimientos relijiosos, que nosotros por nuestra fria razon, y que las guerras santas prueban su prevision tanto como su valor. Yo convendré en que el deseo de rescatar el santo Sepulcro y los lugares consagrados por la piedad del mundo cristiano haya tenido gran parte en aquellas lejanas expediciones, y que este haya sido el *motivo* popular de esas empresas que parecen increibles, así como aun en el dia es su lado poético. ¿Pero no podrán acaso traslucirse por entre aquel entusiasmo que dominó al Occidente, las ideas de una política tan lejítima como profunda? Yo no trato de disimular el libertinaje y la licencia de un gran número de

cruzados, el modo imprudente de dirijir las guerras santas en algunos puntos, ni la locura de ciertas reuniones tumultuosas que salian de Europa, sin disciplina y sin órden. Pero, Señores, ¿no se cometen en todas las guerras, aun en las mas justas y mas bien dirijidas, escesos que las deshonran? El hombre lleva consigo mismo á todas partes los estravíos de su espíritu y de su corazon. Examinemos pues en jeneral y en sus efectos esas cruzadas emprendidas segun las reglas comunes de la guerra al fin del siglo XI bajo del reinado de Felipe I, en el XII bajo del de Luis el jóven, y en el XIII bajo del de San Luis; y juzguemos con imparcialidad: es cierto que si buscamos los motivos de estas empresas hallarémos que la profanacion de los santos lugares, la opresion de los cristianos de la Palestina, y los insultos crueles hechos á los peregrinos de las naciones cristianas, fueron el medio poderoso de que se echó mano para escitar el valor: ¿pero se podrá tampoco

ocultar que la idea de las potencias coligadas fué la de salvar sus tierras de la invasion que las amenazaba? ¿No era formidable aquel poder mahometano que habia ya hecho tantos progresos, y que parecia no conquistar sino para destruir la civilizacion y el Cristianismo? ¿Debia acaso la Europa esperar tranquilamente la vergüenza y el azote de la esclavitud, y dejarse oprimir separadamente cada nacion cristiana en lugar de hacer con todas las demas una santa liga contra el enemigo comun? ¿Por qué, si admiramos á Anibal atravesando los montes para llevar la guerra á la Italia y vencer á Roma en Roma misma, por qué hemos de desear que los pueblos europeos se hubiesen abandonado á un cobarde reposo ántes que llevar la guerra hasta el centro del imperio de sus enemigos? Es ademas un hecho bien comprobado que el celo de los Latinos fué escitado vivamente por los enviados del Emperador Alejo, los cuales solicitaron sus socorros en los concilios de

Plasencia y de Clermont: yo no sé si se querrá poner en el número de los fanáticos al príncipe de los filósofos modernos, al inmortal Bacon; pero lo que no tiene duda es que en sus obras se halla un diálogo sobre *la guerra sagrada*, cuyos principios se dirijen á justificar las guerras hechas á los mahometanos. No era tampoco el juicioso Fleury un necio entusiasta, y en sus *Discursos sobre las Cruzadas* (1), sin dejar de reconocer en ellas ciertos inconvenientes, no duda sentar que sus jefes obraron impelidos por miras políticas; y en su obra titulada *Costumbres de los Cristianos* (2) dice estas palabras dignas de atencion: «Estas empresas se habian hecho necesarias; no habia entónces ningun príncipe cristiano bastante poderoso por sí solo para contener los progresos de los mahometanos,

(1) VII Discours sur l'hist. ecclesiast. núm. 1.

(2) §. 64.

«enemigos declarados de cuantos no quie-«ren abrazar su relijion, y que, ha-«cia ya mas de doscientos años, saquea-«ban impunemente la Italia, y eran due-«ños de la Silicia y de casi toda la Es-«paña. Por los esfuerzos de las Cruza-«das fueron arrojados de esta parte de «Europa, y considerablemente debilita-«dos en el Ejipto y en la Siria.» Tampoco era un ignorante cierto escritor de nuestros dias, de quien tenemos una disertacion sobre las Cruzadas en las *Memorias de la Academia de inscripciones y bellas letras* (1): hablo del sabio Mr. de Guignes, cuyas palabras son las siguientes: «Cuando criticamos estas em-«presas es porque no hemos reflexiona-«do bastante sobre el estado de los ne-«gocios en aquella época. Los musulma-«nes, despues de haberse apoderado de «la Siria, se habian tambien hecho due-«ños primeramente del Africa, y en se-«guida de la España y de todas las Islas del

(1) Tom. XXXVII, en 4.º páj. 467.

«Mediterráneo, desde donde insultaban «contínuamente las costas de Italia. Por «la España y por la Córcega se introdu-«cian tambien en nuestras provincias «meridionales, y las talaban, robando «ademas nuestros navíos: Constanti-«nopla era una barrera poderosa; y «si la hubieran podido salvar como in-«tentaban, toda la Europa quedaba ame-«nazada, y espuesta á caer en su poder. «Solo atacándolos en el centro de su Im-«perio, se podia esperar debilitarlos «considerablemente. Así en efecto se «hizo, y de este modo se les dió un gol-«pe de que no pudieron rehacerse.»

Así pues, estas guerras fueron como un dique opuesto á la irrupcion de los bárbaros, y salvaron la civilizacion y el cristianismo: añadamos á esto que libertaron á los pueblos de la Europa de su propio furor, é hicieron cesár la opresion debilitando el poder de los grandes y fortaleciendo la autoridad Real. Así lo ha reconocido el Presidente Hénault, y por esto, dice

hablando de las Cruzadas (1): «Ellas «contribuyeron mucho á que nues«tros Reyes se deshiciesen de aquellos «tiranos importunos que marcharon á «llevar á rejiones lejanas su espíritu «turbulento, y dejaron en paz el Estado.»

Es indudable por último que ellas reanimaron el gusto al comercio, á las ciencias y á las artes, y prepararon aquella revolucion que debia producir los siglos de Leon X y de Luis XIV. Sobre esto puedo tambien alegar el testimonio de escritores nada sospechosos. En la *Historia Universal*, traducida del ingles (2), se dice lo siguiente: «Las Cruzadas opusieron el mas gran«de obstáculo al poder de los mahome«tanos: hicieron conocer á los príncipes

(1) *Histoire de France*, primera parte, tom. III. páj. 976.

(2) Tom. XXI en 4.° páj. 2. Véase el libro titulado *De l'influence des Croisades sur l'état des peuples de l'Europe*, por Mr. de Choiseul d'Aillecourt: obra que alcanzó una parte del premio designado por el Instituto en 1808.

«de Europa las utilidades de la ma-«rina, y abrieron el camino á los gran-«des descubrimientos.»

No nos admiremos pues de que un escritor frances que mira las cosas mas en grande que la jeneralidad de los escritores, haya dicho estas palabras (1): «Debilitada la vista por el odio no ha po-«dido abrazar el plan jeneral de un tan «vasto cuadro, y solo se ha fijado en al-«gunos pormenores, porque el carácter «distintivo de la filosofía moderna es «cierta limitacion de espíritu; quiero «decir, un espíritu que solo se ocupa de «pequeñeces..... ¡Desgraciado el tiempo «y desgraciados los pueblos en que los «motivos que promovieron las cruzadas «hayan podido ser atacados impunemen-«te por declamaciones de retóricos, ó «desfigurados por sutilezas de sofistas.»

Basta, Señores, para que la juventud conozca que debe hablar con mucha

(1) De Bonald: *Législation primitive*, tom. III. discours politiq. §. 8.

precaucion de las cruzadas en lugar de tomar de ellas ocasion para tratar á la relijion con una lijereza muy reprensible.

Paso á hablar de la mortandad de los Indios, de que se acusa á los Españoles, punto sobre el cual se ha llegado en nuestros dias hasta el estremo de escribir *que se habian sacrificado á Jesus doce millones de naturales del pais.* Señores, cualquiera que oiga ó lea calumnias tan atroces no puede ménos de pasmarse de asombro. Aunque se concediera que algunos cristianos ó sacerdotes españoles se hubiesen dejado estraviar por un celo violento y sanguinario (1), ¿que justicia habria

(1) Es preciso tener presente que los escritores estranjeros, émulos siempre de las glorias de los Españoles, les han atribuido falsamente un celo violento, feroz y sanguinario en la conquista del nuevo mundo, y no es de estrañar que el Escmo. señor Obispo de Hermópolis, escribiendo en un pais en que el torrente de la opinion propende á tales imputaciones, no haya tomado por su cuenta el impugnarlas, y

para atribuir á la Iglesia cristiana los escesos de algunos de sus individuos, cuando ella misma los detesta? ¿Pero quien ignora que la Relijion solo intervino en aquellas conquistas para mitigar la severidad con que tal vez en algunas ocasiones trataron á los Indios sus primeros conquistadores? Oid lo que sobre el particular dice, no un hombre sospechoso, sino un [illegible]

[illegible]
si conformadose con ellas en cierto modo, aunque por medio de una mera suposicion. Para que los lectores puedan formar un juicio exacto sobre la falsedad de los escesos que la emulacion y la envidia imputan á los Españoles en la conquista del nuevo mundo, pueden leer el prólogo del poema titulado: *Méjico conquistada*, escrito por D. Juan de Escoiquiz: las *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los Españoles en las Indias*, escritas en italiano por el Abate D. Juan Nuix, y los trece últimos párrafos de la Introduccion á la *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles hasta fines del siglo XV*, que de Real órden está publicando el dignísimo Español y sabio Académico D. Martin Fernandez de Navarrete. (*El Traductor*).

Presbiteriano (1), y esto va á vindicar la Iglesia romana. Despues de haber observado que no debe atribuirse á la política del gabinete español la despoblacion de la América, añade: «Con mayor injusti-«cia todavía atribuyen muchos escritores «la destruccion de los Americanos al es-«píritu de intolerancia de la Relijion «romana, y se acusa á los eclesiásti-«cos españoles de haber escitado á sus «compatriotas á degollar aquellos pue-«blos inocentes como idólatras y enemi-«gos de Dios.... Ellos fueron al contra-«rio unos ministros de paz para con los «Indios, y siempre trabajaron en su fa-«vor. A su poderosa mediacion debie-«ron los Americanos todos los regla-«mentos que se dirijian á mejorar su «suerte.» Nadie ignora tampoco que un individuo de la Relijion Dominicana, Fr. Bartolomé de las Casas, se inmortalizó por su ardiente é infatigable

(1) Robertson, *Histoire de l' Amérique*, lib. VIII, nota 71, tom. IV en 12.° páj. 142 y 328.

celo en defender la causa de los Indios.

¿Y qué diremos ahora del dia de San Bartolomé? Dirémos que fué un dia horrible, eterno borron de nuestros anales, y que ciertamente no habrá un solo francés verdadero que no desease poder rasgar las sangrientas pájinas que recuerdan su memoria. Fué sin duda un dia horroroso; pero tambien es una horrorosa calumnia imputar á la Relijion los escesos que en él se cometieron, como si ella los hubiese mandado, como si los hubiese aprobado, ó como si tan espantosa tragedia pudiera acomodarse á las máximas y al espíritu del cristianismo; y mas cuando es un hecho bien probado, que ningun Obispo ni Sacerdote asistió al Consejo en que se acordó tan horrible carnicería. Es muy fácil á los declamadores asegurar que el falso celo por la relijion armó á Cárlos IX con el puñal homicida; pero reconozcámos en honor de la verdad que semejante catástrofe fué efecto mas bien de una

mandó hacer en Roma por este suceso; pero se calla con cuidado que para paliar Cárlos IX su crímen y alucinar á las córtes de Europa, despachó correos á todas para extender la voz de haberse visto obligado á tomar medidas violentas con motivo de haber descubierto inopinadameute una conspiracion contra su persona y autoridad, y que por medio de ellas se habia libertado del inminente riesgo que le amenazaba. Concedamos por un momento que algun clérigo insensato haya aplaudido tal mortandad: ¿será proceder de buena fe atribuir por eso á la Relijion el esceso de un ministro indigno? ¿Se deberá declamar contínuamente contra la antigua Majistratura de Francia porque algunos Majistrados hayan vendido la justicia, ó contra las letras y la imprenta porque un escritor haya abusado de ella en el último siglo por espacio de ochenta años para predicar el libertinaje y la impiedad?

Cualquiera que no esté estraviado por

el odio, notará que en aquella mortandad murieron tambien *un gran número* de Católicos víctimas de venganzas personales, y que en Leon, en Tolosa y Burdeos debieron muchos proscriptos su vida á los eclesiásticos. Se sabe tambien, segun una tradicion respetable, que Juan Hennuyer, Obispo de Lisieux, se opuso á este atentado con tan esforzada clemencia, que conmovidos los calvinistas abjuraron ante él sus errores. ¿Y hay acaso algun escritor eclesiástico que no haya hablado con horror de un dia tan funesto? El historiador de Enrique IV, Perefixe, le llama «accion «execrable que jamas habia tenido ni «con el auxilio de Dios tendria seme-«jante;» y Bossuet nunca recuerda tan espantoso dia sin sentimientos de execracion. Yo no ignoro que se ha dicho que un eclesiástico llamádo Caveyrac hizo la apolojía del dia de San Bartolomé: esto se ha sentado como un hecho por d'Alembert y por Voltaire, como se ve por su correspondencia; y esto mismo

se ha repetido despues y se sigue repitiendo en nuestros dias; pero bien conoceis, Señores, que la causa de este escritor nada tiene que ver con la de la Relijion, porque al cabo ¿ que daño podria hacer al cristianismo el que un frenético se hubiese hecho apolojista de un frenesí? ¿No habrá buena filosofía porque el filósofo Séneca haya hecho la apolojía de un mónstruo asesino de su madre? Pero en esta parte ni aun tienen los sofistas el triste mérito de haber hecho un descubrimiento desagradable, y aun esta imputacion es una calumnia. Desde la primera pájina dice Caveyrac: «Se pueden dar algunas luces «sobre los motivos y los efectos de es«te trájico suceso, sin aprobar por eso «tácitamente los unos, ni contemplar los «otros sin sentimiento; pues aun cuando «se quitasen al dia de San Bartolomé las «tres cuartas partes de los horribles es«cesos que en él se han cometido, que«daria aun bastante horroroso para ser «detestado por todos aquellos en quienes

«no se haya extinguido todo sentimiento de humanidad. Bajo de tal «confianza me atreveré á sostener los «puntos siguientes:

1.º «Que la Relijion no tuvo en «aquel suceso parte alguna.

2.º «Que fué un asunto de mero «destierro.

3.º «Que solo debió ser extensivo á «París.

4.º «Que pereció en dicho dia mucha «ménos jente de lo que se ha escrito.»

Sean ó no fundadas estas aserciones hay mucha diferencia de esto á la apolojía de los asesinatos; y confundir lo uno con lo otro es un rasgo de mala fe que apénas pudiera creerse si no estuviera la prueba á la vista.

Me resta, Señores, hablaros de la revocacion del edicto de Nantes. Ya creo notar vuestra impaciencia por saber como os presentaré un suceso mas inmediato á nosotros, y cuya memoria ha derramado muchas veces tanta acrimonia en nuestras discusiones políticas.

Imparcial como he sido hasta aquí, diré las cosas tales como las veo, y hablaré de ellas sin rodeos ni pasion. Aun cuando debiera condenarse esta medida como fruto de una falsa política ó de un falso celo, yo no veo en qué pueda servir de gran motivo de triunfo á los enemigos del trono y del altar. Luis XIV es por sí bastante grande, y en todo caso merece que se le perdone una falta; y la Relijion es demasiado santa en sus preceptos y pura en los sentimientos que inspira, para que pueda ser manchada por los escesos personales de algunos de sus hijos. Procuremos entresacar la verdad de entre las exajeraciones y los sofismas.

Cuidemos primeramente de no atribuir con lijereza á aquel gran Rey un despotismo feroz, ni le acriminemos por haber reinado en circunstancias distintas de las del dia, y bajo de la influencia de las opiniones que dominaban en su tiempo, y que tan diferentes eran de las nuestras.

Las largas y sangrientas guerras de relijion estaban aun vivamente presentes en todos los ánimos, y el recuerdo de los males pasados escitaba á tomar medidas para evitar que se repitiesen. No trataré, dice con este motivo el augusto discípulo de Fenelon, el Duque de Borgoña (1), «no trataré de considerar «los males que la herejía ha hecho en «Alemania, en los reinos de Inglaterra, «de Irlanda y Escocia, en las Provincias «Unidas, y en otras partes: ahora tra«tamos del reino solo. Tampoco recor«daré en su pormenor esa cadena de «desórdenes consignados en tantos mo«numentos auténticos, aquellas reunio«nes secretas, aquellos juramentos de «asociacion, aquellas ligas con los es«trangeros, la resistencia á pagar los im«puestos, el pillaje de los fondos pú«blicos, las amenazas sediciosas, las «conjuraciones manifiestas, las guerras

(1) *Memoire sur la révocation de l'édit de Nantes*, por el Duque de Borgoña, véase la *Vie du Duc de Bourgogne*; 1782, tom. II, páj. 98 y sig.

«obstinadas, el saqueo de las ciudades, «los asesinatos premeditados, los incen-«dios, los atentados contra los Reyes, «y los sacrilejios multiplicados é inau-«ditos hasta entónces: básteme decir «que todos estos males, y otros muchos «han asolado el reino con mas ó ménos «furor desde Francisco I hasta nuestros «dias; es decir durante siete reinados «diferentes. Este es, digo, el hecho his-«tórico, hecho que podrá muy bien re-«cargarse con diversos incidentes, pero «que en su sustancia no se puede con-«tradecir ni poner en duda; y este es «el punto capital que debe considerarse «siempre en el exámen político de este «negocio.»

Poseido de estas ideas se ocupaba el gobierno hacia ya tiempo en minar insensiblemeute un partido formidable que habia llevado su osadía hasta querer formar un estado republicano en el centro mismo de la Francia (1). Los

(1) Véase *le Mercure de France*, tom. IX año de 1621, páj. 311.

decretos y edictos se sucedian rápidamente, dice el ilustre historiador de Bossuet, pues todos los de tolerancia y de pacificacion que anteriormente se habian dado, no se miraban como tratados de alianza, sino como reglamentos hechos por los Reyes para la utilidad pública, y sujetos á revocacion, cuando lo exijiese el bien del Estado. Tal era la opinion del Doctor Arnauld, y lo que es mas notable la del mismo Grocio. «El gobierno francés parecia seguir el mismo sistema político que hacia ya mucho tiempo habian adoptado los gobiernos protestantes contra sus vasallos católicos; y aun comparando el código penal de dichos gobiernos con el de Francia, seria fácil probar que esta se manifestó mucho mas induljente y tolerante (1).»

Hacia ya quince años que el gobierno seguia constantemente esta marcha, y nada anunciaba la abolicion completa

(1) *Histoire de Bossuet*, lib. XI, núm. 15, tom. IV, en 8.º páj. 57.

del edicto de Nantes, cuando conspiraciones sérias, que estallaron en 1683, le obligaron á deliberar sobre el particular. Los protestantes del Poitou, de la Santoje, de la Guienna, del Languadoc, de los Cevennes, del Vivarais, y del Delfinado (1) formaron un proyecto de union jeneral para reconquistar los privilejios de que habian sido despojados, y reedificar los templos que habian sido demolidos. Enarbolado así el estandarte de la sedicion en algunas de estas provincias, se vió obligado el gobierno á levantar tropas para contenerla; y habiendo llegado á ser este negocio el único y contínuo objeto de la atencion del Rey y de sus consejos, fué revocado por último el edicto de de Nantes (2).

«De tal modo parecia que la opi«nion jeneral aprobaba la sabiduría

(1) *Histoire de Louis XIV*, por Reboulet, año de 1685, tom. V, en 12.º

(2) En 22 de octubre de 1685.

«de esta medida, que Luis XIV recibió «felicitaciones de todas las clases de su «reino. Todos los parlamentos cumpli«mentaron al momento un edicto que «ellos mismos habian ya preparado por «medio de una multitud de decretos «particulares, de los cuales el edicto de «revocacion no era al parecer sino una «sancion jeneral. Las inscripciones que «aun se leian hace veinte y cinco años al «pie de la estátua de Luis XIV en la «plaza Vendôme y en el Ayuntamiento de «Paris parecian por su conformidad con «las memorias que nos han quedado «de aquel tiempo, no haber sido mas «que la espresion sincera de la opinion «pública (1).» Por esto decia muy fundadamente en 1789 un autor nada sospechoso, que *Luis XIV no habia hecho mas que ceder al voto jeneral de la nacion* (2).

(1) *Histoire de Bossuet*, lib. XI, tom. IV, páj. 63, núm. 15.

(2) Saint Lambert, en sus *Vœux adressés aux Etats généraux*.

El gobierno creyó con demasiada facilidad poder contener á unos por el miedo, y ganar á otros por la persuasion; pero la resisten cia armada de los protestantes le hizo conocer su engaño, y produjo medidas de rigor á que contribuyó en gran parte el carácter violento de Louvois, cometiéndose tanto por parte de los católicos como de los protestantes escesos lastimosos y deplorables.

«En fin la paz de Riswick restituyó «la calma á la Francia, y permitió al go- «bierno pensar en la suerte de los pro- «testantes. Habia ya muerto el Marques «de Louvois, que era el promotor mas «fogoso de las medidas de rigor, y «Luis XIV estaba siempre dispuesto «á adoptar todos los medios suaves y «razonables propios de su moderacion «y de su equidad natural. Los clamores «de tantas víctimas inocentes ó culpa- «bles habian conmovido su alma sen- «sible y jenerosa, y su misma relijion le «hacia mirar con indignacion el abuso «criminal que se habia hecho de su

«nombre y de su autoridad contra sus «intenciones tan conocidas, y tantas ve-«ces manifestadas. El Cardenal de Noai-«lles opuesto por carácter igualmente «que por principios á todo lo que po-«dia parecer fuerza y violencia, y Bos-«suet, que nunca habia querido em-«plear mas armas que la ciencia y los «medios de instruccion, hicieron pre-«valecer poco á poco los consejos de la «dulzura y de la moderacion, habiendo «sido felizmente auxiliados por las in-«sinuaciones mas persuasivas aun de «Madama de Maintenon, á quien una «razon dulce y tranquila y la piedad na-«tural á su sexo hacian siempre accesi-«ble á las máximas reconocidas por la «Relijion y la humanidad (1).»

Al desterrar Luis XIV á los ministros protestantes habia prohibido salir de Francia á los sectarios de su comunion; pero la emigracion de los Pastores ocasionó la de una parte de su rebaño.

(1) *Histoire de Bossuet*, lib. XI, núm. 17, tom. IV, páj. 97.

«Basnage, escritor protestante, hace subir «á trescientos ó á cuatrocientos mil el «número de los protestantes emigrados, «número que en semejante materia bas«ta para inspirar desconfianza á todo «crítico juicioso. La Martinière, protes«tante tambien, reduce este número á «trescientos mil. Larrey, igualmente pro«testante, se extiende solo á doscientos «mil; y á este número se limita Benoît, «historiador de la revocacion del edicto «de Nantes, tambien protestante.

«Cuando escritores de una misma «comunion, y contemporáneos todos «de los sucesos, estan discordes desde «cuatrocientos mil á doscientos mil, sin «fundar ninguno de ellos sus cálculos «en bases que aseguren su certeza, cual«quiera conoce que estos han sido muy «vagos, y se convence de que á lo me«nos es permitido tenerlos por dudo«sos (1).»

(1) *Histoire de Bossuet*, lib. XI, núm. 15, tom. IV, páj. 67.

Oigamos ahora al Duque de Borgoña que habia hecho exactas indagaciones sobre esta materia: «Se ha exajerado (1) infinitamente el número de «hugonotes que con este motivo salieron del reino; y esto es muy natural. Como los interesados son los únicos que hablan y claman, afirman todo lo que les acomoda. Un ministro por «ejemplo que veia disperso su rebaño, «publicaba que este habia pasado á paises estranjeros; un propietario de «una fábrica que habia perdido dos «obreros, formaba su cálculo como si «todos los fabricantes del reino hubiesen experimentado la misma pérdida «que él; la fuga de diez obreros de una «ciudad donde tenian sus conexiones «y amigos, daba motivo á rumores que «hacian creer que iban á faltar brazos «para todos los talleres de la ciudad. Lo «mas maravilloso en este punto es que

(1) *Vie du Duc de Bourgogne*, tom. II, páj. 108.

«varios majistrados se dejaron llevar «de estos rumores populares en las no«ticias que me dirijian respectivas á sus «distritos, manifestando en esto lo po«co instruidos que estaban de lo que «mas debia llamar su atencion; pues «sus relaciones fueron desmentidas por «otras, y demostrada su falsedad por «las comprobaciones hechas en varios «puntos; pero aun cuando el número «de los hugonotes que salieron de «Francia en esta época subiese, segun el «cálculo mas exajerado, á sesenta y sie«te mil setecientas treinta y dos perso«nas, no podian hallarse en este nú«mero, que comprendia todas las eda«des y ámbos sexos, tantos hombres «útiles que dejasen en los campos y ta«lleres un vacío capaz de influir en to«do el reino. Ademas este vacío nunca «debió ser mas perceptible que en el «momento en que se verificó; sin em«bargo entónces nadie le notó, y solo «en el dia es cuando sirve de motivo «para grandes lamentos. Es preciso

«tambien atribuirle á otra causa que «existe en efecto, y si se quiere saber, «es la guerra; pues en cuanto á la emi«gracion de los hugonotes, puede ase«gurarse que costó ménos hombres úti«les al Estado que los que le arrebataba «un solo año de guerra civil.»

Si hubiésemos de creer á ciertos declamadores deberíamos suponer que las riquezas y la prosperidad huyeron de la Francia con los protestantes emigrados; pero yo os pregunto: ¿dejaron de aumentarse el comercio y la industria? ¿No se vió durante el siglo XVIII multiplicarse por todas partes telas exquisitas, muebles magníficos, pinturas de grandes profesores, y casas ricamente adornadas?

A la época de la revocacion acababa de salir nuestro comercio de las manos de Colbert su creador, y estaba aun en la infancia. ¿Que podiamos por consiguiente enseñar á nuestros rivales, de quienes todo lo habíamos aprendido? La Inglaterra, la Holanda y la Italia nos

escedian en industria, y nuestras manufacturas de Louviers y de Sedan sacaron sus modelos de entre nuestros vecinos. El nombre solo de un gran número de manufacturas francesas nos recuerda Londres, Florencia, Nápoles y Turin, y descubre de este modo que son de orijen estranjero.

La Prusia fué casi el único Estado en que los refujiados hicieron establecimientos considerables; ¿ pero no eran ya ricas y poderosas ántes de las emigraciones Brema, Hamburgo, Lubeck y otras muchas ciudades? En esto se ve con que lijereza han sentado Voltaire y sus copistas que hasta entónces no habia sido el Norte de Alemania mas que un pais agreste.

Pudo sin duda el clero alabar una medida que aplaudia toda la Francia y que se consideraba dictada por una sabia política; pero puede tambien decirse que si tomó alguna parte en los sangrientos y recíprocos escesos que mancharon su ejecucion, fué solo ó para ser

víctima de ellos, ó para suavizarlos,

Ahora nos será ya fácil reducir á su justo valor esa vaga acusacion de fanatismo que se hace á la Relijion. Sepamos, Señores, sepamos desconfiar en lo sucesivo de todos esos escritores que han estudiado la historia como sofistas y no como filósofos, y que estraviados por su odio al Cristianismo se muestran admirados de las virtudes paganas, exajeran los vicios de nuestros antepasados y callan sus grandes cualidades; ponderan con una acrimonia pedantesca los rasgos de ignorancia y de barbárie que pueden acaso manchar su historia, y ocultan ó debilitan todo lo noble y magnánimo que tenia su carácter. ¡Ah! Si los Godofredos y los Joinville, si alguno de los héroes antiguos llenos de fe, y tan fieles á su Dios como á su patria, resucitasen entre nosotros para ser testigos de nuestra fria indiferencia y de esa corrupcion de entendimientos, que hace tener en nada la Relijion con la que está unido todo lo grande y bello

qué ha habido entre los pueblos modernos, no podrian decirnos con razon: «¿Qué habeis hecho, ó Franceses, de la «relijion de vuestros padres, y en qué «vendréis á parar sin ella? ¿Pensais que «podeis insultar impunemente al Cielo «y provocar su enojo? Reprochais á «vuestros antepasados su ignorancia; «pero ¿vale mas que su sencillez vues-«tro soberbio saber? Todos vuestros co-«nocimientos no han podido salvaros «del mónstruo del ateismo: nos ponde-«rais vuestras ciencias y vuestras artes, «semejantes en esto á los niños que fi-«jan su atencion en lo que hermosea «el edificio sin indagar si sus cimien-«tos estan firmes ó ruinosos. Nosotros «tendríamos usos ridículos; pero vos-«otros teneis sistemas que degradan al «hombre, hasta nivelarle con el bruto: «teníamos, sí, vicios; pero no filósofos «que nos enseñasen á llamarlos virtu-«des. Nuestros teatros groseros donde «se representaban las cosas santas por «un efecto de piedad escitan vuestro

«desprecio y vuestra risa, y vosotros «por impiedad y para mofaros mas de «la Relijion; la habeis hecho asunto de «las representaciones de los vuestros, «y para divertir vuestros ocios fué «preciso que la blasfemia se juntase con «la obscenidad. Nos echais en cara el «entusiasmo de las guerras santas, y «sin ellas el pais que habitais hubiera «tenido la misma suerte que tantos her-«mosos distritos de la Grecia y del Asia. «¡Ingratos, gozais en paz de la magní-«fica herencia conservada por el esfuer-«zo de vuestros abuelos, y aun insultais «su memoria! Debo haceros la justicia «de decir que habeis heredado su va-«lor; pero solo la Relijion es la que ase-«gura la prosperidad de los Estados y «la de las familias. ¡Ah! temblad que «vuestra indiferencia hácia ella no os «atraiga el castigo de verla desapare-«cer de entre vosotros; temed que hu-«yendo el Cristianismo de vuestro «suelo os deje en la noche de la «barbárie, como ha dejado á otros

«muchos paises en donde solo es hoy
«conocido imperfectamente, y temed
«por último llegar á ser mas bárbaros
«que vuestros padres, sin tener nada del
«heroismo de sus sentimientos y de sus
«virtudes.»

MAXIMAS

DE LA IGLESIA CATOLICA

SOBRE

LA SALVACION DE LOS HOMBRES.

La Iglesia Católica profesa en cuanto á la salvacion de los hombres tres máximas principales, que son para sus enemigos asunto de violentas declamaciones, y de triunfos imajinarios, y tambien de turbacion y escándalo para los cristianos débiles ó poco ilustrados en la fe. Léjos de disimular la Iglesia estas máximas, las profesa tan pública y claramente, que son parte de los primeros elementos de su doctrina, y tan fundamentales que las repiten así los niños como los adultos: vedlas aquí,

Señores, en toda su sencillez: «Sin el «bautismo ninguno entrará en el Rei- «no de los cielos: fuera de la Iglesia «no hay salvacion: sin la fe es impo- «sible agradar á Dios.» Aquí se confunde la imajinacion, y la razon parece justificar á primera vista sus inquietudes. ¡Como! ¡No hay salvacion sin el bautismo! ¿Que haceis pues de esa prodijiosa multitud de niños que mueren sin haberle recibido? ¿Destinais á las llamas eternas esas criaturas inocentes? ¡Que dogma tan bárbaro! Si fuera de la Iglesia no hay salvacion, ¿que es entónces de todas esas sociedades cristianas que llamais cismáticas porque estan separadas de la Iglesia católica, ó heréticas porque profesan una doctrina contraria á la de esta? ¿Sabeis acaso vosotros si los errores que les atribuis son á su entender la verdad misma, y si la buena fe justificará sus individuos ante la presencia de Dios? ¡Que intolerancia! ¡No haber salvacion sin la fe! ¿Y cual será entónces la suerte de esos

pueblos que jamas conocieron la revelacion? ¿Es acaso culpa del negro de Guinea ó del salvaje del Canadá que la luz del Evanjelio no haya brillado para ellos? ¿Se deberá hacer á los hombres un delito de su nacimiento, y enviar al uno al cielo porque haya nacido en Roma, y destinar al otro al infierno porque haya nacido en Constantinopla? «Si hubiese, dice Juan Santiago (1), una relijion en el mundo, fuera «de la cual no hubiese mas que pena eter«na, y en cualquier paraje del mismo «existiese un solo mortal de buena fe á «quien no hubiese llegado la evidencia «de aquella, el Dios de semejante Re«lijion seria el mas inícuo y el mas cruel «de los tiranos.» ¿Y no merecerán los sacerdotes que enseñan tan abominables máximas ser perseguidos como enemigos y verdugos del jénero humano? Esto es, Señores, lo que se dice y lo que tal vez habréis oido decir vosotros

(1) Emile, lib. IV. tom. III.

mismos: á lo ménos no se dirá que tratamos de debilitar ni de disimular las dificultades sobre una de las materias mas importantes y delicadas. Las hemos expuesto con franqueza; se les podria añadir mas de esa pompa y sensibilidad con que se adorna el charlatanismo; pero no referirlas con mas fidelidad.

¿Pero que diréis, Señores, si os hago ver que todo esto no es otra cosa que declamaciones engañosas, fundadas en falsas ideas acerca de la doctrina católica, y que para desvanecer toda la dificultad basta solo fijar la verdadera nocion de las cosas, y presentar el dogma tal como es, y no como se complacen en forjarle sus enemigos? En efecto, Señores, yo me atrevo á creer que esta Conferencia os convencerá de que el novelero Juan Santiago ha seguido mas su imajinacion que su razon sobre esta materia así como sobre otras muchas, y que la profesion de fe del Vicario saboyano solo es un cúmulo de

falsas suposiciones y de pomposos sofismas. No trato de proponeros esplicaciones arbitrarias de la doctrina de la Iglesia: no, nada diré por mí mismo, sino que todo lo apoyaré en las mas graves autoridades: aprovechándome sin embargo de las luces de los que han tratado ántes que yo esta materia, tal vez conseguiré presentaros la verdad con mayor claridad, y de un modo mas perceptible en todo. Así pues, ¿que deberémos pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo? ¿Qué de la de los Cristianos muertos fuera del gremio de la Iglesia católica? y ¿qué, por último, acerca de la de los infieles que mueren sin haber conocido la revelacion? Estas son las tres cuestiones que trato de aclarar.

Debe, Señores, observarse ante todas cosas, que es preciso no confundir la fe de la Iglesia con la opinion de algunos doctores particulares, y que seria muy injusto hacer á aquella responsable de todas las ideas singulares que

pueden ocurrir á un teólogo cualquiera: por consecuencia cuando se la quiere combatir con sus propias máximas, es preciso hacerlo con las mismas que ella confiesa y se hallan en sus símbolos, en sus profesiones de fe, y en su doctrina pública, y no con las que puedan hallarse en los escritos de algunos autores que no está obligada á reconocer por órganos suyos. Bajo de ciertos aspectos sucede con la ciencia de la Relijion lo mismo que con las ciencias humanas: en la jurisprudencia por ejemplo hay principios jeneralmente reconocidos; pero ¡ cuántos puntos hay tambien delicados y espinosos sobre los que estan divididas las opiniones hasta que la suprema autoridad decida por una declaracion solemne! ¡Cuantas disputas dividen á los sabios en las ciencias naturales hasta que la opinion de todos se fije por fenómenos bien averiguados, por un experimento ó por un hecho palpable! Del mismo modo hay en la Relijion puntos invariables

y determinados por la autoridad de aquellos que son los depositarios de esta, y los hay tambien controvertidos, sobre los que ni la Providencia se ha dignado esplicarse ni la Iglesia decidir; y que, por lo tanto, estan abandonados á las disputas de las escuelas hasta que recaiga sobre ellos un juicio irrefragable; de lo cual nace la distincion entre el dogma y las opiniones. Aquí corresponde recordar una máxima célebre que debe servir de guia á todo teólogo digno de este nombre, á saber: en las cosas que la Iglesia universal nos propone como de fe, no debe haber divisiones sino unidad de creencia, *in necessariis unitas*: en las que por no estar aun decididas son objeto lejítimo de controversia, debe haber libertad de opiniones, *in nondùm decisis libertas*: en la defensa de unas ó de otras deben sus respectivos partidarios estar exentos de toda acrimonia y arrebato, de modo que si la doctrina divide los entendimientos, la caridad reuna los corazones. Caridad en

todos los casos, *in omnibus charitas.*

Animado, Señores, de este espíritu, voy á sentar y resolver la primera cuestion, á saber: ¿qué se debe pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo? Expongamos primeramente lo que manda creer la fe católica, y veamos despues lo que es permitido á la opinion. Lo dirémos sin rodeos: estos niños bajan al infierno: estan condenados: no hay para ellos rejion intermedia entre el cielo y el infierno, y estan privados para siempre de la posesion de Dios, en la que consiste la bienaventuranza de los escojidos en el Reino celestial. Tal es el lenguaje y la doctrina de la Iglesia; pero á esto solo se limita, y lo demas pertenece al reino de las opiniones, y de las conjeturas. ¿Pero qué, me diréis, son esas todas las dulzuras, que parecia nos ibais á anunciar con respecto al dogma católico? Aquí es, Señores, donde es preciso esplicarnos y entendernos: ¿Qué es Cielo? Es el lugar de las recompensas y de

la bienaventuranza. ¿Qué es infierno? Es el lugar de las privaciones y de las penas; pero tanto en este como en aquel hay diferentes mansiones; para los condenados los castigos son diferentes segun sus culpas, así como para los bienaventurados varían las recompensas segun su grado de mérito y de virtud. Que los niños bautizados que mueren en su inocencia son eternamente felices en el cielo, es un punto de la creencia católica; pero tambien es un artículo de nuestra fe que los niños no bautizados que mueren en este estado estan privados de esta dicha, y que su condenacion es inseparable de esta privacion; pero hasta que punto les hace Dios conocer la grandeza del bien de que estan privados, y hasta que grado de dolor y de amargura sienten esta privacion, es para nosotros un secreto, sin que estemos obligados á creer que el sentimiento de tal privacion los atormente tan dolorosamente como debe atormentar á aquellos que han perdido

este bien inmenso por sus culpas personales. Tampoco ha decidido la Iglesia cosa alguna acerca de si ademas de esta privacion de felicidad, padecen dichos niños una pena positiva, tal como la del fuego mas ó ménos viva, y por consiguiente en esto permite abrazar la opinion que á cada uno parezca mas plausible. Os ruego, Señores, noteis que la felicidad de ver y poseer á Dios en los cielos, y de contemplarle en sus adorables perfecciones y en aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva, como dice San Agustin (1), es un favor puramente gratuito y una liberalidad del todo misericordiosa, que no debe Dios á nadie: que este es un destino tan alto, tan sublime y tan divino, que el hombre no tiene por sí mismo derecho alguno para pretenderle. Por consiguiente la privacion de este favor será para dichos niños la pérdida de una inmensa felicidad; pero no habrá en

(1) Confess. lib. X, cap. XXVII.

en ella ni aun sombra de injusticia por parte del supremo juez que á nadie se la debia.

Aclaremos mas esta materia: basta estar iniciado en los primeros estudios teolójicos para saber que san Fuljencio en el siglo V, san Gregorio Magno en el VI y despues de ellos muchos teólogos, han opinado que los niños que mueren sin el bautismo, sufrirán ademas de la privacion de la felicidad celestial, á causa de la culpa orijinal, una pena sensible, la del fuego, aunque mas ó ménos viva; pero tambien sabemos que la opinion contraria fué adoptada por san Gregorio Nacianceno, por santo Tomás, san Bernardo y otros muchos doctores de las escuelas católicas, sin que esto haya escitado reclamacion alguna contra ellos por parte de los depositarios de la fe: quiero decir, del cuerpo de los primeros Pastores, los Obispos y el Soberano Pontífice que es su cabeza. Esto descubre á todo hombre instruido é imparcial una division de opiniones,

en cuya virtud es permitido à cada uno abundar en su sentido. San Agustin, esa grande antorcha de la Iglesia cristiana, que al principio parecia inclinarse á la opinion mas severa, confiesa en una carta á san Gerónimo (1), que al querer examinar la cuestion de las penas que padecen estos niños, se halla dudoso, perplejo y embarazado: aun mas, en su última obra contra los Pelajianos, compuesta contra uno de aquellos sectarios llamado Juliano, leemos estas palabras (2): «No diré que los niños muer«tos sin el bautismo deban padecer una «pena tan grande, que les valiese mas «no haber nacido.... aunque yo no «pueda decidir cual será esta, ni el «grado de la condenacion que padecen; «sin embargo no me atrevo á decir que «seria mejor para ellos no existir, que «existir en semejante estado.» Así pues san Agustin permite pensar, que la

(1) Epist. CLXVI. núm. 16.
(2) Contra Julian. lib. V, cap. XI, núm. 44.

condenacion de estos niños es tal, que aun en este estado prefieren existir á no existir.

Yo me guardaré muy bien de llamarlos simplemente felices: tampoco diré que gocen de una felicidad natural, pura y sin mezcla; no, no iré tan adelante, pero puedo figurármelos como unos príncipes destronados, y privados de un reino á que podian aspirar; como unos desterrados que echan de ménos una patria que jamas han de ver, y puedo por fin creer que su suerte es preferible á la nada. No es ciertamente este mundo la mansion del reposo y de la felicidad perfecta, y sin embargo hay muy pocos hombres que prefieran la muerte á la vida; tal es pues la suerte de estos niños, y por imperfecta que sea, la prefieren á su aniquilamiento, y desean conservarla.

¿Y cual fué sobre este punto la opinion del Obispo de Meaux, que aun durante su vida fué respetado como el oráculo de la Iglesia galicana, y que

fué el teólogo mas profundo, así como el mayor orador de su nacion y aun de su siglo? Tenemos un escrito suyo sobre la suerte de estos niños, cuyo motivo fué el siguiente. Un Prelado Romano, el Cardenal Sfondrato, manifestó sobre esta materia una opinion, que parecia separarse de la sencillez y pureza del dogma católico: Bossuet, de acuerdo con muchos Obispos franceses, la denunció á la Santa Sede en una carta que conservamos dirijida al Papa Inocencio XII (1). En ella clama con enerjía contra los que quieren libertar de la condenacion á los niños muertos sin el bautismo; pero al mismo tiempo reconoce que la mayor parte de los doctores *los conceptúan exentos de la pena de sentido, es decir del tormento del fuego eterno*; y estaba tan distante de condenar esta opinion como un error, que añade: «¿Qué nos importa á «nosotros que no disputamos sobre es-

(1) Lett. CCI, *OEuvres de Bossuet*, tomo XXXVIII, en 8.º

«te punto?.... Por nuestra parte le «abandonamos á las disputas de los teó«logos (1).»

Podria valerme tambien de una autoridad aun mas respetable por la eminente dignidad del personaje, la de Benedicto XIV, que vivió en el último siglo, uno de los Papas mas sabios que han ocupado la cátedra de San Pedro, y cuyos escritos, llenos de una erudicion inmensa, son muy notables por la exactitud con que distingue los dogmas que es necesario creer, de las opiniones que son asunto de controversia. En una pues de sus obras, teniendo que hablar de la condenacion de estos niños, dice (2): «Ademas de la privacion de «la bienaventuranza, ¿estan ó no exen«tos de la pena que llaman de *sentido*? «Es punto controvertido aun entre los «teólogos.» Por consiguiente nada ha decidido sobre esto la Iglesia.

(1) Lettr. CCI, tom. XXXVIII, páj. 36.

(2) *De festis dom.* lib. I, cap. VIII, de *Sabat. sanct.* núm. 12.

No hay uno entre vosotros que no conozca por su reputacion aquella célebre escuela de teolojía de Paris, á la que la Iglesia galicana ha debido la mayor parte de su gloria, como que en su gremio se formaron tantos Pontífices y Doctores consumados en ciencia y en virtud, y cuya autoridad debe ser de grandísimo peso, como depositaria y conservadora fiel de las buenas doctrinas. Ved pues su parecer sobre esta materia, el cual hallaréis consignado en un acto solemnísimo, en la *Censura* que, en 1762, hizo del *Emilio* de Juan Santiago, censura que es una obra maestra, no precisamente por su estilo, sino por su doctrina. En ella declara terminantemente (1) que la única cosa enseñada como articulo de fe en esta materia es que dichos niños estan privados de la posesion de Dios, gracia del todo gratuita, que no les era debida; y en seguida expone la doctrina de san Agustin

(1) Censura de la proposicion XXVI.

tal como la hemos dado á conocer: como todo esto es notorio, me abstengo de toda cita.

Pero donde mas especialmente se halla consignada la fe católica, es en los decretos de los Concilios llamados jenerales, porque representan la Iglesia entera, ó en esos libros elementales llamados catecismos, que la Iglesia pone en manos de los fieles, y que son la manifestacion mas sencilla de la creencia universal. En dos pues de estos Concilios jenerales, celebrados uno en Lyon. y otro en Florencia, se decidió, que los niños que mueren manchados con la culpa orijinal bajan al infierno, así como aquellos qué son reos de pecados actuales, pero no para padecer penas iguales á estos; y nuestros catecismos, aunque enseñan que estan separados eternamente de Dios, no dicen que esten entregados á las llamas eternas, como lo quieren suponer los incrédulos: créalo quien quiera, por mi parte no lo creo.

Voy á hacer con este motivo una reflexion que puede ser útil: cuando la Iglesia ha pronunciado, no le toca al verdadero fiel mas que someterse. No hay injenio ni ciencia humana que no deba humillarse ante la doctrina de esta Iglesia docente, á la que Jesucristo ha confiado el sagrado depósito, y querer prevalerse contra sus decisiones de algunos pasajes de los libros sagrados ó de los Santos Doctores, seria enredarnos en discusiones dificiles, y en un exámen imposible á casi la totalidad del jénero humano, y en el cual hemos visto naufragar tan frecuentemente aun á los mas hábiles. Las promesas de Jesucristo se estienden á todos tiempos, y la Iglesia asistida del espíritu de verdad debe atravesar todas las edades con la inviolable pureza de su doctrina, tan verdadera hoy como lo era hace diez y ocho siglos. Así pues, la única cosa que interesa esencialmente al fiel, es saber lo que enseña la Iglesia: no necesita pasar mas adelante, ni buscar

mas autoridad; esta debe ser su única regla, y si el entendimiento quiere traspasar esta sagrada barrera, preparaos á verle abrazar todos los errores, sin quedar satisfecho con ninguno, é impelido por una vana curiosidad caer por fin en los mas enormes estravíos. Así pues, desde el momento en que la Iglesia pronuncie, seamos dóciles á su autoridad, como deben serlo los hijos á la de una madre respetada y tiernamente querida; pero no por esto la miremos como á un tirano que quisiese sujetarnos á sus caprichos; sepamos al contrario usar de la sabia libertad que ella misma autoriza; conozcamos que si á sus ojos es un crímen convertir sus dogmas en opiniones humanas, tambien seria un esceso muy reprensible convertir en dogmas católicos las opiniones particulares: esto seria creerse mas advertido, y mas ortodoxo que la que para nosotros es la columna de la verdad. Querer imponer á los entendimientos un yugo intolerable, y hacer pasar las opiniones

particulares por opiniones de la Iglesia misma, ha sido el carácter de los novadores de todos tiempos; de tal modo que los cismas y las herejías que han desolado la Iglesia, han nacido precisamente de haber preferido algunos sus opiniones particulares á la doctrina universal. Así pues, si la Iglesia católica decidiese sobre el punto controvertido con respecto á la suerte de los niños muertos sin bautismo, nosotros no disputaríamos con ella, sino que nos someteríamos á su suprema decision con nuestro entendimiento, con nuestra voluntad, y sin la menor reserva; pero libres hasta entónces en nuestras opiniones, nos complaceremos en abrazar la que, segun nuestras debiles luces, nos parezca mas conforme á la bondad divina.

Pasemos á la segunda cuestion: ¿qué debemos pensar de la suerte de los cristianos, que mueren fuera del gremio de la Iglesia Católica?

En el antiguo símbolo que canta

el pueblo cristiano en la celebracion de los santos misterios, hacemos profesion de creer que la Iglesia fundada por Jesucristo, es una: *credo.... Ecclesiam unam.* Una en efecto en su fe, no reconoce por hijos suyos sino á aquellos que profesan su doctrina, y una en su gobierno, forma un solo rebaño al cuidado de unos mismos pastores. Es cierto que la Iglesia no exije de los fieles un conocimiento circunstanciado de todos los puntos de su doctrina, ni del hombre vulgar una fe tan esplícita ni tan ilustrada como de aquellos á quienes se ha confiado su enseñanza; pero el verdadero fiel tiene un conocimiento espreso de los puntos principales, sin el cual no podria pensar ni vivir como discípulo de Jesucristo, y abraza todos los demas sin escepcion por su sincera disposicion á creer todo lo que enseña la Iglesia. Es cierto que esta tiene artículos fundamentales, como por ejemplo el misterio de un Dios hecho hombre, sobre los cuales estriba co-

mo sobre su base todo el edificio de la Relijion, y que ademas reconoce otros ménos importantes, como por ejemplo el culto de los Santos; pero la creencia de los unos no autoriza la indiferencia hácia los otros, y el mirar cualquiera de ellos sin interes bajo del pretexto de que pueden omitirse impunemente, es ultrajar la revelacion cuyas partes todas son dignas de nuestro respeto y de nuestros homenajes. Notad el modo con que estan ordenadas las sociedades humanas: en ellas hallaréis leyes fundamentales que forman su constitucion, y leyes particulares que componen su código civil. El que quisiere trastornar la ley fundamental del Estado seria sin duda mucho mas delincuente que el que violase una simple ley reglamentaria; mas sin embargo, no es permitido quebrantar ninguna de ellas, y toda transgresion es justamente reprimida; sin esta vijilancia se extenderia insensiblemente el espíritu de desobediencia y de sedicion, y

desmoronado por todas partes el edificio social, vendria por fin á arruinarse. Lo mismo sucede en la sociedad cristiana: tiene dogmas principales como los contenidos en el símbolo de los Apóstoles, y tiene tambien otros menos esenciales; pero tanto para los segundos cuanto para los primeros exije ciertamente una sumision plena y cabal del entendimiento y del corazon, y el desprecio de uno solo es á sus ojos una herejía. En efecto, la rebelion sobre un solo punto conduce á la rebelion sobre otros muchos, y si no se contuviese, seria destrozado el cristianismo, y la Iglesia léjos de ser hermosa por su unidad, no seria mas que aquel reino dividido contra sí mismo, de que habla el Evanjelio, y no formaria sino un conjunto monstruoso de partes estravagantes y disformes. Unidad en la fe, y unidad en su gobierno es pues el carácter de la Iglesia católica, y por lo tanto conceptúa como fuera del camino comun de la

verdad y de la salvacion á todos los que estan separados de su comunion, y á todos los que no profesan su doctrina. Esta es la máxima jeneral; pero al mismo tiempo hay otras máximas universalmente reconocidas, segun las cuales es preciso saber modificar el sentido y la extension de la precedente.

La primera es que hay errores inocentes ante la presencia de Dios, porque son enteramente involuntarios. Lo falso se presenta algunas veces disfrazado con colores tan seductores, y está separado de lo verdadero por grados tan imperceptibles, que suele ser dificilísimo distinguir lo uno de lo otro; y por otra parte la verdad consiste frecuentemente en puntos tan delicados y difíciles de conocer, que puede ocultarse á toda indagacion. Seria una opinion muy laxa y perniciosa escusar todos los errores; pero tambien seria un rigorismo absurdo condenarlos todos como criminales, pues los hay que algunas veces son consecuencia

inevitable de la limitacion y flaqueza del entendimiento humano. ¿Que majistrado se atreveria á encargarse de la administracion de justicia; que médico querria dedicarse á curar las enfermedades de la especie humana; ni que ministro de la Relijion tomaria á su cargo dirijir las conciencias si todos fuesen responsables en el tribunal de Dios de los errores involuntarios de su entendimiento? Muchas veces no bastan el estudio, la sagacidad ni la virtud para poner al hombre á cubierto de todo error: yo bien sé que para conocer la verdad aprovecha mas la rectitud del corazon que la sutileza del entendimiento, y que muchos errores proceden de las pasiones; ¿pero quien se atreveria á decir que ha habido mala fe en todas las disputas que se han suscitado aun entre los mas ilustres y santos personajes, empezando por san Gerónimo y san Agustin, y concluyendo por el Padre Mabillon, y el célebre reformador de la Trapa? Si, Señores,

hay errores que proceden mas bien de flaqueza de entendimieuto que de malicia, los cuales, siempre que sean del todo involuntarios, no serán imputados al hombre por el Soberano juez que ve el fondo de los corazones.

La segunda máxima es, que puede haber errores respecto á la Relijion, como los hay respecto á cualquiera otra cosa: quiero decir, que puede haberlos involuntarios, y que no sean imputables. El cisma y la herejía son ciertamente condenables, y de hecho estan condenados por la Iglesia; pero no hay delito sin voluntad, y no somos culpables ante Dios, cuando el corazon es inocente. Sin embargo, no pudiendo nosotros juzgar sino por las apariencias, llamamos católicos á todos los que han nacido y viven en el gremio de la Iglesia católica, y acusamos de cisma y herejia á cuantos han nacido y viven fuera de su comunion exterior. Pero procuremos distinguir las cosas, y verlas como realmente son.

Supongamos que un hombre que ha nacido y vive en el gremio de la Iglesia romana, inspira por medio de sus discursos ó escritos el desprecio á la autoridad eclesiástica, denigra á los pastores lejítimos, y atiza la rebelion contra ellos: de este dirémos sin titubear, que está dominado de un espíritu cismático, y que es culpable ante Dios; pero supongamos por el contrario, que los que componen una sociedad cristiana separada de la nuestra no estan adheridos á ella por eleccion, voluntariamente y con conocimiento de causa; entónces dirémos que esta buena fe los salva ante Dios del crímen de cisma.

Figurémonos que otro exteriormente católico, no somete su entendimiento y su corazon á las decisiones de la Iglesia, sino que desecha algun punto de su doctrina: en esto solo se hace ya culpable de herejía ante aquel que *sondea las entrañas y los corazones*, segun la espresion de la Escri-

tura (1), cuando al contrario, aun perteneciendo á una sociedad herética podrá no ser culpable de herejía aquel que, aunque profese el error, le profese tan solo por ignorancia invencible de la verdad. Por esto es un principio muy conocido é incontestable, que la herejía consiste mucho ménos en el error, que en la contumacia en él despues del juicio de la Iglesia. Antiguamente sostuvo san Cipriano una opinion que fué condenada despues de su muerte: él pudo muy bien ser en esto inocente; pero despues de la decision de la Iglesia, los partidarios de aquella opinion fueron ya culpables y tratados justamente como herejes, lo cual hizo decir á un antiguo y célebre escritor de la Iglesia de las Galias, que los maestros eran absueltos, y condenados los discípulos (2): *absolvuntur magistri, condemnantur discipuli.* Por lo tanto un

(1) Psal. VII. 10.
(2) Vincent. Lirin. *Commonitor.* cap. VI.

cristiano que no estuviese separado de la comunion ó de la fe de la Iglesia católica mas que por una ignorancia del todo involuntaria, no seria culpable por el solo hecho de su separacion ó de su error. Es preciso decirlo y proclamarlo abiertamente: el hombre no será responsable ante el tribunal de Dios, en cuanto á sus opiniones, mas que de su mala fe, y en cuanto á su conducta, mas que de las transgresiones voluntarias de sus deberes.

Y no penseis que la doctrina que acabo de exponer sobre el carácter del cisma y de la herejía sea invencion mia; no, Señores: ademas de ser tan conforme á la sana razon, puedo apoyarla en las autoridades mas graves, y aun mas decisivas. ¿Quien ha sido jamas mayor defensor de la unidad y azote mas terrible de la herejía que san Agustin? Pues bien, ved lo que dice en su carta XLIII dirijida á Glorio: «no se debe considerar como «herejes á los que profesan errores

«perniciosos, con tal que no los defien-«dan obstinadamente; y debe hacerse en «particular esta justicia á aquellos cu-«yos errores no son fruto de su pre-«suncion ni de su temeridad, y que no «hallándose envueltos en ellos, sino por «la desgracia que tuvieron sus padres «de dejarse seducir, procuran buscar «la verdad, y estan siempre dispues-«tos á separarse de sus estravíos lue-«go que la descubran.»

Al principio del siglo V vivia en Marsella un sacerdote llamado Salviano, célebre por su saber y su elocuencia, del cual tenemos muchos escritos, y entre ellos uno dividido en ocho libros sobre la Providencia: en el quinto habla de la fe de los Godos y de los Vándalos, pueblos criados y educados en el arrianismo, que entónces era una herejía muy extendida; pero léjos de considerarlos á todos indistintamente como culpables del crímen de herejía, hace observar que aquellos bárbaros no sabian mas de lo que habian

aprendido de sus doctores, y que las tradiciones adoptadas entre estos eran para ellos toda la ley; y añade: «son «pues herejes, pero sin saberlo: *hære-«tici ergo sunt, sed non scientes:* es «cierto que la verdad solo se halla en-«tre nosotros; pero ellos presumen po-«seerla: *veritas apud nos est, sed illi «apud se esse presumunt.* Es cierto que «se engañan, pero se engañan de bue-«na fe: *errant ergo, sed bono animo er-«rant:* ¿y de que modo serán castiga-«dos por este error en el dia del jui-«cio? Nadie puede saberlo sino el So-«berano Juez: *qualitèr pro hoc ipso «falsæ opinionis errore in die judicii «puniendi sint, nullus potest scire nisi «Judex* (1).»

Pero oid aun otra observacion muy importante, y que se omite frecuentemente. En todas las comuniones cristianas distintas de la católica produce su efecto el bautismo administrado á

(1) Salviano, *De Gubern. Dei*, lib. V.

los niños segun el rito necesario, y estos, aunque bautizados fuera de la Iglesia, son sin embargo miembros de ella por el Sacramento del bautismo, que es un bien propio de la misma; y si mueren ántes de la edad de la razon, van seguramente al reino de los cielos: esto no es una opinion, sino un artículo de la fe católica.

¿Pero que deberémos pensar de estos niños en la edad ya de la razon? Os lo diré: si profesando entónces los puntos principales que su secta ha conservado y tiene de comun con nosotros proceden de buena fe en todo lo demas, tampoco han dejado de pertenecer á la Iglesia. Consideradlos en efecto desde la edad, por ejemplo, de seis hasta doce años, y decidme: instruidos y dominados hasta entónces por sus padres, por sus maestros, por sus pastores, y por los ejemplos de cuanto los rodea, ¿pueden en este caso tener la menor idea de haber sido educados en una falsa relijion, ni creerse

engañados por las personas que mas los enseña la naturaleza á amar y á respetar? ¿Quien será el temerario que sostenga que en una edad tan tierna profesan de mala fe los errores de sus padres? Dejemos este discernimiento al único que ve las conciencias, y hablemos ahora hombres de mas edad, y principalmente de las clases ménos ilustradas. Hasta donde se extiende en estos el imperio de la educacion y de las primeras impresiones recibidas, digámoslo así, con la vida, y hasta que punto pueden contribuir las causas particulares á aquella buena fe que escusa ante Dios, no es dado al hombre el saberlo; y ved aquí por qué condenando las sectas en jeneral, es preciso dejar á Dios el juicio de los particulares.

Uno de los mas hábiles controversistas que han combatido á los reformados, y que ha desplegado contra ellos una lójica mas exacta y luminosa, ha escrito un tratado sobre *la unidad de la Iglesia*, en el que dice

las siguientes palabras: «Es cierto que, «segun todos los teólogos católicos, hay «un gran número de miembros vivos «y verdaderos hijos de la Iglesia en las «comuniones separadas de ella, puesto «que en estas hay tantos niños que for«man siempre una parte considerable «de ellas.» Tambien dice en otro lugar: «De ningun modo se pretende que todos «los que estan fuera de la comunion ex«terior de la Iglesia romana queden «escluidos de la salvacion; al contra«rio, se cree que en todas las comu«niones hay miembros que le pertene«cen efectivamente, pues todos los ni«ños bautizados, que forman siempre «una parte tan considerable de toda so«ciedad, son hijos de la verdadera Igle«sia, porque ella es la que los ha re«jenerado aunque por el ministerio de «pastores herejes ó cismáticos. Todos «aquellos que no han participado con «conocimiento y por su voluntad del «cisma y de la herejía, hacen parte de la «verdadera Iglesia..... La Iglesia romana

«no los escusa, sino en cuanto su buena «fe ó su ignorancia los escuse ante «Dios, pero sin atreverse á determinar «hasta que punto puede esto extender«se; y como ni aun ellos mismos pue«den saberlo, en la práctica no los dis«tingue de los culpables.»

En esta materia tampoco es, Señores, una débil autoridad la de la Sorbona, la cual en la *censura del Emilio*, despues de haber hablado de los niños bautizados en las comuniones separadas de la Iglesia católica, y de aquellos hombres simples, cuyo número Dios solo conoce, y que por incapacidad estan imposibilitados de conocer la verdadera Iglesia, añade (1): «Ninguno de estos niños y de estos sim«ples participa de la herejía ni del cisma, «los escusa su ignorancia invencible «del estado de cosas, y no se los debe «considerar como no pertenecientes á «la Iglesia, fuera de la cual no hay sal«vacion.»

(1) Censura de la Proposicion XXXII.

Si ahora quisiere alguno preguntarme, si existen en las sociedades separadas de la verdadera Iglesia muchas personas adheridas á ellas de buena fe, responderé que este es un secreto conocido solo de Dios; que el corazon del hombre es profundo como los abismos; que las pasiones, el orgullo, el interes y los deleites son un manantial de errores, y que no debe confundirse aquella falsa confianza con que solemos engañarnos nosotros mismos, con la rectitud y sinceridad que justifica ante Dios. La ilusion no es la buena fe, sino que muy frecuentemente procede de una ignorancia de que el hombre no se reprende á sí mismo, pero que no por eso es ménos criminal. ¿Puede acaso el hombre darse á sí mismo testimonio de amar la verdad, de haber buscado todos los medios de conocerla, y de no haber puesto obstáculos voluntarios á la comunicacion de la luz? He aquí por decontado lo que importa saber. Así, pues, no se debe tener

confianza en la suerte de los que estan en el error, ni tampoco dejar de trabajar con celo para atraerlos á la unidad. Léjos de nosotros semejante indiferencia que hace iguales la mentira y la verdad, y que concluye haciendo lo mismo con el vicio y la virtud.

En resumen; fuera de la Iglesia no hay salvacion: esto es cierto; pero los niños bautizados, cualquiera que sea su comunion, pertenecen á la Iglesia, así como tambien los adultos que se engañan de buena fe. Y no siendo estos responsables sino de su mala fe y de sus malas acciones, ¿donde está en esto la injusticia, donde la barbárie?

Pasemos á la tercera cuestion: ¿qué debemos pensar de la suerte de aquellos que mueren sin haber conocido la revelacion, y que llamamos infieles?

No permita Dios, Señores, que para hacer mas creible la doctrina cristiana tratemos de debilitarla: léjos de nosotros indignas consideraciones que

jamas ha conocido la Relijion, la cual no sabe desnaturalizar los misterios para lisonjear la soberbia del entendimiento, ni suavizar su moral para agradar á las almas débiles y corrompidas. La Iglesia no es señora absoluta de la revelacion, sino tan solo su depositaria: si su disciplina varía, su doctrina es invariable, y le es imposible transijir con el error: su política es la verdad; y si la Relijion es siempre combatida, es porque nada es tan odioso á las pasiones como la verdad; pero como nada tampoco es tan fuerte como esta, de un modo ó de otro siempre la Relijion sabe triunfar de sus enemigos. Por esto importa mucho fijar bien su doctrina, distinguir con exactitud lo que enseña de lo que no enseña, y presentar sus máximas bajo de su verdadero punto de vista, sin mezclar con ellas exajeraciones repugnantes.

Primeramente debo haceros observar que segun nuestros libros santos

Dios pedirá mucho al que haya recibido mucho, y ménos al que haya recibido ménos : que el criado que conociendo la voluntad de su Señor no la ejecuta, será castigado con dureza, pero no así los demas : que Dios, que es la equidad misma, no querrá recojer donde no haya sembrado, y que aquellos á quienes el cielo haya concedido con mas abundancia sus dones y sus luces, tendrán que dar una cuenta mas rigorosa y mas larga. Nosotros, Señores, instruidos por el Evanjelio y por la doctrina de la Iglesia, con una razon mas ejercitada y un entendimiento mas cultivado, tenemos acerca de nuestros deberes conocimientos mas exactos, que hacen mas criminales nuestras transgresiones, pues el grado de malicia debe en gran parte medirse por el de la intelijencia. Pero traslademonos con el pensamiento entre aquellas hordas de salvajes que inspiran cierto sentimiento particular de interes y de compasion, entre esas turbas errantes por los

bosques que parecen tener mas de brutos que de hombres, y estan abandonadas á una estúpida ignorancia por defecto de su mismo nacimiento y de su educacion: entre ellas hallareis sin duda algunos rayos de aquella divina lúz que ilumina á todas las almas; ¡pero cuan ofuscada! ¡Cuan confusas y vagas deberán ser en ellas las ideas sobre el bien y el mal! ¡Qué poco capaces deben ser de esas doctrinas espirituales que tanto distan de los objetos sensibles! ¡Que imprevision la suya! ¡Que insensibilidad! Cuando se descubrió el nuevo mundo, algunos de los primeros Misioneros se quedaron tan asombrados de la estupidez de los Indios que los creyeron incapaces de comprender los primeros rudimentos de la Relijion, por consiguiente ¡cuantas cosas criminales en nosotros pueden no serlo en ellos! ¡Cuantás faltas graves en nosotros podrán no ser en ellos mas que faltas leves! Sobre muchos puntos en que no se dudaria si se tratase de un cristiano, ¿qué

se necesita para colocar la falta de un salvaje en el número de las que la teolojía califica de mortales? Cuestion muchas veces muy embarazosa. Aun entre nosotros mismos, en aquello en que la transgresion material de la fe sea la misma, puede sin embargo ser muy diferente la culpabilidad: un ignorante, por ejemplo, puede ser mas escusable que un hombre instruido, y un simple fiel mas que el ministro del altar; por tanto es un rigorismo insensato querer aplicar indistintamente á las acciones de los infieles las mismas reglas por las que juzgamos la moralidad de las nuestras.

Observad en segundo lugar, como una consecuencia de la anterior reflexion, que los que hayan estado privados de las luces del Cristianismo, serán tratados en el juicio de Dios con mucha ménos severidad que los que le hayan conocido; y que si el Evanjelio no les ha sido anunciado, no serán juzgados por el Evanjelio. Todos teneis

noticia del célebre Bourdaloue, que á un entendimiento muy fecundo y á una sencillez orijinal, reunia una cosa aun mas preciosa en un ministro de la palabra santa: un conocimiento muy profundo de todas las partes de la Relijion. Ha habido hombres de injenio mas sublime, de imajinacion mas brillante, y de erudicion mas vasta; pero muy pocos escritores han hablado jamas sobre el dogma y sobre la moral con tanta exactitud, tanta precision y tanto acierto: nada ha concedido á la exajeracion oratoria, y todo en él es sustancia y verdad. Oigamos pues lo que dice en uno de sus sermones *sobre el Juicio final* (1). «Es necesario, Cristia-«nos, y este pensamiento no es mio «sino de San Jerónimo, es necesario «penetrarnos de una verdad sobre la «cual acaso no hemos reflexionado nunca «debidamente, y es: que en el juicio de

(1) Para el primer domingo de Adviento: primer punto.

«Dios habrá una diferencia infinita en-«tre un pagano que no haya conocido «la ley cristiana, y un cristiano que ha-«biéndola conocido haya renunciado á «ella interiormente, y que Dios segun «el órden mismo de su justicia trata-«rá al uno muy distintamente que al «otro: bien sabeis que un Pagano á «quien no haya sido anunciada la ley «de Jesucristo, no será juzgado por ella; «y que Dios aunque Señor absoluto «guardará con él la equidad natural, «y no le condenará por una ley que no «le haya hecho conocer: esto es lo que «san Pablo enseña por estas terminan-«tes palabras: *quicumque sine lege pe-«caverunt, sine lege peribunt* (1).» Ya veis aqui á Bourdaloue, apoyándose en san Jerónimo y en san Pablo, advertirnos, que aquel á quien Dios no haya hecho llegar su Evanjelio, no será juzgado por el Evanjelio.

¿Por que pues Juan Santiago y otros

(1) Roman. II. 12.

declamadores despues de él, quieren suponer que segun la doctrina cristiana habrá hombres condenados á las penas eternas precisamente por no haber conocido una ley que no les fué posible conocer? Esta es una suposicion quimérica. Por una parte nadie se salvará precisamente por haber nacido en Roma, ó porque conozca y profese la fe verdadera: el nacimiento puede ser una ventaja, pero no es un mérito; y si la fe es un don precioso, la fe sin obras es un don estéril. El Dios de verdad es tambien un Dios de santidad, y no exije ménos la observancia de su ley que la sumision á su palabra: por otra parte, ninguno será condenado en el tribunal de Dios precisamente por haber nacido en los bosques del nuevo mundo, ni precisamente por haber ignorado las virtudes cristianas: el nacimiento puede ser una desgracia, pero no es un crímen, y la ignorancia del todo involuntaria de la revelacion no es una falta digna de castigo. Si el cielo

hace brillar la luz á los ojos del infiel, este no podrá desecharla sin ser culpable; pero si no ha tenido ni ha podido tener medios para ilustrarse, su ignorancia es entónces invencible, y es escusable de no conocerla. La revelacion cristiana es una ley positiva, y es de la naturaleza de toda ley no ser obligatoria sino despues de publicada y conocida; por tanto si el infiel es condenado en el tribunal de Dios, no será sino por haber violado lo que podia y debia conocer de la ley interior, que se manifiesta por la conciencia. Y si Dios no juzga al infiel por la ley cristiana, si no le castiga por no haber tenido fe sino tan solamente por faltas que ha podido evitar, y si por último mide la pena por el grado de conocimiento ó de malicia, ¿habrá en esto injusticia? Yo no colocaré á este infiel en el reino de la bienaventuranza celestial; pero sí le daré en la vida futura aquel destino á que le hayan hecho acreedor sus acciones personales. Bien podriamos

mos limitarnos á esto solo con un incrédulo, y realmente nada mas se necesita para hacer desaparecer toda dificultad; pero la teolojía cristiana nos suministra todavia nuevas luces. Por una parte nos dice que el hombre con solo las fuerzas de su naturaleza no puede merecer la fe; que aun la primera gracia es enteramente gratuita; y el que sostuviere que Dios la debe como recompensa de algun mérito anterior adquirido por sola la razon, caeria en el error de los Pelajianos muchas veces condenado; pero al mismo tiempo decimos, que no hay un solo infiel que esté escluido del beneficio de la redencion ni de las gracias sobrenaturales, fruto del sacrificio ofrecido en la cruz por la salvacion del mundo, y que el infiel que fuese dócil á las primeras impresiones de gracia del todo gratuita, recibiria otras nuevas, y de luz en luz podria llegar al conocimiento de la verdad: que Dios podria conducirle á ella, bien fuese por el camino ordinario de

la predicacion, ó bien por una revelacion especial, como la que fué hecha á los Profetas y á los Apóstoles; ya por medio de impresiones interiores que conmoviesen su alma ántes de la muerte, ó ya finalmente por otros medios tomados de los tesoros infinitos de su poder y de su sabiduría. ¿Conocemos acaso nosotros todas las operaciones secretas de Dios sobre las almas, y todos los modos con que puede ilustrarlas? Me inclino á creer, que en el gran dia de la manifestacion jeneral verémos brillar sobre esto prodijios de misericordia que ahora se nos ocultan, y que arrebatarán la admiracion de los Anjeles y de los hombres.

La doctrina que acabamos de exponer, era efectivamente la de Bossuet cuando decia (1): «Privando á los infieles que «jamas han oido hablar del Evanjelio, «de la gracia inmediatamente necesaria

(1) *Justification des* Réflexions sur le Nouveau Testament §. 17, *œuvres de Bossuet*, t. IV. páj. 256.

«para creer, nada se opone á que «se les conceda aquella que escitase en «sus almas disposiciones mas lijeras, de «las que si usasen como deben, halla«ria Dios en los tesoros de su ciencia y «de su bondad medios capaces de con«ducirlos sucesivamente al conoci«miento de la verdad.»

Esta misma doctrina se encuentra textualmente consignada en la *Censura del Emilio* (1), y en San Francisco de Sales. Este varon, cuya piedad era tan ilustrada como tierna y persuasiva, refiere y aprueba una respuesta dada á los Japoneses por San Francisco Javier, la cual está (2) fundada en las aclaraciones que acabamos de exponer. Tambien es esta la doctrina de Santo Tomás, á quien por la penetracion y extension de su injenio se coloca justamente entre los mayores doctores de

(1) Censura de las Proposiciones XXXIII y XXXIV al fin.

(2) *Traité de l'amour de Dieu*, lib. IV al fin del cap. V.

la Iglesia. Muchas veces se ha citado aquel memorable dicho suyo, á saber, que Dios en su bondad enviaria un Anjel al que auxiliado de su gracia le buscase con toda la sencillez de su corazon, ántes que abandonarle en sus tinieblas (1); pero aun aquí encontramos á Juan Santiago burlándose de este medio de salvacion: «¡hermosa invencion, dice, «la del tal Anjel! No contentos con sujetarnos á sus máquinas ponen á Dios «tambien en la necesidad de emplearlas.» Esto es, Señores, una chocarrería, en la que hay tanta ignorancia como malicia. Los teólogos no dicen que en este caso estuviese Dios precisado á enviar un ánjel, como si no tuviese otros medios en su poder: no, Señores, esto seria una ridiculez; pero ¿que ridiculez hay en decir que Dios es tan bueno para con los corazones rectos, que haria

(1) *Véase* en Fenelon (*Lettres sur divers sujets de Metaphys. et de religion*, carta VI, núm. 4) este pasaje de Santo Tomas y otros muchos que en ellas cita y esplica.

un milagro, y se serviria, si fuese preciso, del ministerio de un ánjel, para no dejar perecer al que fiel á las inspiraciones de su gracia buscase la verdad con toda la sinceridad de su corazon? ¿No se sirvió de él con el Centurion Cornelio á quien fué dicho (1): «Vuestras oraciones y limosnas han lle-«gado hasta Dios, y se ha acordado de «vos?» Léjos pues de degradar los teólogos á la Divinidad con este modo de pensar, dan en él una sublime idea de la grandeza de su misericordia.

Yo me alegraré, Señores, de que hayais comprendido mi doctrina del modo que yo he intentado exponerla, sin lo cual se me podria acusar facilmente por unos de rigorista, y de laxo por otros. Para presentar en compendio todo lo dicho, ved como es preciso entenderlo. Dios, como padre comun del jénero humano, es bueno para con todos, no obstante que se manifieste mejor para

(1) Act. Apost. X, 4.

con algunos: esta desigualdad de dones y de favores existe en todas cosas, tanto en el órden natural y civil, como en el relijioso; y así vemos la debilidad al lado de la fuerza, la indijencia al lado de la riqueza, la dicha al del infortunio, y el injenio al de la incapacidad. Si un Deista preguntase por que no son iguales para todos las luces de la revelacion, tambien á él se le podria preguntar por qué sucede lo mismo con las luces de la razon y de la ley natural. Siendo nosotros los hijos privilejiados, nuestras quejas y nuestra murmuracion no hacen mas que manifestar nuestra ingratitud unida á la blasfemia. ¿Qué podríamos pensar de un hijo, que colmado de beneficios por su padre reconviniese á este por no tratar á sus hermanos con la misma liberalidad? ¿Qué de un sabio que reconviniese á Dios por haberle distinguido de los demas hombres por su entendimiento y talento? Dia vendrá en que Dios se justifique, y obligue á sus criaturas á tributar

homenajes á su equidad, haciéndoles confesar que cada una de ellas ha sido tratada segun sus obras. Si entre tanto debe concederse alguna cosa á los deseos de una razon débil y curiosa, nosotros dirémos: está probado que la mitad de la especie humana muere en la primera infancia ántes de la edad de la razon; por consiguiente todos los niños bautizados de todas las comuniones entran al morir en posesion de la bienaventuranza celestial: así nos lo enseña la fe, y en cuanto á los niños no bautizados, la misma fe nos permite pensar que se hallan en un estado en que la existencia es para ellos un bien que desean conservar.

En cuanto á los cristianos adultos de las otras comuniones distintas de la nuestra, decimos una de dos cosas: si se engañan de mala fe, serán castigados por ello; y en tal caso ¿puede haber cosa mas justa? Pero si se engañan de buena fe, entónces no se les imputarán sus errores. ¿Y no es esto

bastante para salvar la justicia divina?

Decimos últimamente por lo respectivo á los infieles: si no han podido conocer el Evanjelio, tampoco serán juzgados mas que por la ley de la conciencia, ni castigados mas que por las culpas que hubieren podido evitar: ¿y hay acaso en esto algo de repugnante? Pero si fieles á aquellas gracias que Dios concede á todos en su misericordia, practicasen con su auxilio todos sus deberes, Dios los conducirá sucesivamente al conocimiento de la verdad.

Creo, Señores, que no esperaríais de mí que disipase ante vosotros todas las tinieblas misteriosas que ocultan las sendas de la Providencia respectivas á la salvacion de los hombres: nuestros pensamientos son demasiado limitados para medir los de Dios; y querer verlo todo sin nubes, penetrarlo y comprenderlo seria querer tener en lugar de una razon humana débil y limitada, una razon infinita, una razon divina. Los juicios del Altísimo son abismos,

segun dicen nuestros libros sagrados (1). Es concedido al hombre divisar en ellos algun vislumbre de claridad; pero no una luz que ilumine todas sus profundidades: y ¡qué! cuando las operaciones del Criador en la parte mas grosera de sus obras, en la naturaleza material, estan cubiertas con un velo de bronce, que todos los esfuerzos humanos no pueden levantar, ¿se querrá que el mundo intelectual, que es la parte mas sublime de ellas, sea todo luz sin sombras ni obscuridades? ¿Es esto justo? En lugar de entregarnos á vanas investigaciones sobre el destino futuro de los pueblos no católicos, seria mucho mas juicioso que pensásemos en el nuestro. No tengamos la idea de sujetar los designios del Altísimo á los cálculos de nuestra escasa sabiduría. Os lo he dicho ya en otra ocasion: la Relijion tiene su lado luminoso, que hace racional nuestra fe; pero tiene tambien su lado oscuro, para que esta

(1) Salm. XXXV, 7.

misma fe sea meritoria; es en fin el Sol oculto detras de una nube. Caminemos á la luz que el cielo nos concede, esperando que algun dia la hará brillar en toda su plenitud. ¿Tendrá derecho el que disfruta de la dulce claridad de la aurora, para blasfemar contra la Providencia porque aun no haya llegado el Sol á todo el brillo de su Meridiano? Humillémonos como el pueblo de Israel á la falda del monte santo: adoremos con respeto al Dios que se oculta en la cima entre la inmensidad de su Majestad, y temamos, si queremos subir á él, que fulminando un rayo de su cólera castigue nuestra loca temeridad.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.

FE DE ERRATAS.

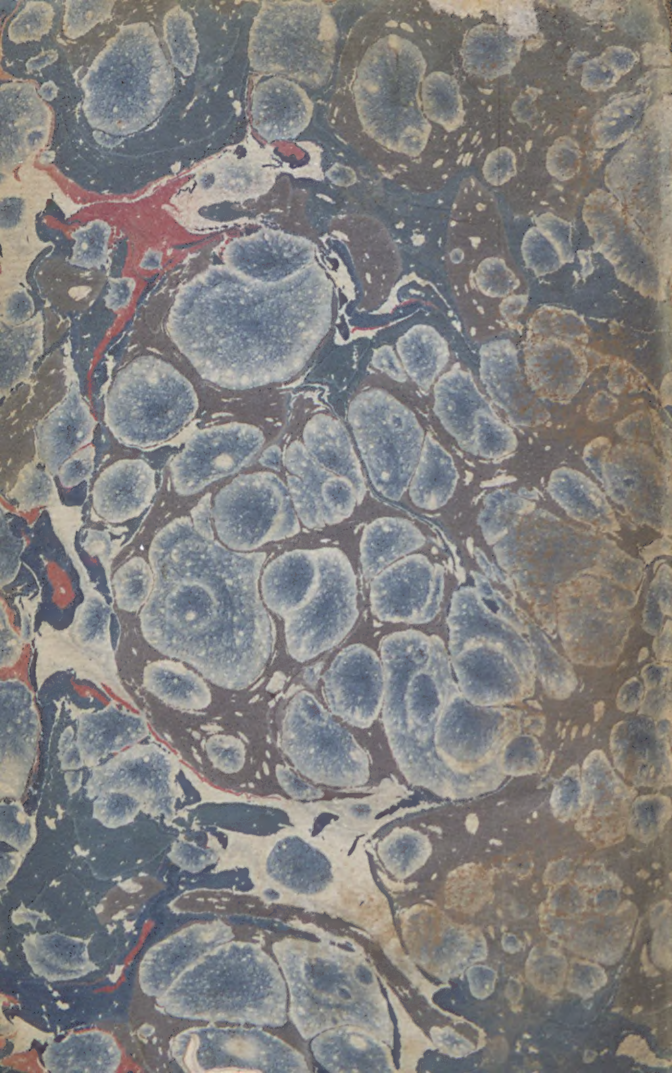
Páj.	*Lín.*	*Dice*	*Léase*
21	12	han	ha
65	4 y 5	urbibibus	urbibus
90	22	arrastrados	arrastradas
92	18	parecen	parece
95	5	propios	propicios
103	18	á cerca	acerca
105	19 y 20	cumbre	cumbres
140	3	ni si Dios ha	ni que Dios haya
147	20	Jesucristo es uno con el padre	Jesucristo, en cuanto a la esencia, es una cosa con el padre
167	19	santidad	conducta
192	5	reune	reunen
214	24	predican	prediquen
219	19	arroja	arrojan
250	23	intentan	intenta
25[illegible]	3 y 4	hubiera	hubieran
2[illegible]6	9	citan	cita
288	8	contrariedades	contrariedades aparentes
303	11	en	á
343	5 y 6	grandezas	grandeza
375	24	á	al
376	13	del	de
400	21	los	las
Portada		*Dubiis*	*nondum decisis*
Idem.		dudosas	no decididas

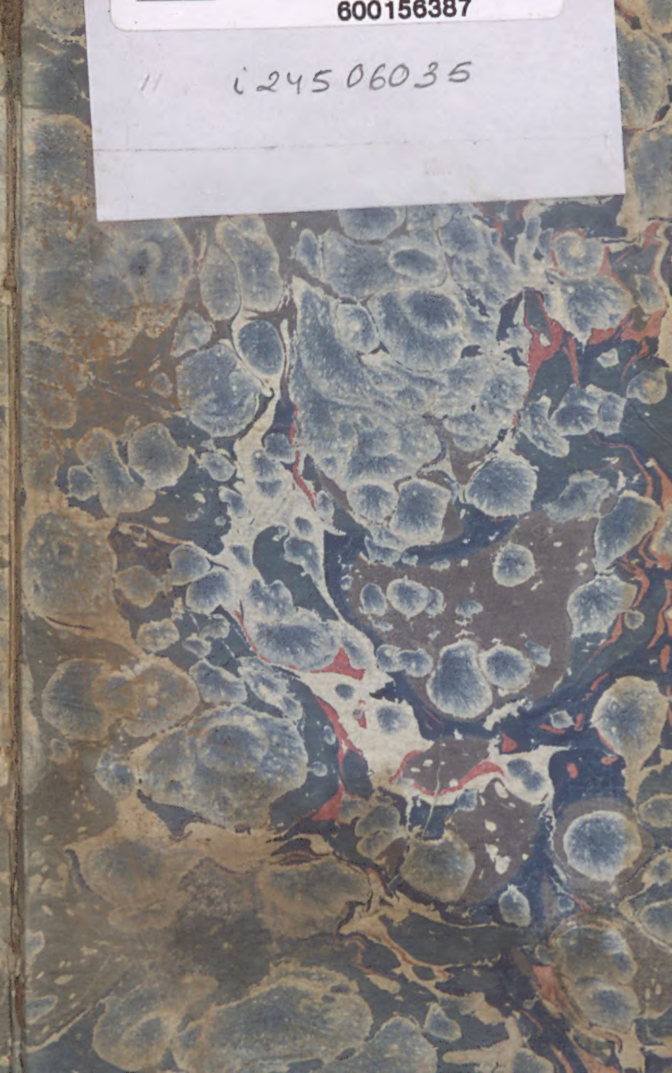
Nota. Pájina 155, linea 6. Tenga presente el Lector que la condenacion de Jesucristo por Dios no ha sido sino una aceptacion del sacrificio voluntario de su hijo, despues de su condenacion injusta por los judíos.

ADVERTENCIA.

El Traductor suplica á los Señores Suscriptores y demas que lean su traduccion de la *Defensa del Cristia nismo*, se sirvan adicionar á la Fe de Erratas del Tomo II las que á continuacion se espresan:

Páj.	*Linea*	*Dice*	*Léase*
319	23 y 24	Sectario	discípulo
319	19	Sectarios	adoradores
320	13	Sectarios	adoradores
352	9	uno	una misma cosa




600156387
i 24506035




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm